

TRAICIÓN

ORSON SCOTT CARD

Lectulandia

El hierro se ha convertido en el centro alrededor del que giran todos los pueblos del planeta Traición, pues es la única esperanza de poder escapar construyendo una nave espacial. El hilo conductor de la novela, Lanik Mueller, perteneciente a una familia que trafica con miembros humanos que pueden hacer regenerar a voluntad, emprende un viaje iniciático por todo el planeta que le llevará a conocer a todas las familias que lo habitan: los Nkumai, descendientes de un físico; los Schwartz, de un geólogo; los Allison, de un teólogo... y a concebir un ambicioso plan para aunar esfuerzos y poner fin así a su cautiverio.

El tiempo, la materia, la reproducción y la mente son los verdaderos protagonistas de una novela que fusiona de un modo excepcional aventuras fascinantes e investigación metafísica.

En 1979, Orson Scott Card recibía el premio J.W. Campbell al mejor autor joven de la ciencia ficción estadounidense por Un planeta llamado Traición, que casi una década más tarde reescribiría y publicaría con el título Traición. Hoy en día un clásico que marcó una época y que, en opinión de muchos aficionados al género, fue un hito en su carrera. En palabras del propio autor: La historia la he dejado casi intacta. Solo he cambiado la forma de presentarla (el tono, el ritmo, la claridad). (...) con pequeñas correcciones casi en cada página.

Lectulandia

Orson Scott Card

Traición

ePub r1.0

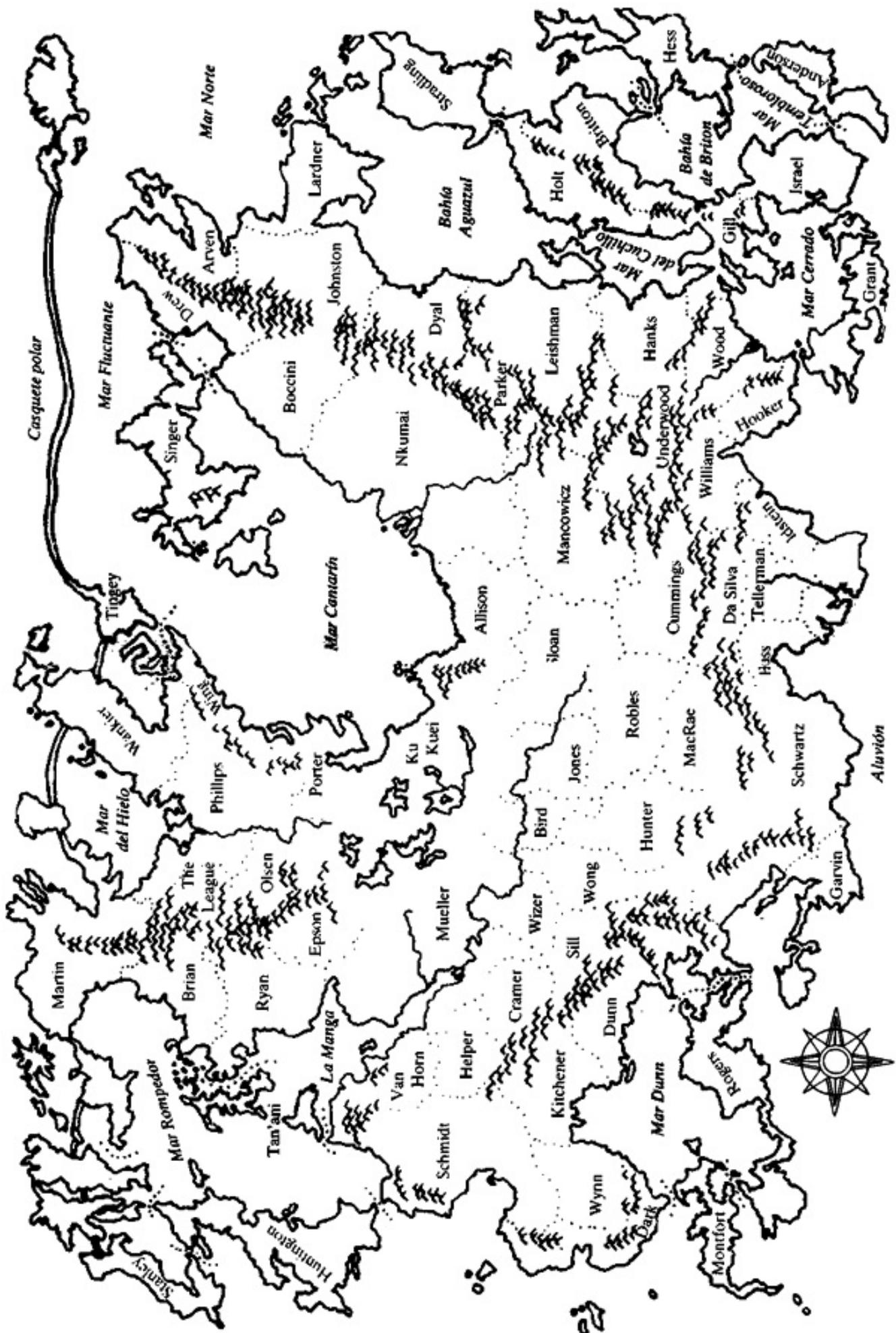
Maki 22.11.13

Título original: *Treason*
Orson Scott Card, 1988
Traducción: Ángela Pérez

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para
mi hermano Bill, que me prestó Catseye,
Mary Jo, que me indujo a leer Body Electric, de Bradbury;
Laura Dene, que me puso en las manos Fundación, de Asimov;
Dale y María, que me hicieron leer las Crónicas de Narnia;
y los bibliotecarios de Santa Clara (California)
y Mesa (Arizona), que me permitieron localizar
«Lámame Joe», de Poul Anderson,
y «Tunesmith», de Lloyd Biggle,
Galactic, Derelict, de Andre Norton,
y Tunnel in the Sky, de Robert Heinlein.
Me hicisteis soñar.
Espero no despertar.*



Nota Del Autor

Un planeta llamado Traición fue mi segunda novela publicada, y en los años transcurridos he aprendido un poco más de cómo puede y debe contarse una historia. La de Lanik Mueller es una historia en la que aún creo y, en esta nueva edición, he dejado la historia en sí intacta. Sólo he cambiado la forma de presentarla (el tono, el ritmo, la claridad). El resultado es el diez por ciento del libro de material nuevo, con pequeñas correcciones casi en cada página. Esta revisión no es un intento de contar la historia de Lanik Mueller como si la hubiera escrito por vez primera en 1988 (esa novela, que, debido a la presión del tiempo, nunca se escribirá, sería un cincuenta por ciento más larga que ésta, con mucho más tiempo empleado en desarrollar otros personajes y relaciones). Esta edición conserva en cambio la sencillez del original, la historia del descubrimiento de un joven y la transformación de su mundo y de sí mismo.

Doy las gracias a mi madre Peggy Cara, que copió la novela de la edición de bolsillo de Dell, permitiéndome así hacer el trabajo de revisión sobre el material en disco de WordPerfect; a mi esposa, Kristine, que leyó el primer borrador de la nueva edición cuando salió de la impresora, ayudándome a darle claridad y coherencia mejor de lo que habría podido hacerlo solo; y a mi hermana Janice Card, por su excelente trabajo en el mapa revisado y aclarado del continente habitado de Traición.

Mueller

Yo fui el último en saber lo que me estaba ocurriendo. O al menos fui el último en reconocer que lo sabía.

Saranna se dio cuenta cuando me acarició el pecho y en vez de remontar suavemente los pectorales duros y magros por las horas de espada, jabalina y arco, palpó una piel más blanda. Recordó que había sentido lo mismo al tocar su cuerpo no hacía muchos años y, como era una verdadera hija de Mueller, con ojos de lince y una mentalidad inflexible, lo supo inmediatamente, supo toda mi historia futura, comprendió todo lo que ya era imposible entre nosotros. No obstante, como era una verdadera hija de Mueller, no dijo nada, ni se afligió; sencillamente, desde aquel momento hasta que me marché de Mueller, no volvió a acariciarme, al menos no como antes, no con la promesa de décadas de pasión futura. Ella lo sabía, pero yo todavía no.

También Dinte se había dado cuenta. Vigilándome como lo hace siempre, el segundo hijo que espera que me ocurra algún accidente para poder impedir que la ayuda llegue a tiempo; buscando algún signo de cretinismo congénito para ser nombrado regente tras la muerte de padre; observando cualquier defecto o flaqueza en mi combate y en mi pensamiento para poder conseguir alguna ventaja cuando (no si) me traicione... Vigilándome con ese anhelo especial, tuvo que advertir que la camisa se movía de una forma distinta sobre mi pecho. De todas las formas que podían incapacitarme para ocupar el trono de mi padre, ésta tenía que ser la que le gustara más. Siendo un pobre pretexto para un hijo de Mueller, se volvió inmediatamente engreído, sin nombrar mi desgracia pero tratándome con esa arrogancia que hasta los cobardes tienen la elegancia de demostrar sólo ante el cadáver de su enemigo. Él lo sabía, pero yo todavía no.

Padre no se había dado cuenta. Tenía siempre demasiado trabajo que hacer para los Mueller; no disponía de tiempo para vigilarme personalmente, pero hacía que me observaran todos mis tutores y la mitad de mis amigos; sobre todo durante el período especial de la pubertad, en que el peligro es mayor.

Aquéllos por cuyas venas corre pura la sangre de la familia Mueller, tenemos un gran don físico: nuestro organismo sana tan rápidamente que las cicatrices se forman antes de coagularse la sangre, y nos crece de nuevo cualquier parte perdida. Esto hace que sea muy difícil matarnos.

Nuestros enemigos dicen que no sentimos dolor, pero no es cierto. A ellos les parece eso porque en la batalla encajamos bien los golpes peligrosos que cualquier otro hombre tendría que esquivar para salvar la vida y podemos arrancar el alma a un enemigo que nos haya hundido la espada en el cuerpo y largarnos acto seguido a atacar a otro, con la herida curándonos ya.

Pero sí que sentimos dolor, como cualquiera. Nuestras mujeres se desmayan en el parto, cuando la carne se les desgarran. Y si nos ponéis la mano en el fuego, sentimos mentalmente un tormento tan intenso como cualquier otro hombre. Sentimos dolor; lo que no sentimos es miedo. Mejor dicho, hemos aprendido a separar dolor y miedo.

Para los demás el dolor significa que su vida está en peligro; para protegerse han de tener el reflejo de evitar el dolor por cualquier medio posible. En cambio para nosotros el dolor en sí no supone un gran peligro.

La muerte sólo nos sobreviene de formas ajenas al dolor: el derrumbe de la senilidad, el duro aliento frío del ahogo, la pérdida de todo sentimiento cuando el tronco se separa de la cabeza. Los simples cortes, quemaduras, puñaladas o fracturas óseas sólo suponen cierta pérdida de vigor mientras el organismo se recupera rápidamente; suponen también que nos alimentarán con filete rojo poco hecho en vez de con rábanos al terminar la batalla.

Y lo que más temen los demás, el desmembramiento, perder los dedos, las manos o los pies, las orejas, la nariz, los ojos o los genitales... nosotros de eso nos reímos.

¿Por qué es eso precisamente lo que más temen los otros pueblos? Porque han llegado a considerar su forma actual su verdadera identidad y si la pierden perderán su identidad, se convertirán en monstruos incluso para sí mismos.

Pero nosotros los Mueller aprendimos hace mucho que nuestra forma actual no es en absoluto nuestra identidad. Podemos tener distintas formas y seguir siendo los mismos de siempre. Es una lección que aprendemos durante la locura de la adolescencia. A los doce o los catorce años, sufrimos también el extraño desorden de las sustancias químicas que hace que a otros les crezca vello en lugares extraños y los convierte en máquinas que pueden hacer copias de sí mismos; en nuestro caso, no obstante, como tenemos un organismo tan vigoroso, también es más fuerte la adolescencia. Nos alimentamos para regenerar las partes rotas o perdidas; durante la demencia de la pubertad, nuestro cuerpo olvida su forma característica e intenta desarrollar partes que ya tiene. Cualquier joven, hombre o mujer, ha agitado un tercer brazo burlonamente a los amigos, bailado algún paso complicado ideado para utilizar una o dos piernas de más, guiñado un ojo superfluo, gesticulado con tres hileras de dientes arriba y cuatro abajo. Yo tuve cuatro brazos una vez, una nariz de más y dos corazones, hasta que el cirujano me colocó bajo su escalpelo para eliminar todo lo sobrante. Nuestra identidad no es nuestra forma. Podemos tener cualquier forma y seguir siendo quienes somos. No nos da miedo perder las extremidades. Podemos destruir o distorsionar nuestra identidad mediante la sustitución.

Tememos otras cosas.

Mi padre me había hecho observar durante toda la adolescencia. Incluso a los quince años, cuando mi cuerpo era sólo un decímetro o dos más bajo que el de un adulto y mi desarrollo sexual debía haberse completado (lo suficiente para que

Saranna llevara mi hijo ya en su interior), incluso entonces, podía sentir los ojos de todos fijos en mí del alba al crepúsculo, midiéndome cuerpo y alma, para poder informar a mi padre en los momentos en que tenía tiempo de pensar en mí. Era imposible que hubieran pasado por alto lo que me estaba ocurriendo; mi padre tuvo que enterarse antes que Dinte, incluso antes que Saranna. Todos ellos lo sabían.

Pero yo no.

Oh, claro que lo sabía. Lo sabía hasta el punto de dejar de usar ropa ajustada y utilizar sólo prendas holgadas. Lo sabía hasta el punto de buscar excusas para no ir a nadar con mis amigos, para no contestar a Dinte por ser incluso más engreído que antes, como si no me atreviera a provocarle a decir en lo que me había convertido. Lo sabía hasta el punto de no preguntarme por qué no me acariciaba Saranna, lo sabía aquel último mes hasta el punto de no llevarla a mi cama. Y pese a ello nunca hablé de lo que había sido de mí, ni siquiera me lo confesé a mí mismo.

—Hoy —dijo Homarnoch.

—No tengo tiempo —le dije, con esa malicia arrogante que emplean los hijos de los príncipes para recordar a los demás la autoridad que aún no tienen.

—El Mueller lo ha ordenado.

Y eso fue todo. Se acabaron los engaños; tuve que reconocer de inmediato todas las mentiras que creía. Aun así, le di largas, le dije que estaba sucio y tenía que lavarme, lo cual era bastante cierto; pero conseguí bañarme sin mirar una sola vez el espejo plateado para verme. Habían sido retirados o cubiertos con paños todos los espejos para no tener que verme nunca en mi habitación. Esto era sólo un signo más de que sabía sin saber... Hasta aquel mes había sido tan vanidoso como cualquier muchacho y me había rodeado de espejos.

Pero era imposible eludir el espejo de la sala quirúrgica estéril de Homarnoch, su local de afiladas cuchillas de acero y camillas ensangrentadas, donde se cortaban las flechas armadas de lengüeta de la carne de los soldados y se extirpaban las llamativas partes inútiles de los cuerpos adolescentes.

Me colocó ante el espejo, situándose él detrás, y me asió los senos, que eran muy voluptuosos ya. Me vi forzado por primera vez a mirar una carne que no podía ser mía. Fui por primera vez consciente de la presión del contacto de otra persona. Sin embargo, no creo que fuera la brusca caricia quirúrgica de Homarnoch lo que me excitó. Aquel roce me resultó mucho más extraño que sexual. Creo que fue la visión de las manos de otro asiendo aquellos senos que debían pertenecer a otra persona. Creo que fue voyerismo. Todavía no creía lo que me estaba ocurriendo.

—¿Por qué no viniste a verme de inmediato? —preguntó Homarnoch. Parecía casi ofendido.

—¿Para qué? Me han crecido todo tipo de partes orgánicas antes.

Movió la cabeza.

—Tú no eres tonto, Lanik Mueller.

Sentí un temor enfermizo al oír mi nombre. Más tarde comprendí que era el nombre Mueller lo que me causaba miedo... no porque fuera mi nombre, sino porque muy pronto no lo sería.

—Ocurre incluso en la familia Mueller, Lanik. Cada pocas generaciones. Nadie es inmune.

—Es sólo la pubertad —dije, deseando que me creyera. Su expresión me pareció triste y no carente de afecto.

—Ojalá tengas razón —dijo, aunque por supuesto no lo esperaba—. Ojalá cuando te examine descubramos que estás en lo cierto.

—No es necesario que...

—Vamos, Lanik —dijo—. El Mueller me ha pedido que le dé mi respuesta en una hora.

Yo cumplía las órdenes de mi padre. Me tendí en la mesa y me dispuse a relajarme mientras el bisturí me mordía el abdomen. Había sentido más dolor antes (el rasgar discordante de las espadas de madera de entrenamiento, por ejemplo, o cuando una flecha me entró por la sien y salió por el ojo), pero no se trataba del dolor. O no sólo del dolor. Porque por vez primera desde mi más tierna infancia, dolor y miedo ardían juntos en mi interior y sentía lo que sienten los hombres corrientes y que tanto les acobarda en el campo de batalla, lo que los convierte en forraje para la espada hambrienta de un Mueller.

Cuando acabó me cubrió la herida con esparadrapo. Sentía ya el vértigo y el hormigueo que me indicaban que el proceso de curación se había iniciado (eran cortes limpios y se curarían todos en unas horas sin dejar cicatriz). No tuve que preguntarle qué había averiguado. Lo sabía, por su espalda encorvada y por su expresión de severo estoicismo. Me di cuenta de que era pesar y no alegría lo que ocultaba su fría máscara.

—Extírpalos sin más —dije a la ligera, jocosamente.

Él no lo tomó a broma.

—Son también los ovarios, Lanik, y si los extirpo, y extirpo el útero, simplemente volverán a crecer. —Me miró entonces a la cara, con el mismo valor con que un hombre se enfrenta a su enemigo en combate—. Eres regenerador radical, Lanik. No acabará nunca.

Allí estaba. El nombre de aquello en lo que me había convertido. Como mi hermosa prima Velinisik, que se volvió loca y se meó en todos con el pene cuyo crecimiento la había convertido en un monstruo. Regenerador radical. Rad. Yo le había dado la espalda como todo el mundo, no volví ni a pronunciar su nombre. Primero dejó de ser humana. Después no había sido humana nunca. Luego, no había existido jamás.

Al final de la pubertad, muchos Mueller se estabilizan en su forma adulta y sólo regeneran aquellas partes del organismo que pierden. Pero un reducido número no volvemos a estar bajo control. La adolescencia se prolonga eternamente y crecen al azar distintas partes del organismo. En estos casos, el organismo olvida cuál debe ser su forma natural; se considera una herida sin fin que ha de curarse siempre; un cuerpo en perpetuo desmembramiento que ha de renovar las piezas continuamente.

Era la peor forma de morir, porque no había funeral; perdías la categoría de persona, pero te negaban la de cadáver.

—Dilo, Homarnoch —le dije—, y puedes decir también que he muerto.

—Lo siento. Pero tengo que informar inmediatamente a tu padre —fue todo lo que dijo.

Y se fue.

Volví a mirar el gran espejo de la pared en la que colgaban mis ropas de una percha. Aún tenía los hombros anchos, por las horas, los días y las semanas con la espada, el palo, la lanza y el arco; y más recientemente con los fuelles de la fragua. Aún tenía las caderas delgadas de correr y montar. Y tenía el vientre musculoso, duro, firme y viril. Y luego, ridiculamente blandos e incitantes, los senos...

Cogí el cuchillo del cinturón que colgaba de la pared y me apreté su agudo filo plateado contra el pecho. Me hizo mucho daño..., corté sólo unos centímetros y tuve que parar. Oí un ruido en la puerta. Me volví.

Una muchachita de Cramer, negra, bajó la cabeza para no verme. Recordé que la habían capturado en la última guerra (que había ganado mi padre), así que nos pertenecía para siempre; le hablé amablemente porque era una esclava.

—Está bien, no te preocupes —le dije, pero no se relajó.

—Mi señor Ensel desea ver a su hijo Lanik. Dice que inmediatamente.

—¡Maldita sea! —dije, y se arrodilló para recibir mi cólera. Pero no la golpeé, sólo le rocé la cabeza al acercarme por la ropa; me vestí. No pude evitar ver mi reflejo al salir: mi pecho subiendo y bajando cuando salía a grandes zancadas de la habitación. La pequeña Cramer me dio las gracias en un susurro cuando me iba.

Empecé a bajar las escaleras corriendo hacia los aposentos de padre. Aún no había aprendido a caminar como una mujer, con pasos suaves y contoneando las caderas para evitar choques innecesarios. Después de tres escalones me detuve y me apoyé en la barandilla hasta que el dolor y el miedo remitieron. Cuando me incorporé para seguir bajando más despacio, vi a mi hermano Dinte al pie de la escalera. Sonreía satisfecho; era el ejemplar más perfecto de gilipollas en ciernes que hubiera producido la Familia.

—Veo que te has enterado —le dije, bajando con cuidado.

—¿Puedo sugerirte que te compres un sostén? —propuso suavemente—. Te prestaría uno de Mannoah, pero ella las tiene mucho más pequeñas.

Me llevé la mano al cuchillo y retrocedió unos pasos. Le había cortado los dedos y arrancado los ojos tantas veces en nuestras riñas infantiles que sabía muy bien que no servía de nada. Pero necesitaba sentir el cuchillo en las manos cuando estaba furioso.

—No debes volver a herirme, Lanik —dijo Dinte, aún sonriendo satisfecho—. Yo seré ahora el heredero y el cabeza de familia bastante pronto, y recordaré.

Intenté dar con alguna respuesta. Algo despectivo que le indicara que no podía hacerme nada equiparable a la tortura de lo que había ocurrido, de lo que estaba a punto de ocurrir.

Pero sólo a tu amigo más leal le confieras ese miedo y ese dolor y tal vez ni siquiera a él. Así que no le dije nada y seguí mi camino hacia los aposentos privados de mi padre. Al pasar a su lado, tarareó con la boca cerrada, como haces para llamar a las prostitutas de Hivvel Street. Pero no le maté.

—Hola, hijo mío —dijo mi padre cuando entré en su habitación.

—Debes decir a tu segundo hijo —contesté— que todavía sé matar.

—Estoy seguro de que querías saludar. Saluda a tu madre.

Seguí la dirección de su mirada y vi a Boñiga, como llamábamos no precisamente con cariño los hijos de la primera mujer de mi padre a la segunda, que había ocupado el lugar de mi madre cuando ella murió de un extraño y súbito ataque al corazón. A mi padre no le había parecido extraño ni súbito, pero a mí sí. El nombre oficial de Boñiga era Ruva; era de Schmidt y había formado parte de un acuerdo global que incluía una alianza, dos fuertes y millón y medio de hectáreas. Se suponía que sería una concubina, pero el azar y la inexplicable pasión de mi padre la habían hecho progresar en el mundo. Nos habíamos visto obligados por la costumbre, la ley y la cólera de mi padre a llamarla madre.

—Hola, madre —dije fríamente. Ella se limitó a dedicarme su amable y dulce sonrisa asesina.

Mi padre no perdió el tiempo en demostrarme ternura y compasión.

—Homarnoch me ha dicho que eres regenerador radical.

—Mataré a quien intente meterme en los corrales —dije—. Incluido tú.

—Algún día tomaré tus declaraciones traicioneras en serio, muchacho, y te estrangularé. Pero al menos ese temor puedes desecharlo. Jamás meteré a uno de mis hijos en los corrales, aunque sea un rad.

—Ya se ha hecho antes —indiqué—. He estudiado algo de la historia familiar.

—Entonces sabrás lo que va a pasar ahora. Entra, Dinte —dijo mi padre y me volví y vi a mi hermano pequeño que entraba. Entonces perdí el control por primera vez.

—¿Vas a dejar que ese cretino mediocre arruine Mueller, so cabrón, cuando sabes perfectamente que soy el único que podría mantener unido este endeble imperio

cuando tengas la delicadeza de morirme? ¡Espero que vivas lo suficiente para verlo desmoronarse! —grité.

Algún día recordaría aquellas palabras con amargura, pero ¿cómo podía saber yo entonces que aquella furibunda maldición se cumpliría?

Mi padre se puso en pie de un salto y se acercó a mí rodeando la mesa a grandes pasos. Esperaba que me diera un golpe y me preparé para recibirlo. Pero me agarró el cuello y sentí el enfermizo temor momentáneo de que fuera a cumplir la amenaza de estrangularme. Entonces me abrió la túnica rasgándola, me apoyó las manos en los senos y me los apretó uno contra el otro brutalmente. Di un grito sofocado de dolor y retrocedí.

—¡Ahora eres débil, Lanik! —me gritó—. Eres blando y femenino y ningún hombre de Mueller te seguiría a ningún sitio.

—A no ser a la cama —añadió Dinte impudicamente. Padre se volvió y le dio un tortazo en la oreja.

Cuando se volvió me cubrí el pecho con los brazos como una virgen y me di la vuelta quedando de cara a Boñiga. Ella seguía sonriendo y la vi bajar los ojos de mi cara a mi pecho...

¡No son míos!, grité para mí. Ni son míos ni forman parte de mí; y sentí el incontenible deseo de retroceder, de salir de mi cuerpo completamente, de dejarlo allí e irme a cualquier otro sitio, siendo aún hombre, siendo todavía yo mismo.

—Ponte una capa —ordenó mi padre.

—Sí, mi señor Ensel —susurré, y en vez de salir de mi cuerpo, lo cubrí y sentí el roce del tosco tejido de la capa en los delicados pezones. Me quedé allí de pie y presencié toda la ceremonia en la que mi padre me declaró bastardo y nombró heredero a mi hermano Dinte. Mi hermano parecía alto y rubio, fuerte e inteligente, aunque yo sabía mejor que nadie que su inteligencia era sólo propensión a la astucia; ni la agudeza ni la destreza igualaban su fuerza. Cuando terminó la ceremonia, Dinte se sentó con naturalidad en la silla que me había pertenecido durante años.

Seguí allí de pie ante ambos y mi padre me ordenó jurar lealtad a mi hermano pequeño.

—Prefiero la muerte —dije.

—Esa es la alternativa —dijo padre, y Dinte sonrió.

Juré lealtad eterna a Dinte Mueller, heredero de las posesiones de la familia Mueller, que incluían la hacienda Mueller y las tierras que mi padre había conquistado: Cramer, Helper, Wizer y la isla de Huntington. Hice la promesa solemne porque Dinte deseaba clarísimamente que me negara y muriera. Pero estando yo vivo, no tendría sosiego; me pregunté ociosamente cuántos guardias apostaría en torno a su lecho aquella noche.

Pero yo sabía que no iba a intentar matarle. Eliminarle a él no me pondría en su

lugar; sólo supondría una lucha violenta por la sucesión, o algo peor: podría permitir a Ruva reproducir algún retoño repugnante con la mitad de los genes de mi padre para que ocupara su puesto. En cualquier caso, un rad como yo nunca podría gobernar en Mueller. Además, los radicales casi nunca llegaban a los treinta años y no les (nos) estaba permitido cruzarse con los superiores.

Sentí un dolor súbito al comprender lo que significaba aquello para la pobre Saranna. Las mujeres le quitarían al niño y lo matarían. Pasaría de ser la posible futura primera esposa del padre de la Familia a ser la ex concubina de un monstruo. El día que las mujeres me eligieron como su pareja reproductora había entrado en el camino de la gloria; ahora el camino se desmoronaba bajo sus pies. No sólo se destruía mi futuro sino también el suyo.

—¿Veo los pensamientos de un estrangulador en tu mirada, Lanik? —preguntó mi padre. Creía que seguía pensando en Dinte.

—En absoluto, padre —le aseguré.

—Veneno, entonces. O aguas profundas. Creo que mi heredero no estará seguro contigo en Mueller.

Le miré furioso.

—El peor enemigo de Dinte es él mismo. No necesita mi ayuda para acabar en desastre.

—También yo he leído la historia de la Familia —me dijo—. Todos los Mueller que fueron demasiado sentimentales para enviar a sus descendientes regeneradores radicales a los corrales lo lamentaron poco después.

—Entonces ordena que me maten con dignidad, padre.

Era lo más que podía aproximarme a suplicarle. Sin embargo, le mendigué en silencio: No permitas que me alimenten y me recolecten, que me sieguen extremidades y órganos como se esquila a los corderos, se ordeña a las vacas o se hila la seda de una araña.

—No, soy afectuoso —dijo padre—. No quiero matarte. Así que te enviaré a cumplir una misión, tendrás que ir muy lejos y te llevará mucho tiempo, así podré tener la esperanza razonable de que Dinte seguirá con vida.

—No tengo miedo de él —dijo Dinte despectivamente.

—Entonces es que de veras eres tonto —dijo padre con aspereza—. Con tetas o sin ellas, Lanik te da mil vueltas, muchacho, y no te confiaré mi imperio hasta que me demuestres que eres al menos la mitad de inteligente que tu hermano.

Dinte guardó silencio, pero me di cuenta de que mi padre había grabado mi sentencia de muerte en la mente de Dinte. ¿Deliberadamente? Deseé que no. Pero se me ocurrió que padre podría haber decidido que la mejor prueba de la aptitud de Dinte para gobernar sería la destreza con que organizara mi asesinato.

—¿Una embajada a qué nación? —pregunté.

—Nkumai —respondió.

—Un lejano reino de negros salvajes arborícolas en el este —dije, recordando las clases de geografía—. ¿Por qué tenemos que enviar emisarios a los animales?

—No son animales —dijo mi padre—. Últimamente utilizan espadas de acero en la batalla. Hace dos años conquistaron Drew. Y es probable que Allison caiga en su poder mientras tú y yo estamos aquí hablando.

Me sentí furioso al pensar en los negros arborícolas conquistando a los orgullosos talladores de piedra de Drew o a la atrasada población religiosa de Allison. ¿Acaso no habíamos conquistado nosotros Cramer y les habíamos enseñado cuál era el lugar de los negros en el mundo, esclavizándolos?

—¿Por qué les enviamos embajadores en vez de ejércitos? —pregunté indignado.

—¿Soy tonto? —me preguntó padre a su vez—. Si necesitara fanatismo estúpido convocaría una asamblea y escucharía a la nobleza.

Me resultaba al mismo tiempo alentador y doloroso que esperara que pensara como Mueller y no como cualquier soldado raso sin responsabilidades. Así que le contesté, con sinceridad ahora:

—Si tienen metales duros quiere decir que han encontrado algo que el Mundo Exterior comprará. No sabemos cuánto metal tienen; no sabemos lo que venden. Así que mi misión no es conseguir un tratado sino averiguar qué tienen que vender y lo que les paga el Embajador por ello.

—Muy bien —dijo mi padre—. Ya puedes marcharte, Dinte.

—Si vais a tratar asuntos del reino —dijo Dinte—, ¿no debería quedarme y enterarme?

Padre no respondió. Dinte se levantó y se fue. Entonces padre hizo un gesto con la mano a Boñiga, que salió también de la estancia, contoneando las caderas con insolencia.

—Lanik —dijo mi padre cuando nos quedamos solos—. Lanik, ojalá pudiera hacer algo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y comprendí un tanto sorprendido que le importaba lo suficiente para apenarse por mí. Aunque no por mí, en realidad, pensé. Por su precioso imperio, que seguramente Dinte no mantendría unido.

—Lanik, jamás en los tres mil años de Mueller ha habido una mente como la tuya en un cuerpo como el tuyo, un hombre realmente apto para dirigir a los hombres. Y ahora el cuerpo se ha estropeado. ¿Me servirá aún la mente? ¿Seguirá el hombre amando a su padre?

—¿Hombre? Si me vieras por la calle desearías llevarme a la cama.

—¡Lanik! —me gritó—. ¿Es que no crees en mi dolor?

Sacó su daga dorada, la alzó y se la hundió en la mano izquierda, clavándola en la mesa. Cuando la sacó, la sangre salió a borbotones de la herida; se limpió la mano en

la frente y se llenó la cara de sangre. Lloró entonces, mientras la hemorragia se detenía y el tejido cicatrizante cubría la herida.

Me senté a observar su ritual de pesar. Guardamos silencio hasta que la herida estuvo completamente curada; sólo se oía su pesada respiración. Me miraba con ojos abatidos.

—Te habría enviado a Nkumai aunque no hubiera ocurrido lo que ha ocurrido — me dijo entonces—. Durante cuarenta años hemos sido los únicos en todo el mundo, los únicos que supiéramos, que disponíamos de metal duro suficiente para ganar en la guerra. Ahora Nkumai es nuestro único rival y no sabemos nada de esa Familia. Tendrás que ir en secreto; si se enteran de que eres de Mueller te matarán. Y si no lo hicieran, se asegurarían de que no vieras nada importante.

Reí con amargura.

—Y ahora tengo el disfraz perfecto, ¿eh? Nadie creería nunca que Mueller enviara a una mujer a hacer el trabajo de un hombre.

Ya estaba, lo había dicho, me había dado el nombre que me impediría dejar de existir. Pero sabía que aquello tampoco era posible: Mueller no aceptaría radicales, fueran hombres o mujeres. Sólo lejos de Mueller me considerarían humano. Padre podía llamarlo embajada, o incluso espionaje, pero los dos sabíamos que el verdadero nombre para designarlo era exilio.

Me sonrió a su vez. Luego, volvieron a llenársele los ojos de lágrimas y me pregunté si no me amaría realmente a mí.

La entrevista había concluido; me marché.

Me encargué de los preparativos, ordené a los mozos de cuadra disponer mis caballos y que los herraran para el viaje; mandé a los cocineros prepararme bolsas de comida para el viaje; conseguí que los eruditos me hicieran un mapa. Cuando todo estuvo en marcha, salí del recinto del castillo y atravesé los corredores cubiertos hacia los laboratorios de genética.

La noticia se había extendido rápidamente, todos los oficiales de alta graduación me eludieron y sólo había estudiantes para abrirme las puertas y guiarme hasta el lugar que deseaba ver.

Los corrales se mantenían bien iluminados día y noche y miré por el alto ventanal de observación los cuerpos esparcidos sin fin por las suaves praderas. Aquí y allá se veía el polvo que se alzaba en los revolcaderos. Todos iban desnudos y vi cómo echaban la comida del mediodía en los comederos. Algunos eran como cualquier otro individuo. Otros tenían pequeñas excrecencias en una u otra parte del cuerpo, o defectos apenas apreciables de lejos: tres senos, o dos narices, o dedos de más en pies y manos.

Y luego vi a los que estaban a punto de recolectar. Me quedé mirando a una criatura que avanzaba con torpeza hacia los comederos. No manejaba bien las cuatro

piernas a la vez y agitaba los cuatro brazos con torpeza para mantener el equilibrio. Una segunda cabeza le colgaba balanceante e inútil a la espalda; una segunda columna le brotaba del tronco como una culebra chupadora rígidamente aferrada a su víctima.

—¿Por qué han dejado a ése tanto tiempo sin cosechar? —pregunté al estudiante que me acompañaba.

—Por la cabeza —me dijo—. Las cabezas completas son muy raras y no nos atrevimos a interferir en la regeneración hasta que estuviera completa.

—¿Conseguimos buen precio por las cabezas? —pregunté.

—No estoy en comercial —me contestó, lo que significaba que el precio era realmente altísimo.

Contemplé al monstruo que se debatía para llevarse la comida a la boca con los brazos insensibles. ¿Sería Velinisik? Me estremecí.

—¿Tienes frío? —me preguntó el estudiante, sumamente solícito.

—Mucho —respondí—. Ya he satisfecho mi curiosidad. Me marchó.

Me pregunté por qué no sentiría el menor agradecimiento porque mi exilio me librara al menos de los corrales. Tal vez porque sabía que si estuviera sentenciado a vivir allí, a producir piezas para el Mundo Exterior, me mataría. Pero, dadas las circunstancias, seguía lejos del suicidio y no tenía por qué huir del espantoso conocimiento de mi pérdida.

Saranna me abordó en la sala de recepción de los laboratorios de genética. No pude eludirla.

—Sabía que estarías aquí —me dijo—, por morbosidad.

Comprendía que quería darme ánimos, procurando simular que todo seguía bien entre nosotros. Dadas las circunstancias, tal pretensión era grotesca. Hubiera preferido que se afligiera por mí, que me tratara como si sólo fuera el recuerdo de alguien que había muerto, que es lo que creía ser entonces.

Intenté seguir mi camino. Me agarró del brazo, aferrándose a mí y sin dejarme soltarme.

—¿Es que crees que me importa lo más mínimo? —me gritó.

—Estás comportándote de forma indecorosa —le susurré indignado. Varias personas bajaron la vista turbadas y los sirvientes empezaron a arrodillarse—. Nos estás avergonzando.

—Pues entonces ven conmigo —dijo. La acompañé para ahorrar más molestias a los que estaban en la sala. Al salir oí los golpes de las varas en la espalda de los sirvientes por haber visto a los nobles actuar de forma grosera. Sentí los golpes como si me los dieran a mí.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —le pregunté.

—¿Y cómo has podido tú estar todos estos días alejado de mí?

—No ha sido tanto tiempo.

—¡Más! Lanik, ¿crees que no lo sabía? ¿Crees que sólo te quería porque eras el heredero del Mueller?

—¿Qué piensas hacer? —pregunté en tono imperativo—. ¿Entrar ahí conmigo? ¿Dejar que te cosechen a ti también?

Se separó de mí, con el horror pintado en los ojos.

—Que tengas más suerte la próxima vez —le dije—. La próxima vez enamórate de un ser humano.

—¡Lanik! —gritó y me rodeó con los brazos, apretando la cabeza contra mi pecho. Al sentir los senos blandos en vez de los músculos firmes, echó por un segundo la cabeza hacia atrás, pero luego me estrechó aún con más fuerza.

Con su cabeza apoyada en mi pecho me sorprendí preguntándome si debía sentirme maternal. ¿No se daría cuenta de que su contacto ya no me agradaba, que sólo me recordaba lo que había perdido? La aparté y eché a correr. Me detuve en la esquina del corredor a mirar atrás. Estaba cortándose las muñecas y gritando, sangrando en el suelo de piedra. Los cortes eran brutales. Permanecería varias horas paralizada por la hemorragia, con tantos desgarros. Fui rápidamente a mi habitación.

Me eché en la cama y me quedé contemplando el delicado damasquinado dorado del techo. En el centro del oro había una única perla de hierro, negra, amenazadora y bella. Por hierro, me dije en silencio. Por hierro nos hemos convertido en monstruos; los Mueller normales capaces de curarse todas las heridas y los rads sirven de animales domesticados, vendiendo sus partes sobrantes al Mundo Exterior a cambio de hierro. El hierro es poder en un mundo sin metales duros. Compramos ese poder con nuestros brazos, piernas, corazones y entrañas.

Colocas un brazo en el Embajador y a la media hora aparece una barra de hierro en el cubo de luz danzante. Coloca unos órganos sexuales congelados vivos en el cubo y los sustituirán cinco barras. ¿Una cabeza? ¡Quién sabe su valor!

A ese precio, ¿cuántos brazos, piernas, ojos e hígados tendremos que dar para conseguir hierro suficiente para hacernos una nave estelar?

Los muros me oprimían y me sentía atrapado en Traición; nuestro planeta tiene altos muros de miseria que nos tenían amarrados, que nos apartaban del Mundo Exterior, que nos hacían prisioneros como a las criaturas de los corrales. Igual que ellos, vivíamos bajo ojos vigilantes, las Familias compitiendo ferozmente unas con otras para producir algo, cualquier cosa que el Mundo Exterior deseara comprar, pagándonos en metales preciosos como hierro, aluminio, cobre, cinc.

Nosotros los Mueller habíamos sido los primeros. Los Nkumai tal vez fueran los segundos. Antes o después, habría una batalla por la supremacía. Y fuera quien fuera el vencedor, el pírrico premio consistiría en unas toneladas de hierro. ¿Podía basarse en eso una tecnología?

Dormí como un prisionero, atado a la cama con las inmensas esposas de gravedad de nuestro pobre planeta prisión; atado a la desesperación por dos preciosos senos plenos que subían y bajaban regularmente. Dormí.

Desperté en la habitación a oscuras y noté el sonido chirriante de respiración pesada. Era mi respiración y sentí con pánico súbito el líquido en los pulmones y empecé a toser violentamente. Me eché sobre el borde de la cama y eché tosiendo un líquido oscuro de la garganta, cada tos me producía un dolor intenso. Al jadear inspiraba el aire por la garganta, no por la boca.

Me palpé la herida abierta bajo la barbilla. Me habían cortado la laringe y noté las venas y las arterias cubiertas de tejido cicatrizante mientras intentaban curarse, enviando a toda costa la sangre al cerebro. La herida iba de oreja a oreja. Pero conseguí expulsar toda la sangre de los pulmones, me eché en la cama e intenté ignorar el dolor mientras mi vigor corporal acudía a curar la cuchillada.

Pero comprendí que no lo haría lo bastante rápido. El que (o la que..., ¿Ruva?) hubiera intentado matarme tan torpemente volvería a verificar su trabajo y la próxima vez no sería tan descuidado. Así que me levanté sin esperar a curarme, aún silbando al inspirar y espirar por la herida abierta. Por lo menos se había detenido la hemorragia y si me movía con cuidado el tejido cicatrizante actuaría gradualmente desde los bordes hacia el interior de la herida y acabaría cerrándola.

Salí al corredor, débil por la pérdida de sangre. Nadie; pero los paquetes que había pedido estaban amontonados junto a la habitación, esperando la inspección. Los metí arrastrándolos. El esfuerzo me produjo una ligera hemorragia, así que descansé un momento mientras los vasos sanguíneos volvían a curarse. Luego registré las bolsas e hice un montón con lo más imprescindible. Sólo me llevé de la habitación el arco y las flechas de punta de vidrio; caminé con cuidado por los corredores y las escaleras hasta los establos, arrastrando una sola bolsa.

Al pasar por la garita de guardia me alegró ver que no había nadie que me diera el alto. A los pocos pasos, comprendí lo que significaba eso y giré sobre los talones, arrastrando la bolsa al hacerlo.

Pero no era ningún enemigo. Saranna jadeó al verme la herida de la garganta.

—¿Qué te ha pasado? —gritó.

Intenté responder, pero mi organismo aún no había reconstruido la laringe y sólo pude mover lentamente la cabeza y ponerle un dedo en los labios para que se callara.

—Me han dicho que te vas, Lanik. Llévame contigo.

Le di la espalda y fui a buscar los caballos; estaban ya a punto en la barra del madherrero. Los tacos de madera resonaban suavemente sobre el suelo de piedra. Eché la bolsa sobre Himmler y ensillé al percherón, Hitler, para montarlo.

—Llévame contigo —suplicó Saranna. Me volví. ¿Qué le habría dicho aunque hubiera podido hablar? Así que no le dije nada; sólo la besé, y luego, como tenía que

irme en silencio y no podía contar con convencerla de que me dejara ir solo, le di un gran golpe con el puño de la daga en la nuca y cayó suavemente sobre el heno y la paja del suelo del establo. Si no hubiera sido una Mueller, el golpe la habría matado. Pero en su caso, sería afortunado si permanecía inconsciente cinco minutos.

Los caballos estuvieron tranquilos al sacarlos del establo y no hubo ningún incidente en el camino hacia la puerta. El cuello alto de la capa me tapaba la herida de la garganta al pasar junto a los guardias. Casi esperaba que me dieran el alto allí, pero no lo hicieron. Y me pregunté por qué le importaría tanto a Dinte que yo muriera o me fuera de Mueller. De cualquier forma no estaría allí para conspirar contra él; y sabía que si intentaba regresar alguna vez, un centenar de asesinos a sueldo me esperarían a la vuelta de cada esquina. ¿Por qué se habría molestado en intentar matarme?

Cuando montaba a Hitler y guiaba a Himmler a la débil luz de Disidencia, la luna rápida, me entraron ganas de reír. Sólo Dinte podría haber intentado asesinarme tan chapucosamente. Pero a la luz de la luna, pronto me olvidé de Dinte y recordé solamente a Saranna, pálida por la hemorragia y disgustada por mí, tirada en el suelo del establo. Solté las riendas y metí las manos bajo la túnica para tocarme los senos y recordar los de ella.

Libertad, la luna lenta, salió entonces por oriente e iluminó con su intensa luz la llanura. Volví a sujetar las riendas y apremié a los caballos, para que la luz del día me encontrara lejos del castillo.

Nkumai. ¿Qué encontraría allí? ¿Me importaba siquiera?

Pero yo era un buen hijo de Ensel Mueller. Iría y observaría para que Mueller pudiera, con suerte, conquistar.

Vi que encendían las luces del castillo, a mi espalda; las antorchas recorrían los muros. Habían descubierto que me había ido. No podía contar con que Dinte fuera lo bastante inteligente ni siquiera ahora para comprender que era absurdo que me matara. Hundí los talones en las ijadas de Hitler. Salió al galope y me agarré a las riendas con una mano mientras intentaba mitigar con la otra el dolor del violento galope del caballo, cada uno de cuyos pasos me agitaba el pecho, hasta que comprendí que no me dolían los senos. Ni la herida de la garganta. El dolor era más hondo en el pecho y al fondo de la garganta y lloré mientras corría más deprisa hacia oriente, no hacia la carretera como seguramente creerían que haría, sabiendo como sabían mi misión, supongo; ni hacia los enemigos circundantes que acogerían encantados a un posible instrumento en su lucha contra el imperialismo de Mueller. Me dirigí al este, hacia el bosque de Ku Kuei; allí no iba nadie, así que a nadie se le ocurriría buscarme allí.

Allison

La llanura de campos bien cultivados desembocaba en pequeños barrancos y mesetas herbosas, y las ovejas empezaron a ser más corrientes que las personas. Libertad aún estaba baja hacia el oeste y el sol estaba bastante entrado en la mañana. Tenía calor.

Y también me sentía atrapado. Aunque no veía a nadie detrás sabía dónde estaban los perseguidores, si es que había alguno (y tenía que suponer que los había): al sur y al este con respecto a mí, vigilando las fronteras de Wong, y hacia el norte, patrullando la larga frontera hostil con Epon. Únicamente en dirección este no había guardias, porque allí no hacía falta ninguno.

Las mesetas se convirtieron en riscos y cerros y seguí meticulosamente el camino hacia el este. Las huellas de cien mil ovejas habían trillado aquellas sendas y era fácil seguir concretamente aquélla. Pero a veces se estrechaba entre un risco que se alzaba a la izquierda y otro que se inclinaba a la derecha, y en tales trechos desmontaba y llevaba a Hitler de las riendas mientras Himmler nos seguía dócilmente.

Al mediodía llegué a una casa.

Había una mujer a la puerta, con una lanza de punta de piedra. Era una mujer madura, de senos caídos, aunque plenos aún, de caderas anchas y vientre protuberante. Le ardían los ojos.

—¡Baja del caballo y aléjate de mi casa, maldito intruso! —me gritó.

Aunque su ridícula lanza no me parecía ninguna amenaza, desmonté. Esperaba convencerla de que me dejara descansar. Me dolían las piernas y la espalda de la cabalgada.

—Querida señora —le dije, en el tono más amable y dulce—, nada tienes que temer de mí.

Siguió apuntándome al pecho con la lanza.

—Ha habido muchísimos robos en la región últimamente y de repente todas las tropas se han ido al norte o al sur persiguiendo al hijo del rey. ¿Cómo sé que no llevas armas y te propones robarme?

Me eché hacia atrás la capa y alcé los brazos. Para entonces la cicatriz del cuello sería sólo una raya blanca que habría desaparecido completamente al mediodía. Al estirar los brazos, se me alzaron los senos bajo la túnica. La mujer me miró asombrada.

—Tengo todo cuanto necesito —le dije— menos una cama para descansar y ropas adecuadas. ¿Me ayudarás?

Desvió la punta de la lanza y se acercó más. De pronto estiró la mano y me apretó el pecho. Grité de sorpresa y dolor.

Se echó a reír.

—¿Por qué te presentas en casa de gente honrada como lo que no eres? Pasa,

señora, tengo un jergón para ti si lo quieres.

Lo quería. Pero aunque había engañado a aquella mujer y me había proporcionado un lecho, mi transformación seguía avergonzándome oscuramente. Era un lobo, al que permitían entrar en la casa porque me tomaban por un perro amistoso.

La casa era más amplia en el interior de lo que parecía por fuera. Comprendí entonces que estaba construida justo en una cueva. Toqué la pared de piedra.

—Sí, señora, la cueva está bien fresquita todo el verano, aguanta bastante bien el viento todo el invierno.

—Ya lo supongo —asentí, con voz deliberadamente más suave y aguda—. ¿Y por qué buscan al hijo del rey?

—Ay, hija, supongo que habrá hecho algo espantoso. Esta mañana temprano llegó aviso como el viento de que tenían que llevarse todas las tropas de la zona.

Me extrañaba que padre dejara a Dinte perseguirme tanto tiempo y tan a las claras como para decir que perseguían al hijo del rey.

—¿No creen que el hijo del rey pueda tomar esta dirección?

Me clavó una mirada penetrante. Por un momento pensé que sabía quién era; pero entonces dijo:

—Por un segundo creí que bromeabas. ¿Es que no sabes que a tres kilómetros de aquí empieza el bosque de Ku Kuei?

Qué cerca. Simulé ignorarlo.

—¿Y eso qué significa?

Movió la cabeza.

—Dicen que ningún hombre ni ninguna mujer que entra en ese bosque sale de él vivo.

—Y supongo que pocos habrán salido muertos.

—Sencillamente no salen, señora. Toma un poco de caldo, huele a cagarrutas, pero es cordero auténtico, maté uno hace una semana y lleva hirviendo todo este tiempo.

Era sabroso y fuerte. Sin embargo, olía realmente a cagarrutas. Después de unos cuantos sorbos me sentí bastante dispuesto a dormir y dejé la mesa, y me acerqué a la cama del rincón que me señaló.

Desperté a oscuras. En la chimenea crepitaba el débil fuego y vi la sombra de la mujer moviéndose por la habitación. Tarareaba en voz baja una melodía tan monótona y bella como el mar.

—¿Tiene letra? —le pregunté. No me oyó y volví a dormirme. Cuando desperté de nuevo, una vela me daba en la cara y la anciana me miraba fijamente. Desorbité los ojos y retrocedió un poco desconcertada. Noté el aire frío de la noche y comprendí que tenía la túnica abierta y los senos al descubierto; me cubrí.

—Lo siento, jovencita —dijo la mujer—. Pero es que vino un soldado, de veras, buscando a un joven de dieciséis años llamado Lanik. Le dije que por aquí no había pasado y que aquí estábamos solas mi hija y yo. Y como tienes el cabello tan rapado, no me quedó más remedio que demostrarle que eras una chica. Así que te abrí la túnica, ¿comprendes?

Asentí lentamente.

—Creí que no querías que el soldado te reconociera, señora. Ah, y otra cosa. Tuve que soltar los caballos.

Me incorporé de un salto.

—¿Mis caballos? ¿Dónde están?

—Los soldados los encontraron camino abajo, bastante lejos, sin nada encima. Escondí tus cosas debajo de mi cama.

—Pero ¿por qué, mujer? ¿Cómo viajaré ahora? —Me sentía traicionado, aunque ya entonces sospechaba que la mujer me había salvado la vida.

—¿Es que no tienes pies? Y supongo que ya no querrás ir hasta donde podían llevarte los caballos.

—¿Y adónde crees que voy?

Sonrió.

—Oh, tienes una cara preciosa, señora. Lo bastante para ser chico o chica, y joven, y muy blanca, como el hijo de un rey. Dichosa la mujer que te tenga por hija, o el hombre que te tenga por hijo.

A esto no dije nada.

—Creo que ya sólo puedes ir a un sitio, al bosque de Ku Kuei.

Me eché a reír.

—¿Así que puedo entrar en el bosque y no salir nunca?

—Eso es lo que les decimos a los forasteros de las tierras bajas, pero nosotros sabemos perfectamente que un hombre puede internarse bastantes leguas y recoger bayas y raíces y otros frutos y salir sano y salvo. Aunque ocurren allí cosas extrañas y un hombre sensato se quedaría en la linde.

Estaba ya completamente despierto.

—¿Cómo supiste quién soy?

—Hay realeza en todos tus gestos, en cada palabra que dices, muchacho. O muchacha. ¿Qué eres? No me importa. Lo único que sé es que no aprecio mucho a los hombres endiosados de la llanura que creen que mandan en todo el pueblo de Mueller. Si huyes del rey, cuenta con mi bendición y con mi ayuda.

Nunca se me había ocurrido que ningún ciudadano de Mueller pensara así de mi padre. Ahora me era útil, pero me pregunté qué me habría parecido la actitud de aquella mujer de haber seguido siendo el heredero.

—Te he preparado un fardo fácil de llevar —me dijo— con comida y agua,

supongo que te gustará el cordero frío.

Era mejor que morir de hambre.

—No comas las bayas blancas de los arbustos parecidos a los robles del bosque, porque morirías en el acto. Y el fruto con protuberancias rugosas, ése ni lo toques, y procura no pisar un hongo amarillo oscuro porque te infectaría durante años.

—Aún no sé si voy a entrar en el bosque siquiera.

—¿Dónde irías si no?

Me levanté y me dirigí a la puerta. Disidencia estaba alta, cubierta de nubes. Libertad aún no había salido.

—¿Cuándo tengo que irme?

—En cuanto salga Libertad —me dijo—. Entonces te acompañaré a pie hasta la linde del bosque; te quedarás allí hasta un segundo antes de que salga el sol. Entonces entrarás en el bosque. Tomarás rumbo este pero aproximadamente un tercio hacia el sur, hasta que llegues a un lago. Dicen que desde allí el verdadero camino hacia la seguridad es recto hacia el sur, hacia Jones. No vayas por los caminos. No sigas ninguna figura de hombre ni de mujer que veas. Y no prestes atención al día ni a la noche.

Sacó ropa de mujer de un baúl y me la dio. Era bastante raída y vieja, pero recatada y virginal.

—Es mía —dijo—, aunque dudo de que pudiera meter dentro alguna vez mi viejo cuerpo, que se ha hinchado de grasa estos últimos años.

Se echó a reír y la guardó en la bolsa.

Salió Libertad y la mujer me llevó a la puerta y me acompañó por un camino en dirección este desde su casa; no parecía que fuera muy transitado. Hablaba mientras caminábamos.

—¿Para qué necesitamos soldados en absoluto, digo yo? Blanden un poco de metal duro, lo mojan en la sangre de otro y luego ¿qué? ¿Ya ha cambiado el mundo? ¿Se van los hombres al Mundo Exterior, o somos nosotros los de Traición libres ahora por tanto derramamiento de sangre? Creo que somos como perros que luchan y se matan por un hueso, y ¿qué consigue el vencedor? Sólo un hueso. Y ni la menor esperanza de nada más después de eso. Un simple y único hueso.

Surgió entonces una flecha de la oscuridad y se le hundió en la garganta; cayó muerta a mi lado.

Aparecieron dos soldados a la luz de la luna con las flechas dispuestas. Me agaché justo cuando uno disparó. Falló. La segunda me dio en el hombro. Pero para entonces mi bolsa estaba ya en el suelo y hundí la daga al primero en el corazón, tirando al suelo de una patada al otro. Había formas de lucha que nunca les enseñaban a los soldados.

Cuando ambos estuvieron inmovilizados les corté la cabeza para eliminar toda posibilidad de que se regeneraran y contaran lo que habían visto. Cogí el mejor de sus dos arcos y todas las flechas de punta de vidrio y volví junto a la mujer. Le quité la flecha del cuello, pero noté que no se curaba en absoluto. Una de las ramas más antiguas de la familia, entonces, demasiado pobre para seguir en la cadena de evolución genética que había producido obras maestras de autoconservación como la familia real, como las tropas reales.

Y monstruos genéticos como la gente de los corrales. Como yo.

Le rendí mi aflicción, dejando que le goteara en la cara la sangre de mi mano. Luego le coloqué en la mano la flecha que me había dado en el hombro para que tuviera poder en el otro mundo, pese a mis dudas sobre la existencia de semejante lugar.

Las correas de la bolsa me rozaban el hombro herido y me dolía mucho, pero estaba entrenado para aguantar el dolor y sabía que tanto el hombro como la mano se me curarían pronto. Seguí avanzando hacia el este, siguiendo el sendero, y no tardé en llegar a la sombra de los árboles negros de Ku Kuei.

El bosque fue algo tan súbito como una tormenta, de la luz brillante de Libertad a la oscuridad absoluta. Los árboles parecían eternos, desde la orilla misma, como si quinientos (o cinco mil) años antes algún gran jardinero hubiera plantado un huerto justo así, con las lindes de la propiedad bien definidas y claras.

No obstante, el bosque ya era así hacía tres mil años, cuando las naves de la República (un nombre falaz para la dictadura repugnante de las clases serviles, según los textos de historia) se apoderaron de los grandes rebeldes y de sus familias y los abandonaron en el inútil planeta llamado Traición, donde permanecerían exiliados hasta que tuvieran naves para salir de allí. Naves, decían riéndose, siendo como era la plata el metal más duro del planeta.

Sólo podíamos conseguir metal comprándolo y eso a cambio de algo que ellos necesitaran. Durante siglos y siglos, todas las Familias habían puesto algo en el cubo brillante de su Embajador; y durante siglos y siglos el Embajador lo había aceptado... y lo había devuelto. Hasta que dimos con una forma de explotar la agonía de los regeneradores radicales.

Pero algunas Familias no participaban en la carrera por comerciar con nuestros captores. Los habitantes de Schwartz permanecían ocultos en su desierto, un territorio al que no iba nadie; los de Ku Kuei vivían en algún lugar de las entrañas de su bosque oscuro. La linde del bosque había sido siempre la frontera oriental de Mueller; y ésa era la única dirección en la que mi padre y el suyo antes que él no habían intentado nunca ampliar sus conquistas.

El bosque era frío y silencioso. No se oía ni un pájaro. Ni un insecto, aunque en el monte bajo había bastantes flores. Luego salió el sol y lo mismo hice yo,

adentrándome en el bosque en dirección este un tercio hacia el sur.

Al principio había una ligera brisa matinal; pero luego cesó y las hojas colgaban absolutamente inmóviles. No se veían casi pájaros y cuando veía alguno estaba como dormido en las ramas altas, inmóviles. No había animales pequeños en el camino y me pregunté si sería aquél el secreto de Ku Kuei: que allí sólo vivían las plantas.

No veía el sol, y determinaba el rumbo a seguir fijándome en los árboles que estaban en hilera, rectificando de vez en cuando. Dirección este un tercio sur, me repetía una y otra vez, procurando no oírlo en la voz de la mujer (¿por qué sufría por ella si no la conocía?).

Después de caminar lo que me parecieron horas y horas, seguía siendo por la mañana, por la vaga dirección de la luz más intensa, donde suponía que estaba el sol. Los senderos iban a derecha e izquierda, pero obedecí de nuevo la voz de la anciana en mi memoria diciendo: «No vayas por los caminos».

Tenía hambre. Mastiqué el cordero. Encontré bayas y las comí, pero no las blancas.

Al final sentía las piernas tan cansadas que no podía colocar una delante de la otra, y sin embargo, todavía era de día. No comprendía aquel cansancio. En los entrenamientos muchas veces me habían exigido caminar a paso ligero desde el amanecer hasta la puesta del sol, hasta que conseguí hacerlo casi sin esfuerzo. ¿Habría algo en el aire del bosque, algún elemento químico que me debilitaba? ¿O me habría debilitado quizá la curación de las heridas recientes más de lo que suponía?

No lo sabía. Dejé la bolsa junto a un árbol y dormí de un tirón profundamente mucho tiempo.

Tanto que cuando desperté era otra vez de día; me levanté y seguí la marcha.

Otra vez un día de camino, y luego el cansancio mientras aún estaba alto el sol. Esta vez me obligué a seguir avanzando, a seguir y seguir hasta que lo hice maquinalmente. Estaba lo bastante despejado para evitar las raíces enmarañadas, para seguir una ruta por zonas cerradas, trepar sobre las rocas, deslizarme con cuidado por las pendientes de hondonadas y barrancos y escalar luego el otro lado, pero me sentía tan entumecido sólo por el esfuerzo de mantenerme despierto que en realidad no era consciente de ello; olvidaba un obstáculo en cuanto lo salvaba. Tenía la sensación de llevar días caminando, y sin embargo, el sol seguía alto.

Al principio, el cansancio en tan breves espacios de tiempo me produjo un intenso temor de que los síntomas propios de los regeneradores radicales incluyeran algún tipo de distrofia general... Pero no podía ser eso, porque había tenido fuerzas para seguir y seguir, ¿no? No era debilidad, ya que sin duda había cubierto un trecho por lo menos. Pero quizá afligiera a los radicales aquel súbito ataque de sueño casi incontrolable. Pero yo lo estaba controlando, ¿no? Y aunque los rads de los corrales se movían con languidez desesperanzada, no dormían más a menudo que los demás

hombres, o al menos nadie decía nunca que lo hicieran.

Luego se me ocurrió una idea que me consoló un poco: que aquella cosa extraña que me estaba ocurriendo no se debiera a la condición de mi organismo sino que fuera algo causado por el misterioso bosque de Ku Kuei. ¿No sería que los bosques emanaban alguna sustancia química que producía fatiga? O tal vez sólo la ilusión de fatiga. O quizá un conjunto de elementos químicos debilitantes en el aire, que causara alucinaciones, que distorsionara mi noción del tiempo, haciéndome desear dormir con la misma urgencia con que desea un hombre el agua después de tres días sin beber.

Eso explicaría que Ku Kuei se hubiera convertido en un lugar tan temido y odiado. ¿Y si la noción del tiempo se distorsionara allí hasta el punto de que un individuo pudiera creer que había recorrido kilómetros en unos minutos? Vencido por la fatiga podría dormir veinticinco horas, levantarse luego, caminar unos metros más y derrumbarse convencido de que había hecho el trabajo de un día. En un breve espacio de tiempo el efecto acumulativo de todas aquellas sustancias químicas podría resultar fatal, bien directamente envenenándole, o indirectamente, haciéndole dormir hasta que muriera deshidratado.

No era raro que hubiera tan pocos animales salvajes allí. Tal vez algunos pájaros se hubieran adaptado al aire tóxico, algunos insectos con el cerebro tan pequeño que no les afectaba. Pero eso explicaría por qué no se había sabido nada de la familia Ku Kuei casi desde el momento en que habían entrado en aquel mundo hacía tres mil años.

Y allí estaba yo, atrapado en las mismas defensas naturales de aquel bosque e igual de lejos de conseguir abrirme paso hacia la libertad. Después de todo mi sentencia había sido la muerte, no sólo exilio. Las bacterias y los pequeños insectos del lecho del bosque consumirían mi carne; mis huesos se calcinarían y se desintegrarían al cabo de décadas; y entonces pasaría a formar parte del planeta que llamábamos Traición, aportándole el único metal que contendrá esta tierra, el metal de las almas de los hombres. ¿Era la mía un elemento suave y blando? ¿O sería yo un lugar duro en el suelo del bosque? ¿Absorberían de mí las raíces una materia que diera vigor a sus troncos macizos?

Esto iba pensando mientras luchaba por mantenerme despierto. Creo que durante un tiempo soñaba mientras caminaba, imaginándome uno entre cientos de árboles que avanzaban al combate con los peligrosos soldados negros de Nkumai. Y era tal mi locura que me veía agitando ramas inmensas para hacer caer a los espadachines de Mueller, pulverizándolos luego con mis raíces irresistibles.

Volví en mí y pensé más juiciosamente (aunque quizá con idéntica demencia) en el posible significado del bosque tóxico. Consideré que en tres mil años de vida en este mundo, lo único en lo que habíamos pensado los Mueller era en salir de allí, en conseguir ingentes cantidades de hierro que nos permitieran construir un día una nave

y escapar. Otras Familias habían dedicado sus esfuerzos a intentar convencer a su Embajador de que estaban arrepentidos de la rebeldía de sus antepasados y deseaban regresar del exilio: En realidad, explicaron en un millar de misivas diferentes, nosotros somos la vigésima generación de los que amenazaron en tiempos vuestra agradable República. Pero les devolvieron todas aquellas cartas halagüeñas hechas trizas. Quien estuviera en el otro extremo del Embajador, controlándolo, no había aprendido a perdonar en tres mil años. Eso me llevó a preguntarme si los delitos de nuestros antepasados no habrían sido en realidad mucho más espantosos de lo que ellos decían. La verdad era que las únicas historias que teníamos contaban su versión de lo ocurrido y en sus informes ellos eran absolutamente inocentes. ¿Pero acaso no se consideran inocentes todos los delincuentes monstruosos? ¿No merecieron todas sus víctimas morir de alguna forma, en su imaginación, al menos?

¿Por qué en todos aquellos años habíamos mantenido la vista clavada en las estrellas, esperando escapar de este mundo y sin aprender prácticamente nada de los secretos que encierra? Antes de que llegáramos nosotros, sólo lo habían estudiado lo indispensable para averiguar dos cosas: Primera, que era habitable (que, pese a su reducido tamaño, Traición tenía la masa necesaria para mantenernos en un tercio de la gravedad del mundo en que se habían desarrollado los humanos, así que seríamos fuertes, podríamos correr saltando por las praderas y entre los árboles gigantes; y que los elementos químicos esenciales de la vida del planeta eran lo bastante similares a los nuestros para que, aunque no podíamos comer provechosamente los animales nativos, nosotros y nuestros animales podíamos comer suficientes plantas nativas para mantenernos; así que el enviarnos a este planeta fue realmente exilio y no condena a muerte). Y, en segundo lugar, había tan poco metal en las capas próximas a la superficie que ni siquiera merecía la pena intentar extraerlo. Era un mundo sin valor. Un mundo sin materiales que nos permitieran construir una escalera hacia las estrellas.

¿Pero sería verdaderamente despreciable sólo porque no nos podía permitir construir naves estelares? Este era uno de los raros mundos en los que había surgido la vida. ¿Sabíamos siquiera por qué había surgido la vida aquí? ¿Es que bastaba con saber que podíamos alimentarnos de su vida vegetal? ¿No teníamos la menor curiosidad en cuanto a las diferencias entre la vida del planeta y nuestra química orgánica? Habíamos aprendido lo suficiente de nosotros mismos como para crear monstruos como yo, pero no sabíamos lo bastante de este mundo para decir que vivíamos realmente en él. Sin embargo, en la frontera oriental de Mueller existía un lugar donde los propios árboles habían aprendido lo suficiente de nosotros como para hacer que un vagabundo solitario muriera de sueños a su sombra.

Todas estas consideraciones me llevaron a una sola conclusión: La certeza de mi muerte. Y sin embargo me llenaron de una extraña emoción, un anhelo de vivir el

tiempo suficiente para aprender más de este mundo. Se me había ocurrido una idea grandiosa. Había otro camino hacia la libertad además del hierro obtenido de los Embajadores. Nos habían dado un mundo entero, ¿no? ¿Podríamos ser libres dejando de apretujarnos contra el muro carcelario de gravedad y volvernos hacia abajo y averiguar lo que había bajo nuestros pies; y hacia fuera, descubriendo la vida que nos rodeaba y aprendiendo sabiduría de ella?

Aquella emoción me hizo seguir avanzando. Una vez me pregunté incluso si, en los momentos previos a mi muerte, las plantas me hablarían, sin referirme, naturalmente, a que tuvieran voces, sino que sus tóxicos provocarían alguna visión iluminadora que me indicaría lo que nos tenía reservado este mundo a nosotros los intrusos, a nosotros los forasteros. Mientras me asía a los troncos, apoyándome y abriéndome paso tambaleante por el bosque, pedía en silencio a los árboles que me hablaran. Matadme si tenéis que hacerlo, pero no me dejéis morir sin conocer a mi vencedor.

Hasta que al final mis piernas dejaron de obedecerme y se me doblaron; y sólo era primera hora de la tarde, si mi cálculo de la posición del sol era correcto. Al tambalearme hacia adelante y caer de rodillas, vi un resplandor de luz azulada delante; al fin había llegado al lago.

No era tan ancho como para no divisar la otra orilla, lejana y difusa en la neblina del vapor que se alzaba invisible de la superficie, pero era tan largo que ni al norte ni al sur se veían sus confines. El sol resplandecía en el agua brillante. Y sí, no podían ser más de las dos de la tarde.

Me eché a la orilla y me dormí; desperté al día siguiente a la que me pareció la misma hora a la que me había dormido.

Me sentía desesperado, pero también optimista. Porque había dormido, eso era cierto. Me dolían los músculos, notaba las piernas entumecidas, pero podía moverme otra vez, sentía el vigor renovado que solamente podía significar que, si bien no todo lo que necesitaba, al menos había dormido bastante para seguir adelante. Y ante todo, estaba despierto. Los elementos tóxicos del aire no me habían hecho morir allí mismo mientras dormía.

Tal vez se debiera a que había salido de entre los árboles y me había derrumbado allí; quizá el agua purificara el aire. Consideré una especie de victoria haber llegado hasta allí.

Repasé mentalmente el mapa de Traición (una de las cosas que conservamos de los tiempos de estudiantes, el mapa del mundo que databa de los primeros reconocimientos orbitales cuando llegaron nuestros antepasados). Había otros lagos, al este de donde me encontraba. Si aquel era realmente el que quedaba más al suroeste, entonces siguiendo dirección este llegaría al mayor de todos, y bordeando su orilla sur y luego un río largo hasta el lago más oriental, llegaría a un paso de las

fronteras de Allison.

La anciana me había dicho que debía girar hacia el sur en el extremo sur del lago, pero Jones dependía demasiado de Mueller; tal vez Dinte tuviera allí espías y mi padre los tenía sin duda... Siempre existía la posibilidad de que mi padre hubiera cambiado de idea y hubiera decidido que mi muerte era precisa por el bien de Mueller.

Mi máxima esperanza una vez que había demostrado que podía vencer la amenaza de Ku Kuei, era seguir hacia el este, abrirme paso hasta Allison, la única familia al oeste de Nkumai. Allí podría llevar a cabo la misión que me había encomendado padre y quizá, demostrándole mi lealtad, me ganara el derecho a volver a casa, o al menos a vivir sin el temor de que algún agente de Mueller llegara para eliminar una amenaza para el gobierno.

Seguí hacia el este, hacia Nkumai, hacia el sol naciente... es decir, naciente en otros tiempos, cuando cruzaba el cielo. El viaje no cambió lo más mínimo. El mismo sopor, el mismo agotamiento (pues parecía que cubriera tanto trecho en cada marcha que, según el mapa que tenía en la cabeza, tendría que haberme llevado dos días enteros a paso rápido, y no las pocas horas que según el sol parecía llevarme). Ideé docenas de nuevas explicaciones o codicilos de las anteriores; me cansé de intentar comprender y me dejé arrastrar por visiones imaginarias de Saranna, recordando su lealtad demencial puesto que no había la menor esperanza de que volviéramos a estar juntos. Por último, solamente las ideas asesinas me impulsaron el último trecho de bosque sin agua que neutralizara la toxicidad del aire: imaginé que mataba a Dinte; y, avergonzado por tales pensamientos respecto a mi propio hermano, imaginé que asesinaba a Boñiga. Imaginé que en cuanto recibiera el golpe mortal, su hechizo mágico se rompería y se convertiría en una inmensa babosa retorcida rezumante por el suelo de piedra del castillo, que dejaría un denso rastro de pus y baba reluciente a su paso.

Comí las bayas que encontré; hacía mucho que mi bolsa estaba vacía; mi cuerpo, que había sido siempre musculoso, magro, y los senos femeninos, que se habían vuelto blandos y grandes con la copiosa dieta de Mueller, eran ahora pequeños, prietos y duros, como el resto de mi cuerpo. El saber que tenían que responder a las mismas necesidades que todo mi organismo facilitaba de algún modo soportar tenerlos. La escasez de alimento y el trabajo duro los afectaba como a todo mi ser. Eran una parte de mí. Podría haberme disgustado cuando aparecieron pero ya no me parecía extraño tenerlos.

Por fin llegué a los esbeltos árboles de corteza gris, que me indicaron que estaba cerca de

... Allison de árboles blancos,

de alba y luz entre las hojas.

Al cambiar los árboles, dejé de sentir casi instantáneamente la toxicidad del aire. Seguía fatigado... como lo estaría cualquier hombre que hiciera en sólo doce largas y terribles marchas mil kilómetros, que le habrían llevado veinte días de viaje a un soldado incluso a media carrera en campo raso. Comprendí que pese a lo que pareciera haberle ocurrido al paso del sol por el cielo, habría cubierto la distancia que me proponía hacer... que mis esfuerzos habían sido todo lo tremendos que imaginé que eran. En realidad, si vivía para regresar alguna vez a Mueller y de alguna forma volvían a considerarme allí una persona, la canción que cantaran sobre mí explicaría aquel viaje extraordinario por el bosque tóxico de Ku Kuei, cubriendo en lo que según el sol parecían pocos días, en doce jornadas de marcha, lo que le hubiera llevado a un hombre bien provisto veinte días por campo abierto; y el doble a un ejército. Si alguna vez se cantaba mi gesta, aquel viaje sería la clave. Eso pensaba entonces yo, que sabía tan poco.

La demencia del viaje había pasado, en cualquier caso; el sol hacía su recorrido normal al ritmo normal y al fin podía caminar hasta la noche.

Por la mañana, un camino. Volví entre los árboles y me puse la ropa que me había dado la mujer de las colinas.

Conté mi capital: veintidós anillos de oro, ocho de platino, y, para un caso de emergencia, dos anillos de hierro. Una daga en la bolsa.

No sabía qué hacer a continuación. Lo último que había sabido en Mueller era que Nkumai había atacado a Allison. ¿Habrían ganado? ¿Seguirían en guerra?

Salí al camino e inicié la marcha rumbo este.

—¡Eh, jovencita! —dijo una voz suave pero aguda a mi espalda. Me volví y vi a dos hombres. Bastante más grandes que yo (aún no había alcanzado el peso de un hombre adulto, aunque tenía casi la misma altura desde los quince años). Parecían ordinarios, aunque su atuendo sugería un uniforme rudimentario.

—Soldados de Allison, supongo —respondí, procurando mostrarme complacida de verles.

El que llevaba la cabeza vendada contestó con una sonrisa lánguida:

—Ay, como si todavía hubiera Allison, gobernando los negros libremente.

Así que Nkumai había ganado o llevaba camino de hacerlo.

El más bajo, que no podía quitarme la vista del pecho, intervino entonces; tenía la voz ronca, como por falta de uso.

—¿Viajarás con dos veteranos?

Sonreí. Error. Casi me habían desnudado antes de enterarse de que sabía utilizar mi daga y que no les seguía el juego. El bajo escapó sangrando por una pierna, y supuse que no llegaría lejos. El alto estaba tirado de espaldas en el camino con los

ojos desorbitados como si dijera: «Mira que morir así después de todo lo que he pasado». Le cerré los ojos.

Pero me habían proporcionado el medio de entrar en la primera ciudad.

—¡Por las ligas de la madre de Andy Apwit, jovencita!, pareces medio muerta.

—Oh, no —le dije al hombre de la posada—, en todo caso, medio violada.

Me echó un manto por los hombros y me dijo sonriendo mientras me guiaba escaleras arriba:

—Podrías estar medio muerta, pero la violación es cuestión de todo o nada, señora.

—¡A mis magulladuras vas a decírselo! —contesté.

La habitación que me enseñó era pequeña y pobre, pero no creía que hubiera otra mejor en la ciudad. Antes de irse me lavó los pies; una costumbre extraña. Era tan delicado que me hacía unas cosquillas insoportables. Pero cuando acabó me sentía mucho mejor. Habría que fomentar aquella práctica entre las clases bajas de Mueller, pensé entonces. Luego imaginé a Ruva lavándole los pies a alguien y me eché a reír.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó el hombre en tono irritado.

—Nada. Soy de una región lejana donde no existe la amable costumbre de lavar los pies a los viajeros.

—¡A ver si te crees que lo hago con todos! ¿De dónde eres, jovencita?

Sonreí.

—Ignoro el procedimiento diplomático adecuado. Digamos que soy de una tierra en la que no se asalta a las mujeres en los caminos... pero donde tampoco estamos acostumbrados a recibir un trato tan amable de un extraño.

Bajó los ojos con humildad.

—Como dice el Libro: «Consolad y limpiad a los pobres y cuidadlos mejor que a los ricos». Me limito a cumplir con mi deber, jovencita.

—Pero yo no soy pobre —le dije. Se levantó de un salto. Me apresuré a tranquilizarle—. En mi país tengo una casa con dos habitaciones.

Sonrió paternalmente.

—Ay, una mujer de una tierra así bien merece este trato.

Cuando se fue me tranquilizó comprobar que la puerta tenía una tranca.

Por la mañana me dieron ración de indigente en el desayuno (mayor que la de los miembros de la familia). El posadero, su esposa y sus dos hijos, ambos mucho más jóvenes que yo, me pidieron que no viajara sola.

—Que te acompañe uno de mis hijos. No quiero que te pierdas.

—¿Es difícil llegar a la capital desde aquí?

El posadero me miró furioso.

—¿Te burlas de nosotros?

Me encogí de hombros, procurando adoptar una expresión inocente.

—¿Por qué puede ser esa pregunta una burla?

La mujer calmó a su marido.

—Es forastera y claramente no le han enseñado el Camino.

—Nosotros no vamos a la capital —me explicó amablemente uno de los muchachos—. Han olvidado a Dios, lo han hecho, y nosotros nos mantenemos alejados de tales actividades frívolas.

—Entonces yo también lo haré —dije.

—Además —dijo entonces el padre—, la ciudad estará llena de inkers.

No conocía la palabra. Se lo dije.

—Son los hijos negros de Andy Apwit —me explicó—. De Inkumai.

Supuse que se refería a Nkumai. Así que habían ganado los negros. En fin.

Me fui después de desayunar; la esposa del posadero me había remendado pulcramente la ropa. Me acompañó el hijo mayor. Se llamaba Sinmiedo. En el primer kilómetro y medio más o menos le pregunté por su religión. Había leído sobre el tema, pero nunca había conocido a nadie que lo creyera, aparte de los rituales de enterramiento y las ceremonias matrimoniales. Me sorprendieron las cosas que sus padres le habían enseñado como ciertas... pero él parecía dispuesto a ser obediente y pensé que tal vez hubiera lugar para aquellas cosas entre las clases serviles.

Llegamos a una bifurcación del camino, donde había un letrero.

—Bueno —le dije—, aquí te devuelvo a tu padre.

—No irás a la capital, ¿verdad? —me preguntó temeroso.

—Claro que no —mentí. Saqué entonces un anillo de oro de la bolsa—. ¿Creías que la bondad de tu padre quedaría sin recompensa?

Le coloqué el anillo en el dedo. Desorbitó los ojos. Así que era pago suficiente.

—Pero ¿no eras pobre? —me preguntó.

—Lo era cuando llegué —repose, adoptando una actitud mística—, pero después de los dones que tu familia me ha otorgado, soy realmente muy rica. No se lo cuentes a nadie y pide a tu padre que haga lo mismo.

El muchacho desorbitó aún más los ojos. Luego se volvió y echó a correr de regreso. Había conseguido aprovechar bien sus historias; y ahora había aumentado la ciencia de los ángeles que parecían hombres y mujeres pobres a simple vista pero que tenían el poder de bendecir o castigar según el trato que recibieran. De hombre, a mujer, a ángel. ¿La siguiente transformación, por favor?

—El dinero por adelantado —me dijo el tipo del mostrador.

Le mostré un anillo de platino y achicó súbitamente los ojos.

—¡Juraría que es robado!

—Pues cometerías perjurio —le dije maliciosamente—. Me atacaron unos

violadores en una de vuestras preciosas carreteras precisamente a mí que vengo como emisaria. Mis guardias los mataron, pero murieron en el intento. He de llevar a cabo mi misión y tengo que vestirme como corresponde a una mujer de mi categoría.

—Perdona, señora. —Retrocedió, haciéndome una reverencia—. Te atenderé en lo que pueda.

No me reí. Y cuando salí de la tienda vestía al estilo llamativo, ceñido y revelador que tanto me había sorprendido ver en las mujeres camino a la ciudad.

—¿Emisaria de dónde? —me preguntó cuando me iba—. ¿Y ante quién?

—De Bird —le dije—, y ante quien sea la autoridad aquí.

—Entonces dirígete al primer negro que veas. Porque en estos días aquí no tiene autoridad ningún blanco, señora, y todos los de Inkumai se creen autoridades.

Mi cabello rubísimo atrajo algunas miradas en la calle, pero me encaminé directamente a los establos, procurando ignorar a los hombres que me miraban adoptando el aire altivo de las prostitutas de clase alta de Mueller para poner en su sitio a los individuos demasiado pobres para permitirse sus servicios.

Aquello completaba el círculo de mis transformaciones. Hombre, monstruo, mujer, ángel y ahora prostituta. Me reí. Ya no me sorprendería de nada.

Me despedí con un anillo de platino sin aceptar la vuelta, pero el carruaje que estaba enganchando el mozo me pertenecía. La capital de Allison quedaba aún a bastantes kilómetros de aquella ciudad y tenía que llegar como correspondía.

Oí estruendo de cascos de madera en el camino de piedra. Abrí la puerta del establo y salí. Una docena de caballos pasaban trotando por el camino alzando un estrépito ensordecedor. Pero no tenía ojos para los caballos. En vez de ello miré a los jinetes.

Eran tan altos como yo (más, en realidad, medirían por lo menos dos metros). Y muchísimo más negros que los habitantes de Cramer que conocía. No tenían la nariz ancha y aplastada como los negros que había conocido, sino pequeña. Y todos llevaban espada de hierro y escudo tachonado de hierro.

Ni siquiera en Mueller equipábamos a los soldados rasos con hierro hasta el momento de la batalla. ¿Cuánto metal tendrían en Nkumai?

El caballero escupió.

—Inkers —dijo, a mi espalda.

Pero le ignoré y salí a la calle, alzando una mano a modo de saludo. Los soldados me vieron.

A los cinco minutos me encontraba desnuda de cintura para arriba y atada a un poste en medio del pueblo. Decidí que ser mujer no era tan interesante como lo pintaban. Cerca ardía una hoguera en la que se calentaba el hierro.

—Flaca, esta —dijo uno de los soldados. Se estaba curando el codo. Podría haberle roto el hueso y haberle dejado el brazo inútil para siempre. Podría haberle

hundido una mano en la garganta y hubiera caído muerto sin darle tiempo siquiera a ver pasar su vida ante sí. Pero eso me habría descubierto. Mientras permanecía quieto con el pecho al aire esperando la tortura, caí en la cuenta de que mi disfraz no iba a durar mucho si empezaban a curármese las heridas ante sus ojos.

—Estáte quieta —dijo el capitán del grupo, en tono educado y melifluo—. Sabías que tenías que registrarte hace tres semanas. No te dolerá.

Le miré furioso.

—¡Suéltame ahora mismo y déjame marchar o lo pagarás con tu vida! —le dije.

Me costaba bastante adoptar un tono de voz agudo y femenino y que pareciera que mi amenaza era puro farol, sabiendo que podía matarle en tres segundos si conseguía soltarme las manos..., en treinta estando atado.

—Soy una emisaria de Bird —dije, por duodécima vez desde que me habían apresado...

—Eso dices —respondió suavemente, e hizo una seña al soldado que calentaba el hierro. Actuaban con demasiada calma. Tenían intención de prolongar el espectáculo. Mi única esperanza era provocar su furia, conseguir que me hicieran demasiado daño demasiado deprisa. Quizá entonces el castigo fuera rápido y desecharan lo que crearían mi cadáver.

No tenía que simular la indignación, claro. En Mueller sólo se marcaba el ganado. Ni siquiera marcábamos a los esclavos. Así que cuando el sonriente soldado me acercó el hierro al rojo al estómago, solté un alarido furioso (procurando dar a mi voz un tono femenino) y le pegué una patada en la ingle que hubiera castrado a un toro. Soltó un grito. Advertí que la patada me había roto la falda. Entonces el capitán me golpeó en la cabeza con la espada de plano, y me desmayé.

Desperté poco después en una habitación a oscuras sin ventanas (únicamente un agujero pequeño en el techo para la luz y una sólida puerta de madera). Sólo me dolía un poco la cabeza y temía haber estado inconsciente tanto tiempo que mi rápida curación hubiera descubierto la verdad. Pero no, sólo habían sido unos minutos. Tenía el cuerpo curado a medias de la paliza que me habían dado después de desmayarme.

Eran soldados disciplinados. Ni siquiera furiosos habían intentado violarme (seguía vestida como antes, desnuda hasta la cintura, pero por lo demás cubierta). Me coloqué bien la blusa rota, que seguía siendo llamativa pero ya no deslumbrante. Era tan ceñida que no había posibilidad de volver a abotonarla, ni siquiera de cubrirme del todo por delante, pero como tenía todas las heridas en la espalda y el roto era delante sirvió bastante bien si no a la modestia sí a la urgente necesidad de ocultar las heridas.

Alguien llamó tímidamente a la puerta.

—Vengo a curarle las heridas, señora —dijo una suave voz femenina.

—¡Lárgate! ¡No me toques! —Procuré dar a mi voz un tono inflexible, aunque

quizá resultara sólo histórico. Daba igual que la supuesta enfermera fuera de Nkumai o de Allison. Si veía las heridas, que parecían de días en vez de hacía sólo unos minutos, todos mis planes se irían a pique. Aun en el improbable caso de que no hubieran oído ningún rumor de los poderes regeneradores de los Mueller, pensarían que pasaba algo raro. Me someterían a un reconocimiento exhaustivo y aunque me castraran primero, mi anatomía les parecería como mínimo algo desconcertante.

La muchacha habló otra vez y volví a ordenarle que se fuera, diciéndole ahora que ninguna mujer de Bird permitía a ningún extraño, hombre o mujer, tocar su sangre. Una vez más tuve que improvisar una costumbre absurda para salir del apuro, pero había estudiado los rituales y costumbres populares en la escuela y había aprendido algo más de lo que exigía el programa... quizá suficiente para deducir lo que podrían considerar tabú o sagrado en otros lugares. Era muy probable que la sangre femenina (en principio la menstrual, pero por extensión toda la sangre de las mujeres) se considerara más sagrada y se reverenciara incluso más que los cuerpos de los muertos.

No sé si por algún tabú local sobre las mujeres sangrantes o por la histeria de mi voz, la chica se marchó; seguí esperando en la habitación sofocante. El hormigueo de la espalda me indicaba que las heridas estaban ya completamente curadas, con postillas o cicatrices. Me puse a pensar en planes de huida sin utilizar la puerta, procurando recordar el trazado del pueblo fuera de la habitación para determinar cuál me llevaría antes a la libertad.

La puerta se abrió con un crujido sobre los goznes de madera y entró en el cuarto un individuo negro con túnica blanca. Traía un unguento, así que al parecer me había salido con la mía en aquello. Me entregó otra túnica, una azul claro.

—Por favor, sal —me dijo.

Cogí la túnica. Se dio la vuelta y cerró la puerta.

Me quité la ropa barata de Allison, me deslicé la túnica sobre la espalda recién curada y los hombros y me la até delante. Así me sentí más seguro, menos vulnerable. Abrí la puerta y salí, pestañeando ante la luz cegadora. El individuo de la túnica blanca estaba a dos pasos de la puerta.

—Exijo que me pongan en libertad —le dije.

—Por supuesto —respondió—, y espero que sigas el viaje a Nkumai.

No hice el menor esfuerzo por ocultar que no creía en la sinceridad de sus palabras.

—Temía que pensaras así —me dijo—, pero te suplico que perdones la ignorancia de nuestros soldados. Nos enorgullecemos de nuestro conocimiento de Nkumai, pero sabemos muy poco de las naciones que quedan más allá de nuestras fronteras. Y por supuesto los soldados saben mucho menos que nosotros.

—¿Nosotros?

—Yo soy profesor —me dijo—. Y me han enviado a pedirte disculpas y a rogarte que sigas el viaje a nuestra capital. Cuando el capitán solicitó permiso para darte muerte por haber mutilado a uno de nuestros soldados, nos dijo que afirmabas ser emisaria de Bird. Él no concibe que una mujer pueda ser embajadora, le parece absurdo. Es de tierra, donde no siempre se reconocen las dotes de una mujer. Pero yo sé que Bird está gobernado por mujeres, y muy acertadamente según me han dicho, así que comprendí que su historia podría ser cierta.

Sonrió y extendió las manos.

—No puedo esperar deshacer lo que hizo nuestro oficial por ignorancia, ha sido degradado, por supuesto, y le han cortado las manos con las que te golpeó.

Asentí. Sin duda era lo menos que podían haber hecho para seguir teniendo credibilidad. Pero también sabía que yo había hecho algún daño.

—El hombre al que golpeé... —dije—. Creo que ha recibido bastante castigo.

Enarcó una ceja.

—Él no lo cree así —dijo—. Tienes que comprenderlo..., ser castrado de una sola patada por una mujer decidida..., no podría soportar vivir con esa historia sobre su nombre.

Volví a asentir, como si lo entendiera perfectamente.

—Y ahora —dijo—, por favor, permíteme escoltarte hasta Nkumai, donde quizá puedas al fin cumplir con tu misión.

—No sé si nuestro deseo de conseguir una alianza con Nkumai será sensato después de todo —dije—. Creíamos que erais un pueblo civilizado.

Afloró un momento en su rostro una expresión apenada, que dio paso luego a una sonrisa desvalida.

—No es verdad —respondió—. Todavía no estamos civilizados. Pero al menos lo intentamos, que es más de lo que puede decirse de muchos pueblos del Este. Estoy seguro de que en Occidente las cosas son distintas.

En aquel momento pensé que aún podía volverme atrás y marcharme de Allison sin comprometerme más con Nkumai, y desaparecer desde allí de Traición, al menos en lo concerniente a Mueller. Pero para bien o para mal, aún estaba decidido a cumplir mi misión y averiguar qué le vendían a su Embajador, que les proporcionaba hierro en mayores cantidades que las que conseguíamos nosotros para Mueller con nuestros cuerpos. Así que comenté algo para volver a abrir la posibilidad de negociación.

—Hay bárbaros en todas las partes de este mundo y quizá en momentos agitados haya que ser amigo de quienes desean ser civilizados para protegerse de quienes desprecian la ley y la cortesía.

—Entonces deberías conversar con quienes ostentan el poder en Nkumai —me dijo. Asentí con expresión benévola y acepté su invitación.

Sin embargo, cuando subimos a su carruaje y partimos rumbo este hacia Nkumai, tuve la desagradable sensación de haber caído en un remolino que me tragaría irremisiblemente; ya no podía escapar.

Cambiábamos de caballos a diario, e hicimos un buen promedio, aunque nos detuvimos a dormir más de doce veces a lo largo del trayecto. Mi guía me mostró rarezas botánicas y zoológicas y me explicó algunas historias y leyendas que no me decían gran cosa en el momento aunque posteriormente, cuando supe más de las costumbres de Nkumai, se aclararon. Me contó también historias bélicas y advertí que cada historia parecía terminar con una homilía sobre la imposibilidad de vencer a Nkumai en batalla.

Sin embargo, procuraba no ofenderme. Me dieron siempre una habitación independiente en las posadas de Allison y aunque los guardias se quedaban delante de mi puerta, no hicieron ningún intento de contenerme ni siquiera de seguirme cuando salía de mis dependencias privadas para ir a la sala comunal o pasear por la calle. Era evidente que su misión consistía en protegerme y no en mantenerme confinado.

Los árboles blancos de Allison fueron clareando y dieron paso a otros más altos, que se alzaban centenares y centenares de metros. Al final, el camino serpenteaba entre árboles gigantescos que dejaban chicos incluso a los más antiguos de Ku Kuei. No volvimos a parar en posadas; dormíamos junto al carruaje, o debajo, cuando llovía, lo cual al parecer ocurría casi a diario.

Luego, un día a primera hora de la tarde, el profesor mandó parar al cochero.

—Ya hemos llegado —dijo.

Miré a nuestro alrededor. No veía ninguna diferencia entre aquel lugar y cualquier otra parte del bosque que tan inmutable me había parecido durante los días de viaje.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Nkumai. La capital.

Seguí entonces su mirada y vi arriba el sistema más intrincado e ingenioso de rampas, puentes y edificios suspendidos en los árboles hasta donde alcanzaba la vista, hacia arriba y hacia los lados en todas las direcciones.

—Inexpugnable —comentó.

—Una maravilla —respondí. Pero no comenté que un buen fuego lo devoraría en media hora. Menos mal, porque a los pocos minutos llegó el diluvio del día y en aquel momento no estaba ni dentro del carruaje ni debajo. Nos calamos en el acto, como si nos hubiéramos zambullido en el mar. Mi acompañante no hizo nada por resguardarse, así que yo tampoco pude hacerlo.

La lluvia cesó a los pocos minutos y el profesor se volvió a mí y me sonrió.

—Pasa casi todos los días, algunos dos veces. Si no fuera así, tendríamos que temer el fuego. Pero tal como son las cosas, nuestro único problema es conseguir turba bastante seca para cocinar.

Le devolví la sonrisa y asentí.

—Comprendo que puede ser un problema.

Evidentemente había intentado adivinar mi comentario sobre la vulnerabilidad de la ciudad al fuego y quería que entendiera por experiencia directa lo inútil que sería el fuego como arma contra ellos.

El suelo era un barrizal de quince centímetros de grosor que supondría un recorrido pésimo y me extrañó que no hubieran hecho algún sendero de piedras o de troncos a los lados del camino; pero entonces encontramos una escalerilla de cuerda y subimos por ella. No volví a tocar el suelo durante semanas.

Nkumai

—¿Quiere descansar un poco? —me preguntó y, por una vez, agradecí tener la apariencia de mujer, pues la plataforma era una isla de estabilidad en un absurdo mundo de escalerillas de cuerda balanceantes y ráfagas inesperadas de viento. El hijo de Mueller jamás habría admitido que necesitaba descanso. Pero una emisaria de Bird no quedaba mal por descansar.

Me tendí en la plataforma y a los pocos minutos sólo veía el techo, aún lejano, de verdor arriba y simulé que seguía en tierra firme.

—No parece muy cansada —comentó mi guía—. Ni siquiera jadea mucho.

—Ah, no necesitaba descansar por el esfuerzo de la subida. Pero es que... no estoy acostumbrada a semejante altura.

Se asomó sin darle importancia por el borde de la plataforma y miró abajo.

—Bueno, sólo estamos a ochenta metros ahora. Nos falta un buen trecho.

Contuve un suspiro.

—¿Adónde me lleva?

—¿Adónde quiere ir? —preguntó a su vez.

—Quiero ver al rey.

Soltó una risilla y me pregunté si una dama de Bird consideraría una ofensa que alguien se riera en su cara. Decidí mostrarme un tanto molesta.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Por supuesto, no esperará ver realmente al rey, señora —dijo.

Lo dijo sonriendo con cierta afectación, pero yo tenía mucha experiencia en poner en su sitio a quienes osaban adoptar una actitud condescendiente conmigo. Sabía hacer que mi voz sonara como si se hubiera curado en hielo todo el invierno.

—Así que vuestro rey es invisible, ¿eh? Qué curioso.

Su sonrisa se apagó un poco.

—Bueno, lo único que quería decir es que no recibe al público.

—Ah. En los países civilizados se concede a los emisarios la cortesía de una entrevista con el jefe de Estado. Pero supongo que en vuestro país los enviados extranjeros han de contentarse con subir a los árboles y visitarse entre ellos.

La sonrisa se borró de su rostro. La condescendencia había cambiado de lado y no le gustaba.

—No recibimos muchos enviados extranjeros. Hasta hace muy poco, las naciones vecinas nos consideraban «simios arborícolas». Creo que ese es el término. Sólo últimamente, desde que nuestros soldados empezaron a provocar cierto revuelo en el mundo, han empezado a llegar emisarios. Así que tal vez no estemos familiarizados con las costumbres de las «naciones civilizadas».

Me pregunté qué habría de cierto en sus palabras. En la gran llanura de río

Rebelde, todas las naciones habían intercambiado embajadores desde que las Familias se dividieron el mundo. Pero si Nkumai había progresado lo suficiente para salir victorioso, seguramente también habrían aprendido a tratar con los embajadores de otras naciones.

—Ahora mismo sólo tenemos tres representantes extranjeros, señora —me dijo—. Recibimos muchos otros, pero naturalmente ahora el emisario de Allison es un leal súbdito del rey, en tanto que los representantes de Mancowicz, Parker, Underwood y Sloan fueron enviados de vuelta porque al parecer les interesaba mucho más nuestro Embajador que fomentar las buenas relaciones con Nkumai. En este momento solamente Johnston, Cummings y Dyal tienen embajadas aquí. Y como debemos economizar nuestro espacio vital, hemos tenido que alojarlos juntos. Me temo que somos un rincón atrasado del mundo. Muy provinciano.

Y estás exagerando un poco, me dije. Pero pese a su escasa sutileza, capté perfectamente la advertencia. Estaban atentos a lo que buscaban la mayoría de los emisarios, incluyéndome muy concretamente a mí. Así que tendría que andarme con cuidado.

—No obstante —le dije—, he venido a ver al rey y si no hay posibilidad de que le vea volveré a casa y diré a mis superiores que Nkumai no tiene interés en establecer buenas relaciones con Bird.

—Bueno, hay una posibilidad de que vea al rey. Pero tendrá que presentar una solicitud en la oficina de servicios sociales y quién sabe adónde la llevará eso.

Me dedicó una leve sonrisa. No éramos amigos.

—¿Seguimos? —propuso.

Avancé cauteloso hacia la escala que se balanceaba suavemente aún en la brisa, amarrada sin apretar a la plataforma con una cuerda delgada sujeta a un poste bajo.

—Por ahí no —me dijo—. Tomaremos otro camino.

Y echó a correr, subiendo de la plataforma a una de las ramas. Si es que se les podía llamar ramas, pues ninguna tenía menos de diez metros de grosor. Me dirigí despacio hacia donde él había subido a la rama y efectivamente había algunos ingeniosos asideros que más parecían hechos por el desgaste que tallados en la madera. Me alcé torpemente de la plataforma hasta donde mi guía me esperaba impaciente. Allí la rama era un poco más horizontal y luego ascendía inclinada a lo lejos, entrecruzada por ramas de otros árboles.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—No —contesté—. Pero sigamos.

—Caminaré un rato —dijo—, hasta que se acostumbre mejor a andar por el árbol.

Luego, me hizo una pregunta que parecía fuera de lugar, después de llevar tantos días viajando juntos:

—¿Cómo te llamas, señora?

¿Llamarme? Naturalmente había preparado un nombre, en Allison, pero como no se había presentado la ocasión de usarlo, lo había olvidado. Ni siquiera ahora puedo recordar qué nombre había elegido. Y como mi confusión era evidente, no había forma de inventar otro sobre la marcha sin despertar sus sospechas. Así que volví a recurrir a una supuesta costumbre para salvar la situación. Esperaba sinceramente que el gobierno de Bird no decidiera de pronto enviar una emisaria, pues dudaba de que la misma quisiera seguir el guión que yo había improvisado. Y si Nkumai era tan eficiente como Mueller y enviaba espías a informarse de una nación que había enviado una embajada, mi entramado de mentiras no tardaría en desmoronarse.

—¿Llamarme, señor? —dije, disimulando la confusión con arrogancia—. O no es usted un caballero, o no me considera una dama.

Pareció momentáneamente desconcertado. Luego se echó a reír.

—Tienes que perdonarme, señora. Las costumbres cambian. En mi país, sólo las damas tienen nombre. A los hombres se nos conoce por los cargos que desempeñamos. Como te he dicho, yo soy Profesor. Pero no pretendía faltarte el respeto.

—Muy bien —dije, disculpándole secamente. Empezaba a resultar divertido el juego de intentar afirmar cierta superioridad sobre él en una situación en la que inevitablemente estaba en inferioridad de condiciones, tal como suponía que una verdadera diplomática se vería obligada a hacer. Esto casi me hace olvidar el hecho de que aunque el camino que seguíamos no era más difícil que el de una colina empinada, daba la casualidad de que aquella colina concreta era una gruesa rama que ascendía bruscamente en ambas direcciones y que si me perdía no tardaría en verme cayendo a toda velocidad. No me atrevía a mirar abajo y no podía calcular la distancia, pero perversamente, tampoco pude evitar tratar de averiguarlo—. ¿A cuántos metros estamos del suelo?

—Yo diría que ahora mismo a unos ciento treinta, señora. Pero la verdad es que no estoy totalmente seguro. No tenemos la costumbre de medirlo. En cuanto llegas a bastante altura como para matarte si te caes, poco importa la distancia exacta del suelo, ¿no te parece? Pero puedo decirte lo que tenemos que subir aún.

—¿Cuánto?

—Unos trescientos metros.

Jadeé. Sabía que los árboles podían alcanzar alturas fenomenales en Traición (¿acaso no había atravesado Ku Kuei?), pero seguramente a aquella altura las ramas serían demasiado débiles y delgadas para aguantarnos.

—¿Adónde vamos? ¿Por qué tan alto?

Volvió a reírse y esta vez no hizo el menor intento de disimular su satisfacción por mi aversión a las alturas. Tal vez fuera su forma de vengarse por lo de los nombres y los demás desaires que le había hecho a él y a su país durante el viaje.

—Vamos al lugar en el que te alojarás —me dijo—. Pensamos que te gustaría ver la cima propiamente dicha. Pocos extranjeros la han visto.

—¿Voy a vivir en la cima?

—Bueno, desde luego no podíamos alojarte con los otros embajadores, ¿verdad? Son hombres. Somos algo civilizados. Así que Mwabao Mawa ha aceptado alojarte.

Un trocillo por un puente de cuerda interrumpió nuestra conversación; sólo utilizó las manos alguna que otra vez. Parecía fácil, sobre todo porque el suelo del puente era de madera. Pero cuando puse el pie en él se balanceó, y el balanceo aumentaba a cada paso. En el momento álgido de cada balanceo, veía los troncos de los árboles que llegaban hasta el suelo, tan a lo lejos que no podía estar totalmente seguro de dónde estaba en la densa sombra. Al fin, perdí el control y vomité, quizá a la mitad del puente. Pero luego me sentí mejor y llegué al otro extremo sin más incidentes. Y a partir de entonces, como ya estaba completamente deshonrado, dejé de disimular que tenía miedo y descubrí que me resultaba más fácil soportarlo. Profesor, mi guía, se mostró también más amable y me llevó más despacio. Y no me importó apoyarme en él de vez en cuando.

Y cuando finalmente llegamos al punto en que crecían las hojas, gigantescos abanicos de dos metros de anchura, comprendí que aún en el caso de que averiguara lo que vendía Nkumai al Embajador a cambio de hierro, nos serviría de muy poco. ¿Cómo iban a poder los hombres de Mueller, los habitantes de las llanuras, que saltaban sobre la tierra, invadir, no digamos ya conquistar, aquel pueblo? No tendrían más que alzar las escalas y burlarse de ellos. O dejar caer piedras mortíferas. Y seguramente el miedo a las alturas incapacitaría a todos los hombres de Mueller, no sólo a mí. Nos habían enseñado a separar dolor y miedo, pero caerse era algo completamente distinto. Además, no tenía forma de saber si una caída desde semejante altura supondría daños físicos que no pudieran curarse a tiempo de salvar la vida. Tanto podían los peces declarar la guerra a los pájaros como Mueller vencer a Nkumai allí en sus árboles.

A menos, por supuesto, que encontráramos la forma de entrenar a los soldados de Mueller para soportar las alturas. Tal vez pudieran entrenarse en plataformas artificiales o en los altos árboles de Ku Kuei. Podría haber desarrollado más esta idea si no me hubiera distraído continuamente la necesidad de mantener el equilibrio para no caer de cabeza a tierra.

Al fin llegamos caminando cautelosamente por una rama estrecha a una casa bastante complicada, aunque, en realidad, me habría parecido sencilla en Mueller. Profesor habló en tono suave, pero penetrante:

—De la tierra al aire.

—Y al nido, Profesor. Pasa. —Y la voz ronca pero bella de Mwabao Mawa nos guio a la casa.

Se componía esta básicamente de cinco plataformas, cada una de ellas no muy distinta en el suelo de aquéllas en las que había descansado, aunque dos de ellas eran algo más grandes. Sin embargo, tenían techos de hojas y un sistema bastante complejo mediante el cual se canalizaba toda el agua del tejado en barriles situados en los rincones de las habitaciones.

Si es que se les podía llamar habitaciones. Cada plataforma era una habitación independiente. Y no se veía rastro de pared por ningún sitio. Sólo cortinas de tela de colorido brillante que colgaban de los extremos del techo hasta el suelo. La brisa abría fácilmente aquellas paredes.

Decidí quedarme en el centro de la plataforma.

Mwabao Mawa resultó en cierto sentido decepcionante. Debía haber sido bella, por la voz, pero no lo era, al menos no según las pautas de belleza que yo conocía, ni siquiera para las pautas de Nkumai. Pero era alta y tenía un rostro expresivo y alegre, aunque no fuera bonito. Decir que era alta no indica claramente la realidad: en Nkumai casi todos son por lo menos tan altos como yo ahora y en Mueller yo estoy bastante por encima de la media. Entonces yo no había alcanzado mi máxima altura y puesto que Mwabao Mawa era altísima entre los suyos, a mí me pareció una gigante. Pese a ello, se movía con gracia y no me sentí intimidado. En realidad me sentí protegido.

—¿A quién me traes, Profesor?

—No me ha dicho su nombre —dijo Profesor—. Al parecer un caballero no se lo pregunta a una dama.

—Soy emisaria de Bird —dije yo entonces, procurando adoptar un tono solemne sin ser pretencioso—, y a otra dama sí le diré mi nombre.

Naturalmente ya había elegido otro nombre y a partir de entonces y durante toda mi estancia en Nkumai, fui Lark. Era lo más parecido que encontré a Lanik que resultara convincente como nombre de una mujer de Bird.

—Pasa, Lark —dijo Mwabao Mawa, dando un tono musical al nombre.

Creía que ya había pasado.

—Aquí —dijo ella, procurando aclarar rápidamente mi confusión—. Tú, Profesor, ya puedes irte.

Él se dio la vuelta y se fue, trotando tranquilamente por la estrecha rama que tanto me había asustado a mí. Advertí que obedecía a Mwabao Mawa como si tuviera mucha autoridad y se me ocurrió que tal vez un disfraz femenino no fuera allí el impedimento que había sido en Allison.

Seguí a Mwabao Mawa por la cortina por la que había salido antes. No había camino, sólo un espacio de un metro y medio hasta la habitación contigua. Falla el salto y caerás a tierra. No es que fuera lo que se dice un salto récord... pero el salto de competición en Mueller no supone más penalización si se falla que la burla de los

espectadores.

Allí las cortinas-paredes eran de color más suave y oscuro y, gracias a Dios, el suelo no era un plano discontinuo. Bajaba dos peldaños hasta una amplia zona central generosamente cubierta de cojines. Cuando bajé, descubrí que mi vista estaba dispuesta a creer que me encontraba rodeado de verdaderas paredes y me relajé.

—Adelante y siéntate —me dijo mi anfitriona—. Esta es la habitación en la que nos relajamos. En la que dormimos de noche. Estoy segura de que el Profesor ha venido todo el camino alardeando... pero no somos inmunes al miedo a las alturas. Todos dormimos en una habitación como ésta. No nos agrada la idea de caer mientras dormimos.

Se echó a reír, una risa sonora y baja, pero a la que no me uní. Me limité a echarme y me permití temblar, liberando la tensión acumulada por la subida.

—Me llamo Mwabao Mawa —me dijo—. Y debo decirte quién soy. Seguramente te contarán historias sobre mí. Se rumorea que he sido amante del rey y yo no hago nada por desmentirlo, ya que me proporciona cierto poder. Se rumorea también que soy una asesina, y eso me es aun más útil. Por supuesto la verdad es que sólo soy una excelente anfitriona y una gran cantante de canciones. Tal vez la mejor que haya existido en una tierra de cantores. También soy vanidosa —añadió, sonriendo—. Pero creo que la verdadera humildad consiste en reconocer la verdad sobre uno mismo.

Asentí con un gruñido, contento de disfrutar de su amable conversación y de la seguridad del suelo. Siguió hablando y me cantó canciones. Casi no recuerdo nada de la conversación. Y recuerdo aún menos detalles de las canciones, pero, aunque no entendí las letras ni detecté ninguna melodía particular, sus canciones me agudizaron la imaginación y casi podía ver lo que cantaba... aunque ignoro cómo podía saber sobre qué cantaba. Aunque desde entonces han ocurrido cosas terribles y yo mismo silencié la música de Mwabao, daría mucho por poder oír aquellas canciones otra vez.

Aquella noche encendió una antorcha junto a su puerta principal y me dijo que llegarían invitados. Luego supe que una antorcha significaba que una persona estaba dispuesta a recibir visitas, era una invitación a todos los que la vieran brillar en la noche. Cuando Mwabao Mawa encendía una antorcha en la puerta, en menos de una hora su casa se llenaba y tenía que apagarla; esto demostraba su poder sobre los demás (o menos cínicamente, la devoción que le profesaban y lo que les gustaba).

Casi todos los invitados eran hombres (cosa nada extraña, ya que en Nkumai las mujeres no solían salir de noche, pues tenían que ocuparse siempre del cuidado de los niños, que no tenían equilibrio para caminar seguros de noche). La conversación fue intrascendente, aunque escuchando con atención aprendí algo. Por desgracia la cortesía de Nkumai obligaba a los invitados a pasar tanto tiempo hablando conmigo como entre ellos. Deseé que hubieran compartido la costumbre de Mueller de dejar a los invitados permanecer tranquilamente sentados en silencio hasta que decidieran

participar en la conversación. Por supuesto la costumbre de Nkumai impedía que un invitado se enterara de mucho; a mí desde luego no me permitieron enterarme de nada interesante aquella noche.

Sólo me enteré de que todos los visitantes eran hombres cultos (científicos de un tipo u otro). Y por su forma de hablar y discutir, me dio la impresión de que eran hombres a quienes la ciencia según se entendía en Mueller no les interesaba mucho, como medio de alcanzar un fin. Al parecer ellos la consideraban un fin en sí mismo.

—Buenas noches, señora —me dijo un hombrecillo de voz suave—. Soy Profesor. Y estoy deseando serte de alguna utilidad.

Sin duda era pura fórmula de cortesía, pero provocó mi curiosidad y pregunté:

—¿Cómo puedes llamarte Profesor y lo mismo otros tres individuos que hay aquí ahora e igualmente el guía que me acompañó hasta aquí? ¿Cómo os diferenciáis unos de otros?

Se echó a reír con aquella risa de superioridad que ya me había irritado y que pronto identificaría como una costumbre nacional, y dijo:

—Porque yo soy yo mismo y ellos no.

—Pero ¿y cuando habláis uno del otro?

—Bueno —me explicó pacientemente—, supongo que cuando los hombres hablan de mí, me llaman Profesor que Hizo Danzar las Estrellas, que es lo que hice. El hombre que te acompañó aquí esta mañana es Profesor de la Verdadera Vista. Porque hizo ese descubrimiento concreto.

—¿Verdadera Vista?

—No lo entenderías —me dijo—. Es muy técnico. Pero cuando alguien quiere hablar de nosotros, se refiere a nuestro principal logro y así todo el que importa sabe de quién está hablando.

—¿Y cuando se trata de alguien que aún no haya hecho un gran descubrimiento? Volvió a reírse.

—¿Quién va a querer hablar de semejante persona?

—Pero cuando habláis de las mujeres, todas ellas tienen nombre.

—También los perros y los niños pequeños —dijo, tan alegremente que casi no podía creer que hubiera intentado ser ofensivo—. Pero nadie espera grandes cosas de las mujeres, al menos no mientras están consagradas al trabajo de concebir, tener y criar a los hijos. ¿No te parece que sería grosero referirse a una mujer por sus mayores dotes? Imagina a alguien que se llamara «Prostituta de Grandes Nalgas» o «Cocinera que Quema Siempre la Comida».

Rio su propio chiste y algunos otros que habían estado escuchando más o menos sugirieron otros nombres. Me parecieron divertidos, pero como mujer tenía que simular que los consideraba ofensivos y en realidad me molestó algo que uno de ellos sugiriera que a mí podrían llamarme «Emisaria de Pechos Pecosos».

—¿Cómo lo sabes para llamarme así? —pregunté maliciosamente. Me molestaba descubrir lo fácilmente que podía ser malicioso; todo lo que tenía que hacer era imitar la voz de Boñiga y enarcar una ceja, cosa que había aprendido desde pequeño, para complacencia de mis padres y terror de los soldados a mis órdenes.

—No lo sé —contestó un individuo llamado Observador Estelar, al igual que otros dos de la habitación—. Pero no me importaría averiguarlo.

Aquello era algo con lo que realmente no había contado. Pude enfrentarme a los violadores ambulantes y matarlos. ¿Pero cómo le dice no una mujer a un hombre en una reunión agradable sin ofenderle? Como hijo de rey, no estaba acostumbrado a que las mujeres me dieran negativas por respuesta. Como amante de Saranna, últimamente ni siquiera lo pedía, de todos modos. Por suerte ni siquiera tuve que contestar.

—La Dama de Bird no ha venido para averiguar lo que ocultas bajo la túnica —dijo Mwabao Mawa—, máxime cuando casi todos sabemos que no es gran cosa.

Todos rieron a carcajadas, sobre todo el individuo que había sido insultado; pero me dejaron tranquilo un rato y pude observarles.

Entre la chachara científica y el simple chismorreo (más de lo último que de lo primero, por supuesto) detecté una pauta que me hizo gracia. Vi que los hombres llevaban a Mwabao aparte de uno en uno para decirle algo en voz baja, sólo un momento. Oí que uno decía «Al mediodía»; ella asintió. No era suficiente para sacar conclusiones, aunque me inclinaba a creer que se estaban citando. ¿Para qué? Se me ocurrieron varios objetivos evidentes. Tal vez fuera una prostituta; aunque lo dudaba, tanto por su falta de belleza como por el respeto evidente que manifestaban todos por su inteligencia (en ningún momento la dejaron fuera de la conversación ni pasaban por alto ninguno de sus comentarios).

O quizá fuera realmente amante del rey, en cuyo caso podría estar vendiendo influencia, aunque tampoco esto me parecía probable, ya que no resultaba muy apropiado alojar a una enviada extranjera con una mujer que tuviera aquel tipo de poder.

La tercera posibilidad era que estuviera comprometida en una rebelión o en un partido secreto, por lo menos. Esto no contradecía la realidad ni la lógica y empecé a preguntarme si no habría allí algo que pudiera explotar.

Pero no aquella noche, al menos. Estaba cansado. Aunque mi organismo se había recuperado hacía mucho de la tensión de la escalada hasta casa de Mwabao Mawa (e igualmente de la paliza de los soldados poco antes) estaba aún agotado emocionalmente. Necesitaba dormir. Dormité un momento y al despertar vi que el último invitado se iba.

—Oh —dije, sorprendido—. ¿He dormido tanto rato?

—Sólo unos minutos —me dijo Mwabao Mawa—, pero comprendieron que era

tarde y se fueron. Para que pudieras dormir.

Se fue a un rincón, metió la mano en un barril y bebió.

Yo habría hecho lo mismo, pero al pensar en el agua me di cuenta de algo horrible. En la cárcel había tenido intimidad para evacuar, y mientras viajaba con Profesor él había tenido la delicadeza de permitirme atender tales necesidades al otro lado del carruaje, prohibiendo a los demás mirar. Pero allí a solas en la casa con otra..., ¿otra?... , mujer, no habría tanta delicadeza.

—¿Hay una habitación especial para...? —¿Para qué?, me pregunté, ¿habría una forma delicada de expresarlo?—. Quiero decir, ¿a qué se destinan las otras tres habitaciones de la casa?

Se volvió y me sonrió, su mirada ocultaba algo distinto a una sonrisa.

—Eso se lo diré a los que tengan una buena razón para saberlo.

No funcionó. Y todavía peor, tuve que verla quitarse con toda naturalidad la túnica y cruzar la habitación desnuda hacia mí.

—¿Vas a dormir? —me preguntó.

—Sí —le dije, sin molestarme en ocultar mi nerviosismo. No tenía un cuerpo especialmente atractivo, pero era la primera vez que veía a una mujer tan grande desnuda, lo cual, unido a su negrura y a mi prolongada abstinencia, la hacía exótica y muy excitante. Tenía que idear urgentemente algo para no desnudarme, pues la modestia era esencial para mi supervivencia en una nación donde me creían mujer.

—Entonces, ¿por qué no te desnudas? —me preguntó Mwabao Mawa, extrañada.

—Porque en mi nación no nos desnudamos para dormir.

Soltó una carcajada.

—¿Quieres decir que ni siquiera os desnudáis delante de otras mujeres?

Procuré hablar como si fuera de una nación cuyas costumbres, se ajustaban exactamente a mis necesidades del momento, aunque en realidad entonces ni siquiera conocía ningún lugar así.

—El cuerpo es una de nuestras posesiones más íntimas —dije—, y la más importante. ¿Llevas tú puesta siempre todas tus joyas?

Movió la cabeza, aún divertida.

—Bueno, supongo que al menos para dejar caer te desnudarás.

—¿Dejar caer?

Volvió a reírse (aquella maldita risa de suficiencia) y dijo:

—Supongo que los habitantes del suelo lo llamarán de otra forma, ¿no es así? En fin, de todos modos podrías observar la técnica: es más fácil demostrarlo que explicarlo.

La seguí hasta el rincón de la estancia. Agarró el poste de la esquina y cruzó la cortina de un salto. Jadeé ante la brusquedad de la forma en que se tambaleaba a aquella inmensa distancia del suelo. Me pregunté por un instante si habría saltado al

espacio y emprendido el vuelo; pero allí estaban sus manos, agarradas aún al poste a través de las cortinas; y oí su voz serena, que me decía:

—Bien, abre la cortina, Lark. ¡No podrás aprender si no miras!

Así que abrí la cortina y la observé defecar en el vacío. Luego volvió a entrar y se dirigió al otro cubo de agua (no al mismo del que había bebido) y se limpió.

—Has de aprender en seguida cuál es cada cubo —dijo con una sonrisa—, y además... no dejes caer nunca cuando haga viento, y menos aún si además llueve. No hay nadie directamente debajo de nosotras, pero hay muchas casas en ángulo debajo de la mía y la gente tiene ideas muy fijas en cuanto a las heces en los tejados y orines en el agua de beber.

Se echó en un montón de cojines en el suelo.

Me alcé la túnica lo bastante, me agarré al poste con firmeza y crucé delicadamente la cortina de puntillas. Me puse a temblar cuando miré abajo y vi lo lejos que parecían quedar las luces que seguían aún encendidas. Pero me agaché (o, mejor dicho, me acuclillé) hacia lo inevitable, procurando simular que no estaba donde estaba.

Tardé mucho en convencer a mis esfínteres de que se relajaran, y no se encogieran aterrados. Cuando terminé al fin, volví y me encaminé torpemente al barril de agua. Por un momento crítico, me pregunté si no me habría equivocado de recipiente.

—Es ese —oí la voz de Mwabao Mawa desde los cojines del suelo. Temblé interiormente al pensar si habría estado mirándome, aunque esperaba que no lo notara en mi expresión. Me limpié y me eché en otro montón de cojines. Eran demasiado blandos y al poco rato los retiré y me dormí sobre el suelo de madera, que era más cómodo, aunque habría sido más agradable algo intermedio.

Antes de quedarme dormido, sin embargo, Mwabao Mawa me preguntó soñolienta:

—Si no te desnudas para dormir, ni te desnudas para dejar caer, ¿lo haces para el acto sexual?

A lo cual respondí soñoliento:

—Eso se lo diré a quien tenga una buena razón para saberlo.

Esta vez su risa me indicó que tenía una amiga; dormí tranquilamente toda la noche.

Me despertó un sonido. En una vivienda en la que no sólo hay norte, sur, este y oeste, sino también arriba y abajo, no podía determinar de dónde venía el sonido. Pero comprendí que era música.

Canto; y a la voz, lejana, no tardó en unirse otra más próxima. Las palabras no eran claras. Pero me sorprendí escuchando, complacido por la melodía. No tenía armonía, al menos ninguna que yo reconociera. Por el contrario, cada voz parecía

buscar su propio placer, sin la menor relación con la otra. Pero aun así había cierta interacción, de un tipo sutil (o tal vez meramente rítmico), y cuando otras voces se unieron al canto, la música se hizo más plena y hermosa.

Sentí un movimiento y al volverme vi a Mwabao Mawa mirándome.

—Canción matinal —susurró—. ¿Te gusta?

Asentí. Ella asintió también, haciéndome señas y se encaminó hacia la cortina. La retiró y se quedó al borde de la plataforma, desnuda, mientras la canción continuaba. Me agarré al otro poste del rincón y miré hacia donde miraba ella.

Era hacia el este; el canto era un himno al sol naciente. Mientras yo seguía mirando, Mwabao Mawa abrió la boca y empezó a cantar. No suavemente como el día anterior, sino a plena voz, una voz que resonaba entre los árboles, que parecía alcanzar el mismo acorde suave que había sido originariamente entonado en el bosque y al cabo de un rato noté que todo, menos la música, era silencio. Y mientras ella entonaba una serie de notas rápidas que no parecían tener ninguna pauta pero que, sin embargo, quedaron grabadas para siempre en mi memoria y en mis sueños, el sol coronaba un horizonte en alguna parte y, aunque el follaje me impedía verlo, la súbita claridad del techo verde me indicó que había salido el sol.

Luego, todas las voces se alzaron de nuevo, cantando unos momentos al unísono. Y después, como obedeciendo una señal, se hizo el silencio.

Permanecí allí de pie, apoyado en el poste. Se me ocurrió que una vez había compartido la falsa idea de Mueller de que las personas de piel negra sólo eran aptas para la esclavitud. Al menos había aprendido una cosa de mi embajada allí y una cosa me llevaría: el recuerdo de una música completamente distinta a cualquier otra conocida en este mundo. Permanecí allí inclinado, inmóvil, hasta que Mwabao Mawa cerró las cortinas.

—Canción matinal —dijo, sonriendo—. La velada de anoche fue demasiado agradable para no celebrarlo hoy.

Preparó el desayuno: un pájaro pequeño y un extraño fruto en rodajas finas.

Le pregunté qué era; me dijo que el fruto de los árboles donde vivían.

—Lo utilizamos como los terrestres el pan o las patatas. —Tenía un sabor extraño, pero era comestible.

—¿Cómo cazáis los pájaros? —le pregunté—. ¿Con halcones? Si matáis un pájaro de un tiro, caerá a tierra.

Movió la cabeza y esperó a tener la boca vacía para responder.

—Pediré a Profesor que te enseñe las redes de los pájaros.

—¿Profesor? —pregunté.

Como si mi pregunta fuera la señal convenida, inmediatamente estaba delante de la casa llamando despacio.

—De la tierra al aire.

—Y al nido, Profesor —respondió Mwabao Mawa. Pasó a la habitación de al lado, donde esperaba Profesor. La seguí de mala gana, dando el pequeño salto a la otra habitación y luego, sin despedirme siquiera, salí detrás de Profesor. Sin despedirme siquiera, en principio porque no tenía idea de cómo se dirían adiós dos mujeres que apenas se conocían y además porque cuando finalmente decidí volverme a decirle algo, ya no estaba junto a la cortina.

Subir era espantoso, pero bajar era infinitamente peor. Cuando subes una escala agarras la plataforma con las manos primero, colocándote a salvo. Pero para bajar tienes que echarte boca abajo y estirar los pies buscando un peldaño con las puntas y sabiendo que si vas demasiado deprisa no podrás detenerte.

Sabía que conseguir mi objetivo en Nkumai dependía de mi habilidad para desplazarme de un lugar a otro, así que me opuse a dejarme dominar por el miedo. Si me caía, me caía, me dije. Luego ignoré la visión periférica y corrí detrás de Profesor.

Él, por su parte, no intentó alardear tanto como el día anterior, así que la marcha fue más fácil. Comprobé que había maniobras difíciles y espantosas si se hacían despacio, que eran mucho más fáciles (y mucho menos espantosas) si se hacían deprisa. Un puente de cuerda es bastante estable cuando lo cruzas corriendo a paso ligero, pero si caminas tímidamente se balancea con cada paso.

Cuando Profesor agarró una cuerda que colgaba con un nudo al extremo y saltó suavemente de una plataforma a otra, sobre un abismo que nadie en su sano juicio cruzaría jamás, me limité a sonreír, agarré la soga que me echó y crucé con la misma rapidez que él. En el otro, simulé que no había saltado más que un regato y me solté, aterrizando en la plataforma de pie. No era difícil, en realidad, y así se lo dije.

—Pues claro que no. Me complace que aprendas tan deprisa.

Pero mientras corríamos por una rama inclinada, se me ocurrió preguntarle:

—¿Qué habría pasado si no hubiera alcanzado la otra plataforma? ¿Si no hubiera conseguido mi objetivo o no me hubiera dado bastante impulso?

Guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Habríamos mandado bajar a un muchacho desde arriba de todo, balanceándose todo el camino, para que volviera a colocar la cuerda en una plataforma u otra.

—¿Puede soportar la cuerda a dos personas, haciéndolo? —pregunté.

—No —contestó—, pero no lo haríamos de inmediato.

Traté de no imaginarme balanceándome desvalido en el vacío mientras una docena de individuos esperaban impacientes que me soltara y me dejara caer (aunque aquella palabra ya no tenía el mismo significado para mí) para volver a poner en funcionamiento su vía pública.

—No te preocupes —dijo al fin Profesor—. Muchas de esas cuerdas tienen un tirante que permite retirarlas.

Entonces le creí, pero nunca vi ninguna que lo tuviera. Debían de estar en otra

zona de Nkumai.

Hicimos el primer alto en la Oficina de Servicios Sociales.

—Quiero ver al rey —dije, después de explicar quién era.

—Estupendo —dijo el anciano que se sentaba en un cojín junto al poste del rincón de la casa—. Me alegro por ti.

Eso fue todo, y por lo visto no pensaba añadir nada.

—¿Por qué te alegras tanto? —le pregunté.

—Porque es bueno que un ser humano tenga algún deseo no satisfecho. Da intensidad a la vida.

Estaba anonadado. En aquel momento en Mueller, si yo hubiera estado en la posición de Profesor, acompañando a un emisario a una oficina del gobierno, habría ordenado que le estrangularan en el acto. Pero Profesor se quedó tan tranquilo, sonriendo. Gracias por tu ayuda, amigo, dije para mí, y me dispuse a preguntar si aquél era el lugar adecuado.

—¿Para qué?

—Para obtener el permiso para ver al rey.

—Eres obstinada, ¿eh? —me dijo.

—Sí —respondí, decidido a respetar las reglas del juego si era necesario, pero a ganar, fueran cuales fuesen.

Así que se prolongó toda la mañana, hasta que al fin el hombre hizo una mueca y dijo:

—Tengo hambre. Y un individuo tan pobre y mal pagado como yo ha de aprovechar todas las oportunidades de meterse cualquier mínimo tentempié en el estómago.

La insinuación era clara, así que saqué del bolsillo un anillo de oro.

—Por cierto, señor —dije—, me regalaron esto, pero no puedo soportar tenerlo cuando un hombre como tú haría mucho mejor uso de ello.

—No podría aceptarlo —me dijo—, aunque sea pobre y esté mal pagado. Sin embargo, forma parte de mi trabajo alimentar a los que son aún menos afortunados que yo, en nombre del rey. Así que aceptaré tu obsequio para entregárselo a los pobres.

Acto seguido se excusó y se fue a otra habitación a almorzar.

—¿Qué hacemos? —pregunté a Profesor—. ¿Nos marchamos? ¿Esperamos? ¿Simplemente he desperdiciado un soborno perfecto?

—¿Soborno? —preguntó él con recelo—. ¿Qué soborno? El soborno se castiga con la muerte.

Suspiré. ¿Quién podía entender a aquella gente?

El funcionario regresó a la habitación sonriendo.

—Oh, amiga mía —me dijo—, querida señora, acaba de ocurrírseme algo.

Aunque no puedo ayudarte, conozco a un hombre que sí puede hacerlo. Vive hacia allí y vende cucharas de madera. Sólo tienes que preguntar por Tallador que Hizo la Cuchara por la que se ve la Luz.

Nos fuimos y Profesor me dio una palmada en el hombro.

—Muy bien hecho. Sólo te ha llevado un día.

Estaba bastante indignado.

—¿Por qué me trajiste aquí si sabías que a quien tenía que ver era a ese tallador?

—Porque Tallador de Cucharas no hablará con nadie que no vaya de parte de Funcionario que Obtiene Divisas —dijo sonriendo con actitud paciente.

Tallador que Hizo la Cuchara por la que se ve la Luz no tenía tiempo para recibirme en aquel momento, pero me pidió que volviera al día siguiente. Mientras seguía a Profesor por el laberinto de árboles, me enseñó una red para pájaros que estaban colocando entre los árboles.

—Dentro de una semana más o menos ya estará colocada, preparada para desplegarla. Parece bastante gruesa cuando está recogida entre los árboles, pero cuando se despliega es tan fina que casi no se ve. —Me mostró los agujeros de la red que eran lo bastante grandes para que pasara por ellos la cabeza de los pájaros y lo bastante pequeños que a menos que el pájaro retrocediera y sacara la cabeza, cosa que casi ninguno podía hacer, se rompería el cuello o se estrangularía—. Y al final del día, alzamos la red y distribuimos la comida.

—¿Distribuir? —pregunté.

Me dio una conferencia explicándome que en Nkumai todo pertenecía a todos y no se utilizaba nunca dinero porque no se pagaba nunca a nadie.

Pero pronto comprobé que en realidad se pagaba a todo el mundo. Podía ir al tallador de cucharas, por ejemplo, y pedirle una cuchara y él aceptaría con presteza, prometiendo tenerla dentro de una semana. Pero llegado el momento, lo habría olvidado, o habría tenido que hacer otro trabajo y no había podido hacer el mío aún. Seguiría prometiéndome y dándome largas, hasta que le hiciera un favor de valor equivalente... por la pura bondad de mi corazón.

El favor de Mwabao Mawa, con el que se ganaba la vida, era ponerse de vez en cuando a la orilla de su casa y cantar la canción matinal, o la canción vespertina, o la canción de los pájaros o cualquier otra. Era suficiente: nunca pasaba hambre y a menudo tenía tanta comida y tantas cosas que las regalaba.

Los pobres eran los que no tenían nada de valor que pudieran regalar. Los estúpidos. Los no dotados. Los perezosos. Se les toleraba; se les alimentaba... escasamente. Pero no se les concedía la menor importancia. Todos ellos tenían nombre.

Llevaba casi dos semanas en Nkumai, el tiempo suficiente para que la vida empezara a parecerme normal, cuando al fin conseguí ver a la persona realmente

influyente. Era Funcionario que Alimenta a los Pobres. Profesor le saludó con una reverencia cuando entramos en su casa.

Pero la entrevista fue inútil. Charla insustancial, una discusión sobre la conciencia social de Nkumai, preguntas sobre mi tierra natal. Hacía mucho que había inventado mi esquema propio de cómo debía ser Bird, pues era la única forma de responder a las preguntas que me hacían en Nkumai sobre el país. Después de la conversación absurda, me invitó a cenar dentro de unos días.

—Cuando encienda dos antorchas —dijo. Me marché disgustado.

Me disgusté aún más cuando Profesor se rio de mí y me dijo que mi escalada hacia el gobierno había llegado a su fin.

—¿Qué favor le ofrecerás? —me preguntó. No le dije que su pregunta era el reconocimiento tácito de que en realidad sobornaba a los funcionarios. Me limité a sonreír y le mostré uno de mis preciosos anillos de hierro.

Él se limitó a sonreír también y se abrió la túnica mostrándome un pesado amuleto de hierro que llevaba al cuello. El ver tanto hierro desperdiciado, usado como mera decoración, me hizo estremecer.

—¿Hierro? —dijo—. Tenemos mucho. El hierro serviría con Tallador de Cucharas o con Maestro de Aves, pero ¿con Oficial que Alimenta a los Pobres?

—¿Qué clase de regalo apreciaría él?

—¡Quién sabe! —contestó Profesor—. Nadie le ha regalado nunca uno que mereciera la pena. Pero debes estar orgullosa de ti misma, señora. Has hablado con él, que es más de lo que consiguen la mayoría de los emisarios.

—¡Qué maravilla! —exclamé.

Le dije a Profesor que sabía volver a casa de Mwabao Mawa sin su ayuda. Al final se encogió de hombros y me dejó ir. Cubrí rápidamente la distancia y me complació muchísimo comprobar lo bien que se me daba viajar por las copas de los árboles. Me tomé incluso unos minutos para escalar algunas ramas sin marcas, por puro placer, y aunque aún procuraba no mirar abajo, fue un agradable desafío conquistar un objetivo difícil. Era casi de noche cuando llegué a casa de Mwabao y llamé.

—Pasa al nido —dijo, sonriendo.

Me sirvió la cena enseguida.

—Me han dicho que has visto a Funcionario que Alimenta a los Pobres.

—Tienes que dejarme hacer algún día una comida de las de Bird —le dije. Pero se echó a reír. Así que le pregunté—: ¿Por qué me alojaste en tu casa, Mwabao Mawa, si nunca tuvisteis la menor intención de permitirme ver al rey?

—¿Rey? —preguntó—. ¿Intención? Nadie tiene ninguna intención. Preguntaron quién quería darte alojamiento y como tengo comida de sobra, me ofrecí a hacerlo yo. Aceptaron mi propuesta.

Me sentía indignado con ella, aunque estaba comiendo su comida.

—¿Cómo esperáis que Nkumai se relacione con el resto del mundo si impedís que los enviados extranjeros vean a vuestro rey?

Tendió la mano y me acarició suavemente la mejilla, en la que no me había crecido nada de barba.

—No te impedimos nada, pequeña Lark —me dijo, con una sonrisa—. No seas impaciente. Nosotros hacemos las cosas a nuestro modo.

Retrocedí, decidiendo que era hora de permitir que alguien me viera furioso.

—Todos me decís que el soborno está prohibido, y sin embargo he conseguido mis doce entrevistas con sobornos. Todos me decís que vosotros lo compartís todo y que nadie tiene que vender ni comprar y sin embargo he visto compras y ventas como trueques buhoneros. Y ahora me dices que no me impedís nada, pero no encuentro más que obstáculos en mi camino.

Me levanté y me aparté de ella irritado.

Guardó silencio durante un rato y no pude volverme y decir más, o me perdería algo, perdería el momento del efecto. Era un callejón sin salida hasta que empezó a cantar con voz de niña pequeña, una voz que no tenía nada que ver con la que empleaba en las canciones reales.

El pájaro ladrón busca bayas

y sólo atrapa abejas.

Dice «Sé comer y dormir»,

Pero ¿qué hacer con éstas?

—Se las sigue —dije, sin volverme aún— hasta que encuentras el panal.

Entonces la miré de frente y dije:

—¿Pero qué son las abejas, Mwabao Mawa? ¿A quién sigo y dónde está la miel?

No me contestó; se levantó y salió de la habitación... pero no se dirigió a la habitación delantera, en la que yo había estado muchas veces. Se dirigió a una de las habitaciones posteriores prohibidas; como no me dijo nada, la seguí. Tras un breve recorrido por una rama que no tendría ni un metro de grosor, llegué a una habitación con cortinas brillantes llena de arcones de madera. Había abierto uno y estaba revolviendo su contenido.

—Aquí está —dijo, cuando encontró lo que buscaba—. Léelo.

Me dio un libro.

Lo leí aquella noche. Era la historia de Nkumai; y también la historia más extraña que había leído en mi vida. No era larga y no contenía historias de guerra, ni relatos de invasiones y conquistas. Al contrario, era una lista de cantores y la historia de su vida, de talladores de madera y bailarines arborícolas, de profesores y constructores

de casas. Era, en realidad, una relación de los nombres y una explicación de los mismos. Cómo recibió su nombre el Tallador que enseñó al árbol a colorear su madera. Cómo se ganó el suyo Observador que vio el mar helado y lo llevó a casa en un cubo. Según leía las breves historias, empecé a comprender a aquel pueblo. Gentes pacíficas, sinceras en su creencia en la igualdad, pese a su tendencia a menospreciar a quienes tenían poco que ofrecer. Un pueblo absolutamente en armonía con su mundo de altos árboles y pájaros revoloteantes.

Y mientras leía a la luz de una gruesa vela, empecé a advertir contradicciones. ¿Qué habría conseguido aquel pueblo que pudiera interesar al Embajador? ¿Y qué les habría hecho bajar de los árboles y lanzarse a la guerra, utilizando su hierro para conquistar Drew y Allison y quizá ya algún otro lugar en aquel momento?

Y mientras pensaba todo esto, se me ocurrieron también otras contradicciones. Me hallaba en la capital, y sin embargo nadie parecía enterado ni mostraban el menor interés por el hecho de que acababan de ganar una guerra. No se veían esclavos de Allison ni de Drew caminando con cuidado entre los árboles. No se advertía la súbita riqueza de los tributos y los impuestos. No mostraban el menor orgullo por el triunfo, aunque nadie lo negaba cuando yo mencionaba sus victorias.

—¿Estás leyendo todavía? —susurró Mwabao Mawa en la oscuridad.

—No —dije—. Pensando.

—Ah —respondió—. ¿En qué?

—En vuestra extrañísima nación, Mwabao.

—A mí me parece agradable.

Le divertía; su voz indicaba que estaba sonriendo.

—Habéis conquistado un imperio mayor que casi todas las demás naciones, y sin embargo el pueblo no es militar, ni siquiera es violento.

Soltó una risilla.

—No violentos. Es bastante cierto. Tú eres violenta, en cambio; Profesor me dice que mataste a dos violadores potenciales en un camino de Allison.

Estaba sorprendido. Así que habían rastreado mis viajes. Aquello me inquietaba. ¿Hasta dónde habrían llegado? Debería haberles dicho que era de Stanley, que quedaba en el otro extremo del mundo... pero sólo Bird tenía gobernantes mujeres. Luego recordé que ningún negro alto de Nkumai podría llegar a Bird para hacer pesquisas cruzando Jones y Robles mejor de lo que podría yo saltar desde casa de Mwabao y aterrizar corriendo.

—Sí —admití—. En Bird entrenamos a las mujeres para matar de formas secretas; de lo contrario los hombres no tardarían en arrebatarlos el poder. Pero, Mwabao, ¿por qué ha ido a la guerra vuestro pueblo?

Le tocó entonces a ella guardar un largo silencio; luego dijo sin más:

—No lo sé. Nadie me lo ha preguntado. Yo no habría ido.

—Entonces, ¿dónde encontraron los soldados?

—Entre los pobres, claro. No tienen nada que ofrecer que alguien desee. Pero supongo que la guerra les ha permitido dar lo único que poseen. Su vida. Y su fuerza. La guerra es fácil, después de todo. Hasta un idiota puede ser soldado.

Recordé a los dos soldados de Nkumai, pavoneantes, demasiado bravos, armados de hierro y prestos a abusar del acobardado pueblo de Allison. Por supuesto. Lo peor de Nkumai, los utilizados como blanco del desprecio de todos, y al final se veían en posición de poder sobre los demás. No era extraño que abusaran.

—Pero eso no es lo que deseas saber —dijo Mwabao Mawa.

—¿Eh?

—Te traje otro motivo.

—¿Qué? —pregunté, sintiendo ese miedo enfermizo que sienten los niños cuando están a punto de ser descubiertos en el escondite.

—Viniste a averiguar de dónde sacamos el hierro.

La frase quedó colgando en el aire. Si le decía que sí, podía imaginarla gritando en la oscuridad de la noche y un millar de voces oyéndola y a mí arrojado por la plataforma a la oscuridad que llevaba a tierra. Pero si lo negaba, entonces perdería una ocasión, quizá la única, de saber lo que deseaba saber. Si Mwabao era realmente una rebelde, como había sospechado, tal vez estuviera dispuesta a decirme la verdad. Pero si trabajaba para el rey (¿sería su amante?) podría hacerme caer en una trampa.

Sé ambiguo, me enseñó siempre mi padre.

—Todo el mundo sabe de dónde sacáis el hierro —dije con naturalidad—. De vuestro Embajador, de los Observadores, como todos los demás.

Se echó a reír.

—¡Qué aguda, muchacha! Pero tú llevas un anillo de hierro y creías que tenía un gran valor. —(¿Es que sabía todo lo que había dicho y hecho durante aquellas dos semanas?)—, y si tu pueblo consigue hierro, aunque sea en pequeñas cantidades, debes estar deseando descubrir lo que le vendemos nosotros al Embajador.

—No he hecho a nadie preguntas sobre tales cuestiones.

Soltó una risilla.

—Por supuesto. Por eso sigues aquí.

—Naturalmente tengo curiosidad por muchas cosas. Pero he venido a ver al rey.

—El rey, el rey, el rey, eres como todos los demás. Siempre detrás de mentiras y sueños vacíos. Hierro. Quieres saber qué hacemos para conseguir hierro. ¿Para poder impedirnoslo? ¿O para hacerlo vosotros y conseguir tanto hierro como nosotros?

—Nada de eso, Mwabao Mawa, y quizá no debiéramos hablar de esas cosas —dije, aunque estaba seguro de que seguiría haciéndolo, de que estaba deseando hacerlo.

—Pero precisamente por eso es tan estúpido —dijo y oí en su voz a una niña

maliciosa—. Toman todas estas precauciones, te tienen prisionera conmigo o con Profesor todo el día, todos los días, pese a que de ningún modo podrías detenernos ni copiar lo que hacemos nosotros.

—Si es imposible, ¿por qué te preocupas?

Se echó a reír, una risilla tonta esta vez, como una niña, y dijo:

—Sólo por si acaso, sólo por si acaso, Dama Lark.

Se levantó bruscamente, aunque ya se había desnudado para dormir, y salió a grandes zancadas de la habitación, hacia la de los arcones de libros y otros objetos. La seguí y llegué justo a tiempo de coger una túnica negra que me tiró.

—Saldré de la habitación para que puedas vestirme —me dijo.

Cuando volví al dormitorio me esperaba impaciente, paseando a un lado y a otro, tarareando suavemente para sí. Al entrar, se me acercó y me puso las manos en las mejillas. Tenía en ellas algo cálido y pegajoso; me miró y se echó a reír.

—¡Ahora eres negra! —susurró y procedió a decorarme las manos y las muñecas, y luego los tobillos y los pies. Mientras me pintaba los pies, alzó una mano por el interior de mi pierna, pasada la rodilla y yo di un paso atrás bruscamente, temeroso de que, jugueteando, descubriera hechos no demasiado graciosos.

—¡Cuidado! —gritó.

Miré detrás y comprendí que estaba justo al borde de la plataforma. Di un paso al frente.

—Lo siento —dijo—. No volveré a ofender tu modestia. Sólo estaba jugando, nada más.

—Dime qué pasa —pregunté—. ¿Por qué haces esto?

—Yo puedo viajar de noche así —dijo, girando su cuerpo desnudo frente a mí— y nadie me ve de lejos. Pero tú..., blanca como una azucena y con el cabello tan claro, Dama Lark..., a ti pueden verte a tres árboles de distancia.

Me encasquetó un gorro negro ajustado en la cabeza y me llevó de la mano al borde de la casa.

—Voy a llevarte —me dijo— y si te gusta lo que ves, me harás a cambio un favor.

—Muy bien —dije—. ¿Qué favor?

—Uno muy fácil —dijo—, uno muy fácil.

Y salió a la noche. La seguí.

Era la primera vez que intentaba viajar en la oscuridad y de repente volvió mi antiguo pánico. Estaba demasiado asustado para correr en las anchas ramas... ¿Y si me desviaba del camino, aunque fuera sólo un poco? ¿Cómo podía ver para saltar con las cuerdas balanceantes? ¿Cómo podía esperar hacer pie? Pero Mwabao Mawa era una buena guía y en los tramos difíciles me agarraba de la mano.

—No trates de ver —me susurró—. Limítate a seguirme.

Tenía razón. La luz, que sólo era la de las estrellas y la escasa luz de Disidencia,

era más perjudicial que beneficiosa, difusa entre las hojas. La oscuridad era más intensa a medida que bajábamos.

Agradecí no tener que usar cuerdas balanceantes.

Al llegar a determinado lugar, me pidió que me detuviera. Lo hice; entonces me preguntó:

—¿Bien?

—¿Bien qué? —contesté.

—¿Lo hueles?

No se me había ocurrido oler. Así que respiré despacio, y abrí la boca y saboreé el aire inhalando por la nariz y la boca, y era delicioso.

Era exquisito.

Era un sueño de hacer el amor con una mujer que había deseado siempre y que no esperaba conseguir.

Era un recuerdo de guerra, con el ansia de sangre y la alegría de sobrevivir en un mar de lanzas danzantes y hachas de obsidiana.

Era la esencia del descanso tras una larga jornada en el mar, cuando la tierra huele a bienvenida y la mies ondea en la llanura como otro mar, un mar sobre el que puedes caminar sin barco, uno en el que podrías ahogarte y sobrevivir; me volví hacia Mwabao Mawa y sé que desorbité los ojos asombrado, porque ella se echó a reír.

—El aire de Nkumai —me dijo.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Muchas cosas mezcladas —dijo—. El aire que sube de un pantano nocivo que hay abajo. La fragancia de las hojas. El olor a madera vieja. Los últimos vestigios de la lluvia. La luz del sol muerta. ¿Acaso importa?

—¿Y es esto lo que vendéis?

—Pues claro —contestó—. ¿Por qué si no te habría traído? Sólo que el olor es mucho más intenso a la luz del día, cuando lo cogemos en frascos.

—Aromas —dije, y parecía divertido—. Aromas de un pantano gaseoso. ¿Es que no pueden sintetizarlo los Observadores?

—Aún no lo han conseguido —dijo—. Por lo menos siguen comprándolo. Es divertido, Dama Lark, que la humanidad pueda viajar entre las estrellas a mayor velocidad que la propia luz y aún no sepamos lo que causa los olores.

—Pues claro que lo sabemos —dije.

—Sabemos cómo huelen diferentes cosas —respondió—, pero nadie sabe todo lo que va de la sustancia a los nervios olfativos.

No podía discutirlo, ya que aún no distinguía entre olfatorio y occipital.

Había dicho otra cosa que me intrigaba. Me centré en lo que había dicho de los hombres que viajan más deprisa que la luz.

—Cualquier colegial sabe que eso es imposible —dije—. Nuestros antepasados

fueron transportados a Traición en naves estelares que tardaron cien años de sueño en llegar.

—Porque la humanidad estaba entonces en pañales —me dijo—. ¿Creías que dejaron de aprender sólo porque nuestros antepasados los abandonaron? En tres mil años de aislamiento, nos hemos perdido las grandes cosas de la humanidad.

—Pero más rápido que la luz —dije—, ¿cómo podrían haberlo conseguido?

Movió la cabeza, un gris apagado que se agitó levemente en el gris de la noche.

—Hablabas por hablar —dijo—. Pura chachara. Regresemos.

Volvimos sobre nuestros pasos. Estábamos a medio camino de una escala cuando oímos un leve susurro en la oscuridad más arriba.

—Hay alguien en la escala.

Mwabao Mawa se detuvo delante de mí y yo hice otro tanto. Sentí luego la escala menearse levemente y bajó un pie junto a mi cara. Supuse que teníamos que bajar y habría descendido inmediatamente si ella no hubiera retorcido el pie y me hubiera enganchado el brazo con él, impidiéndome hacerlo. Así que esperé que bajara al otro lado de la escala, y quedara a mi altura, con los pies en el peldaño debajo del mío y los labios junto a mi oreja.

El sonido no sería audible a un metro.

—Primera plataforma. Lávate la cara. Vamos a visitar al Funcionario que Alimenta a los Pobres. Dos antorchas.

Seguimos escalando hasta la primera plataforma, que, por casualidad, una casualidad afortunada, además, ya que no era lo normal, tenía un barril de agua. Me lavé la cara lo más silenciosamente posible, mientras Mwabao Mawa seguía subiendo y bajando los mismos tres metros de escala, para que quien estuviera observando el ramal en la oscuridad no se diera cuenta de que nos habíamos detenido.

Me limpié la cara lo mejor que pude y también las manos y los pies. Luego subí a la escala detrás de ella.

—No —susurró y entonces ambos saltamos a la plataforma, según ordenó, en silencio, por supuesto, para que le diera mi túnica.

—No puedo —le dije en un susurro.

—Llevas tu ropa debajo, ¿no? —me preguntó. Asentí—. Bueno, no puedo dejar que me pillen desnuda en el camino. No puedo.

Pero seguí negándome, hasta que al fin dijo:

—Entonces dame la ropa que llevas debajo.

Accedí a esto y busqué bajo la túnica para sacarme los pantalones y la blusa. Los pantalones eran demasiado prietos para sus caderas, pero consiguió ponérselos de todos modos. La blusa, sin embargo, le sentaba bien. Una triste prueba más de lo inmensos que tenía los senos.

Al mismo tiempo me di cuenta de algo más grave, sin embargo. Al sacarme la

blusa por el hombro debajo de la túnica, se me enganchó con algo en el hombro. No tenía que haber allí nada con lo que engancharse. Y eso significaba que me estaba creciendo algo nuevo.

¿Un brazo? En tal caso disponía de menos de una semana para extirparlo y no estaba en un buen sitio para poder hacerlo solo. ¿Cómo podía ir al cirujano de Nkumai (¿habría cirujanos en Nkumai?) y pedirle que me extirpara un brazo sobrante?

Pero la alarma momentánea se convirtió en alivio al comprender que no tenía por qué seguir allí una semana, ni siquiera un día más. Tenía cuanto necesitaba, todo lo que había esperado conseguir. No tenía más que simular que me marchaba indignado porque no me permitían ver al rey; podía volver junto a mi padre y decirle lo que vendían en Nkumai al Embajador.

Aire apestoso.

De buena gana me hubiera echado a reír, pero estábamos subiendo la escala otra vez. Y cuando comprendí lo cerca que había estado de reírme, se me ocurrió que las emanaciones del aire del bosque de Nkumai sobre los pantanos nocivos podrían ser peligrosas. Mi autocontrol habitual, los disciplinados reflejos en los que había confiado siempre, no funcionaban tan bien allí, no aquella noche.

Llegamos al fin a la plataforma donde vigilaban los guardias.

—Alto —dijo un susurro agudo, y sentí unas manos que me agarraron la cintura y me empujaban. Por desgracia no estaba preparado para el movimiento y sólo por pura suerte mantuve el pie en la escala. Me quedé colgando en el abismo, con los pies en la escala y un solo brazo sujeto por el guardia.

—Cuidado —dijo Mwabao—. Cuidado que es terrestre, puede caerse.

—¿Quiénes sois?

—Mwabao Mawa y Dama Lark, la enviada de Bird.

Tras un gruñido de reconocimiento, me alzaron a la plataforma de nuevo hasta que di otra vez con la espinilla en el borde. Caminé con torpeza por la madera, y caí sobre una rodilla.

—¿Qué hacéis andando de noche de esta forma? —insistió la voz. Decidí dejar que contestara Mwabao. Explicó que me acompañaba a ver al Funcionario que Alimenta a los Pobres.

—Nadie tiene antorchas encendidas ya —dijo la voz.

—Él sí.

—¿Ahora?

—Dos antorchas —insistió ella—. Está esperando visita.

Susurros y luego esperamos mientras sus pisadas apagadas se alejaban. Un guardia (o dos, comprendí, cuando distinguí distintas respiraciones) se quedó con nosotros mientras otro iba a comprobar. No tardó mucho en volver; dijo:

—Dos antorchas.

—De acuerdo entonces —dijo la voz—. Podéis iros. Pero en el futuro, Mwabao Mawa, lleva una antorcha. Eres de fiar pero no infalible.

Mwabao les dio las gracias entre dientes y yo hice lo mismo; seguimos nuestro camino.

Cuando vimos dos antorchas brillando a lo lejos, Mwabao se despidió de mí.

—¿Qué? —le dije, bastanto alto.

—Tranquila —dijo—. El Funcionario no debe saber que te he traído yo.

—¿Pero cómo voy a llegar desde aquí?

—¿No puedes ver el camino?

No podía verlo, así que me acompañó un poco más, hasta que la escasa luz de las antorchas iluminaba el resto del camino. Me complació que Funcionario no tuviera la misma predilección que Mwabao por los accesos estrechos. Me sentí bastante seguro siguiendo el camino en la oscuridad, mientras Mwabao desaparecía en la noche de los árboles.

Llegué a la puerta y dije muy suavemente:

—De la tierra al aire.

—Y al nido. Pasa —dijo una voz suave; crucé la cortina. El Funcionario estaba allí sentado, con aspecto muy bueno, muy de funcionario, con su túnica roja, a la vacilante luz de las dos velas.

—Por fin has venido —dijo Funcionario.

—Sí —dije, y añadí sinceramente—: No se me da muy bien viajar en la oscuridad.

—Habla bajo —me dijo—, porque las cortinas ocultan muy poco y el aire nocturno lleva lejos los sonidos.

Hablamos bajo; me hizo preguntas sobre por qué deseaba ver al rey y qué quería conseguir. ¿Qué podía decirle? Ya no me hace falta ver al viejo, Funcionario, ya he conseguido lo que quería. Así que contesté todas sus preguntas; al fin dio un gran suspiro y me dijo:

—Bien, Dama Lark, me han dicho que si pasabas mi inspección ya no tendría forma de impedirte acercarte al rey.

El día antes me habría alegrado mucho. Pero aquella noche..., aquella noche sólo quería coger mi cuerpo deforme con el nuevo brazo que estaba creciéndome y marcharme de Nkumai.

—Muy agradecida, Funcionario.

—Claro que no irás directamente de mí a él. Vendrá un guía y te llevará a la persona muy importante que me da las instrucciones y esa persona situada muy arriba te llevará más arriba.

—¿Al rey?

—No sé exactamente lo alto que está situada esa persona —dijo Funcionario, sin sonreír. Me pregunté cómo podrían gobernar de aquella forma.

Pero Funcionario chasqueó los dedos y apareció un muchacho que me llevó a otro sitio. Le seguí con cautela, y esta vez había una cuerda oscilante... Pero el chico encendió una antorcha en el otro extremo y lo conseguí aunque aterricé torpemente y me retorcí un tobillo. La torcedura era leve, a los pocos minutos se me había curado y no me dolía.

El muchacho me dejó en una casa sin luz y me dijo que no hablara. Así que esperé delante de la casa, hasta que, por último, alguien susurró:

—Entra.

Entré.

La casa estaba absolutamente a oscuras, pero una vez más me interrogaron y una vez más contesté, sin tener idea de con quién estaba hablando, ni siquiera de dónde estaba exactamente. Pero después de media hora así, finalmente me dijo:

—Ahora me marcharé.

—Pero ¿y yo? —pregunté estúpidamente.

—Tú te quedarás. Vendrá otra persona.

—¿El rey?

—La persona próxima al rey —me dijo él, aún más suavemente, y salió por el hueco de las cortinas por el que había entrado yo.

Luego oí unos pasos suaves en otra dirección y alguien entró y se sentó a mi lado. Muy cerca de mí. Y se rio suavemente.

—Mwabao Mawa —dije, incrédulo.

—Dama Lark —me respondió, en un susurro.

—Pero me han dicho que...

—Que verías a la persona más próxima al rey.

—¿Y eres tú?

Volvió a soltar una risilla.

—Así que eres la amante del rey.

—En cierta forma. Ojalá hubiera un rey.

Tardé un rato en comprenderlo.

—¿No hay rey?

—No hay un rey —me contestó—, pero puedo hablar en nombre de quienes gobiernan tan bien como cualquiera. Mejor que la mayoría. Mejor que algunos de ellos.

—¿Pero por qué he tenido que pasar por todo esto? ¿Por qué he tenido que abrirme paso hasta ti haciendo sobornos? ¡He estado todo el tiempo contigo!

—Habla más bajo —me dijo—. Más bajo. La noche tiene oídos. Sí, Lark, estuviste conmigo todo el tiempo. He comprobado que puedo confiar en ti. Que no

eres una espía.

—Pero tú misma me enseñaste el lugar. Me permitiste oler los olores.

—También te demostré lo imposible que es detenernos, o imitarlo. Cerca del suelo, Lark, el olor del aire es repugnante. Y sabes perfectamente que los tuyos jamás podrán escalar nuestros árboles.

Asentí.

—Pero de todas formas, ¿por qué me lo enseñaste? ¡Es tan inútil!

—Inútil no —dijo ella—. El olor tiene otros efectos. Quería que respiraras aquel aire. Me debes un favor —dijo tocándome la cabeza, y de pronto sentí que mi muerte estaba próxima.

Noté su aliento ardiente en la mejilla mientras me acariciaba la garganta con una mano; finalmente se me ocurrió un medio de solucionar aquello. O por lo menos de posponerlo. Tal vez el aire perfumado fuera suficiente para anular los tabúes sexuales de los Nkumai. Quizá hubiera sido una dosis suficiente para debilitar la inhibición normal de una mujer para hacer el amor con otra mujer y que mi organismo, después de una abstinencia tan prolongada, reaccionara a la propuesta de Mwabao Mawa como si fuera absolutamente oportuna. Por suerte, mi resistencia a morir era muy fuerte y el aire no la había debilitado en absoluto. Sabía que si dejaba que las cosas siguieran su curso natural se descubriría mi antiguo físico. Se me ocurrió que tal vez Mwabao Mawa no fuera tan liberal en cuanto a encontrarse con un hombre en la cama como esperaba ella que lo fuera yo en cuanto a encontrarme una mujer en la mía.

—No puedo —le dije.

—Podrás —dijo ella y deslizó una mano fría bajo mi túnica—. Puedo ayudarte —dijo—. Puedo simular que soy un hombre para ti, si quieres —y empezó a tararear y a cantar una melodía suave y extraña. Casi inmediatamente, la mano que deslizaba bajo mi túnica se hizo más ruda y fuerte y sentí el rostro que me besaba la mejilla áspero y barbudo. Todo aquello parecía ocurrir por su canción. Me pregunté cómo lo haría, incluso mientras otra parte de mi mente advertía agradecida que su pretensión de virilidad seguramente ayudaría a mitigar el deseo que yo sentía por ella.

Sólo que mis senos reaccionaron como los de cualquier mujer y empecé a sentir mucho miedo cuando la canción se hizo demasiado rítmica y me empujaba con más intensidad al trance.

—No debo hacerlo —dije y me aparté. Ella (¿o él?) continuó. La ilusión era intensísima. Deseaba poder hacer lo mismo, y conseguir hacerle creer que era una mujer, pese a la evidencia que pudieran aportar sus manos, labios y ojos. Pero no podía. Le dije—: Si lo haces, después me mataré.

—Tonterías —dijo.

—No me he purificado. —Procuré mostrarme desesperado.

No resultaba difícil.

—Tonterías —dijo.

—Si no me matara yo misma, lo haría mi gente —dije—. Lo harán si esto sucede sin haber sido purificada antes.

—¿Cómo van a enterarse?

—¿Crees que les mentiría a los míos? —Esperaba que la ronquera y el temblor dieran a mi voz un tono de honor ofendido en vez del auténtico terror que en realidad sentía.

Tal vez sí, pues lo dejó, o, mejor dicho, hizo una pausa y me preguntó:

—¿En qué consiste esa purificación?

Inventé un batiburrillo de rituales religiosos, tomados en parte de las prácticas del pueblo de Ryan y en parte producto de mi deseo de soledad. Me escuchó. Me creyó. Y así, hice otro viaje en la oscuridad y me encontré solo en casa de Mwabao Mawa, en la habitación de los arcones. Mi propósito allí, me dijo, era meditar.

Permanecí allí una mañana, una tarde y una noche.

No sabía qué hacer. Mwabao estaba en la otra habitación, la que habíamos compartido durante dos semanas, tarareando suavemente una canción erótica... que me mantenía en continua excitación.

Jugué con la idea de extirparme los genitales, pero no estaba seguro del tiempo que llevaría la regeneración y la herida curada de la castración no parecería la anatomía de una mujer.

También pensé en escapar, claro, pero sabía muy bien que la única vía de escape pasaba por la habitación en que esperaba animosa Mwabao Mawa. Maldecía una y otra vez (muy bajito, claro), preguntándome por qué tendría la desgraciada suerte de acabar encerrado en el cuerpo de una mujer con una lesbiana como carcelera y cientos de metros de gravedad como barrotes carcelarios.

Llegué por último a la conclusión de que mi única esperanza, pese a ser muy pequeña, consistía en huir no como mujer sino como hombre. La noche siguiente, en la oscuridad, si me pintaba de negro, podría eludir a los guardias. Si no lo conseguía y me atrapaban, no tenía más que tirarme. Dejarme caer, pensé irónicamente. Y mi identidad quedaría a salvo.

¿Cómo pasar delante de Mwabao? Fácil. Matándola.

¿Podía hacerlo? No tan fácil. Me gustaba. Había violado el protocolo diplomático, pero en realidad no me había hecho daño. Además, estaba bien relacionada; enseguida la echarían de menos.

Así que no la mataría. Un golpe en la cabeza, fractura de huesos, con eso bastaría. La mantendría callada el tiempo suficiente, o al menos inmovilizada. A decir verdad, no tenía idea de lo fuerte que tenía que golpear a una persona normal para dejarla inconsciente sin matarla, ni los huesos que tendría que romperle sin dejarla lisiada de

por vida. En Mueller nunca había problema. Y no conocía a ninguno que hubiera pegado a un extraño sin intención de matarle o mutilarle. De todos modos, haría todo lo posible por no mutilarla.

Lo único que faltaba era ocultar quién era. Me pintaría de negro después, cuando acabara con Mwabao. Pero los otros preparativos estarían bien como factor sorpresa.

Empecé a buscar en silencio entre las cajas, esperando encontrar un cuchillo. Con él me cortarían los senos. Volverían a crecerme, claro, pero por la noche el tejido cicatrizante habría cubierto la herida y los senos aún no habrían empezado a crecer visiblemente. Era lo más parecido a un cambio de sexo que podía lograr, me dije con amargura. No encontré ningún cuchillo. En su lugar encontré más libros, y la curiosidad momentánea me llevó a media hora de concentración.

Era la historia del planeta. Había leído nuestra versión, claro, pero aquella era más completa en algunos aspectos. En algunos aspectos importantísimos; empecé a comprender que me habían engañado casi por completo. Y sin embargo era tan evidente...

Lo que la historia de Mueller omitía y la de Nkumai explicaba por extenso, era el grupo entero. No era la historia de una sola familia, sino de todos los integrantes de la conspiración que fueron exiliados a este planeta sin metales como horrendo ejemplo para el resto de la República de lo que ocurriría a quienes intentaran establecer un gobierno de la élite intelectual. Los antiguos sucesos que llevaron a las Familias a Traición siempre me habían parecido irrisorios, y seguían pareciéndomelo. ¿Quién debía gobernar a quién? La respuesta sería siempre, eternamente: «Yo». Fuera quien fuese ese «yo», «yo» buscaría el poder.

Pero la historia de Nkumai repasaba la lista de nombres. Busqué Mueller y lo encontré. Han Mueller, experto en genética, especializado en el hiperdesarrollo de la regeneración humana. Miré otros nombres. Pero naturalmente el que más me interesaba en aquel momento era Nkumai. Ngago Nkumai, que había adoptado un nombre pseudoafricano como señal de desafío, se había dado a conocer en el desarrollo de las bases físicas teóricas del universo, estableciendo nuevas formas de observar el universo que permitirían a los hombres hacer otras cosas.

Todo encajaba; las piezas por separado eran tan débiles que no demostraban nada, pero los sucesos de las semanas que había pasado en Nkumai encajaban tan bien que no podía dudar de mi conclusión.

El aire aromático del pantano no era nada, era un señuelo un ardid de Mwabao Mawa para llevarse a la cama a la joven rubia y delgada de Bird. Pero otros datos sí eran ciertos. Por ejemplo, que no existía ningún rey. Mwabao había dicho la verdad: el gobierno estaba formado por un grupo. Pero no era un grupo de políticos. Era un grupo cuya profesión era la misma que la del fundador, Ngago Nkumai. Eran científicos que inventaban nuevos sistemas de observar el universo: científicos que

inventaban cosas como «verdadera vista» y «hacer bailar a las estrellas». Utilizaban a Mwabao Mawa como enlace con los funcionarios de Nkumai. ¿A quién utilizarían como enlace con el ejército? ¿Y con los guardias? Poco importaba. ¿Y por qué creía el pueblo de Nkumai que había rey? Sin duda lo había habido... o quizá aún fuera un testafarro. Pero tampoco eso importaba gran cosa.

Lo importante era que Nkumai no le vendía aromas al Embajador.

Le vendía física. Le vendía nuevas formas de observar el universo. Por supuesto, le vendía la posibilidad de viajar a mayor velocidad que la luz, como había dejado débilmente que se le escapara Mwabao Mawa, y disimulado luego tan bien, Y otras cosas. Cosas mucho más valiosas para los Observadores que los miembros, los corazones y las cabezas extirpados de los cuerpos de los regeneradores radicales de Mueller.

Todas las Familias, si es que tenían la menor esperanza de crear algo que vender al Embajador, procurarían desarrollar lo que su fundador dominaba mejor: Mueller, la manipulación genética humana; Nkumai, la física. Busqué Bird y me eché a reír. La primera Bird del planeta había sido una acaudalada mujer de mundo, una mujer con escasas habilidades notables y ningún conocimiento aparte de su argucia para manejar a los demás a su antojo. Su único legado era el matriarcado. Eso no les daba la menor ventaja en la lucha por conseguir hierro. Sin embargo, como todos los demás, había transmitido a sus descendientes el conocimiento de aquello en lo que destacaba.

Cerré el libro. Ahora era aún más urgente que escapara de allí, porque este descubrimiento concreto podría ser la clave de la victoria de Mueller sobre Nkumai. Y estaba seguro de que podría entrenar un ejército para luchar en los árboles. Y podríamos (contaba con ello) conseguir una victoria y capturar al menos algunas de aquellas mentes o al menos controlar a su Embajador e impedirles utilizarlo. Después de todo, la base de la población de Nkumai no estaba bien preparada para la lucha, mientras que la de Mueller dominaba a la perfección el cuchillo, la lanza y el arco. Podríamos conseguirlo.

Teníamos que conseguirlo. Porque Nkumai estaba obteniendo hierro más deprisa y cuando tuvieran el suficiente, tendrían la tecnología para construir una nave e irse del planeta. Y no una nave lenta, sino una nave que viajara más rápido que la luz. Se irían de Traición... y Mueller no tenía la menor esperanza de conseguirlo. Entonces, en cuanto llegaran a la República y saldaran viejas cuentas, volverían con todo el metal que pudieran transportar y entonces ninguna Familia podría hacerles frente. Ellos gobernarían.

Tenía que impedirlo.

Dejé el libro y seguí buscando el cuchillo. En ello estaba cuando las cortinas se abrieron y entraron en la habitación cuatro guardias.

—Nuestros espías acaban de llegar de Bird —dijo uno de ellos.

Maté a dos y mutilé a otro. No pudieron dominarme.

Tuvieron que darme un golpe en la cabeza que habría matado a un hombre corriente. Me hizo tanto daño que permanecí horas inconsciente.

Lanik y Lanik

Desperté echado en una plataforma tan pequeña que, con la cabeza apoyada en ella, los pies me colgaban fuera. Más que verlo, noté que estaba aún vestido. Era indudable que aún no habían descubierto el secreto de mi cuerpo (seguramente me habían registrado en busca de armas), así que aún sentía cierta esperanza de que un sentido de generosa modestia hubiera preservado el secreto de Mueller.

Dos guardias estaban cerca de pie. Cuando vieron que recobraba el conocimiento, acudieron rápidamente a mi lado por las estrechas ramas. Estábamos tan arriba que el follaje nos rodeaba denso y podía ver trozos de cielo. Las ramas eran tan delgadas que mi plataforma se balanceó exageradamente al acercarse los guardias.

Cuando llegaron a la rama que quedaba bajo mi plataforma, sacaron garfios y engancharon dos cuerdas que colgaban de ramas aún más altas y delgadas. Las cuerdas tenían en el extremo las esposas más ingeniosas que yo había visto. En vez de las rudimentarias esposas de madera utilizadas en Mueller, que se pudrían en seguida, aquéllas eran de vidrio atado con cuerdas. Me colocaron en torno a las muñecas dos semicilindros de vidrio. No encajaban a los lados. Luego ataron bien fuerte la cuerda alrededor por una ranura de vidrio. Cuando terminaron de atar las cuerdas, los semicilindros de vidrio encajaban perfectamente.

Como gesto de despedida tras nuestra muda relación, los guardias tiraron de las esposas de mis brazos. El de la derecha me bajó la esposa hacia el codo. El otro me alzó la suya hacia la mano. El dolor fue intenso e instantáneo. Los miré sorprendido. Sonrieron torvamente y se fueron.

Las esposas se me habían clavado alrededor del antebrazo derecho y de la mano izquierda lo suficiente para hacerme sangrar. Habían triturado o molido el vidrio para conseguir un borde afilado. Era fácil librarse de aquellas esposas... siempre que estuvieras dispuesto a perder media mano para conseguirlo, e incluso en ese caso el descenso por el árbol resultaría bastante difícil.

Además las esposas estaban atadas lo bastante separadas para que no pudiera golpearlas una con otra, ni contra nada, ni siquiera contra mi cabeza. No había forma de romperlas. Además, como estaban atadas a ramas muy flexibles, si las bajaba, saltaban hacia arriba y me cortaban. Así que estaban sometidas a una tensión constante de forma que el más mínimo movimiento me cortaba un poco. No podía echarme en la plataforma... ni siquiera arrodillarme.

No querían que me marchara ni querían que disfrutara quedándome con ellos. Había tenido anfitriones así antes y los tuve después, pero ninguno tan desagradable en ese sentido.

Miré a mi alrededor. Aún no era de noche..., aún se veía el sol, bajo, entre el follaje, hacia el oeste, brillando tras las nubes que avanzaban del noroeste. Debía de

haber pasado horas inconsciente.

Mi plataforma se apoyaba en una sola rama, pero estaba unida o apoyada en muchas otras que formaban un entramado. Salté levemente en la plataforma. Los guardias advirtieron inmediatamente el movimiento y se volvieron a mirar.

Había cerca otras plataformas, todas vacías. Me pareció distinguir más lejos a otra persona de pie esposada, pero no podía estar seguro. El follaje me impedía ver bien a mucha distancia.

Empezó a llover. Quedé empapado inmediatamente; y allí, con pocas hojas y ramas que pudieran dispersar el chaparrón, las gruesas gotas me golpeaban brutalmente. Peor aún, caían con tal fuerza que cada ráfaga de viento sacudía y movía las ramas y aquello era como la primera vez que había cruzado un puente de cuerda, peor que el mareo. Durante el aguacero vi que los guardias se cobijaban bajo dos tejadillos y no me vigilaban.

Mi plan tomó forma rápida y fácilmente, aunque sólo conseguiría salir de la zona de prisión. ¿Cómo lograría llegar con vida a tierra... y cómo cruzaría luego el bosque hasta zona segura... y dónde estaba tal zona? Esas eran cuestiones demasiado arcanas para investigarlas entonces.

—Dama Lark —dijo una voz lejana, que reconocí. Mwabao Mawa se abrió paso por el entramado de ramas pequeñas. Los guardias se incorporaron y la saludaron con un gesto cuando llegó a su lado.

—Mwabao Mawa —le dije—. He cambiado de idea. Prefiero seguir viviendo contigo, después de todo.

Frunció los labios, luego dijo:

—Hemos recibido el informe completo de nuestros espías. Son una pareja bastante traicionera (mercenarios de Allison) y tenían la idea errónea de que seguiríamos pagando más y más por cada gota de información que fueran soltando. Espero que tú no tengas ninguna idea tan errónea, Lark, o quienquiera que seas. No haremos ningún trato, más que por tu vida.

Sonreí, aunque estoy seguro de que mi expresión no era especialmente jovial.

—Dama Lark, no eres de Bird. Y no sólo eso, sino que las absurdas historias que nos explicaste sobre la cultura de esa Familia están tan lejos de la realidad como para suponer que nunca has estado allí. Sin embargo, por tu acento es evidente que eres de la llanura de río Rebelde. También está claro por la moneda de hierro que utilizaste que perteneces a una Familia que utiliza dinero. Y puesto que el hierro no puede proceder de Nkumai, ha de proceder de alguna otra familia que tenga algo que vender al Embajador. ¿Cuál?

Sonreí más abiertamente.

—Oh, vamos —dijo—. Estoy casi segura de que eres de Mueller. Sabré quién eres exactamente dentro de una semana, por espías más fiables. Vayamos a cuestiones

más prácticas. ¿Qué le vende tu pueblo al Embajador?

—Aire —respondí—, de los pantanos de la desembocadura de río Rebelde.

Me miró furiosa.

—Me gustabas de verdad.

—Y a mí me gustabas tú —contesté—. Pero mi simpatía por ti terminó anteanoche, cuando descubrí lo mucho que difieren nuestros gustos sexuales.

Absolutamente falso, ya que a los dos nos gustaban las mujeres.

—A mí todavía me gustas, Lark —me dijo—. No soy sádica y no estás aquí por despecho. Así que comprenderás que no me quede a mirar.

Cuando se marchó, los guardias se acercaron y me alzaron en el aire. Al principio creí que se limitarían a dejarme caer, para que las esposas hicieran el resto. Pero no... Si me cortaban accidentalmente una parte importante de la mano, las esposas ya no me sujetarían. En vez de eso, cuando estaba en el aire, hablaron por primera vez para instarme a agarrarme de las cuerdas, que estaban lo bastante flojas como para que pudiera hacerlo.

Me agarré de las cuerdas mientras ellos me empujaban los pies. En aquella posición no podía soltarme de las cuerdas sin que las esposas me acuchillaran las muñecas, y las ramas a las que estaban atadas las cuerdas eran tan flexibles que no podía apalancarme para dar una patada a los guardias. Se dedicaron a tallarme los pies haciendo un precioso dibujo entrecruzado de casi dos centímetros de profundidad, que en algunos puntos me llegó al hueso. Era torturante, por supuesto, pero había superado cosas peores en los entrenamientos. Sin embargo, sabía lo que esperaban de mí y gemí y grité. Debí hacer una representación convincente, porque dejaron de cortarme, me alzaron de nuevo, me dijeron que soltara las cuerdas y me bajaron con cuidado.

De pie, por supuesto, y las esposas seguían forzándome a permanecer erguido. Pensé lo que les pasaría a los espías en los calabozos de Mueller y decidí que en aquel aspecto de la civilización, Nkumai y Mueller estaban más o menos a la par. En Mueller teníamos una tecnología superior para inducir el dolor, pero en Nkumai sabían provocar la desesperación.

Pensando esto, me olvidé de gritar uno o dos minutos, pero en cuanto recordé que se suponía que estaba sufriendo, di grandes gemidos. Los guardias se retiraron.

A la media hora, los cortes de los pies habían desaparecido y el dolor y el cosquilleo de la curación también cesaron en seguida. Pero el problema de la rápida curación era que mis supuestos torturadores seguramente se darían cuenta y ya no tendría que ocultar lo que vendía Mueller al Embajador.

Empecé a rezar para que lloviera. O al menos a desear la lluvia, ya que en mi panteón no figuraba nadie encargado del tiempo.

Llegó una hora después de que anoheciera. Las nubes cubrieron el cielo,

borrando las estrellas y la luz de Disidencia. Se levantó un viento que hacía balancearse la plataforma. Esa fue la señal para empezar; con las ramas balanceándose por el temporal, no notarían que yo también me movía por mi cuenta.

Empecé a empujar las esposas para cortarme una parte de la mano. Lo más difícil era mantener la presión bastante fuerte en la dirección adecuada para que el cristal cortara el meñique y el anular de ambas manos, pero no el pulgar. Necesitaba el pulgar para escalar.

Hubo un momento espantoso, en el que la sangre manaba de mis manos lisiadas, cuando empezó a llover a chaparrón.

Sólo faltaban unos minutos para que la lluvia amainara. Entre las nubes, la lluvia y la oscuridad de la noche, no podía ver absolutamente nada. Pero tenía que moverme, tenía que salir de aquella prisión antes de que mis movimientos fueran nuevamente detectables. El dolor no tenía importancia, pero dominar el miedo a caerme y el miedo a avanzar en la oscuridad era lo más difícil que había tenido que hacer en mi vida hasta entonces, y el mayor peligro que había corrido. Todavía cuando ahora pienso en ello, me pregunto qué clase de locura me impulsaría a intentarlo. Pero entonces aún era joven y la vida no valía lo mucho que vale ahora.

La madera era resbaladiza y gateé, escalé y me tambaleé mucho más deprisa de lo que aconsejaba la seguridad. Procuré seguir en las ramas en la dirección en que se bifurcaban, pues sabía que así acabaría encontrando ramas más gruesas de base firme. Mantenía los ojos casi siempre cerrados, tanteando el camino con las manos, pues aun en la más absoluta oscuridad, con los ojos abiertos la mente seguía deseando ver y tendía al pánico cuando no lo conseguía.

En determinado momento llegué a una plataforma y por un segundo temí que estuviera ocupada. No lo estaba, y de allí a madera firme fue sólo cuestión de segundos. Pero todavía no me incorporé y eché a correr. No tenía guía y la madera estaba resbaladiza. Pero era un alivio no verme lanzado a un lado y otro y me lancé hacia abajo en la oscuridad.

Dejó de llover. Cesó el viento. Y justo cuando suspiraba aliviado, el camino se hizo súbitamente muy empinado y perdí pie y caí. Por un instante creí que aquello sería la muerte; pero casi inmediatamente aterricé en una plataforma.

—¡Pero qué diablos! —dijo una voz furiosa mientras me incorporaba. Había tirado a alguien.

—¿Pero qué diablos cae en estos tiempos del cielo? —preguntó una voz de mujer en tono alegre.

No creo que les divirtiera mucho que los destrozara. No tenía tiempo para ser amable y persuasivo. Pero creo que no les maté. Sus instintos y mis deseos coincidían lo suficiente para que ninguno de ellos llegara a caer de la plataforma y en cuanto los inmovilicé me tomé un momento para registrarlos por si encontraba algo que pudiera

robarles. Tuve la vaga idea de simularme un ladrón para despistar.

El hombre tenía un cuchillo y se lo quité, junto con un amuleto de hierro que llevaba la mujer alrededor del cuello. Incluso entonces tuve la vaga idea de que podría necesitar dinero en cuanto saliera de Nkumai... como si tuviera una esperanza razonable de conseguirlo. Encontré entonces una escalerilla de cuerda que partía de la plataforma; contuve la respiración, me descolgué por el borde y descendí hacia la oscuridad.

Bajé en silencio, atento a cualquier sonido revelador que pudiera transmitir el aire nocturno indicándome que habían descubierto mi huida; pero la noche era silenciosa. Empezó a filtrarse una luz difusa a mi altura cuando las nubes se dispersaron y Disidencia se elevó más en el cielo.

Al pasar junto a una plataforma que daba a un puente de cuerda, jugué con la idea de soltar la escalerilla. Pero decidí seguir bajando al menos hasta otro nivel, para poner la máxima distancia vertical entre yo y mis perseguidores.

Fue una mala decisión. No bien hube pasado la plataforma cuando la escalerilla empezó a balancearse violentamente como un péndulo. Y luego empezó a alzarse. Me habían descubierto.

Mis reflejos en los árboles aún eran débiles. Tardé un momento en decidir dar la vuelta en la escalerilla, alcanzar el otro lado, el mismo de la plataforma. Para entonces estaba a más de tres metros de la misma y me alzaban con rapidez. No tenía tiempo para calcular el salto. Salté hacia atrás cuando un vago instinto me indicó que debía hacerlo.

Aterricé de espaldas y me deslicé en la dirección de la veta de la madera, llenándome la espalda de astillas. Llevaba tal impulso que salí de la plataforma y caí al principio inclinado del puente de cuerda.

Una cosa es bajar corriendo un puente de cuerda y subir al otro lado. Deslizarse de cabeza y de espaldas no es tan fácil. Separé los pies para intentar pararme enganchándome en las cuerdas de los lados. Por desgracia se me enganchó primero la pierna derecha empujándome en aquella dirección. Las cuerdas laterales me impidieron caer, pero el impacto fue lo bastante fuerte para inclinar todo el puente hacia un lado, echándome fuera.

Me agarré a las cuerdas y resistí una espantosa sacudida. El puente estaba prácticamente volcado del lado del que yo colgaba y la situación empeoró cuando los travesaños se salieron. Uno me golpeó en el hombro y por reflejo solté aquella mano. Me aguanté con la otra y recuperé rápidamente el asidero. Pero no veía forma de enderezar el puente..., no era como un bote volcado. No había agua que me aguantara mientras le daba la vuelta; en realidad, la única forma de conseguirlo era soltarme. Y eso no me ayudaría mucho.

Barajé la idea de retroceder, mano sobre mano, a la plataforma que había

abandonado porque estaba mucho más cerca que el otro extremo. Pero sabía que mis perseguidores, sin duda guardias, no tardarían mucho en llegar a la plataforma, y además..., además ellos controlaban la única otra vía de escape desde la misma, la escalerilla de cuerda.

Así que empecé a avanzar deslizándome primero con una mano y luego con la otra hacia el otro extremo del puente. Era una suerte contar con los pulgares. Aunque la hemorragia de los dedos amputados había cesado, las heridas aún se me estaban curando y tenía las manos débiles. Pero me aguantaban. Al principio, al menos. Al cabo de un rato tenía que aguantarme también con el brazo, metiéndolo entre las cuerdas. Esto me retrasó todavía más, pero aun así pude seguir avanzado a buen ritmo.

No obstante el peso de mi cuerpo, hacia el extremo del puente, la posición de los principales cables lo obligaba a un nivel más normal, y me alcé agradecido sobre los travesaños.

Sentí luego un balanceo que no se debía a mi movimiento (alguna otra persona había llegado al puente). Ahora que estaba otra vez en su posición normal, avanzaban con rapidez, a no ser en la parte en la que se habían caído las planchas de madera. Y efectivamente oí un grito de sorpresa y sentí un bamboleo súbito. ¿Se habría caído el individuo y se habría agarrado a tiempo? No tenía forma de saberlo; ni siquiera a aquella difusa luz podía ver más allá de unos dos metros.

Dos metros era suficiente, sin embargo, para ver que la plataforma a la que me aproximaba estaba ocupada. Pero evidentemente sus ocupantes no participaban en la persecución (ambos miraban hacia otro lado). No tenía tiempo que perder y ya no tenía sentido (si es que lo había tenido alguna vez) intentar ocultar el hecho de que era un fugitivo. Le di una patada fuerte en los riñones a uno, que cayó para siempre a la noche, mientras el cuchillo que había robado buscaba el corazón del otro, que se volvió a mirarme. El que cayó no emitió el menor sonido.

Saqué el cuchillo del cuerpo del individuo, miré alrededor buscando otra vía de escape y vi que ya no estaba en las ramas sino en la horcadura del tronco y una rama principal. No había pendiente, sólo la caída en vertical del tronco. La rama se alzaba hacia arriba, que no era la dirección que quería seguir. Y el puente seguía balanceándose bajo las pisadas de mis perseguidores. Acostumbrados como estaban a viajar en la oscuridad, ya me hubieran alcanzado de no ser por el retraso del hueco de los travesaños que se habían caído.

Pensé cortar la cuerda del puente, pero los cables tensores eran demasiado gruesos, así que ni siquiera lo intenté.

Decidí trepar por la rama esperando que llevara a alguna ruta que pudiera seguir. Empezaba a subir por ella cuando comprendí lo que estaban haciendo los dos individuos a los que había sorprendido: una red para pájaros.

Estaban sujetando el extremo, la red enrollada colgaba tensa en la oscuridad. Habían fijado al menos otro punto... y eso sería suficiente.

Comprobé los nudos..., estaban prietos. Entonces me deslicé con los pies por delante en el grueso rollo de la red. Era tosca y me proporcionaba apoyo suficiente para no caer e incluso para no dar la vuelta y quedar colgado del fondo. Gateé por ella hacia atrás, cortando las cuerdas que la mantenían enrollada.

Cuando llegué al punto siguiente, comprobé con alivio que también estaba atada en el siguiente. Oía no muy lejos los pasos de mis perseguidores al llegar a la plataforma que yo acababa de dejar.

Seguí retrocediendo por la red, cortando todas las cuerdas al pasar. Podía verla desplegándose, cayendo abierta en la ruta que yo acababa de recorrer. ¿Intentarían mis perseguidores seguir mis pasos por la red? Estando abierta les resultaría mucho más difícil que a mí. ¿O la cortarían? A mí no me perjudicaría (había otro punto fijo entre ellos y yo). Y eso impediría la persecución.

Casi les oía tratar de decidir en la oscuridad y la quietud de la noche de Nkumai.

¿Hasta dónde llegaría la red? ¿Hasta dónde habría conseguido llegar yo? ¿De qué me serviría desenrollar la red si cuando llegara al final quedaban cien metros hasta el suelo?

La red era larga y cuando llegué al séptimo punto de fijación se me ocurrió que los guardias estarían esperándome en la plataforma en la que terminaba la red, listos para agarrarme y devolverme a la cautividad. Así que me di la vuelta laboriosamente en la red. Resultaba más difícil yendo de cabeza, pero así estaba más seguro en cuanto a posibles sorpresas. Hice bien. Estaba en el noveno punto de apoyo cuando sentí una sacudida. No podía proceder de detrás de donde estaba (si alguien estuviera siguiéndome por la misma ruta que yo seguía, lo habría notado hacía mucho). No era preciso mucha capacidad deductiva para llegar a la conclusión de que alguien avanzaba hacia mí de frente.

Seguí cortando los nudos de las cuerdas a medida que avanzaba. Y en el siguiente punto, decidí poner fin a mi viaje por la red. Empecé a cortarla nada más pasarlo. Las cuerdas se cortaban con facilidad, hasta cinco o seis a la vez, pero en la red enrollada eran cientos. Y estaba tan concentrado que no me fijé en mi enemigo hasta que lo tuve prácticamente encima.

Él no había ido cortando nudos, por supuesto, así que la red aún era tupida bajo él, mientras que detrás de mí colgaba libremente ofreciéndome un anclaje mucho más débil y menos estable. Habría cortado ya la mitad o algo más, pero él también tenía cuchillo y decidí prudentemente luchar con él antes de cortar la cuerda.

Fue una lucha bastante desigual. Estoy seguro de que habría podido matarle fácilmente en buenas condiciones y en tierra firme (e incluso en una plataforma horizontal). Pero en una red, a bastante altura del suelo y en la oscuridad levemente

mitigada por la escasa y dispersa luz lunar, y debilitado por la pérdida de sangre y la amputación aún palpitante de los dedos, desde luego no estaba en plena forma. Y todavía peor, la ventaja normal de un Mueller (el que no nos importen unas cuantas heridas mortales en una lucha) no era tal ventaja en aquel caso, porque el menor error me obligaría a soltar la red y precipitarme a tierra, donde mis posibilidades de curarme a tiempo serían muy escasas.

Y aún peor, era evidente que no se proponía capturarme vivo (por lo visto consideraban bastante útil mi cadáver, aunque no pudieran interrogarlo). La breve lucha habría concluido al clavarme finalmente el cuchillo en las entrañas si no hubiera estado a mano la parte superior de la red.

Me acuchilló el vientre una y otra vez; el dolor era lo bastante intenso como para hacerme jadear. Podíamos encajar algunos golpes normales, pero aguantar que el enemigo nos destripara como a un ciervo muerto no formaba parte de nuestro entrenamiento de combate. Le clavé el cuchillo en el brazo y le rasgué la carne, pero al instante siguiente volvió a golpearme, apuñalándome el vientre. Era evidente que el cambio (su brazo por mis entrañas) concluiría rápidamente con mi caída. Así que en vez de atacarle, me concentré frenéticamente en acabar de cortar la red por donde había empezado a hacerlo. El dolor y la desesperación me daban más fuerza o es que realmente tardé más de lo que creía, pero la malla se partió con un chasquido y mi enemigo soltó un gruñido de sorpresa cuando ambas mitades se separaron; cayó, perdiéndose de vista. Desapareció silenciosamente en la oscuridad, dejándome allí solo, balanceándome en la red colgante.

La red estaba abierta a todo lo largo; me asía a la fina malla con manos y pies. Sentía el aire frío en el abdomen abierto. Noté algo cálido y húmedo que me rozaba la rodilla y comprendí que se me había salido parte del paquete intestinal.

Poco importaba ya seguir ocultando mi verdadero sexo, así que corté la túnica negra por los hombros, para poder bajar gateando libremente por la red. Inicé el descenso por la red que faltaba, desnudo y conmocionado por el dolor.

Me sentía como una araña lisiada en una tela rota. Más de una vez se rompió un cabo y tuve que buscar otro asidero. Me cortaba continuamente los dedos de las manos y los pies con la fina malla.

Seguí bajando durante un eón, y, de pronto, no encontré nada bajo los pies.

La red terminaba allí; debajo estaba el vacío.

¿De qué extensión? ¿Quince centímetros? ¿Doscientos metros?

No tenía idea de la altura a que me hallaba cuando inicié el descenso. Como se había cortado la red, la esquina del fondo, de donde colgaba yo ahora, llegaba hasta más abajo de lo que habría llegado la red en la posición abierta normal. El suelo podría quedar a un solo paso.

¿Pero qué salida tenía? Estaba débil, con las entrañas colgando, sangraba todavía

por las múltiples heridas a medio curar; no podía volver a subir ni seguir allí colgado mucho más tiempo. Mi única esperanza de supervivencia era soltar la red, dejarme caer. Si estaba lo bastante baja, podría aterrizar con los suficientes huesos intactos como para poder escabullirme en la oscuridad y encontrar algún sitio en que ocultarme mientras se me curaba el vientre. Si la red estaba demasiado alta, me encontrarían en el suelo por la mañana lo mismo si saltaba que si intentaba seguir allí colgando un poco más.

Mientras seguía allí colgado intentando tomar una decisión, la red empezó a rasgarse. Mi peso era excesivo para una red destinada a ser invisible a los pájaros. Oí durante un momento el chasquido rápido de los cabos y luego, todavía agarrado a ella con las manos, caí en la oscuridad.

Me sentí libre sólo un momento. Ni siquiera pude prepararme para amortiguar el impacto al tocar el suelo, ya que no podía verlo. Caí de espalda y el golpe me cortó la respiración. Y como no había soltado la red, quedé enredado en ella, que se amontonaba sobre mí y a mi alrededor.

Estaba vivo.

Me quedé allí tendido sólo un momento, casi aturdido, tentado por la agradable pérdida de la conciencia. Pero no cedí. El hecho de haber vivido para llegar al fondo del bosque de Nkumai me impulsó a conseguir escapar. ¿Cuánto tardarían mis perseguidores en llegar abajo utilizando la escalerilla? Y, una vez abajo, ¿cuánto tardarían en darme alcance? Concluí que no mucho y me debatí con la red para librarme de ella.

Me dejé parte del intestino en la red y la parte que quedaba aún unida a mí se me desbordaba por la inmensa herida a cada paso que daba. Sólo una mano apretada continuamente contra el vientre lo mantenía dentro. Me alejé tambaleante en una dirección que esperaba que me llevara al mar. Había perdido toda noción consciente de la orientación; esperaba que el sentido inconsciente me guiara correctamente. Aunque no razonaba bien, recuerdo haber intentado ocultar el rastro. Encontré un arroyo y me detuve el tiempo suficiente para lavarme la herida; sentí el agua fría como un mazazo en las entrañas, seguí el curso de la corriente un trecho largo. Los sorbos de agua que tomaba de vez en cuando parecían refrescarme hasta el momento doloroso en que el agua llegaba al intestino cortado. Pronto dejé de beber.

Cuando el sonido de la corriente se hizo estruendoso, estaba demasiado atontado para comprender lo que significaba. Cuando la cascada saltó a la oscuridad yo caí río abajo con un chapoteo grandioso. Una vez más estuve a punto de perder el conocimiento y podría haberme ahogado de no ser porque la corriente era rápida y conseguí mantenerme despejado y a flote el tiempo suficiente para alcanzar la otra orilla. En el río perdí el cuchillo que había conseguido aguantar en la caída. En aquel momento no le di mucha importancia y me dormí en la otra orilla, completamente al

descubierto.

Me despertó la luz difusa del sol entre el follaje del bosque; permanecí despierto lo bastante para arrastrarme hasta los matorrales tupidos, donde no me podrían ver desde arriba.

Volví a despertar en la oscuridad, muerto de sed; aunque recordaba la tortura que había supuesto el último trago, sabía que para tener alguna esperanza de curarme tenía que beber agua. Me arrastré penosamente hasta el río con los intestinos colgando flácidos detrás y bebí el agua oscura. No se convirtió en una tortura en mi vientre; al parecer mi organismo se las estaba arreglando con aquella herida impresionante y había cerrado una conexión en algún punto que permitía pasar el agua. La conexión había prescindido, no obstante, de buena parte de mi masa intestinal, que seguía colgándome y se arrastraba por la hierba y la tierra; estaba demasiado agotado para limpiarlo.

Volvió a despertarme la luz del sol. Alguien hablaba y gritaba. Alguien corría al otro lado del río. Aquellos hombres, tan silenciosos y seguros en los altos árboles, no eran gran cosa siguiendo pistas en tierra firme, pues de lo contrario habrían localizado inmediatamente el lugar en que me arrastré hasta el río la noche anterior. Me quedé silencioso e inmóvil entre los matorrales y mis perseguidores no tardaron en alejarse. Me dormí otra vez; y aquella noche me arrastré de nuevo hasta la orilla y bebí. Me parecía que el intestino colgante era más largo y más difícil de manejar que antes, pero tal vez se debiera sólo a mi gran fatiga, así que volví a dormirme.

El agua estaba contaminada. Empecé a vomitar por la mañana temprano y desde el principio eché sangre. Ni siquiera abría los ojos, sólo me retorció aterrado y torturado por miedo a que la fiebre me hiciera delirar y el delirio atrajera a mis asesinos potenciales.

No sé cuántos días pasé febril e inconsciente a partir de entonces. Pero era vagamente consciente de que recuperaba las fuerzas lo suficiente para caminar, siempre atontado, tambaleante por el bosque. Me salvé sólo gracias a la ignorancia de mis perseguidores: no estaba lo bastante consciente para tener cuidado. Tal vez caminara de noche. Tal vez abandonaran la persecución. No lo sé. Pero fui desde el río a arroyos más claros y bebí; los árboles eran un interminable borrón pardo; el sol sólo era una mancha brillante aquí y allá en el verdor. No tenía idea de lo que pasaba.

Y soñé que no viajaba solo. Soñé que me acompañaba alguien, alguien con quien hablaba suavemente y a quien explicaba todos los conocimientos de mi cerebro febril. Soñé que tenía un niño en brazos. Soñé que era padre y que, al contrario que mi padre, yo no repudiaría, no, no lo haría, a mi precioso hijo, por un delito que escapaba a su control. Soñaba y luego, un día, intenté dejar al niño en el suelo para beber.

Pero el niño no se separaba de mis brazos. Y poco a poco, mientras me debatía para dejarlo, me di cuenta de que los pájaros cantaban, brillaba el sol, el sudor me

caía por la barbilla y no estaba dormido.

El niño lloriqueaba.

Era real.

Recordé entonces que le había oído llorar de hambre. Recordé que le había canturreado delirante mientras seguía caminando, y que nos habíamos dormido abrazados. Todo estaba clarísimo... excepto de dónde había salido.

No fue necesario investigar mucho para averiguarlo. Estaba unido a mí en la cintura por un puente de carne. Intestino con intestino; debía haberse alimentado con la energía que pudiera absorber de mi organismo. Sus piernas colgaban a unos centímetros del suelo cuando yo me erguía; y al mirarle a los ojos, comprendí que eran los míos.

Regenerador radical. Podía curarme de lo que fuera. Y cuando me arrancaron la mitad del intestino, que quedó unido a mi organismo sólo por arterias y venas, mi organismo sencillamente no pudo decidir cuál era el yo verdadero, cuál de las dos partes tenía que curar. Así que había curado las dos... Seguía mirando a los ojos a mi perfecto doble, que me sonreía tímidamente como un niño estúpido pero afable.

No, como un niño no. Había crecido rápidamente y una leve sombra de vello en mejillas y labios indicaba la adolescencia inminente. Estaba delgado, famélico; se le marcaban las costillas. También a mí. Mi organismo, sin saber a cuál de los dos salvar, me había forzado a dar fuerzas al suyo y ahora se debatía para conseguir el equilibrio.

Yo no deseaba un equilibrio.

Recordé el rad monstruoso que había visto dirigirse tambaleante a los comederos en los laboratorios y me imaginé allí, listo para ser recolectado. Pero yo no había creado una simple cabeza, sino un cuerpo completo. Y cuando estuviera listo para arrancarlo y separaran ambos cuerpos, ¿cuál sería yo y cuál el que vendieran?

En aquel momento aún no existía duda respecto a cuál de los dos era el Lanik Mueller original. Yo tenía senos; y me crecía en el hombro un brazo minúsculo, ya con dedos que asían y se retorcían. No había crecido nada desde que me había escapado de la prisión de Nkumai; felicité con amargura a mi organismo por mantener sus prioridades, y haberme curado la herida del vientre antes de preocuparse del brazo de más. Buen trabajo.

¿Estaba vivo el nuevo yo? ¿Era humano? ¿Inteligente? No pensaba preguntar. Lo único que sabía es que no iba a vivir con dos yos.

Estaba desnudo y no tenía ni un cuchillo. Pero seguíamos unidos por finos pliegues de tejido, llenos de arterias, que habían mantenido al otro con vida durante su gestación.

A aquello. Que lo habían mantenido vivo. Si me permitía pensar en la criatura como el otro, como en él, no habría más que un corto paso a pasar a considerarle yo.

Y tal como estaban las cosas, apenas podía pensar en mí como yo.

Le había crecido el pelo exactamente igual que a mí, los mismos rizos y ondas, revuelto y enmarañado. Le tiré del pelo, intentando separarlo de mí. No podía desprenderse, por supuesto. Pero tampoco podía quedarse. Era yo mismo, exactamente igual, tal como había sido yo hacía solamente unos meses, antes de que mi organismo cambiara para hacer lugar a una mujer cuyo sitio no era aquel, una mujer que insistía en ser yo.

Sin disponer de un arma, la operación de separación fue sucia y dolorosa. La criatura despertó cuando machaqué nuestra unión con una piedra afilada. Lloró e intentó débilmente detenerme. Pero no hablaba.

Los dos sangramos al romperse la piel, cuando rasgué nuestra unión, cuando conseguí librarme del peso de cargar conmigo mismo.

Al fin estábamos separados. Tenía el organismo débil por haberlo creado, pero dejé caer con todas mis fuerzas la piedra sobre su cabeza, una y otra vez. Sobre la cabeza de aquello. Dejó de llorar y la masa cerebral se derramó de su cráneo roto. Advertí que estaba sollozando por el esfuerzo, por verme a mí mismo muerto. Arrojé la piedra y me adentré corriendo en el bosque.

Comía lo que podía encontrar, tratando de recuperar fuerzas. No vi más señales de mis perseguidores (debían haber renunciado a la persecución hacía mucho tiempo). Pero eso no me ayudaba a escapar. Si volvían a encontrarme, mi destino se precipitaría. Desde donde me encontraba, todas las direcciones se adentraban en territorio de Nkumai..., todas menos una. Calculé a bulto por el sol la dirección noroeste y la tomé.

Dada mi debilidad general, me costaba mucho avanzar; pero al menos estaba consciente. Hice el trayecto en varias etapas, cada día un poco; seguí un arroyo hasta un río, y luego el río hasta el mar.

Naturalmente, en la desembocadura del río había una ciudad, pero estaba en los árboles, aparte de algunos edificios junto a un rústico muelle. Comprendí que no eran gente de mar; no se habían adaptado como habíamos hecho los Mueller. Recordé la gran flota que se había hecho a la mar en la Manga de Mueller, formada por miles de soldados que conquistaron Huntington en menos de un mes. De Nkumai no zarparía ningún barco.

Pero sí llegarían embarcaciones de otras tierras. Y precisamente una de aquellas embarcaciones de otras tierras era mi única esperanza de conseguir salir de allí y hacer llegar a mi padre noticia de lo que vendía Nkumai al Embajador.

Esperé que se hiciera de noche; entonces me dirigí a la costa caminando por debajo de la ciudad de Nkumai. Procuré mantenerme en la linde del bosque, a unos dos kilómetros del muelle. Desde allí podría ver los barcos y, si todavía nadaba tan bien como antes, conseguiría llegar a bordo sin problema.

A salvo en mi escondite, me dormí.

Desperté al mediodía, jadeando y sudando. Había soñado que yo..., pero no era yo, era el yo niño que había matado en el bosque..., soñé que había ido a matarme y que me despertaba cuando los cuchillos destellaban, cuando ambos, yo y el reflejo de mi imagen, los hundíamos hasta el fondo, hasta el corazón del otro.

Recordaba vagamente que me había despertado un grito y me pregunté si habría gritado en sueños. Pero cuando salí de mi escondite y miré hacia el mar, vi pasar un barco cerca de la costa y los gritos procedían de los hombres que orientaban las velas.

El barco entró en puerto y, en los dos días que permaneció allí, traté de determinar cómo llamar la atención de los marineros sin que los Nkumai de la ciudad me descubrieran.

Encontré una rama podrida y la eché al agua. Flotaría. Aunque estuviera demasiado débil para salvar nadando aquella distancia, podría aguantarme en la rama. Noté el agua fría en la piel desnuda, pero al ver el barco salir del muelle y tornar rumbo nordeste, mi dirección, me zambullí y luego, sujetándome al madero como si lo necesitara, chapoteé torpemente pasando la rompiente hasta el suave oleaje de la mar en calma.

Oí a alguien gritar en el barco: «¡Hombre al agua! ¡Hombre!».

Alcé y agité una mano.

Me sacaron del agua y al poco rato estaba sentado temblando bajo una manta en un pequeño bote que se dirigía al barco.

—Gracias —dije.

Uno de los remeros soltó una risilla. No una risilla especialmente genial. Y el timonel dijo:

—Bien. Le llevamos al capitán.

—¿De qué nación sois?

Parecían reacios a contestar. Pensé que tal vez no me habían entendido.

—¿De qué Familia? ¿A qué Familia pertenece vuestro barco?

El timonel respondió de mala gana:

—Somos de Singer.

La población insular de la gran Bahía Norte que estaba conquistando Wing cuando yo salí de Mueller. El enviado de Wankier había pedido soldados a mi padre, sabiendo que su nación sería la siguiente, pero se había marchado con nuestra comprensión y poco más. Al menos aquellos marineros no eran de Nkumai y eran lo bastante humanitarios como para haberme sacado del agua. Viviría.

El capitán parecía algo más amable que su tripulación y, una vez a bordo, me interrogó durante un rato.

—¿Nación? —me preguntó, y como consideraba prudente no decirle la verdad, le dije:

—Allison. He escapado de un campamento-prisión de Nkumai.

Cabeceó pensativo, luego hizo un gesto. Algunos marineros se acercaron y me quitaron la manta de encima.

—¡Dios mío! —dijo el capitán—. ¿Pero qué les hacen hoy día a los prisioneros esos cabrones?

No contesté. Que piense lo que quiera, me dije desafiante. Pero tenía miedo.

—¿Qué eres? ¿Hombre o mujer? ¿Cuál es real?

—Ahora ambos —dije con sinceridad, y el capitán movió la cabeza.

—Imposible —dijo—. Esto complica muchísimo las cosas. ¿Cómo voy a saber qué precio ponerte?

¿Ponerme precio? Entonces recordé algo más que había dicho el enviado de Wankier. Que Singer tenía un negocio floreciente. De carne humana.

—¿Y como atracción? —dijo otro oficial—. Lo metemos en una jaula y que paguen por verlo.

—¡Excelente! —dijo el capitán—. Creo que el mejor mercado será Rogers. Tienen circos. Lleváoslo.

Apenas había dado la orden cuando me alzarón y me llevaron a una escotilla. La abrieron y me tiraron por ella. Aterricé pesadamente. La escotilla se cerró sobre mí.

No había luz. Casi no había aire. Pero estaba vivo. No se me había ocurrido oponer resistencia. Lo importante era que me consideraban valioso; sólo los muertos carecen de esperanza.

Pero Rogers estaba en la punta suroeste del continente. El viaje duraría meses. ¿Sería entonces ya demasiado tarde para llevar a mi padre la información sobre Nkumai? No lo sabía. Y no importaba. Y muy poco podía hacer al respecto hasta que escapara.

¿Se habrían fijado en el brazo que me estaba creciendo en el hombro? Quizá no, por la luz cegadora del sol; se distrajeron mirándome los senos y los genitales. Pero el brazo hizo entonces una flexión involuntaria, cosquilleándome la espalda. Iba a ser un viaje largo.

Monstruo

Era difícil distraerme, encerrado solo, completamente a oscuras y en cueros, en una superficie de unos dos metros cuadrados. Estaba casi siempre durmiendo, claro, pero no era un sueño reparador..., ni siquiera podía estirarme del todo.

A medida que el barco avanzaba hacia el norte, el frío era más intenso; cuando tomamos de nuevo rumbo sur, la celda se convirtió en un sudadero, en el que no sólo mi cuerpo sino también las paredes rezumaban mi sudor.

Pero podría haber sido peor. Aunque no vi el sol casi en cinco meses, me daban de comer y aprendí a apreciar los sutiles sabores de la carne agusanada y el pan mohoso. Cada mañana me bajaban un cubo lleno de agua; cada tarde, lleno de comida. Cuando lo vaciaba, lo llenaba, decidido a mantener la celda lo más limpia que podía, estando como estaba a oscuras. Creo que lo lavaban con agua marina antes de volver a llenarlo con la comida y el agua. Hasta el campesino más cruel procura que su ganado no enferme.

Los sonidos eran muy importantes. Los que me llegaban de arriba y de abajo constituían mi único contacto con la tripulación: los gritos de los hombres de los mástiles, los chasquidos de la vela batida por el viento; las oraciones matinales y vespertinas cuando la tripulación cantaba persistentemente y algunos hombres se confesaban llorando al capitán; los insultos y maldiciones, las peleas, las bromas, las torpes tentativas de seducción de hombres que llevaban tanto tiempo en la mar que empezaban a considerar hermosos a otros hombres. Me aprendí los nombres de todos. Roos y Nose-up se peleaban continuamente, pero creí que era un juego amistoso hasta que una noche alguien sacó un cuchillo y Roos murió justo sobre la escotilla de mi celda. La sangre empezó a gotear hasta que limpiaron la cubierta y oí que Nose-up pedía clemencia; le colgaron de los pulgares y le dispararon flechas a las extremidades hasta que murió desangrado. Curiosamente... lloró y suplicó hasta que le tocó la primera flecha. Entonces debió comprender que aquello era tan malo como el dolor, que no podían hacerle más. Empezó entonces a contar chistes y a burlarse de los arqueros y justo antes de morir contó una historia sentimental sobre su madre que entristeció a casi todos los hombres e hizo llorar a algunos sin la menor vergüenza. Creo que precisamente entonces le dejaron morir al fin, disparándole una flecha al corazón. Gente extraña, cruel y bondadosa a la vez, fuerte y débil, y que pasaba tan rápidamente de un extremo a otro que era impredecible.

Excepto el capitán, que era una isla de fortaleza entre la confusión. Era padre de un cargamento de hijos, escuchaba sus quejas con paciencia, mediaba en sus peleas, les perdonaba los pecados, les enseñaba sus tareas y tomaba por ellos todas las decisiones menos las más triviales. Me asombraba aquel hombre; casi nunca le oí irritado y entonces, sólo momentáneamente, para causar efecto; pero nunca vacilaba,

nunca cedía. Reconocía siempre sus pisadas en cubierta. Un paso, otro, otro, a un ritmo perfecto. Parecía que la cubierta resbaladiza se mantuviera firme para él y que no tuviera que transigir con el mar balanceante. Me recordaba a mi padre y ansiaba volver a casa.

Pero la simpatía y la comprensión que puede sentir un esclavo por sus dueños tienen un límite. Al cabo de un tiempo, la oscuridad me rindió y me resistía a despertarme, me resistía a dormir y soñaba sobre todo con la luz del sol. No soy marino sino jinete. Mi idea de viajar es sintiendo agitarse la carne entre mis piernas o sintiendo el suelo bajo mis pies, no bamboleándome de un lado a otro, arriba y abajo, adelante y atrás con las sacudidas, arremetidas y guiñadas de un barco en el mar.

Además, no había superado los efectos de mi visita a Nkumai. El grandioso esfuerzo regenerador de mi organismo, que dio como resultado la creación de mi antiguo doble, no había concluido con la amputación. Mi cuerpo parecía decidido a regenerar todas mis partes. A las pocas semanas de cautividad, el brazo que había empezado a crecerme en el hombro estaba ya muy desarrollado y era lo bastante largo como para rascarme la espalda al balancearse. No tardaron en brotarme otras extremidades; y aparecieron más excrecencias. Y aunque disponía de comida abundante para mantener el crecimiento, no podía hacer ejercicio; la energía que ingería sólo tenía una salida. El crecimiento.

Llevaba días sufriendo un calor insoportable cuando finalmente comprendí que estaba perdiendo el juicio. Me encontré tumbado en el prado junto al río Cramer, contemplando las ligeras embarcaciones de pesca impulsadas por el viento río arriba. A mi lado estaba Saranna, con la túnica abierta al desgaire (aunque yo sabía que se daba cuenta de la excitación que me producía cada centímetro de su piel al descubierto); me hacía unas cosquillas irresistibles que simulaba no sentir. Veía y hacía todo esto mientras permanecía completamente despierto, hecho un ovillo en el suelo de la celda sofocante.

Entretanto, la quinta pierna que me estaba creciendo en la cadera cobró vida retorciéndose con torpeza. Esa era la realidad. El sudor me caía a chorros por los senos. La oscuridad. La destrucción de mi cuerpo. La pérdida de la libertad.

Comprendí que era así como debían soportarlo los radicales de los corrales. Vivían otra vida. No se revolcaban en el barro y la hierba, no se alimentaban en los comederos... sino que sus cuerpos volvían a estar sanos y completos y se tendían a la orilla del río a hacer el amor con un amante, que, en realidad, ya no se atrevía a recordar que vivían. Pero en cuanto comprendí que tal locura era mi única vía de escape, decidí no utilizarla. Decidí, en cambio, mantenerme lúcido en la realidad del momento, aunque fuera insoportable.

Tengo buena memoria. No excepcional (no puedo recordar páginas escritas una a una), pero decidí emplear el tiempo en ordenar todo cuanto había aprendido leyendo

historia en la habitación más retirada de Mwabao Mawa.

Mueller: genética.

Nkumai: física.

Bird: buena sociedad.

Estos datos estaban bien grabados en mi memoria. Pero me obligué insistentemente a retroceder más, dejando que el trance de la demencia me llevara a algún punto útil, hasta que recordé otros. No todos, pero sí algunos más.

Schwartz, sin contacto humano en el desierto, había sido geóloga. Consumida en este mundo sin metales duros.

Allison: teología. Les había servido de mucho.

Underwood: botánica. ¿Qué flores cultivarían desesperanzadamente sus hijos ahora en las altas montañas?

Hanks: psicología, el tratamiento de los locos. Ninguna ayuda para mí.

Anderson: el inútil dirigente de la rebelión, cuyo único talento era la política.

Drew: los sueños y la interpretación de los mismos.

¿Qué producto de exportación habría encontrado cada uno de ellos? Lo ignoraba. Seguro que en la biblioteca de mi padre había libros que explicaban lo que no podía recordar; los libros llenarían los huecos y nos darían los indicios de los proyectos secretos que estaban elaborando otras Familias. Algunas, por supuesto, se habrían entregado a la desesperación al no tener nada en este mundo que pudiera ser valioso para el Embajador; los ingenieros, por ejemplo, Cramer y Wizer. Había sido fácil conquistarlos, ahora eran campesinos; habían olvidado los conocimientos a los que no podían dar un uso adecuado en este mundo. Y Ku Kuei, un filósofo cuyas ideas evidentemente no tenían mucha audiencia en la República..., no había vivido para fundar una familia. Tal vez en su sabiduría decidiera que su último acto de rebeldía sería desaparecer, morir, para que sus hijos no fueran siempre prisioneros en Traición.

Pero el hierro había llegado finalmente a Nkumai y a Mueller. Física y genética. Ellos con ideas, nosotros con productos. Nuestros productos no se agotarían nunca; ¿lo harían sus ideas? No importaba; no si les estaban pagando tanto hierro por idea que pudieran abatirnos rápidamente.

No podría informar a Mueller a tiempo.

Pese a toda mi resistencia, creo que no conseguí mantener completamente a raya la locura. Porque recuerdo como si fuera real una criatura como yo mismo que se reía de mí en la celda. Podría ser Lanik tal como me recordaba de verme en los espejos en mi temprana adolescencia, sólo que tenía un gran golpe en la sien, por el que le asomaban los sesos. Sin embargo mantenía una conversación agradable y sólo al final intentó matarme. Le estrangulé con cuatro manos, le destrocé. Lo recuerdo claramente.

También recuerdo la visita de mi hermano Dinte. Me cortó en trozos pequeños, y

cada uno de ellos se convirtieron luego en un pequeño Lanik, tan pequeño en forma adulta que Dinte se lo pasó en grande aplastándolos con las botas. Tal vez gritara entonces... Dinte desapareció cuando alguien golpeó la portilla.

También Ruva fue a verme, con la boca llena, pero pavoneándose mientras mascullaba que por fin le había arrancado los testículos a mi padre, se los había arrancado y los estaba masticando y que yo sería el siguiente. Llevaba con ella un niño feísimo, una parodia del rostro de mi padre. A sus..., ¿cuántos años tendría?..., todavía babeaba. La barbilla húmeda le brillaba a la luz. Pero yo sabía que no podía ser real, porque nunca hubo luz en mi celda, sólo el reflejo relumbrante un momento mientras bajaban o subían el cubo.

Y una anciana de las montañas de Mueller me estuvo disparando flechas hasta que quedé casi sepultado bajo ellas.

Recuerdo estos demenciales sueños de vigilia tan claramente como recuerdo a mi padre enseñándome a derribar a un hombre del caballo o consolándome y limpiándose la sangre de la cara mientras me explicaba mi destino. He aprendido retrospectivamente a diferenciar mis recuerdos reales de los que no pudieron serlo. Pero entonces no estaba tan claro.

Un día oí un sonido nuevo. No era insólito por su intensidad, pero me di cuenta de que las voces me eran desconocidas. El barco no podía haber llegado a ningún puerto. Nadie lo había abordado. Así que evidentemente habían sacado a los esclavos de los calabozos a cubierta. Eso significaba que estábamos llegando a puerto... Había que despertar los músculos atrofiados para que los esclavos quedaran bien en los mercados de Rogers, Dunn y Dark.

Pero aquel primer día a mí no me sacaron y no comprendía por qué.

Al segundo día deduje que como no iban a venderme para trabajar, no era importante que mi aspecto fuera saludable y fuerte. Yo iba a ser un monstruo. Me pregunté sombríamente qué pensarían ahora mis amos de mí. Me estaba creciendo una nueva nariz paralela a la anterior y parcialmente pegada a la misma. En el lado izquierdo de la cabeza me sobresalían tres orejas del cabello revuelto. Mi cuerpo era un batiburrillo de brazos y piernas que nunca habían aprendido a caminar ni a asir. Creían que tenían un fenómeno de feria. Se iban a encontrar con un hombre-circo.

Arriba caminaban ahora otros esclavos; podían ver, sentir el sol y el viento. Yo no.

Empecé a gritar. Después de tanto tiempo sin hablar, no me salía la voz y había perdido el dominio de las palabras. No me expliqué muy bien, estoy seguro. Pero poco a poco aumenté el volumen y al fin la escotilla se abrió con un chasquido.

—¿Quieres que te aplaste a patadas? —preguntó una voz que conocía muy bien, aunque no tenía idea de a quién pertenecía.

—¡Yo sí que voy a patearte! —grité a mi vez. Mi voz no produjo exactamente el

efecto que solía producir en el campo de entrenamiento cuando dirigía a los soldados de caballería sin ayudante. Pero produjo el efecto deseado. En vez de una patada, llegó otra voz.

—Escucha, piltrafa —dijo—, hasta ahora has sido un esclavo modélico. Si sabes lo que te conviene, no empieces a echarnos mierda más que en tu cubo.

—¡Sacadme de aquí!

—Los esclavos no salen a cubierta.

—¡Ahora mismo hay en cubierta por lo menos diez!

—Son campesinos. Tú eres un fenómeno de feria.

—Me mataré.

—¿Desnudo? ¿A oscuras?

—¡Me echaré boca arriba, me arrancaré la lengua y me ahogaré con la sangre! —grité y, por un momento, pensé hacerlo seriamente, aunque sabía muy bien que la herida de la lengua se me curaría demasiado rápido para conseguirlo. Debí parecerles enloquecido, sin embargo, porque oí otra voz. Era la del capitán.

Hablaba despacio, con un tono de clara amenaza implícita.

—Sólo hay un motivo para sacar a un esclavo a cubierta a destiempo. Para castigarle.

—¡Pues castigadme! Pero a la luz del sol.

—El castigo suele empezar por arrancarles la lengua.

Me eché a reír.

—¿Y qué más?

—Acabamos arrancándole los huevos.

Lo decía en serio. Por un eunuco les pagarían lo mismo que por un buen esclavo. Pero era una amenaza insignificante para un individuo que ya tenía tres pares de testículos. Quizá fuera la testosterona lo que me proporcionaba una descarga extra de valor.

—¡Podéis freírlos y servírmelos de desayuno! ¡Sacadme de aquí!

No era sólo valor, claro. Sabía que me valoraban sobre todo como un fenómeno. Nadie quiere ver un fenómeno mutilado. Sólo mutilaciones naturales, por favor. No me harían daño. Entretanto, el pensamiento de que hubiera otros esclavos en cubierta mientras yo seguía metido en aquel agujero era la provocación más ultrajante que había recibido en mi vida.

Sin embargo me sorprendió que aceptaran y me echaran unas cuerdas. Las agarré y me sujeté con cuatro manos mientras me alzaban. Todavía me sorprendió más la intensidad de su reacción, aunque debía haber contado con ello: habían metido en aquella celda a un individuo con grandes senos, o a una mujer con pene. Y sacaron a un monstruo.

No podía ver nada. La luz era demasiado deslumbrante y era bastante difícil

mantener el equilibrio ya que hacía meses que no me aguantaba de pie en realidad. Y algunas de mis piernas nunca habían aguantado ningún peso. No podía caminar, sólo tambalearme de un lado a otro, debatiéndome para mantener el equilibrio.

No me ayudaron. Oí sus gritos ensordecedores y repetían continuamente la palabra diablo y otras cuyo significado no entendía aparte de que los marineros estaban aterrados. De mí.

Sabía reconocer una oportunidad cuando la veía.

Rugí. Respondieron con un alarido general y di unos cuantos pasos desmañados hacia los que gritaban más fuerte. Como respuesta me dispararon una flecha en el brazo.

Soy Mueller. El dolor no me detiene y, en cuanto al brazo, tenía otros tan buenos como aquel... Dos, en realidad, que eran mucho mejores, ya que me habían dado en un brazo que no usaba mucho. Seguí avanzando. Su terror se convirtió en espanto reverente. Una flecha no había bastado para detener al monstruo.

El capitán estaba gritando. Supuse que dando órdenes. Desvié la vista de la luz para tratar de ver. El océano era de un azul deslumbrante. No podía ver el barco ni a los hombres que estaban en cubierta, eran sólo sombras relampagueantes; tuve que cerrar otra vez los ojos. Oí acercarse a alguien, sentí la vibración de las pisadas en cubierta. Me volví con torpeza, recibí la embestida. Y entonces descubrí que tenía un segundo corazón. Su cuchillo de madera me atravesó el corazón de siempre, al que estaba acostumbrado; pero no me detuvo. Sólo sabía luchar sin armas con los dos brazos originales, pero en vez de permitir que los marineros lo advirtieran, los puse a todos en acción. Me hicieron fallar, pero sólo me retrasó un momento y en este caso la demora operó a mi favor. Destrocé a mi agresor y tiré los pedazos a los marineros que miraban. Oí los vómitos. Oí las plegarias. Oía la libertad.

De nuevo la voz del capitán. Conciliadora esta vez. Me desalentó oírle humillarse. Por un momento me sentí avergonzado por haberle debilitado.

—Señor, quienquiera que seas —me dijo—, recuerda que te salvamos de morir en el mar cuando te subimos a bordo.

Me limité a mirarle y agité los brazos. Pude ver vagamente que retrocedía. Me tenían miedo. Y con razón. La herida del corazón ya se me había cerrado. ¡Oh, qué bien podemos pasarlo los regeneradores radicales en un apuro!

—Señor —dijo—, cualquiera que sea el dios al que sirves, o seas el dios que seas, te lo suplicamos..., dinos lo que desees y lo haremos, si vuelves al mar.

Volver al mar era inaceptable. Era buen nadador... con dos brazos y dos piernas. Pero en aquel momento tenía más lastre y menos coordinación.

—Dejadme en tierra y quedaremos en paz —dije.

Si hubiera pensado bien las cosas, o si hubiera podido ver mejor, habría intentado tiranizarlos un poco más y llegar a costas más favorables. Pero no podía ver, no hasta

que me encontré en la proa de la lancha con seis marineros aterrorizados que volvían en sí sobresaltados a cada orden de remar, volviendo luego a quedar petrificados con los ojos clavados en mí. Entonces recobré la vista... pero iba de espaldas a la costa.

Tocamos fondo y salté con torpeza por la proa, chapoteando en el agua. Hasta que no llegué a tierra seca y alcé la vista no vi dónde estaba.

Me volví lo más rápidamente que pude y vi la chalupa ya casi junto al barco de esclavos. De nada serviría llamarlos. Les había obligado ingeniosamente a ayudarme a suicidarme.

Me quedé allí plantado, desnudo, en una playa de unos cientos de metros de anchura. Más allá se alzaban las laderas escarpadas de piedra y arena que los marineros de Mueller llamaban Aluvión. Y detrás se extendía el desierto más terrible del mundo. Era mejor rendirse al enemigo que encallar allí, un lugar ignoto, donde jamás se detenían los barcos y donde si caminabas tierra adentro sólo conseguirías internarte más en el desierto inexplorado de Schwartz. Allí no habría vida. Ni siquiera la retama de los yermos de la costa oeste de la Manga. Ni siquiera un insecto. Nada.

Era primera hora de la tarde. El sol era fuerte. Tenía la piel tan blanca como las nubes después de tanto tiempo de confinamiento y me estaba quemando. ¿Cuánto aguantaría sin agua?

Ojalá hubiera mantenido la boca cerrada en la fresca y sombreada celda, con agua abundante. Ojalá hubiera sabido explicarme mejor y hubiera disipado el temor de la tripulación.

Caminé, porque era lo único que podía hacer. Porque las leyendas hablaban de los inmensos ríos del centro de Schwartz que se ocultaban bajo el desierto antes de huir a otras tierras. Porque no quería que descubrieran mi esqueleto allí mismo en la costa, como si no hubiera tenido las agallas de intentar hacer algo.

No hacía viento.

Al anoecer, no soportaba la sed y la fatiga. No había llegado a la cima de la cuesta; el mar parecía ridículamente próximo. Con tantas extremidades no era un gran escalador. No podía dormir, así que forcé los músculos perezosos y lentos a seguir transportándome en la oscuridad. La noche fue un alivio y con ella llegó el frescor al desierto, un gran consuelo después del calor diurno. Era verano, o muy bien podría serlo, pero la noche fue más fría de lo que hubiera creído posible en aquel lugar; seguí avanzando, pese al sueño incluso, porque así me mantenía en calor.

Cuando salió el sol, estaba exhausto. Pero había alcanzado la cima y miré al frente y vi las interminables dunas de arena, con alguna que otra montaña a lo lejos; y miré hacia atrás y vi el océano azul intenso a lo lejos. Y ni un solo barco en él. Y ni una sombra en la tierra... ni un solo lugar donde poder cobijarme del calor del día y descansar.

Así que seguí caminando, eligiendo arbitrariamente una montaña como objetivo,

sólo para tener uno. Parecía tan próxima como cualquier otra e igualmente imposible de alcanzar. Estaba seguro de que moriría aquel día. Estaba gordo por la falta de ejercicio, débil por la falta de esperanza.

A primera hora de la tarde, avanzaba, exclusivamente concentrado en seguir caminando. Había dejado de pensar en la vida y en la muerte. Me concentraba sólo en dar un paso. Y luego otro.

Aquella noche dormí en la arena sin que ningún insecto zumbara en torno a mi cabeza, porque no había insectos tan idiotas como para intentar vivir allí.

Me sorprendí a mí mismo. Me desperté y seguí caminando. El momento de mi muerte estaba más lejos de lo que me creía. Aunque seguramente no mucho más. Mi sombra me indicaba que aún era por la mañana, cuando llegué a un lugar en el que la arena daba paso a la piedra y a un escarpado afloramiento rocoso. No sentía la menor curiosidad para preocuparme de si era el saliente de una montaña. Me daría sombra. Cuando me tendí a la sombra, el corazón dejó de latirme, jadeé sin aliento y descubrí que en realidad la muerte no sería tan mala si llegaba pronto, si no se demoraba, si no tenía que esperar una eternidad allí echado antes de que me liberara.

Schwartz

Estaba inclinado sobre mí y no podía verle bien. Pero era un hombre, no una pesadilla de Dinte o Boñiga, ni siquiera de mí mismo.

—¿Te apetece morir? —me preguntó con voz juvenil. Consideré las alternativas. Si vivir significaba otro día en el desierto como los que ya había pasado, la respuesta era sí. Pero por otra parte aquella persona, aquella alucinación, lo que fuera, estaba viva. Se podía vivir en el desierto.

—No —dije.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarme.

—Agua —dije.

Asintió. Me obligué a levantarme, a apoyarme en dos codos mientras él se alejaba. ¿Iría a pedir ayuda? Se detuvo y se acuclilló en la roca. Iba desnudo y no llevaba nada consigo... ni siquiera una botella de agua. Eso significaba que había agua cerca. ¿Por qué estaba esperando? Tenía que ser evidente que no podía pagarle. ¿O no me consideraría humano, dada mi forma monstruosa? Tenía que beber o moriría.

—Agua —repetí. No dijo nada, ni siquiera asintió con la cabeza ahora. Sólo miró la arena. Podía sentir los latidos de mi corazón... fuertes y regulares. Era difícil creer que hacía tan poco se hubiera parado. ¿De dónde sería aquel muchacho? ¿Por qué no conseguía agua? ¿Se propondría verme morir, por puro deporte?

Contemplé la arena donde él miraba. Se movía.

Se alzaba descuidadamente a izquierda y derecha, luego se hundía en pequeñas áreas, descendiendo, introduciéndose en algo, chapoteando suavemente, desplomándose, hasta formar un círculo de aproximadamente un metro y medio de diámetro lleno de agua que hacía suaves remolinos, agua negra que me cegó con la luz del sol reflejada.

Me miró. Me alcé con torpeza (me dolían todos los músculos excepto mi corazón joven y fuerte) y avancé hasta el agua. Estaba inmóvil ahora. Quieta, fresca, profunda y buena; metí en ella la cabeza y bebí. Sólo alzaba la cabeza para respirar cuando tenía que hacerlo.

Al final quedé satisfecho y me levanté y me dejé caer luego en la arena junto al agua. Estaba demasiado cansado para extrañarme de que la arena se convirtiera en agua o de que el muchacho hubiera sabido que lo haría. Demasiado agotado para extrañarme de que ahora el agua se colara en la arena dejando en la misma una mancha oscura que pronto se evaporaría al sol. Demasiado agotado para contestar con claridad cuando el muchacho me miró el cuerpo y me preguntó:

—¿Por qué eres así? ¿Tan extraño?

—Bien sabe Dios que me gustaría no serlo —le dije y volví a dormirme. Dormí

entonces sin esperar la muerte sino con la esperanza de vivir, de alguna forma, por la casualidad de que me hubieran encontrado precisamente junto a un manantial del seco desierto.

Cuando desperté de nuevo, era de noche y había olvidado completamente al chico. Abrí los ojos y vi a sus amigos a la luz de la luna.

Estaban callados, sentados a mi alrededor en círculo, una docena de individuos tostados por el sol, de cabello rubio claro, desnudos como el muchacho. Todos tenían los ojos clavados en mí. Estaban vivos y yo también y nada tenía que objetar.

Les habría hablado, les habría pedido que me dieran cobijo, sólo que estaba distraído. Observé mi cuerpo desde dentro. Observé que no había nada que observar. Algo iba muy mal.

No. Algo iba muy bien.

No sentía la tensión del lado izquierdo, donde las tres piernas intentaban equilibrar las dos del otro lado. Ni existía el extraño arqueamiento con que la espalda compensaba todas las extremidades que descansaban torpemente debajo de mí cuando dormía. Ni notaba el aire aspirado penosamente por la nariz extra.

Desde el interior, solamente sentía dos brazos, dos piernas, los genitales con los que había nacido, un rostro normal. Y tampoco sentía los senos de mujer. Ni eso siquiera.

Alcé la mano izquierda (¡una sola!) y me toqué el pecho. Redondeado y musculoso. Musculatura tensa. Me palmeé el pecho y sentí el brazo fuerte y vivo.

¿Qué era real? ¿Qué era sueño? ¿No había estado confinado en la celda de un barco varios meses? ¿Había sido también una alucinación? En tal caso, me pregunté cómo había llegado allí. No podía creer que fuera normal otra vez.

Y entonces recordé al chico y el agua que había brotado del desierto. Entonces aquello también había sido un sueño.

Ocurrían cosas insólitas mientras me moría. Sueños con agua. Sueños con un cuerpo completamente normal. Aquéllos eran los sueños de un moribundo. El tiempo se dilataba en mis últimos momentos de vida.

Sólo que mi corazón latía demasiado vigorosamente para ignorarlo. Y que me sentía tan lleno de vida como antes de salir de Mueller. Si esto es la muerte, pensé, dadme más.

—¿Me los cortasteis? —les pregunté.

No respondieron inmediatamente. Luego, uno de ellos preguntó:

—¿Cortar?

—Cortar —dije—. Hacerme así. Normal.

—Helmut dijo que querías que te los quitaran.

—Volverán a crecer.

El hombre que había hablado parecía confuso.

—No lo creo —dijo—. Lo fijamos.

Fijarlo. Deshacer lo que cien generaciones habían intentado curar en Mueller sin conseguirlo. Así que aquello era lo que habían logrado en Schwartz. La arrogancia de los salvajes.

Contuve mi desprecio. Lo que hubieran hecho no funcionaría así. A los regeneradores radicales siempre volvían a crecerles las partes extirpadas, siempre. Los regeneradores radicales volvían a desarrollar cualquier miembro insólito y les crecían más y más hasta que morían por la pura acumulación de masa y pesadez. Sin embargo, cuando me extirparon las extremidades y los senos y las demás partes extra, las heridas habían curado sin dejar cicatriz, normalmente.

Había recuperado la forma física normal y el chico había mirado la arena y había brotado agua, que yo había bebido. Su aparente arrogancia... ¿no podría ser, después de todo, mera seguridad? Si lo que veía y sentía era real, aquellas personas de Schwartz tenían algo demasiado valioso para creerlo.

—¿Cómo lo hicisteis? —pregunté.

—Desde el interior —respondió el individuo, rebosando alegría—. Nosotros sólo trabajamos desde el interior. ¿Deseas seguir ahora tu camino?

Era una pregunta absurda. Me habían encontrado muerto de sed en el desierto, un monstruo desvalido, me habían salvado la vida y curado mi deformidad. ¿Y ahora esperaban que siguiera mi vagar por la arena, como si tuviera algún recado que hacer que su intervención había retrasado?

—No —dije.

Siguieron sentados en silencio. ¿Qué estaban esperando? En Mueller, nadie esperaba ni un minuto para invitar a un forastero, sobre todo a uno desvalido, a su casa, a menos que creyera que se trataba de un enemigo, en cuyo caso le disparaba una flecha a la primera ocasión. Pero aquella gente... esperaba.

Diferente gente, diferentes costumbres.

—¿Puedo quedarme con vosotros? —les pregunté.

Asintieron. Pero no añadieron nada.

Empecé a impacientarme.

—¿Me llevaréis entonces a vuestra casa?

Se miraron unos a otros. Se encogieron de hombros.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron.

Maldije mentalmente. Un lenguaje común en todo el planeta y no podían entender una palabra simple como casa.

—Casa —dije—. Donde vivís.

Volvieron a mirarse unos a otros y el portavoz dijo:

—Ahora estamos vivos. No vamos a un lugar concreto a vivir.

—¿Dónde vais para ocultaros del sol?

—Es de noche —dijo el hombre, incrédulo—. No estamos al sol.

Aquello no llevaba a ninguna parte. Pero estaba sorprendido y agradecido por ser físicamente capaz de mantener una conversación con ellos. Viviría: estaba completo y fuerte y locuaz de nuevo, estaba claro.

—Necesito ir con vosotros. No puedo vivir solo en el desierto.

Algunos de ellos, los que parecían mayores, aunque quién podía saberlo, asintieron juiciosamente. Parecía que dijeran: Claro, hay gente así, ¿no es cierto?

—Soy forastero en el desierto. No sé cómo diablos se sobrevive aquí. Quizá podáis llevarme al borde del desierto. A Sill, quizá. O a Wong.

Algunos soltaron una risilla.

—Oh, no —dijo el portavoz—, preferiríamos no hacerlo. Pero puedes vivir con nosotros y ser uno de nosotros.

¿Sin visitas a las fronteras? Bueno, por ahora. Bueno, hasta que aprendiera a sobrevivir en aquel infierno en el que ellos parecían sentirse tan a gusto. Entretanto, me complacería vivir con ellos y aprender de ellos... La alternativa era la muerte.

—Sí —dije—. Seré uno de vosotros.

—Bien —dijo el portavoz—. Te examinamos. Tienes buen juicio.

Me hizo gracia y me ofendió un poco. Yo era el producto de la más perfecta educación que la Familia más civilizada de Occidente podía procurar, y aquellos salvajes me habían examinado el cerebro y decidido que era bueno.

—Gracias —murmuré—. ¿Y qué hay de la comida?

Volvieron a encogerse de hombros, confusos. Iba a ser una noche larga. Estaba demasiado cansado para tratar aquello. Todo habría pasado cuando despertara de veras por la mañana. O cuando acabara de morirme. Así que me tumbé y volví a dormirme.

Por la mañana aún seguía vivo.

—Hoy estaré contigo —me dijo el chico que me había encontrado—. Me han dicho que te proporcione lo que te haga falta.

—Desayuno —le dije.

—¿Y eso qué es? —me contestó.

—Comida. Tengo hambre.

Movió la cabeza.

—No. No la tienes.

Estaba a punto de arrancarle la cabeza por impertinente cuando comprendí que aunque no había comido nada desde hacía días, no sentía hambre en absoluto. Así que decidí no insistir en ello. El sol ya era fuerte y apenas había amanecido. Mi piel clara, que siempre se quemaba al principio del verano, ya se había curtido y podía soportar el sol directo. Y había amanecido un nuevo día con mi cuerpo tal como debía ser. Me puse en pie de un salto (¿había sentido alguna vez tal bienestar al

levantarme?) y salté de la roca en que había dormido a la arena gritando con todas mis fuerzas. No podía contenerme. Corrí en un amplio círculo, luego di con torpeza una voltereta en la arena y caí de espaldas.

El chico se echó a reír.

—¿Cómo te llamas? —le grité—. ¡Tu nombre!

—Helmut —me contestó.

—¡Yo me llamo Lanik! —le grité.

Sonrió ampliamente y luego saltó y corrió hacia mí. Se detuvo sólo a un metro de distancia; deslicé la mano para hacerle tropezar. No estaba acostumbrado a que los hombres se adelantaran a mis ataques, pero Helmut saltó en el aire la exacta fracción de centímetro precisa para hacerme fallar. Y entonces saltó ágilmente sobre mí, golpeándome la cadera con ambos pies sin darme tiempo a reaccionar.

—Eres un pequeño saltamontes rápido, ¿eh? —le dije.

—Eres lento como una roca, ¿eh? —me contestó y arremetí contra él. Esta vez me dejó encajar y peleamos unos quince minutos; mi peso y mi fuerza le impedían sujetarme, su velocidad le permitía librarse cuando le agarraba de forma que nadie había podido resistir nunca.

—¿Somos rivales? —me preguntó.

—Quiero que estés en mi ejército —le dije.

—¿Qué es un ejército?

Preguntar aquello en mi mundo, hasta entonces, sería como preguntar qué era el sol.

—¿Pero qué te pasa? —le pregunté—. No conoces la comida, ni el desayuno, ni los ejércitos...

—No somos civilizados —dijo. Luego soltó una amplia sonrisa y echó a correr. Yo lo había hecho de pequeño, obligando a los tutores, entrenadores y profesores a seguirme a donde fuera. Ahora era yo el perseguidor, y corrí tras él subiendo las colinas rocosas y deslizándome por las dunas de arena. El sol era fuerte y sudaba a mares cuando al fin rodeé una roca que él había pasado hacía sólo un momento y me sorprendió saltándome desde lo alto a los hombros.

—¡Arre, caballo! ¡Arre! —gritó.

Le agarré y le hice bajarse. Era más ligero de lo que parecía por su tamaño.

—Caballos —dije—. ¿Conoces los caballos?

Se encogió de hombros.

—Sé que la gente civilizada monta caballos. ¿Qué es un caballo?

—¿Qué es una roca? —contesté, exasperado.

—Vida —respondió.

—¿Qué clase de respuesta es esa? Si existe algo muerto, es precisamente una piedra.

Se puso serio.

—Me dijeron que eras un niño y que por eso debía enseñarte yo, que prefiero ser niño. Pero eres demasiado estúpido para ser un niño.

No estoy acostumbrado a que me llamen estúpido. Pero en los últimos meses había tenido motivos suficientes para comprender que no siempre iban a tratarme como el mejor soldado de Mueller; así que contuve la lengua. Además, había dicho prefiero.

—Pues enséñame entonces —dije.

—Empecemos —se apresuró a decir, como si pudiera enseñarme sólo en cuanto se lo pidiera— por la roca. —Pasó el dedo delicadamente por la superficie de la roca —. La roca vive —dijo.

—¡Ya! —respondí.

—Nosotros estamos sobre su piel —dijo—. En el interior bulle su sangre caliente, como en los hombres. Aquí en la piel, está seca. Como los hombres. Pero es bondadosa, favorecerá al hombre si el hombre le habla.

De nuevo la religión. Sólo que (y esto me irritaba, aunque procuraba ignorarlo) me habían curado.

—Lo captamos mentalmente. Y si sabe que no somos asesinos de rocas, nos ayuda.

—Demuéstramelo —le dije.

—¿Que te demuestre qué?

—¿Cómo hablas con la roca?

Movió la cabeza.

—No puedo demostrártelo, Lanik. Has de hacerlo tú mismo.

Me imaginé en animada conversación con una piedra y me consigné al manicomio, donde había estado hacía tan poco. La realidad seguía escapándoseme, y ya no sabía si era yo quien oía mal o él que hablaba como un estúpido.

—No sé cómo.

—Yo sí —dijo él, asintiendo amablemente.

—¿Qué pasa cuando hablas con la roca? —le pregunté.

—Escucha. Responde.

—¿Y qué dice?

—No puede formularse con palabras.

Así no iba a ninguna parte. Parecía un juego. No podían hacer nada por mí a menos que se lo pidiera e incluso entonces si no lo pedía de la forma adecuada no lo obtenía. Como la comida... Al pensar en ella comprobé que aún no tenía hambre.

—Mira, Helmut, ¿qué clase de cosas hará la roca? —pregunté.

Sonrió.

—¿Qué necesitaría un hombre de la roca?

—Hierro —sugerí.

Parecía irritado.

—El hierro de este mundo está oculto muy por debajo de la superficie, donde los hombres nunca pueden llegar.

—Un camino para subir a un risco alto —dije, esperando que aquello le calmara haciéndole olvidar mi primera sugerencia. La cara de la roca perpendicular de al lado era impresionante. Me había preguntado hacía un momento cómo la escalaría Helmut.

La miraba fijamente entonces, igual que había mirado la arena cuando le vi por primera vez. Y mientras yo le miraba a él, oí un débil sonido susurrante. Miré a mi alrededor y vi la arena brotando de una pequeña cavidad de la superficie rocosa... en un punto en el que antes no había ninguna cavidad. Dejó de brotar arena. Me acerqué y la limpié. Metí allí los pies y me alcé. Alcé las manos, pero no encontré ningún asidero.

—Aguanta quieto —dijo el chico, y de pronto empezó a caer la arena entre mis dedos, formando un asidero. Parecía que hubieran surgido súbitamente de la roca cien arañas diminutas; retiré la mano y me limpié la arena. Helmut chasqueó la lengua—. No. Tienes que escalar. No rechaces el regalo.

Hablaba en serio. Así que escalé; fueron apareciendo nuevos asideros y huecos allí donde los necesitaba, hasta que llegué a la cima.

Me senté sin aliento; no por la escalada, sino por lo que sólo podía ser magia. Helmut estaba allá lejos, con la vista alzada hacia mí. No estaba preparado para bajar. Me temblaban las manos.

—¡Sube! —le grité.

No utilizó mis asideros. En vez de eso, fue al lado en el que el acantilado era suave y liso y gateó por él rápidamente. Sus pies apenas tocaban la roca..., sólo las rodillas y las manos. Me asomé al borde para verle y sentí un gran vértigo, como si la gravedad hubiera cambiado de dirección y él estuviera en tierra firme y yo colgara insólitamente de un acantilado.

—¿Qué lugar es este? —le dije, o mejor dicho susurré, cuando llegó arriba y se sentó a mi lado—. ¿Qué clase de gente sois?

—Somos salvajes —me dijo—. Y esto es el desierto.

—¡No! —le grité—. ¡No me vengas con evasivas! ¡Sabes perfectamente lo que quiero decir! ¡Tú haces cosas que los seres humanos sencillamente no pueden hacer!

—Nosotros no matamos —dijo.

—Eso no explica nada.

—No matamos animales —dijo—. No matamos plantas. No matamos rocas. No matamos agua. Dejamos vivos todos los seres y ellos también nos dejan vivos. Somos salvajes.

—¿Cómo se puede matar una roca?

—Cortándola —dijo. Y me pareció que se estremecía.

—La roca es bastante dura —dije, sintiéndome de nuevo superior—. No siente dolor, o eso me han dicho.

—La roca está viva —dijo él—, desde la piel hasta su lugar más recóndito. Aquí en la superficie, nos aguanta. Muda la piel y se pela en algunas partes, como nosotros, desprendiendo arena, grava y piedras. Pero sigue perteneciéndole. Cuando los hombres cortan la roca, ya no cae donde debe; cogen la roca y hacen falsas montañas de roca y esa roca está muerta. Ya no le pertenece. Lo ha perdido completamente hasta que, en el transcurso de los siglos, pueda convertirla en arena. Podría matarnos a todos estornudando —dijo Helmut irritado—, pero no lo hace. Porque respeta incluso la vida maligna. Incluso la vida civilizada.

Helmut no hablaba como un niño.

—Pero matará —dijo Helmut— si la necesidad es grande y propicio el momento. Cuando los hombres civilizados de Sill decidieron que tenían que poseer más de este desierto, vinieron con sus ejércitos a matarnos. Vivían aquí muchas mujeres, las pacíficas durmientes, y los hombres de Sill las mataron. Así que celebramos un consejo, Lanik, y hablamos con la roca y convino con nosotros en que era la hora de la justicia.

Se detuvo.

—¿Y? —le insté.

—Y se los tragó.

Me imaginé a los jinetes de Sill en la arena del desierto, encontrándose de pronto con que los granos se alzaban y se hundían bajo sus pies, los caballos hundiéndose, sin poder avanzar, la arena cerrándose sobre sus cabezas mientras gritaban y se asfixiaban y tragaban arena y la arena los tragaba a ellos hasta dejarlos con los huesos pelados.

—Sill no ha vuelto a enviar un ejército al desierto —dijo Helmut—. Así supimos que éramos salvajes. Los hombres civilizados no valoran las rocas más que a los hombres. Pero por otra parte los salvajes no matan a mujeres dormidas. ¿Verdad?

—¿Es todo eso verdad? —pregunté.

—¿Has subido este risco?

Me eché de espaldas y contemplé el cielo azul, en el que no se veía ni una nube.

—¿Cómo? ¿Por qué sabíais vosotros comunicaros con la roca...? —No pude terminar. Parecía estúpido.

—Te avergüenzas —dijo.

—Muy cierto —respondí.

—Eres un niño. Pero es facilísimo hablar con la roca. Es sencilla. Es grande. Tan grande que puedes comprenderla fácilmente. Nuestros niños lo aprendían primero.

—¿Aprendían?

—Cuando teníamos niños. Ahora que no muere nadie, ¿a qué aumentar de número? No lo necesitamos. Y algunos hemos elegido ser niños siempre, para que los mayores puedan divertirse y porque preferimos jugar que sumirnos en pensamientos profundos.

No habría podido contener la risa si alguien me hubiera dicho aquello cuando estaba a salvo en el castillo de Mueller. Me habría burlado. Habría contratado al hombre que me lo hubiera contado como payaso. Pero yo había escalado el risco. Había bebido el agua. Y mi cuerpo se había curado.

—Enséñame, Helmut —le dije—. Quiero hablar con la roca.

—El carbono es sutil —dijo—. Se combina con todo y forma extrañas cadenas. Es más blando que la roca pero puede crear pequeñas vidas donde la roca sólo puede vivir en una gran bola que gira alrededor del sol. Es difícil hablar con el carbono. Es preciso hacerlo muchas veces para que una piedra tan sutil te oiga.

—Pero ¿hablaste conmigo?

—Encontramos el lugar que tenía un fallo. Estaba en tus cadenas más largas y les enseñamos una disposición distinta para que sólo curaran lo que se había perdido y no lo que aún estaba íntegro. Primero creímos que eras como nosotros, que podías hablar con el carbono, porque tus cadenas eran diferentes. Nosotros no teníamos esa capacidad física curativa... Teníamos que curarnos los arañazos de uno en uno. Nos gustó lo que habíais logrado, así que nos intercambiamos también y ahora todos podemos curarnos como tú.

Eso en cuanto al secreto de Mueller, pensé.

—¿Por qué no lo habíais hecho antes?

—No tocamos mucho las cadenas de carbono. Son sutiles. Pueden causar problemas. Sólo hacemos unos pocos cambios. Pero para compensarte por el cambio para curar que nos enseñaste, te dimos el cambio de vida.

Era casi de noche y seguíamos en la cima de aquel pilar rocoso; el risco era nuestra única salida a la arena de abajo.

—¿Qué es el cambio de vida? —pregunté.

—Los hombres civilizados matan porque tienen que hacerlo, para vivir. Para obtener energía tienen que matar plantas o animales. Siendo tan común matar, no tienen ningún respeto por la vida en absoluto.

—¿Y qué hacéis vosotros?

—Nosotros somos salvajes. Tomamos nuestra energía de la misma fuente que las plantas.

Y me señaló el lugar en que el cielo estaba aún iluminado por el sol, que se había hundido detrás de las montañas, al oeste.

—Del sol —dije.

—Por eso no tienes hambre —dijo.

Siguió hablándome en la oscuridad, y comprendí lo que había logrado Schwartz. Una geóloga, en un paraíso geológico, y sus hijos después de ella, con un gran respeto por la roca y una comprensión mayor aún, hasta que despertaron no la misma tierra sino aquella parte de su mente que podía captar las estructuras y cambiarlas. El lenguaje era místico, pero no un misterio. Comprendían incluso el ADN como no podían captarlo los expertos de Mueller.

Sin embargo, el precio de su conocimiento era la vida salvaje. No utilizaban herramientas, no construían casas, no escribían ningún idioma. Si murieran todos y los arqueólogos llegaran a aquel desierto, sólo encontrarían cadáveres y se asombrarían de que animales con forma humana no hubieran sido en absoluto inteligentes.

—¿Cómo puedo aprender a hablar con la roca? —pregunté.

Me llegó la voz de Helmut en la oscuridad.

—Tienes que saltar desde este risco a la oscuridad.

Hablaba en serio. Pero aquello era imposible.

—Me mataré.

—Suele ocurrir —dijo Helmut. ¿Se estaba burlando? No podía verle la cara—. Pero tienes que hacerlo pronto. Disidencia saldrá de un momento a otro.

—¿Por qué va a ayudarme que me suicide a hablar con la roca? —intenté tomarlo a broma. Helmut estaba demasiado serio.

—Has matado, Lanik. Has de someterte a juicio para ver si fuiste inocente de premeditación. Si la arena te acoge suavemente, la roca se te dará a conocer.

—Pero... —dije. Me callé porque no podía decirle que tenía miedo. ¿Por qué iba a tener miedo si no estaba seguro, ni siquiera entonces, de si creía plenamente en todo aquello?

No. Sabía que tenía miedo porque creía realmente y no estaba seguro de ser inocente de premeditación. Había disfrutado con la perspectiva de la guerra y si bien nunca había matado a un hombre en batalla en Mueller, había matado a un hombre en el barco de Singer, a dos soldados de Mueller antes de llegar a Ku Kuei, a dos soldados de Allison cuando escapé de allí; y seguramente había matado a otros en mi huida de Nkumai. Aquellas muertes se me habían impuesto, habían sido en defensa propia, pero ¿no había sentido realmente una sensación de triunfo y poder después? ¿Era aquello en algún sentido diferente al amor a matar? Y además, había aprobado las estrategias bélicas de mi padre y anhelado ser su heredero y superar sus triunfos. ¿No albergaba aún en el pecho aquel anhelo de dominio? Era ciertamente un hombre civilizado. No podía creer que existiera la menor posibilidad de que la arena, en palabra de Helmut, me acogiera.

—Debo decirte —dijo Helmut— que no hay ninguna otra forma de bajar de esta

torre rocosa.

—¿Y los asideros?

—Han desaparecido. Tendrás que saltar o quedarte aquí para siempre. Y tienes que saltar ahora, en la oscuridad, antes de que salga Disidencia, pues de lo contrario el salto supondrá la muerte segura.

—No me dejas muchas salidas, ¿eh, jovencito? —Estaba furioso: me habían atrapado.

—Soy un chico en espíritu, Lanik, pero ya era viejo cuando el abuelo de tu padre aprendió a no mear en el agua potable de la familia. Y te aseguro que creo que la arena te acogerá si saltas. Pero has de tener bastante confianza en ti mismo para saltar. Si crees que eres un asesino, más vale que te quedes aquí. No morirás si te quedas, ya lo sabes. No morirás de hambre. Simplemente estarás solo, para siempre.

Me levanté. Sabía que el borde de la torre sólo quedaba a unos metros en todas las direcciones. Pero no podía decidirme.

—Lanik —me susurró Helmut, y su voz era de nuevo juvenil e inocente—. Lanik, creo que la arena te aguantará. —Una mano fría y suave me asió el interior del muslo mientras permanecía de pie, temblando por lo que tenía que hacer—. Deseo que la arena te aguante.

—También yo —dije.

—Entonces salta mientras aún está oscuro.

Retiró la mano y yo avancé decidido hacia el borde y, súbitamente, estaba en el aire; y ya no estaba en Schwartz, sino en Nkumai, había perdido pie en la oscuridad y caía interminablemente entre los árboles silenciosos, y todo lo demás era un sueño, todos aquellos meses eran un sueño y yo había caído en Nkumai e iba a morir y me negué a gritar pero dejaba que el viento me impulsara y me hiciera dar vueltas en el vacío mientras el estómago se me ponía en la garganta y la vejiga no se contenía y la muerte era mil cuchillos de tierra debajo de mí que se me clavarían y me rasgarían al tocarlos... y entonces aterricé en el suave abrazo de la arena que se abrió y se alzó girando y esparciéndose a mi alrededor cálidamente y se cerró sobre mi cabeza. Y allí, en el abrazo de la arena, sentí el palpitante corazón de la tierra, sentí el ritmo de las corrientes de roca hirviendo debajo de mí y oí en lo más recóndito de mis oídos la extraña canción de eones del más inquietante tormento tratando de hallar una forma agradable de calmarme y dormir, mientras los continentes bailaban de un lado a otro sobre mi piel y los océanos se congelaban y caían. Y mientras oía la canción de esta danza más general, seguía oyendo también las pequeñas melodías de la arena alzándose y las piedras cayendo y el suelo asentándose. Oía la agonía de la roca cortada y rasgada en mil lugares sobre la superficie de mi piel y lloré los millares de muertes de la piedra y la tierra, de las plantas que se aferraban débilmente a la vida entre la piedra y el cielo.

Los ejércitos atronaban sobre mi piel, con la muerte en todos los corazones, para hacer con árboles muertos utensilios con los que conseguir más muerte. Sólo las voces de los hombres son más altas que las voces de los árboles, y aunque un millón de espigas de trigo susurraban espantosamente al unísono al morir, el grito de muerte de la mente humana es el grito más fuerte que puede oír la tierra. Sentí la sangre penetrar en mi piel y dejé de llorar; anhelé morir, liberarme del lamento incesante.

Grité.

La arena se cernía junto a mis oídos y me pasaba entre las piernas y, mientras se me apretaba contra la cara, me separé del yo cuyos oídos habían oído por mí y pedí (sin palabras, pues no hay boca que pueda formular aquel lenguaje) que la arena me alzara a la superficie.

Me alcé entre la cálida arena, que se abrió sobre mí. Extendí brazos y piernas en la superficie, y la arena me aguantó. Al parecer, había caído desde la cima de la roca al corazón de la tierra y ahora llegaba a la superficie, flotaba en el inmóvil mar de arena.

Sonreí; Helmut estaba de pie a mi lado mirándome; sonreía también.

—¿Te ha cantado?

Asentí.

—Y te encontró puro.

—O me purificó —le dije, y recordé con un estremecimiento los gritos de los agonizantes. Miré la torre rocosa de la que había caído. No tendría más de dos metros de altura. Abrí mucho los ojos y Helmut se echó a reír.

—La elevamos para que fuera el lugar de tu prueba —me dijo—. Si no hubieras saltado por ti mismo la habríamos desmoronado para hacerte caer.

—Buenos amigos —dije, pero me sentía demasiado pleno para amargarme y no me sorprendió que Helmut se arrodillara y me tocara el pecho y luego me abrazara. Lloró sobre mi piel, grandes lágrimas que se evaporaron en seguida.

—Te quiero —susurró— y me alegra que hayas sido aceptado.

—También yo —le dije; y nos dormimos, su piel fresca contra la mía, como la arena, no para excitarse ni satisfacerse sino para expresarse; y mientras dormíamos, soñamos juntos y conocí la auténtica voz de Helmut y le amé.

Podría haberme quedado en Schwartz para siempre. Lo deseaba. Ellos deseaban que lo hiciera. Aprendí rápidamente y aunque ellos habían corregido los signos más evidentes de mi regeneración radical, mi organismo seguía decidido a ser insólito. Una zona cerebral realiza la función que les permite hablar con la piedra; mientras aprendí a utilizarla, mi organismo la asimiló y la desarrolló. Mi cráneo se amplió un poco hacia arriba y detrás de las orejas; el portavoz al fin me dijo:

—Ahora nos superas.

Me sorprendió.

—Vosotros hacéis cosas que yo no puedo soñar siquiera.

—Juntos —dijo—. Solos no somos tan fuertes como tú.

—Entonces haceos como yo.

—Hay secretos que los enlaces carbónicos pueden ocultarnos incluso a nosotros.

Así que era eso. Sin embargo no se me ocurrió, al menos no hasta después de unas semanas, que aquello me daba la ventaja que me liberaría. Por la simple razón de que no quería liberarme de ellos.

Cuando hablé con la roca, supe muchas cosas que me hicieron volver en mí. Las guerras proseguían, y cuando aprendí a soportar la agonía de las muchas muertes, aprendí también a observar las guerras y a ver dónde tenían lugar las batallas. Cuando hablé con la roca, la piel de la tierra se hizo mi propia piel y aprendí a sentir de dónde llegaban los gritos. Al principio las batallas tenían lugar en la llanura entre Allison y las fuentes del río Rebelde. Luego las batallas se extendieron a la zona montañosa de Robles y hacia el noroeste, hacia la confluencia del Myron y el Rebelde, donde el último deja de llamarse Swoop para llamarse Mueller. Y luego, la guerra se desarrollaba en Wizer, una tierra que había conquistado mi padre, y eso significaba que los ejércitos de Nkumai habían arrasado todo a su paso y estaban en las fronteras de mi país.

Ya no importaba que supiera el secreto del hierro de Nkumai. Ni importaba que mi padre me hubiera expulsado, ni que mi hermano Dinte quisiera matarme. Ya no era un regenerador radical y era mucho mejor soldado que mi padre y mejor general que Dinte sin comparación. Me necesitaban si mi Familia iba a sufrir.

Al principio, la idea de ir a la guerra me repugnaba, pero la situación de mi Familia me torturaba y empecé a preguntarle a la roca. Le pregunté si una vida podía ser más importante que otra y la roca me dijo que no. Le pregunté si estaba bien poner fin a una vida cuando el hacerlo suponía salvar muchas otras. La roca dijo que sí. Y le pregunté si la lealtad significaba algo para las fuerzas del universo, y la roca lloró.

¿Lealtad? ¿Por qué si no por lealtad respondió la roca a la llamada del pueblo de Schwartz? La tierra comprendía la confianza y le pregunté si estaba bien que volviera y guiara a mi Familia. Y la roca dijo que sí.

Esta conversación no fue el producto del sueño de una noche bajo la arena, sin embargo. Supuso muchas noches y muchos sueños; y transcurrieron meses hasta que supe que podía regresar a casa; que tenía que hacerlo.

—No puedes volver a casa —me dijo el portavoz.

—La roca me habló y me dijo que debía hacerlo.

—La roca te dijo que estaba bien que lo hicieras. Que era bueno para ti. Bueno para tu familia. Pero no para nosotros.

—Bueno para la tierra.

—La sangre empapa la tierra igual sin que importe quién maneje los medios civilizados —dijo el portavoz—. Si vas, estará bien y estará mal. No puedo dejar que te vayas, nosotros no podemos permitirte; has asimilado todo cuanto te hemos enseñado y ahora lo utilizarás para destruir y matar en nombre de la lealtad.

—Juro que nunca utilizaré vuestras enseñanzas para matar.

—Si matas, usarás lo que te enseñamos.

—Jamás.

—Porque ahora cada hombre que muera a manos tuyas gritará en tu alma eternamente, Lanik.

Aquello me hizo vacilar.

Cuando la guerra llegó a las tierras bajas de Cramer, a menos de trescientos kilómetros de Mueller del Río, la capital, no pude esperar más. Helmut y yo estábamos jugando en los picos puntiagudos de una cordillera, haciendo acrobacias a mil metros sobre la arena y saqué la piedra de debajo de él y se cayó.

La roca le cogió en un saliente a unos cien metros debajo de donde estaba yo, muy por encima del desierto.

—¡Cabrón! —me gritó Helmut.

—¡Tuve que hacerlo! —le grité—. ¡Si avisabas al consejo me detendrían!

—¡Dijiste que me querías!

Le quería. Y le quiero. Pero no dije nada. Trató de escalar la roca. Pero le prohibí a la roca que le aguantara, y yo era más fuerte. Trató de hacer asideros en la roca. Pero yo era más fuerte. Intentó lanzarse del saliente a la arena, pero la roca no se lo permitió porque yo así se lo dije. Yo era más fuerte.

La cordillera estaba orientada al noroeste; seguí aquella dirección. Cuando llegué al final de la montaña, salté a la arena y corrí todo el día y toda la noche, prohibiendo el sueño a mi organismo. Fui por el medio más rápido por el que podía viajar cualquier Schwartz; y como ninguno era más veloz que yo, era imposible que me alcanzaran.

Tardé ocho días. Dormía corriendo, pues mi mente tenía que dormir aunque mi cuerpo no lo hiciera. Y al fin llegué a un lugar con algunas nubes en el cielo y matojos de hierba que asomaban aquí y allá de las hendiduras de las rocas; había salido de Schwartz. Debiera haber sido un alivio y me alegraba bastante ver tonos verdes en vez de los eternos pardos, amarillos y castaños del desierto, pero lamentaba irme; tanto, que me detuve, giré sobre mis talones y a punto estuve de volver sobre mis pasos.

Recordé el rostro de mi padre. Le recordé diciéndome: «Lanik, ojalá hubiera algo que pudiera hacer». Oí su voz suplicante: «El cuerpo está arruinado. ¿Seguirá aún sirviéndome la mente? ¿Seguirá el hombre amando a su padre?».

Sí, cabrón ávido de tierra, pensé. Te enfrentas a algo para lo que no eres rival. Iré.

Ya voy.

Me volví y me encaminé hacia el norte, hacia el país montañoso de Sill.

La tierra estaba asolada por la guerra.

Los armazones de las casas y los montones de cenizas de lo que habían sido humildes chozas punteaban los campos incendiados. Recorrí kilómetros de tierra devastada que había sido a lo sumo campos de cultivo marginal, cerca del desierto. ¿Qué sentido podía tener tanta destrucción? No había cerca grandes objetivos militares. Lo único que se conseguiría con aquello era que la gente muriera de hambre. La tierra había sido asesinada. Torturada.

Sin embargo, conocía a la gente de Nkumai (todo lo bien que podría conocerles alguien en su interminable entramado de mentiras) y semejante destrucción era impropia de ellos, no era propia de aquel pueblo que cantaba la mañana al borde de sus casas arbóreas. Incluso su interminable y torpe burocracia y la hipócrita negativa de que compraban y vendían por lucro... eran indicios de buena intención más que de corrupción arraigada. Además, la avaricia habría dejado aquellos campos intactos. Sólo el odio malsano e insensato podía llevar a alguien a desear destruir la tierra en vez de conquistarla.

¿Pero quién podía odiar hasta a los candidamente violentos pobladores de Sill? Mi padre los había dejado en paz aun cuando conquistó a sus dos vecinos, porque pese a toda su bulliciosa vida rural, su jactancia y agresiones, eran completamente inofensivos.

A medida que avanzaba me sentía más furioso.

Llegué finalmente a una región de ríos y acequias, donde la gente trabajaba en la reconstrucción de los canales. Estaban levantando casas nuevas, viviendas provisionales para guarecerse de la lluvia. Había perdido la noción de las estaciones..., pronto llegarían las lluvias.

Sólo entonces caí en la cuenta de que estaba desnudo y que la desnudez no era bien vista en aquella región del mundo. La idea de vestirme me resultaba extraña: llevaba como mínimo un año sin ropa, desde que caí de la red de Nkumai. ¿Pero cómo consigue ropa un hombre sin dinero ni amigos si la gente le elude al verle acercarse?

El problema se solucionó por mí. Me dormí; y aquella vez lo hice con el cuerpo además de con la mente, en la hierba que crecía a la orilla del río Wong; cuando desperté había tres mujeres mirándome. Me moví despacio, procurando no asustarlas.

—Saludos —les dije, y asintieron. Se acabó la conversación, pensé—. No pretendo haceros daño —añadí.

Asintieron de nuevo.

—Lo sabemos.

Supuse que, dada mi desnudez, no era ningún secreto que no estaba con ánimo de

violar a nadie. No se me ocurría nada que decirles, aparte de lo que era muy evidente:

—Necesito ropa.

Se miraron perplejas. —No tengo dinero —añadí—, pero os prometo que os pagaré antes de un mes.

—Entonces no eres el Hombre Desnudo —murmuró una de ellas.

—¿Sólo hay uno? —pregunté.

—Cruza los campos desde el desierto. Dicen algunos que se vengará de nuestros enemigos.

Así que me habían visto y se había corrido la voz. No tenía nada de extraño que aceptaran lo misterioso y lo convirtieran en la solución a sus problemas.

—Sí, soy yo —dije—. Vengo de Schwartz. Busco al ejército que hizo todo esto.

—¿Los matarás? —susurró la más joven, que estaba en avanzado estado de gravidez.

—Impediré que sigan matando —prometí, preguntándome si podría hacerlo realmente—. Pero antes necesito ropa. Es hora de que me vista.

Asintieron y se alejaron. Sin apresurarse; pronto se perdieron de vista en el campo suavemente ondulado. Me zambullí en el agua a esperarlas y me entretuve descansando en el fondo del río, contemplando a los peces. Fuera del agua era todo devastación, pero en la suave corriente del río Wong, los peces no lo notaban.

Me di cuenta de que llevaba mucho rato en el agua; salí a la superficie y respiré de nuevo. Cuando saqué la cabeza al aire, oí cerca el grito de una mujer; llegaron otras corriendo y gritando. Volví a comprender que había caído en la trampa de pensar y actuar como un hombre de Schwartz. Tenía que dejar de hacer cosas que los demás no podían hacer.

—Ha estado bajo el agua todo el rato —le decía la mujer a la cuarentena de personas que la rodeaban, mirándome repetidamente donde estaba en el agua—. Ha estado ahí todo el tiempo y llevo aquí una hora, una hora entera.

—Tonterías —dije—. No podría aguantar bajo el agua más de quince minutos.

Me miraban con respeto y reverencia (y no poco temor) y la mujer que estaba encinta me ofreció unas prendas de ropa. Salí del agua; todos me miraban atentamente como si esperaran algo insólito. Casi me echo a reír al recordar la reacción de los marineros del barco de Singer al verme cuando salí de la celda. Si aquella gente me hubiera visto entonces..., en plena posesión de la clase de poder que los marineros sólo habían imaginado que tenía entonces. Pero su forma de mirarme me recordó mi azoramiento ante la desnudez cuando era pequeño en Mueller. Me vestí rápidamente, sin esperar que se me secara el pelo y la piel.

—Gracias —dije en cuanto me vestí.

—Es un honor —dijo un individuo que parecía ser el jefe, un hombre mayor. Me fijé en que no había hombres en edad de llevar armas.

—¿Están todos vuestros hijos en la guerra?

—Ya no hay guerra —dijo el jefe.

La mujer embarazada asintió, solemnemente.

—Ya no hay guerra para Sill.

—No existe Sill —dijo el jefe—. Ahora somos de Nkumai.

Los miré, todos ellos asentían dando su conformidad.

—¿Es cierto? ¿Entonces cuál es el enemigo que queréis que mate?

Guardaron silencio. Hasta que una de las mujeres gritó amargamente, con lágrimas en los ojos:

—¡Nkumai! ¡Mata a los de Nkumai! Por amor de Dios, si es que tienes algún poder...

Se unieron otras voces a su grito.

—¡Mata a los de Nkumai! Hazlo por nuestros hijos, por nuestros hogares, por nuestra tierra, ¡mata a esos demonios!

Podía oír la canción de odio y muerte de sus corazones; asentí despacio y seguí mi camino.

—¿Cómo te llamas? —me gritó la mujer embarazada cuando ya me iba.

—¡Lanik Mueller! —le contesté.

Para mi sorpresa, sus gritos y llantos cesaron bruscamente. Algunos me parecieron espantados. Otros arrugaron el gesto con disgusto, como si hubiera hecho algún chiste obsceno. Otros simplemente se quedaron pasmados, impávidos. Luego, se fueron todos en silencio y volvieron a sus casas. Sólo la anciana me dirigió un mensaje. Escupió en el barro.

Tenía que haber sido mi nombre lo que les había hecho cambiar de la amistad y la esperanza al odio y el temor. Pero ¿qué podía significar mi nombre en un lugar como aquel? En Mueller mi nombre era bastante conocido, puesto que había sido el heredero visible, ¿pero por qué conocerían mi nombre en Sill? Llevaba un año fuera, durante toda la guerra. Pensé en ello mientras me dirigía de nuevo hacia el norte, desviándome un poco hacia el oeste, hacia Mueller del Río. ¿Habría llegado Dinte, impulsado por el odio, a divulgar historias sobre mí como traidor? ¿O se me culparía de alguna atrocidad? No podía creer que mi padre le hubiera permitido hacerlo. ¿Podría ser que mi padre ya no fuera el Mueller? ¿Habría estado fuera tanto tiempo? No lo entendía.

De vez en cuando pasaba por zonas que los soldados de Nkumai habían dejado intactas, lugares donde la hierba era alta y la cosecha sería bastante buena; allí la gente no moriría de hambre. Seguí corriendo, pero no veía a nadie, no me encontraba con nadie. ¿Se habría corrido la noticia? ¿Eludiría la gente al Hombre Desnudo? ¿O era del nombre de Lanik Mueller de lo que se protegían? Ambas cosas parecían imposibles. Aunque viajaba muy rápido, tal vez los rumores me precedieran; de lo

contrario, ¿cómo podían haber oído las gentes de Sill historias del Hombre Desnudo, viajando yo como viajaba todo el día y parte de la noche? Las historias del Rumor como un pájaro maligno que vuela más raudo que el sonido podrían ser ciertas.

Era ideal que no sintiera hambre. Cuando pasaba por los trigales y las huertas, recordaba el sabor y deseaba los alimentos pero no necesitaba comer y seguía sin pararme. Además, aunque hubiera tenido hambre, no había nadie que compartiera la comida conmigo y aún no estaba dispuesto a ser ladrón en una tierra en la que no tendrían suficiente comida aquel año.

El río Sill estaba a dos días de viaje cuando al fin me encontré a otra persona. O personas. Sentí el golpeteo de los cascos antes de verlos. Llegaban del norte, de Mueller. Y cuando por fin pude verlos, reconocí la bandera del ejército del Este. El comandante sería Mancik, mi padrino.

Pero Mancik no los acompañaba, aunque llevaban el estandarte del comandante; así me enteré de que había muerto. Si hubiera llevado un cuchillo, le habría vengado, pero iba desarmado y a los pocos segundos tenía otras cosas de las que preocuparme.

No conocía al comandante ni a los soldados, que saltaron de los caballos y me ataron. Les dejé hacerlo en parte porque estaba confuso y en parte porque me superaban en número. La capacidad de regeneración de muchas partes del cuerpo, incluso de un regenerador radical reformado, tiene sus límites. Y parecían dispuestos a despedazarme.

—Me han ordenado llevarte vivo a la capital —dijo el comandante.

—Pues no te lo impediré —contesté—. Precisamente me dirigía allí.

Al parecer esto le irritó. Los soldados me golpearon simultáneamente, dejándome aturdido un momento.

—Soy Lanik Mueller —dije, escupiendo las palabras—, y ¡no soportaré que me tratéis así!

El comandante me miró despectivamente.

—Sabemos quién eres, y después de haber traicionado a esta tierra como lo has hecho, cualquier forma de tratarte será más amable de lo que te mereces. —Contempló durante un momento, lúgubrementemente, los campos devastados—. Entre todos los traidores que han existido, Lanik Mueller, ha de haber un lugar especial en el infierno reservado para ti.

—Ya he estado en el infierno —dije—. Y es mejor lugar que este.

—¿Qué te parece que te quemem como quemaste tú estos campos? —gritó un soldado. Se oyó un murmullo de amargo asentimiento.

—Yo no lo hice —dije, asombrado de que pudieran creerlo.

—¡Yo no lo hice! —gritó un individuo—. ¡Yo mismo te vi con una antorcha a la cabeza de tus soldados negros!

¿Cómo podría ni siquiera protestar ante acusación tan absurda?

—Basta de charla —dijo el comandante—. Alegará locura o cualquier estupidez parecida. Nadie le creerá. Y morirá como merece morir un hombre como él; pero no nos corresponderá ninguna gloria por haberle encontrado. El daño ya está hecho, sin posible reparación, y matarle no lo remediará ni en todo ni en parte.

Era extraño que un comandante dijera aquello, pero produjo un efecto tranquilizador en sus hombres. No tenían la vigorosa avidez de lucha que había yo visto siempre en el ejército. Pero las palabras del comandante habían despertado en ellos un valor mudo y desesperado. Todos hicieron lo que tenían que hacer de inmediato, sin una palabra. Me echaron en una silla, me ataron las piernas a los estribos y dejaron que mantuviera el equilibrio como mejor pudiera, con los brazos atados en un caballo al galope. Corrían a galope tendido a campo traviesa, como si esperaran (estoy seguro de que así era) que mi caballo cayera, me destrozara, me aplastara en las cenizas que habían sido grano en tiempos. O tal vez no volvieran a pensar en mí y simplemente galoparan, máquinas de carne sobre aquellos vigorosos caballos, sin pensar en nada, sin sentir nada más que el conocimiento de la desolación.

¿Qué podía hacer yo más que pensar mientras cabalgaba? De algún modo, se me acusaba de toda aquella devastación, y no sólo me acusaban los extranjeros sino también los hombres de Mueller..., los que en tiempos me habían estimado, si no por mí mismo, al menos como hijo de mi padre. Aquello no era algo que pudieran conseguir las mentiras de Dinte, ni podía haber convencido Ruva a nadie de que lo creyera, ni ningún otro enemigo envidioso. Aquel hombre había dicho que me había visto. Que él mismo me había visto. Y aunque yo sabía que era imposible, no podía dudar de su sinceridad. No era sólo mi nombre lo que se odiaba allí, sino también mi cara.

Pensando en odio, pensando en mi propio rostro, vi ante mis ojos una imagen de mí mismo que no correspondía al rostro que recordaba de verme en los espejos. Y entonces lo comprendí todo, supe por qué las acusaciones que hacían contra mí podían ser ciertas y falsas a la vez. Y supe también que por muy convincentemente que les explicara mi versión, jamás me creerían.

El sonido de las fuertes botas de cuero repicó en las salas de piedra del palacio de mi padre. Me arrastraron con brutalidad y me arrojaron al suelo. Había visto aquella escena antes, pero desde otro ángulo, cuando los hombres acusados de traición estaban listos para ser juzgados. El juicio era mera formalidad. La acusación era tan grave que sólo se hacía cuando la culpabilidad era segura.

Pero mis pensamientos seguían vagando. Mientras me arrastraban por los corredores, mientras aguardaba en la pequeña celda que se reuniera el tribunal, seguía mirando la piedra muerta de los muros, comprendiendo toda la muerte que le había costado aquel lugar a la tierra. Si se lo hubiera dicho a alguien, lo habría considerado

locura. ¿Piedra viva? Pero hablaba mentalmente y cantaba la canción de la roca y sentía la resonancia. A lo lejos, bajo el castillo, las piedras me escuchaban. Me oirían, y, si mi sangre se derramaba, las piedras vivas lo sabrían.

La pena por traición es descuartizamiento en vida en el caso de los hombres. A las mujeres se las decapita primero. Es espeluznante, pero siempre me había parecido un medio disuasorio perfecto.

Me incorporé del suelo, me erguí.

—¡De rodillas! —gritó Harkint, capitán de la guardia (que tantas veces me había paseado a caballo por las calles de la ciudad). Me volví hacia él y le hablé con frialdad, teatralmente, porque los juicios, como casi toda la vida palaciega, son teatrales, y no pude evitar interpretar mi papel.

—Pertenezco a la realeza, Harkint, y permanezco de pie ante el trono.

Esto le aplacó; el tribunal se concentró a continuación en el grave asunto de odio y miedo.

Mi padre parecía avejentado. Había vuelto sólo por él. Parecía agotado y tristísimo.

—Lanik Mueller, el juicio no tiene mucho sentido —dijo—. Tú sabes y nosotros sabemos por qué estás aquí. Eres culpable, así que acabemos de una vez con este desdichado asunto.

Todo retraso es una promesa de vida; y aunque sabía perfectamente que no existía la menor posibilidad de que me creyeran, aun así tenía que decir mi última palabra. Tal vez pasaran muchos años antes de que se demostrara mi inocencia, pero entonces habría alguien que recordara que aquel día había dicho la verdad.

—Tengo derecho a oír las acusaciones que se me imputan.

—Si las enumeramos todas —dijo mi padre—, no podría impedir que los presentes te mataran con sus propias manos.

—Resumidlas entonces, pero nombrad mis delitos, ya que no sé cuáles son.

El rostro de mi padre se crispó con un gesto de disgusto ante lo que consideraba una débil mentira.

—Avergüénzate —dijo. Pero miró al portavoz y el viejo Swee gritó con voz sonora:

—Los delitos de Lanik Mueller: Guiar a los ejércitos de Nkumai en las batallas contra Mueller. Destruir los campos y los hogares de los ciudadanos de Mueller y de las Familias subordinadas. Traicionar el secreto de la regeneración de forma que nuestros enemigos ahora aplastan los cuerpos de nuestros soldados destrozándolos en el campo de batalla hasta que mueren. Conspirar para anular la sucesión y destronar al heredero legítimo.

Swee tenía una expresión severa; el tribunal gritaba colérico a cada acusación.

—No hice nada de eso —dije, mirando a mi padre a los ojos.

—Hay miles de testigos presenciales —dijo mi padre.

Un soldado dio un paso al frente enfurecido, un plebeyo, pues había perdido los brazos y no habían vuelto a crecerle.

—¡Yo te vi! —gritó—, ¡te vi cuando me cortaste los dos brazos y me enviaste a decir al Mueller que pensabas beberte su sangre!

—Nunca hice eso ni dije eso.

Mi padre respondió despectivamente:

—Hay otros que te conocían que te vieron a la cabeza de los ejércitos de Nkumai. Ya hemos oído bastante. Eres culpable y te condeno a...

—¡No! —grité—. ¡Tengo derecho a hablar!

—¡Los traidores no tienen derechos! —gritó un soldado.

—¡Soy inocente!

—¡Si tú eres inocente —gritó mi padre—, todas las putas de Mueller son vírgenes!

—¡Tengo derecho a que se me oiga y hablaré!

Todos guardaron silencio entonces, quizá porque mi voz conservaba aún cierto poder de mando; pero más probablemente porque les producía cierto oscuro placer verme luchar en vano por mi vida. Sin embargo, pese a lo inútil del intento, procuré exponerles la única explicación que encajaba con lo que habían visto y que yo sabía que no había hecho. Gran parte de lo que dije era pura especulación, pero por lo que sabía entonces, estaba diciendo la verdad.

Les expliqué que había ido a Nkumai, pero que mi subterfugio había sido descubierto en cuanto averigüé el secreto de lo que vendían a cambio de hierro. Les expliqué mi fuga, cómo me habían acuchillado el vientre y la réplica de mí mismo que se había regenerado de mis propias entrañas. Les describí mi encarcelamiento en una nave de Singer y cómo me habían curado los Schwartz (no les expliqué lo que había aprendido de la roca viva de nuestro mundo ni cómo lo había aprendido) y que había vuelto todo lo deprisa que me había sido posible para advertir a mi padre del peligro.

En cuanto a la persona que decía ser yo y que se lo había hecho creer a otros, lo único que se me ocurría era que se trataba de mi doble; que no había muerto y que lo habían encontrado los Nkumai.

—Fui descuidado. Tenía que haber destruido el cuerpo. Pero no pensaba con claridad entonces y estaba seguro de que habría muerto con semejantes heridas.

Suponía que debían haberle entrenado y que debía tener todas mis dotes innatas. No era extraño que la gente creyera que era Lanik Mueller: genéticamente lo era.

Explicué todo lo que se me ocurrió y luego guardé silencio. ¿Qué efecto produjeron mis palabras? Creo que muy poco. Casi todos seguían siendo hostiles, claramente incrédulos, y deseaban mi muerte. Pero alguno que otro, sobre todo entre

los ancianos, parecían cavilosos. Y al mirar a mi padre, me di cuenta (¿o sería simplemente que lo deseaba?) de que me había creído.

No era tonto. Comprendía que tanto si me creía como si no, no tenía poder para salvarme. No podía exculparme, no aquel día, no delante de aquella audiencia.

Hasta entonces no me había fijado en Dinte ni en Ruva, pero en aquel momento ambos se acercaron a hablar con mi padre. Me extrañó verles como aliados..., ¿acaso no odiaba Dinte a Ruva tanto como yo? Pero eran aliados y por supuesto habían advertido el cambio de la expresión de mi padre que me había indicado que creía mi historia. Ambos intentarían anular todo lo positivo que hubiera conseguido con mi discurso. Ruva le susurró algo a mi padre mientras Dinte se adelantó y habló en voz alta para que todos le oyeran:

—Por lo visto crees que somos tontos, Lanik —dijo—. Nunca, en toda la historia de la regeneración radical, había formado nadie un duplicado completo de sí mismo.

—Tampoco a ningún radical le habían arrancado nunca las entrañas y se las habían desparramado por el campo.

—Y además dices que te curaron los Schwartz. ¿Así que los salvajes del desierto son capaces de hacer lo que no pueden conseguir nuestros especialistas en genética?

—Ya sé que es difícil creerlo.

—Lo que es difícil creer es que nos hayas contado todo esto sin inmutarte, querido hermano. Nadie ha salido nunca vivo del desierto de Schwartz. Nadie ha realizado jamás ninguno de los actos heroicos que te atribuyes tú. Lo que sí ha hecho la gente es verte al mando del ejército enemigo. Yo mismo te vi, cuando mandaba el ejército del Sur en Cramer y me saludaste con la mano y me gritaste alguna obscenidad. ¡No finjas que no lo recuerdas!

—Seguro que no fui el primero en gritarte una obscenidad, Dinte —dije, y, para mi sorpresa, se oyeron algunas risas. No las suficientes para indicarme que contaba con algunos amigos. Pero sí las suficientes para indicarme que Dinte tenía algunos enemigos.

Entonces intervino mi padre:

—Dinte, te comportas indignamente. —El tono de mi padre era despectivo. Pero denotaba alguna otra emoción cuando se dirigió a mí—: Lanik Mueller, tu defensa no es plausible y el testimonio de un millar de hombres es irrefutable. Te condeno a ser arrastrado y descuartizado vivo en el campo de deportes junto al río mañana al mediodía; y que tu alma, si es que la tienes, se pudra en el infierno.

Se puso en pie para irse. ¿Cuánto deseaba yo vivir? Lo bastante para sacrificar toda mi dignidad y gritarle:

—¡Padre! Si lo que dices fuera cierto, dime, ¿por qué, en nombre de Dios, me habría entregado voluntariamente?

Se volvió lentamente y me miró a los ojos.

—Porque hasta el diablo concede alguna justicia a sus víctimas cuando están absolutamente desamparadas.

Salió de la sala. Entonces los soldados me cogieron y como me habían condenado a muerte, se pasaron la tarde y la noche torturándome. Debido a nuestra gran capacidad de curación, podemos soportar lesiones gravísimas sin morir. No contaré nada más de aquella noche.

Ensel

Ya no sangraba, pero aún me dolía; y lo más doloroso era el recuerdo del odio de los soldados. Sólo conocía a unos cuantos, pero siempre habían sido amables conmigo y algunos habían sido mis amigos desde la niñez. Ahora se complacían en mi dolor, deseaban que sufriera y aun así era evidente que consideraban que nada de lo que me pasara igualaría el castigo que merecía.

Su aversión me atormentaba más aún porque no la merecía y, sin embargo, no tenía ninguna esperanza de demostrar mi inocencia.

Así que yacía en la oscuridad en la celda de piedra muerta en la que me dejaron al fin descansar hasta que me dieran muerte al día siguiente. Las heridas se me estaban curando con bastante rapidez, causándome gran fatiga; pero estaría enseguida completo. Padre me había concedido una noche y una mañana de vida antes de morir. Decidí emplear aquel tiempo no en prepararme para morir sino en intentar pensar en una forma de escapar.

Admito que mi razonamiento no era perfecto. Había llegado hacía demasiado poco de Schwartz y aún me sorprendía ignorando despectivamente los simples asuntos normales. Nadie me había dado de comer desde que había llegado a Mueller, pero no tenía hambre. Nadie me había ofrecido agua, pero no tenía sed. Y puesto que podía ignorar el dolor mientras remitía, ¿qué era lo que me recordaba que tenía que actuar inmediatamente si quería salvar la vida?

¿Salvarla para qué?

En Schwartz mi objetivo había sido ir a avisar a mi Familia. El aviso llegaba un poco tarde, y ahora nadie quería mis mensajes. Y lo que era peor, me habían encerrado en una prisión de piedra muerta, así que ni siquiera podía hablar con la roca y hundirme en el suelo y escapar.

Podía suicidarme, claro, pero mi aversión natural al suicidio se veía reforzada por el hecho de no poder soportar la culpabilidad de añadir todo aquel dolor a la tierra. Ya soporta la roca bastantes crímenes sin el grito de la muerte del suicida.

Oí un ligero golpeteo de pisadas del otro lado de la puerta de mi celda. La tranca se alzó y la puerta se abrió suavemente.

—Lanik —dijo una voz en la oscuridad. La reconocí de inmediato, no podía creer que la estuviera oyendo. Y luego Saranna me abrazó y se puso a llorar—. Lanik, pero si hasta te han arrancado los ojos.

—Ya están creciendo de nuevo —repuse—. Es tan agradable estar de nuevo en casa...

—¡Oh, Lanik, hemos pasado tanto miedo por ti...!

Me hablaba como si nunca me hubiera ido, como si nada hubiera cambiado. Sus manos encajaban exactamente en mi espalda, en los sitios a los que la costumbre

indicaba que correspondían manos de aquel tamaño. Me estrechó con la presión que había sentido por última vez el día anterior (había transcurrido un año) y su aliento, su piel cuando su mejilla rozó la mía, su aroma, hasta los mechones rebeldes de su cabello cosquilleándome la nariz...

La estreché con fuerza porque, por un momento, hizo que desapareciera la pesadilla de los últimos días, meses y años y era Lanik el hijo de Ensel Mueller, heredero del trono y joven feliz. Muy feliz. Mucho.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

—Tienes amigos, Lanik. Algunos te creemos.

—Entonces debéis estar locos. Mi historia no tiene nada creíble.

—Te conozco lo suficiente para saber cuándo dices la verdad. No quiero que te arrastren y te descoynten mañana. Ven conmigo.

—No creerás que vas a poder sacarme de la prisión, ¿verdad?

—Podré hacerlo con ayuda.

Me agarró de la mano y me guio por los corredores. Me apretaba una vez al llegar a las escaleras de subida, dos, a las de bajada. Hacíamos el mínimo ruido que puede hacerse al caminar y yo por lo menos no respiraba. Así era más fácil. Los ojos se me curaban bien; ya tenían forma redondeada; pero los nervios tardarían en curar del todo hasta que recuperara completamente la vista. Era aterrador avanzar estando ciego, como la noche oscura que me arrastré por las ramas húmedas resbaladizas de Nkumai. Aquella noche no sabía lo que me aguardaba. Tampoco esta otra... pero ahora alguien me llevaba de la mano indicándome el camino. Esta noche confiaba mi vida no a mis instintos sino a una mujer a la que siempre había considerado un poco alocada. Leal, por supuesto, y extraordinariamente exuberante haciendo el amor, pero no responsable. Estaba equivocado, evidentemente. No encontramos a nadie en el camino.

Nos detuvimos.

—¿Qué estamos esperando?

—Calla —me dijo, y lo hice. A los pocos minutos oí un arrastrar de pisadas apagado. Un anciano, decidí por el sonido. Y luego estaba cerca y sentí los brazos que me rodeaban y un apretón férreo estrechándome y las lágrimas ardientes en el cuello.

—Padre —susurré.

—Lanik, hijo mío, hijo mío —me dijo, y ya no tuve miedo.

—Me creíste.

—Eres mi única esperanza. —El viejo cabrón me consideró siempre su esperanza, como si le correspondiera siempre mi lealtad, antes incluso que a mí mismo. Bueno, así era.

—Mañana seré cuatro esperancitas —contesté.

Se limitó a estrecharme más fuerte.

—Hay ocasiones en que un gobernante honrado tiene que abdicar, y esta es una. No te descuartizarán. Sabía que nunca me traicionarías, o al menos no de forma definitiva.

—Ni siquiera provisionalmente —le dije—. Pero será mejor que nos vayamos de aquí antes de que alguien advierta que estás celebrando el juicio aquí abajo.

—Todavía no podemos irnos —dijo mi padre—. Tenemos que esperar.

—¿A qué?

—A que cambie la guardia al amanecer —dijo—. Confiamos en que entonces estarán distraídos.

—¿La guardia? ¿Tienes miedo de tu guardia? ¿No puedes esconderme y ordenarles que te dejen pasar?

—No es tan simple —contestó Saranna—. Tu padre no manda en la guardia.

—¿Quién diablos lo hace entonces? —susurré.

—Ruva —dijo mi padre.

—¿Manda la Boñiga en tu palacio? —dije, alzando la voz.

—Calla. Sí, así es, ella y Dinte. Conspiraban para hacerse con el mando antes de que te fueras de palacio y en cuanto te fuiste actuaron. Supongo que podría habérselo impedido, pero no podía permitirme matar al que consideraba mi único heredero y lo dejé pasar, simulando que ignoraba cómo me estaban usurpando mis prerrogativas y que los puestos de los amigos se convertían en prebendas mientras el poder real parecía pasar a manos mucho más jóvenes.

—Mi madre intentó prevenir al tribunal —dijo Saranna.

—Tuve que firmar su orden de muerte.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—Por la misma razón por la que firmé la tuya —dijo mi padre—. Escapó y vive exiliada en el norte. En Brian, creo. Sus agentes consiguieron sacar de Mueller la mitad de la fortuna de la Familia. Hasta que Ruva descubrió la fuga.

—Comprendo —dije.

—Cuando me dijeron que mandabas a los invasores de Nkumai, me alegré muchísimo. Utilicé mi influencia, la poca que me quedaba, para colocar a los comandantes más estúpidos (Dinte entre ellos) en los puestos clave. Abrí las puertas al enemigo. Creyendo, naturalmente, que venías a liberarnos a mí y al pueblo de ese jumento con el que tuve la desgracia de casarme y de ese hijo que según tu madre era también mío.

—No era yo.

—Supe que no podías serlo cuando me enteré de que los soldados estaban destruyéndolo todo. Eres demasiado juicioso para eso. Sabía que era un impostor. Pero por otra parte, había tantos testigos... —suspiró—. Traicioné a mi propia

Familia creyendo que abría las puertas a mi hijo para que me salvara de mi esposa y de nuestro monstruoso cachorrillo Dinte. Ahora el enemigo lo arrasa todo desde Schmidt hasta Jones y es sólo cuestión de tiempo que crucen el río y tomen esta ciudad. Seguramente lo harán pronto. Las lluvias les impedirán cruzar el río en pocas semanas. —De repente se puso a llorar otra vez—. Soñaba con tu regreso, Lanik. Soñaba que llegarías triunfal y guiarías al pueblo en la batalla. Tú podrías haber guiado a mi ejército y derrotado a Nkumai. Sin duda lo sabían. Por eso destruyeron el amor que tenía la gente. Ahora sólo podemos escapar.

—Muy bien —dije—. Pues empecemos a hacerlo.

—Cuando cambie la guardia —susurró Saranna.

—No —dije—. Seguro que Dinte y Ruva te vigilan. Es probable que me dejaran sin guardia para que intentarais esto y mataros a los dos. Será mejor que volváis arriba y simuléis que no tenéis nada que ver con esto.

—Esta vez no —dijo Saranna.

—Tenemos que irnos contigo —dijo mi padre—. Aquí la situación es insostenible. Tenemos unos centenares de hombres fieles a los que ya he destinado al norte. Están esperándome. Se reunirán con nosotros.

—Querrás decir contigo. Ni un alma viva se reuniría conmigo. Pero no esperaremos al cambio de guardia.

—Entonces nos cogerán. Todas las salidas están estrechamente vigiladas.

Distinguí entonces el destello de la antorcha de Saranna. Estaba recobrando la vista.

—Conseguiré distraerles. La entrada posterior.

—Está llena de guardias.

—Lo sé. Llévame hasta cerca, pero sin que me vean. Puedo ver vagamente y pronto recuperaré toda la visión, pero entretanto no puedo defenderme ni de un mosquito. En cuanto llegue, vosotros dos preparaos para saltar por la compuerta. Me reuniré allí con vosotros.

—¿Ciego?

—Me conozco el camino con los ojos cerrados. Y nadie me buscará entonces.

—¿Qué tipo de distracción puedes utilizar? —preguntó mi padre dubitativo.

En respuesta me abrí la camisa y les mostré el pecho.

—¿Recuerdas lo que crecía aquí cuando me enviaste lejos, padre?

Lo recordaba.

—No volverá a crecerme. En Schwartz me curaron, tal como dije. ¿No crees que, si pudieron hacerlo, también pudieron enseñarme otras cosas?

Saranna me acarició el pecho, como en el sueño que había vivido mis cien noches en el barco de Singer.

—Vamos —dije.

Me guiaron escaleras arriba y por las rampas y corredores que nos conducirían a la salida posterior. Me dejaron en la ventana que dominaba la puerta del palacio, donde, si hubiera visto, habría examinado el patio de delante de la puerta posterior de los muros del palacio. Pero sólo podía distinguir vagamente las figuras; aunque las antorchas eran destellos de luz, distinguía la danza de las llamas.

Había tanta piedra muerta alrededor que me sentía trabado, pero no tardé en oír la voz de la roca. Mucho era nuevo; el suelo, al contrario que la arena, tenía demasiada vida en él. Era una barrera, no un canal. Pero al fin me llegó la voz de la roca viva. Expuse mi intención, pedí ayuda, y la roca accedió.

En realidad, no pude verlo. Sólo pude oír el crujir de las piedras muertas cuando la tierra se alzó bajo ellas y las arrancó de sus pilotes. Se oyeron los gritos de los hombres de la puerta posterior que corrían a la brecha del muro. La tierra siguió alzándose y algunos cayeron. Otros corrían estúpidamente demasiado cerca de donde los muros estaban bailando y grandes bloques de piedra se salían de su sitio y se estrellaban contra el suelo.

Me alejé de la ventana en dirección contraria, hacia la compuerta.

Saranna, padre y cuatro soldados me esperaban con siete caballos al amparo de un muro.

—¿Qué has hecho? —preguntó mi padre asombrado—. Parecía un terremoto.

—Era un terremoto —dije—. Sólo uno pequeño. Los grandes exigen un consejo.

Y, tras decir esto, avancé hacia la salida. En la claridad del alba inminente, podía ver de nuevo, aunque los objetos eran borrosos y advertí aliviado que la puerta no estaba guardada: los soldados se habían ido corriendo hacia la brecha del muro.

Sin guardia, y así la cruzamos, mi padre y Saranna primero y luego los soldados. Que es por lo que yo era el último y seguía desarmado cuando Dinte surgió de entre las sombras.

Vi el centelleo de la luz de antorcha reflejado en el acero.

—No estamos en igualdad de condiciones —dije—. Señal de tu valor.

—No quiero tener la menor duda sobre el resultado —dijo.

—Entonces debías haber elegido otro blanco —respondí.

Fue muy fácil hacer que el sudor y la grasa brotaran de su mano para que la empuñadura se volviera resbaladiza. Estaba temblando; no podía sujetar bien la espada; se le cayó de la mano y se quedó mirándola en el suelo con el espanto pintado en los ojos. Intentó recogerla. Se le cayó de los dedos. Se frotó las palmas frenético en la túnica, dejando en la misma manchas oscuras. ¿Creería que podía secarse las manos tan fácilmente? Volvió a intentar coger la espada, esta vez con ambas manos. La blandió, y trató de arremeter contra mí; se la tiré de las manos sin problema y la recogí. Habría sido mera justicia matarle, pero estaba gritando pidiendo ayuda y era el hijo de mi padre, así que sencillamente le corté la garganta de oreja a oreja y le

dejé mudo y sangrando en el suelo. Se regeneraría y se curaría como había hecho yo de una herida idéntica hacía un año. Pero al menos ya sabía que la próxima vez que me buscara tendría que ir acompañado de algunos amigos.

Crucé la puerta, todavía con la espada en la mano, y monté el caballo que sujetaban para mí. No expliqué los motivos de mi tardanza. Si padre había oído la voz de Dinte, si suponía lo que había ocurrido en el patio, nada dijo sobre ello.

Cabalgamos todo el día hacia el norte y por la noche llegamos a una avanzadilla militar que había guardado en tiempos la frontera norte de Mueller, en la época en que Epton era poderoso y Mueller una Familia campesina pacífica con extrañas costumbres reproductoras. La avanzadilla estaba debilitada, pero un cálculo rápido me indicó unos trescientos caballos o más, lo que significaba que habría otros tantos hombres por lo menos.

—¿Estás seguro de que son amigos? —pregunté.

—Si no, de todas formas tenemos pocas esperanzas —contestó mi padre.

—En cualquier caso, más vale que lleves tú esta espada y no yo.

Se la entregué. La miró y cabeceó.

—Es la de Dinte.

—Se recuperará —le dije.

—¡Qué lástima! —dijo Saranna malhumorada.

—Tal vez nos haga un favor y muera por su cuenta —dije. Pero estaba seguro de que era una herida de la que se recuperaría.

Llegamos a las puertas del puesto y los soldados nos dejaron entrar y saludaron a mi padre, que les explicó (más o menos) que era un impostor y no yo quien acaudillaba a los soldados de Nkumai. No sé cuántos le creerían. Pero eran hombres valientes y leales a mi padre; la mayoría le vitorearon y ninguno protestó.

—Sois valientes —les dijo—. Valerosos y honestos, pero trescientos hombres no son suficientes.

Les ordenó volver a sus hogares y reunir a todos los hombres leales que pudieran encontrar. Y les instó juiciosamente a no mencionar que yo le acompañaba. Apoyarían al rey, no a alguien que la mayoría seguramente consideraba un traidor.

Cuando los trescientos soldados partieron a buscar un ejército para nosotros, cambiamos de caballos por quinta vez aquel día y seguimos hacia el norte en la oscuridad.

—Has debido planear esto durante meses —le dije.

—No contábamos contigo —dijo mi padre—, pero sabíamos que pronto tendría problemas con mi querido hijo menor y que necesitaría contar con las tropas leales. Nos preparamos para posibles emergencias.

Disidencia se había puesto por segunda vez aquella noche cuando nos detuvimos por fin en una granja muy apartada del camino. Estaba en la ribera del río Sweet.

Soplaba un viento fresco de las colinas del este que llevaban a Ku Kuei. En la chimenea el fuego era fuerte y vivo y el anfitrión nos hizo tomar sopa antes de dejarnos ir a la cama.

La escolta durmió en el suelo de tierra. Y cuando el anfitrión me mostró mi dormitorio, Saranna ya estaba en mi cama, esperándome.

—Sé que estás cansado —me dijo—. Pero ha sido todo un año.

Mientras ella me desnudaba miré por la ventana las onduladas colinas de trigales hacia el este, donde salía el sol en Ku Kuei, y sentí que la brisa me recorría el cuerpo mientras Saranna me deleitaba (Nada se olvida, ni siquiera ahora), y olía el tufo a caballo de mis ropas y a cal reciente que había empleado el anfitrión haría una semana, y era agradable estar en casa.

A las tres semanas se hizo evidente que la nuestra sería una rebelión insignificante. Teníamos ocho mil soldados leales hasta la médula y algunos de los mejores luchadores del reino. Pero el tesoro de mi padre los alimentó y los armó en vano: llegaron rumores que se confirmarían pronto y supimos que nuestra causa estaba perdida. Dinte había firmado un tratado con Nkumai. Ahora eran 120 000 hombres contra nuestro minúsculo ejército. Mi padre y yo podríamos ser mejores generales pero lo que puede conseguir un general tiene sus límites.

Lo que más nos dolió, sin embargo, fue el hecho de que Nkumai, al parecer desde el día de mi captura, había congelado su Lanik duplicado e iniciado una campaña declarando que realmente había estado con ellos yo, pero que había sido capturado por las fuerzas de Mueller y que ahora era un desertor con el ejército de mi padre. Y en cuanto hicieron correr esa historia, pusieron fin a su política de arrasar la tierra, afirmando que toda aquella destrucción había sido idea exclusivamente mía y que agradecían poder dejarla.

No hice nada para ganarme la confianza ni hacer creíble mi historia de un gemelo, y los soldados no se aglomeraron precisamente bajo mi estandarte. Tratábamos de ocultar el hecho de que estaba con mi padre, pero hay historias que no pueden mantenerse en secreto.

Así que éramos ocho mil hombres, un tesoro completo, y ni la menor alternativa más que escapar. Naturalmente las tropas de Nkumai y el querido Dinte eligieron aquel momento para concentrar sus fuerzas en el norte del río Mueller y atacarnos.

—Moriremos heroicamente —dijo Harkint, que seguía sin confiar en mí.

—Yo preferiría vivir —dije.

—Sabemos cuáles son tus preferencias —respondió fríamente.

—Preferiría que viviéramos todos. Porque estando Dinte al mando no pasará mucho tiempo antes de que la gente empiece a pedir que vuelva padre.

—No llevaría tanto tiempo si tú no estuvieras con nosotros —dijo otro soldado y un murmullo de asentimiento se alzó entre los presentes en la gran sala de la casa.

Padre le miró disgustado, pero el soldado tenía razón. Era un problema para mi padre. Si yo desapareciera, no le costaría mucho reunir un gran ejército. Tal vez de diez, de quince mil soldados más. Pero no serían suficientes.

—Tengo un plan que funcionará —dije.

A la mañana siguiente seguimos el río Sweet. No ocultamos en absoluto la dirección que seguíamos y avanzamos a paso tranquilo. El río corría hacia el suroeste y cualquiera medianamente inteligente podía deducir que nos dirigíamos a Mueller del Mar, el gran puerto del delta del río Rebelde donde el agua dulce entraba en la Manga de agua salada. Era estratégicamente esencial y la flota, si la alcanzábamos primero, nos llevaría a Huntington, donde las tropas aún serían leales a mi padre y, al no haber visto la devastación, no me odiarían tanto. Allí esperaríamos y prepararíamos una invasión.

Naturalmente aquello suponía que Dinte y Nkumai tratarían de llegar a la flota antes que nosotros. Nada tenía que objetar. En realidad, aunque llegáramos a Huntington a salvo estaríamos permanentemente en exilio; disponiendo Nkumai de nuestro hierro y del suyo sería imposible vencerlos. Así que cuando llegamos al punto en que teníamos que dejar el río no importaba a dónde fuéramos, ya que seguía hacia el oeste, ordené a nuestro ejército iniciar la marcha a paso redoblado, no hacia el suroeste en dirección a Mueller del Mar, sino rumbo sureste hacia el gran recodo del río Mueller, donde podríamos seguir libremente hacia el este reuniendo soldados entre la población recientemente conquistada de Bird, Jones, Robles y Hunter. No era el mejor ni el más seguro de los planes posibles pero era el mejor que se me ocurrió en aquel momento.

No nos molestamos en galopar. Avanzamos lo más deprisa que permitían las carretas, que, como iban poco cargadas, era bastante más de lo que podrían avanzar a pie los exarborícolas de Nkumai. Sólo esperaba que el enemigo se hubiera alejado lo bastante en dirección oeste, en la dirección errónea, para poder llegar antes que ellos al recodo. Si lo conseguíamos, nunca nos alcanzarían rumbo este, y viviríamos para luchar otro día.

Tenía otro plan por si nos alcanzaban, pero era para cuando no nos quedara ya nada que perder.

Poco podía hacer yo mientras cabalgábamos rumbo sureste. Padre conocía a sus hombres y nadie tenía ganas de recibir mis órdenes. Así que me dediqué a pensar, y el tema que con más frecuencia acudía a mi mente era el del impostor, el Lanik demasiado real que ahora estaba desocupado.

Era una especulación interesante pensar cuál habría sido su vida... Su creación había sido terrible para mí, pero para él, los primeros soplos de conciencia empezaron con alguien que parecía exactamente igual que él y que intentaba aplastarle los sesos con una piedra. ¿Y qué le habrían hecho los hombres de Nkumai creyéndose que era

yo, antes de darse cuenta de lo que pasaba? Si antes me había obsesionado en sueños, ahora obsesionaba mis horas de vigilia, mientras intentaba imaginar el odio que debían haberle inculcado. Eres un monstruo para los hombres de Mueller, le habrían dicho. Te matarán si alguna vez se enteran de quién eres pero si trabajas con nosotros, te colocaremos en el trono y podrás demostrarles que tendrán que considerarte si no con respeto al menos con temor.

¿Habría acaudillado realmente sus ejércitos? Tal vez. ¿Se le habrían transferido mis recuerdos junto con mi cuerpo? De ser así, sería mi igual en cualquier campo de batalla, ya que sabría mis movimientos antes de que los hiciera. Seguramente le mantenían con ellos con ese fin, si no con otro.

Cualquiera que fuera el papel que había desempeñado anteriormente, fue traicionado una vez más, apartado sin ceremonias de un papel importante. Me dije que tal vez le hubieran matado. O quizá se sintiera en aquel momento tan desesperado como yo, sabiendo que era la persona más odiada del oeste pese a no merecerlo realmente en absoluto.

Pensé en Mwabao Mawa y deseé estrangularla.

Nada de matar, me dije. Nada de asesinar. Había oído la canción de la tierra y aquello era más fuerte que el odio.

En tales momentos me adelantaba varios kilómetros al ejército, me tendía en el suelo y hablaba con la roca viva. Como temía no saber controlarme, dejaba que lo hiciera la roca, que me restaurara, que me devolviera la paz.

—Han liberado a los Cramer y están haciendo esclavos Mueller —nos explicó aterrado un soldado que se unió a nuestro ejército. La reacción fue instantánea: muchos de nuestros soldados tenían familias en Mueller occidental, donde los Cramer podrían estar causando estragos sin que nadie defendiera a nuestra gente. No es por ello extraño que nuestras fuerzas empezaran a decrecer; los soldados desertaban para dirigirse hacia el suroeste. Y todavía me extrañó menos que casi ninguno de nuestros exploradores regresaran. Pese a todo, debíamos intentar mantener el ejército: insistí en que mi padre dejara de pedir voluntarios para misiones de exploración.

Estábamos sólo a unos treinta kilómetros del Gran Recodo cuando llegó la información más importante de alguien a quien no esperábamos volver a ver.

—Homarnoch —susurró mi padre al ver al hombre que guiaba demencialmente una carreta por el camino que acabábamos de bajar—. ¡Homarnoch! ¡Aquí! —gritó luego, y el anciano doctor en seguida estuvo a nuestro lado. Ordenamos descanso; los soldados se detuvieron en el camino.

—Es inútil —dijo Homarnoch—. He reventado un par de caballos para venir a avisaros. El ejército de Nkumai no ha caído en la trampa. Sólo enviaron a Dinte y sus fuerzas a Mueller del Mar y desde que torcisteis hacia el sureste el resto de sus fuerzas han ido delante de vosotros todo el camino. Os esperan a menos de cinco

kilómetros. Llevan varios días en el Gran Recodo.

Mi padre llamó a sus comandantes y les ordenó preparar a sus hombres para una marcha mucho más rápida.

—Lucharemos con ellos y les venceremos —insistió Harkint.

—Escaparemos y sobreviviremos —contestó mi padre y Harkint se alejó irritado.

Mientras hacían los preparativos, Homarnoch nos dijo cómo y por qué había ido:

—Iban a apoderarse de todo..., de nuestro trabajo de milenios. No lo soportaría. No de esos simios arborícolas.

No me molesté en decirle que aquellos simios arborícolas habían aportado al resto del universo la posibilidad de viajar a velocidad superior a la de la luz.

—Así que envenené a los rads —dijo Homarnoch.

Padre se quedó consternado.

—¡Les mataste!

—Vivos, suponían cinco toneladas de hierro, Ensel; no podía permitir que los negros se hicieran con él. Así que les envenené. Ni siquiera las uñas de sus dedos valdrán un gramo de hierro en el comercio.

No dije nada, pero recordé la época en que había tenido cinco piernas y dos narices y pese a ello me consideraba un hombre.

—También me hice con la biblioteca. La documentación esencial. La teoría. Está todo en la carreta —dijo—, y quemé el resto. Con los hombres de Dinte al mando de la ciudad, a nadie se le ocurrió siquiera impedirme salir.

—Un golpe maestro —dijo mi padre. Homarnoch irradiaba orgullo.

—El tener los libros con nosotros no soluciona el verdadero problema —dije yo entonces—. ¿Qué haremos ahora?

—Harkint quiere atacar —dijo mi padre con una sonrisa irónica.

—Harkint es un necio heroico —respondí—. Pero comprendo por qué quiere hacerlo. No hay otro sitio al que ir. Los hombres de Dinte nos cortan la salida al mar, y al norte sólo está Epon. Y no desafiarían a Nkumai dándonos cobijo.

—Dinte no es rival para nosotros.

—Quintuplica nuestras fuerzas en número. En tales condiciones no necesitan un caudillo competente.

Permanecimos sentados en silencio. Homarnoch murmuró algo sobre la necesidad de atender los caballos. Y luego volvió Harkint. Las tropas estaban preparadas.

—Y lo que quiero saber es si vamos a combatir o a escapar.

—Escapar —dijo mi padre—. La cuestión es en qué dirección.

Harkint soltó un bufido.

—Jamás creí que llegaría el día en que el Mueller fuera un cobarde. Te he seguido en todo lo que ha salido mal, incluso protegiendo a este cabrón de primera —se refería a mí—, pero no esperes que huya de la batalla con el rabo entre las piernas. Y

no soy el único que piensa así.

Si hubiera tenido el menor sentido teatral se habría ido furibundo entonces. Pero no lo tenía. Así que mi padre contestó entonces:

—Ve y pregunta a los soldados cuántos quieren seguirte, Harkint. Pero diles que el Mueller se retira y pide a todos los hombres que le acompañen. Hazlo y vete con los que quieran seguirte.

Harkint asintió y se fue. Yo empecé a garrapatear un mapa de Mueller y los territorios circundantes.

—El sur y el oeste quedan fuera de toda discusión —dijo mi padre—. Todos en Mueller te matarían, y todos en Helper, Cramer y Wizer me matarían a mí.

—Y el norte es imposible —repuse—, porque Epton es demasiado débil para protegernos y demasiado fuerte para que podamos obligarles a darnos asilo.

—Y no podemos llegar al este porque el ejército de Nkumai nos corta el paso.

—Una situación desesperada —dijo Homarnoch en tono despectivo, repasando un fajo de papeles mientras se volvía y quedaba a unos metros de nosotros—. No tenemos salida. Arrojémonos al río y ahoguémonos.

Era el momento de exponer mi plan definitivo y desesperado.

—Hay una dirección que no hemos considerado.

Mi padre no era lento.

—Ku Kuei. Pero existen demasiadas leyendas sobre ese bosque, Lanik. Los hombres no se internarían en él.

—Yo lo crucé. Y no me quedé en las lindes. Lo atravesé.

—Claro, y ellos te seguirían a cualquier parte, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Aun en el caso de que los lleváramos allí, Lanik, ¿qué haríamos? Nkurmai domina el este, y los ejércitos de Singer están devastando el extremo norte. ¿Qué haremos en Ku Kuei?

—Sobrevivir. Dinte no durará siempre.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

Me di cuenta de que tenía tanto miedo de Ku Kuei como todos los demás. ¿No me había pasado a mí lo mismo? ¿Y no habían sucedido cosas extrañas en los árboles, no me había parecido que el tiempo se detenía y que mi cuerpo se fatigaba más allá de todo lo concebible? Pero era nuestra única esperanza.

—También hay leyendas sobre Schwartz —dije—. Y sin embargo estuve allí y salí con vida.

—¿Crees que aún existe una Familia Ku Kuei en el bosque? ¿Crees que podrían tener algo valioso que ofrecer?

—El bosque es extraño y peligroso, enloquecedor, incluso. No encontré a nadie, padre, y no espero encontrar a nadie que nos ayude esta vez. Pero incluso una vaga

esperanza es mejor que ninguna en absoluto.

Padre soltó una risilla.

—Lanik, creo que con esa loca esperanza demuestras tu desesperación.

Su ironía significaba que se estaba ablandando. Insistí.

—¿Nos seguiría Dinte al interior de Ku Kuei?

—¿Dinte? Él se cree todas las leyendas. Cierra la ventana por la noche. No cruza el agua si el cielo está nublado. Canta cuando le toca la sombra del caballo de otro hombre. Es idiota.

—Los soldados Nkumai no lo son —dije— y tampoco ellos se internarían en Ku Kuei. Los bosques son su habitat natural. Ku Kuei espanta a todo el mundo. Así que si podemos contener el miedo estaremos a salvo.

Habían decidido seguir a Harkint a combatir más hombres de los que esperábamos. De todos modos, formamos el resto en doble columna e iniciamos la marcha hacia el nordeste. No fue una despedida agradable. Algunos de los soldados que nos seguían a nosotros insultaron a los hombres de Harkint por abandonar al Mueller. Los hombres de Harkint a su vez llamaron cobardes a los que nos seguían. La marcha resultó deprimente; mientras avanzábamos (sólo con unos cinco mil hombres) los desertores abandonaban las filas. No podía echárselo en cara, pero obligaba a los que sorprendía a volver a la formación. No les importaba, sabían que podrían escapar en cualquier momento, cuando ningún oficial les viera.

Llegamos a la bifurcación del camino en la que escapar al norte significaba seguir la vía principal a la izquierda, mientras que el camino más pequeño hacia el este nos llevaba a Ku Kuei. El discurso de mi padre fue impresionante. Pero perdimos dos mil hombres allí mismo, justo cuando nos llegó la noticia de que las tropas de Harkint habían sido masacradas a las pocas horas de nuestra partida. El ejército de Nkumai nos pisaba los talones y había descansado varios días mientras nos esperaban en el Gran Recodo... Estaban frescos y nosotros no.

Enfilamos desesperados el estrecho camino de la zona montañosa oriental. Las deserciones eran escasas ya; en aquellas montañas la mejor fuente de alimentos eran nuestras carretas y los desertores no podían abrigar muchas esperanzas de sobrevivir con el enemigo tan cerca. Además, los hombres que aún nos seguían eran el núcleo duro de los partidarios de padre. El tipo de hombres, creía yo, que morirían antes de abandonarle.

—Estoy barajando una idea —me dijo padre mientras avanzábamos al frente de la columna por el sinuoso camino—. Elegir aquí un buen punto y atacarles.

—Es una idea estúpida —dije, alegremente.

Padre sonrió. Pero era una risa torva.

—Me estoy dando cuenta de que a medida que nos aproximamos a Ku Kuei empiezo a sentirme algo supersticioso, además. ¿Estás seguro de que lo cruzaste a

salvo?

—Bueno, estoy aquí, ¿no?

—Sí, estás aquí, pero ¿eso qué demuestra? Lanik, hijo mío, soy un viejo charlatán, pero si no me equivoco echaste abajo un muro de mi palacio sin utilizar para ello siquiera una piedra pequeña o una catapulta.

—Aprendí algunas cosas en Schwartz.

—Lanik, no dudo de ti. Pero ¿no comprendes que lo que en tu caso fue posible podría no serlo para los demás? Tú podrías estar bastante a salvo en Ku Kuei, ¿pero cómo puedes saber que los demás sobreviviremos?

—Todo lo que he aprendido lo aprendí en Schwartz. Era un muchacho normal y corriente cuando entré en Ku Kuei y cuando salí del bosque, aunque agotado, seguía siendo el mismo.

Suspiró.

—¿Qué haremos en Ku Kuei?

—Sobrevivir. —¿Qué otros planes esperaba que tuviera?

El camino torcía hacia el norte y podíamos ver ya a lo lejos en dirección este los primeros árboles de Ku Kuei. No había ningún sendero en aquella dirección... No era la dirección que seguían normalmente los viajeros. Así que elegí la que me pareció una ruta razonable y la seguí a campo traviesa.

Las tropas no me siguieron.

No dijeron nada ni se rebelaron. Los que iban a la cabeza sencillamente permanecieron sentados en sus monturas, mirándome, sin moverse.

Entonces mi padre salió del camino y me siguió, guiando al caballo a paso lento, y uno o dos soldados le siguieron también. Pero mientras que mi padre siguió hasta llegar a mi lado, los otros refrenaron los caballos y se detuvieron a unos metros del camino.

Mi padre se volvió a ellos.

—No voy a ordenar a ningún hombre que me siga —les dijo—. Pero el Mueller va a ir allí y los hombres realmente fieles al Mueller le seguirán. Quedaos conmigo y viviréis mientras yo viva.

No sé si el breve discurso de mi padre habría bastado para convencerles. Fue mucho más convincente la andanada de flechas lanzada hacia nuestra columna. No hicieron blanco: estaban demasiado lejos para acertar. Pero el mensaje era claro: los soldados de Nkumai nos flanqueaban y todos nuestros hombres estarían pronto al alcance de las flechas enemigas.

Mi padre gritó:

—¡Seguidme! —y me susurró en voz alta—: ¡Guíanos, maldita sea!

Me lancé a un medio galope imprudente por el terreno irregular; mi caballo y yo tuvimos suerte, pero otros no y muchos caballos tiraron a sus jinetes antes de llegar al

bosque.

Los árboles eran altos, pero muchas ramas eran bajas y resultaba difícil encontrar un camino despejado. Tuve que desmontar, lo cual suponía que los soldados tendrían que detenerse también a la orilla del bosque, quedando expuestos a los arqueros de Nkumai mientras esperaban que los que iban delante se internaran bajo los árboles. Perdimos allí más de doscientos hombres; pero cuando llevaba dos horas guiándoles por el bosque, los hombres de retaguardia gritaron que la persecución había cesado. Ya no era tan urgente la huida, pero no podíamos detenernos allí. Los árboles eran tan densos que en el suelo no crecía nada de hierba para los caballos. Decidí guiar a los hombres hasta las orillas del estrecho lago en que había descansado la otra vez. Allí los árboles daban paso a una pradera en la que había comida suficiente para mantener a los caballos como mínimo unos cuantos días.

Proseguimos la marcha por el bosque en silencio. No me volví a mirar a los hombres, les habría puesto aún más nerviosos saber lo nervioso que estaba por ellos. Seguí esperando que nos embargara la fatiga mientras parecía no transcurrir el tiempo, tal como me había ocurrido anteriormente a mí. Pero aquella vez, sin embargo, no le pasaba nada a nuestra capacidad de resistencia; lo único desconcertante era el propio silencio del bosque, pese al regular repiqueteo de los cascos de los caballos y las botas de los soldados. Era como si el silencio se tragara los sonidos, como si los árboles nos robaran algo de nosotros mismos y no nos devolvieran su reflejo.

Pasamos una noche dura en el bosque. El terreno era bastante regular y llevábamos comida suficiente en las alforjas, pero por la mañana habían desaparecido centenares de hombres. Se habrían perdido en la noche o vuelto sobre sus pasos por la mañana temprano; de todas formas se habían ido. Sabíamos que simplemente habían desertado (y muchos de los que se habían quedado sin duda deseaban haberse ido, también), pero la sensación de que los hombres pudieran desvanecerse sin más en la noche no era precisamente tranquilizadora.

Nos manteníamos a base de las alforjas y tardamos más días de lo que creía posible en llegar al lago. ¿No había llegado yo (agotado, sí) sólo en un día de marcha? El sol lo iluminaba todo y los pájaros rodeaban la orilla del agua y los caballos pastaban al descubierto en el prado y yo pensé que estábamos a salvo. Conté los hombres. No llegaban a mil. ¡Y con aquel ejército pensábamos recuperar el poder en Mueller!

Los hombres se bañaron en el lago, echándose agua unos a otros como niños. Se reían en voz alta. Estaban seguros ahora, no tenían ninguna necesidad urgente, ni los hombres ni los caballos. Mi padre y yo decidimos dejar a Homarnoch al mando de nuestras tranquilas y felices tropas e ir a buscar un sitio en el que acampar y construir cabañas y plantar cultivos. Existía la esperanza no expresada de encontrar a los

habitantes de Ku Kuei, si es que tal pueblo existía aún.

Saranna me agarró y me dijo que no me fuera. Pero padre y yo la dejamos de todos modos y nos fuimos a explorar el bosque. Parecía sensato en aquel momento.

Ku Kuei

Podría ser un día de fiesta en uno de los bosques del río Sweet. Padre caminaba a paso ligero (no es nada viejo, me dije) y yo le seguía a pocos pasos, viéndole alzar las manos para tocar las hojas y ramas y bajarlas para arrancar hierbas o flores, y gesticular exageradamente mientras hablaba. En tiempos había creído que sus ademanes eran pura ostentación, exhibicionismo (o todavía peor, una forma de actuar, de impresionar para controlarme a mí y a cuantos le rodeaban para someternos). Pero eso había sido cuando era pequeño. Comprendí que sus ademanes vigorosos y exagerados eran sólo señal de vivacidad. Su cuerpo no era demasiado grande ni se movía con la suficiente rapidez para contener toda su vida y su júbilo.

Resultaba irónico comprender todo esto entonces precisamente, cuando su alegría estaba tan fuera de lugar. Debía haber sido contagiosa, pero me parecía forzada. En vez de desear reír y correr y gritar con él, me daban ganas de llorar por él. Lo habría hecho, pero se habría avergonzado. Había cosas por las que se podía llorar, como el que los hijos hacía mucho perdidos volvieran a casa, pero un Mueller no lloraba las pérdidas. Ni siquiera manifestaba aflicción por la pérdida de un reino. Mi padre seguía con vida, pero yo ya lloraba por él, porque su verdadero yo era el Mueller, el gobernante, el hombre tan grande que sólo un reino podía darle cobijo; y allí estaba, confinado al espacio de su cuerpo; su reino, un bosque extraño y un puñado de hombres que amaban el recuerdo de lo que había sido y por eso seguían sirviendo los mermados restos de sí mismo. Ensel el Mueller había muerto. Pero Ensel Mueller insistía en seguir vivo, en portar consigo una especie de grandeza incluso en la derrota.

Yo había contado siempre con heredar de él el reino. Ocupar su lugar cuando él muriera; convertirme en él. Me consideraba capacitado para ello. Pero en aquel momento, siguiéndole por el bosque, comprendí que aunque podría haberme convertido en el Mueller, si las cosas hubieran sido de otro modo, no era lo bastante grande para ocupar su lugar, porque cuando muriera dejaría tantos lugares vacíos, lugares cuya existencia yo apenas conocía, papeles que yo nunca sería lo bastante grande para desempeñar...

En seguida dejamos el lago, sin incidentes. Empezaba a preguntarme si lo que había sentido la primera vez que crucé el bosque de Ku Kuei, loco de fatiga, habría sido mera ilusión. Y entonces empezó de nuevo, exactamente igual. Caminábamos y caminábamos y el sol seguía alto en el cielo, como si no se moviera; mi padre tenía hambre y comimos y el sol seguía sin moverse y seguimos caminando hasta que nos cansamos y el sol sólo se había movido un poco y al final caminamos hasta sentirnos absolutamente exhaustos y no poder seguir, y sería el mediodía.

—Esto es absurdo —dijo mi padre cansinamente cuando nos sentamos en la

hierba.

—A mí me resulta consolador —le dije—. Ahora sé que no estaba loco cuando me ocurrió la otra vez.

—A no ser que lo estemos los dos.

—Es exactamente lo que me ocurrió cuando vine la otra vez.

—¿Ah sí? ¿Te sentiste débil y agotado después de caminar sólo una mañana?

—Eso es lo que creía, sólo que ya no estoy seguro. —Había aprendido algunas cosas sobre el mundo desde que había cruzado Ku Kuei. Que los astrólogos de las copas de los árboles podían idear formas de hacer que los hombres viajaran a mayor velocidad que la de la luz entre las estrellas. Que los salvajes desnudos del desierto podían convertir las piedras en arena. ¿Nos agotábamos pronto? ¿O era que sencillamente el sol viajaba más despacio?— Vemos que al margen de lo cansados que estemos, no ha pasado el tiempo, así que creemos que nos cansamos pronto. Pero piensa: ¿no parece como si lleváramos una eternidad viajando? Tal vez nuestros organismos estén bien y sea el tiempo el que se ha vuelto lento.

—Lanik, estoy demasiado cansado hasta para entenderte, mucho más para pensar en lo que has dicho.

—Descansa entonces —le dije.

Sacó la espada y la colocó a su izquierda, así la mano derecha, que era con la que manejaba la espada, estaría libre para entrar en acción en cuanto despertara. Se durmió inmediatamente.

Yo también me tendí en la hierba bajo los árboles, pero no me dormí. En vez de hacerlo, escuché a la roca. Escuché a través de la barrera de suelo vivo y las voces de un millón de árboles, y oí:

Pero no la voz de la roca, sino un suave susurro bajo, casi inconcebible, que no podía entender. Parecía hablar de sueño, ¿o sería mi propia mente? Intenté oír los gritos de los moribundos (aunque normalmente procuraba ignorarlos) y entonces oí, pero no una aglomeración de voces gritando al unísono angustiadas, sino gritos diferenciados, bajos. Angustiados pero pausados. Torturados y cargados de odio y de miedo, pero dilatados interminablemente y diferenciados y claros; comparado con su ritmo, mi corazón era rápido, acelerado, sobrecogedor; y, sin embargo, estaba en reposo y el corazón me latía normalmente.

Me hundí en la tierra, que me permitió pasar de mala gana hasta que me encontré abajo, descansando sobre la roca. Las piedras se deslizaron bajo mi espalda; las raíces profundas retrocedían para dejarme pasar; y luego la roca dura me recibió y me acogió delicadamente y oí:

Nada insólito en absoluto. La voz de la roca seguía igual y lo que había oído junto a la superficie ya no se oía.

Me sentía confuso. Sencillamente no había imaginado lo que había oído antes,

pero allí junto a la roca, todo fue como había sido en Schwartz hacía pocas semanas.

Volví a subir, sin dejar de escuchar, y la canción de la tierra cambió paulatinamente, pareció demorarse, dividirse en distintas voces. También la tierra parecía más indolente al abrirse y dejarme pasar. Pero al final estuve de nuevo en la superficie, con los brazos extendidos, flotando como siempre en lo que sólo podía parecerme un mar ligeramente más denso de lo normal.

Mi padre estaba de pie mirándome, con una expresión indescriptible.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

—Sólo descansaba —contesté, porque no había mucho más que decir.

—Te habías ido y luego surges de la tierra como los muertos que salen de la tumba.

—Olvidé mantenerme a flote —le dije—. No te preocupes por eso. Tenía que averiguar algo. Verás, padre, en Schwartz aprendí a hacer algunas cosas. Cosas que nunca serían exportables por mediación del Embajador, porque son una forma de... pensar y hablar con... cosas en las que otra gente nunca piensa, con las que nunca habla.

—Me das miedo, Lanik. No eres..., no eres humano ya.

Sabía lo que quería decir, pero aun así me dolió que lo dijera.

—Esa cuestión se decidió cuando me crecieron tetas y Homarnoch me declaró rad.

—Eso fue...

—Diferente —dije, acabando la frase por él—. Porque entonces era menos que humano y ahora crees que soy más. Pero ni lo uno ni lo otro es cierto, padre. Siempre he sido humano. Esto es sólo algo que puede ocurrirle a un ser humano, algo que un ser humano puede hacer. No un dios ni un diablo. Un humano.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo soy humano y puedo hacerlo.

—Has desaparecido durante lo que pareció casi una hora, una eternidad, Lanik. ¿Cómo respirabas?

—Contuve la respiración muy bien. Padre, olvida lo que me has visto hacer. Déjame que te explique lo que averigüé. Hay algo importante sobre el suelo aquí. Algo que aminora la velocidad de las cosas o hace que lo parezca. Es como si..., no sé. Como si una burbuja nos envolviera a nosotros, a la tierra y a los árboles y en su interior el tiempo fuera más lento. O no, eso no sirve. Es como si el tiempo fuera más rápido para nosotros. Nosotros caminamos más deprisa, hacemos el equivalente a un día de marcha y sin embargo en el mundo exterior sólo han transcurrido unos minutos. Mientras estamos en el interior, el resto del mundo parece avanzar más despacio, pero no es así. Es igual que siempre.

—Si realmente caminamos hasta donde parece, es una burbuja grande.

—A no ser que nos siga.

—¿Por qué no le ocurrió al ejército?

—Tal vez nosotros tengamos demasiado ímpetu o algo así. No lo sé. Pero mira el sol. —Apenas se había alzado en el horizonte—. Y ya hemos acabado el día.

—Yo estoy descansado ahora —dijo él—. Tenía la sensación de haber dormido mucho rato, y me desperté y te habías ido, sin dejar el menor rastro, simplemente habías desaparecido. No me atrevía a irme, por miedo a perderte otra vez. Esperé lo que me pareció una eternidad.

—Sólo fueron unos minutos, nada más —dije—. Pero pasé esos minutos fuera de la burbuja.

—No sé nada de burbujas —dijo mi padre—, pero ahora me siento descansado.

Así que seguimos.

Por el sol, era sólo media tarde; según mi propio cálculo, habíamos hecho el recorrido de dos días desde la mañana cuando llegamos a otro lago. Había bordeado su costa sur en mi viaje anterior. Mi padre y yo nos quedamos en la orilla occidental y la otra orilla estaba tan próxima que la veíamos claramente. Si es que era la otra orilla, claro. Parecía perderse hacia el norte y el sur, y supusimos que tal vez se tratara de una isla o península.

Yo no había dormido el tiempo que mi padre lo había hecho, pero su descanso no le había servido de mucho. Se tambaleaba como si estuviera borracho y yo estaba tan fatigado que cada paso suponía un gran esfuerzo, un triunfo de la voluntad.

—No sé tú —dijo mi padre—, pero yo no puedo más. Me paro aquí.

Nos quedamos dormidos casi antes de tendernos.

Desperté en la oscuridad. En mi primer viaje, nunca había visto la noche en Ku Kuei, y la noche anterior, con el ejército, tenía otras cosas en la cabeza. Me quedé mirando el cielo. Tanto Disidencia como Libertad habían salido y en aquella época del año estaban bastante próximas entre sí. Seguía allí tendido, todavía muerto de sueño, dejando vagar la mente, cuando se me ocurrió que Disidencia debía haber pasado a Libertad ya.

Pero en cambio, prácticamente no existía movimiento detectable.

¿Podría haber conseguido Ku Kuei un medio de retardar el sol y las lunas? No, pues de ser así también desde Mueller lo habríamos visto. Lo que estaba ocurriendo no era real, era una ilusión, o un fenómeno localizado. Ningún cambio de la tierra ni del cielo. Sólo podía ser un cambio en nosotros. Un cambio que no se producía cuando el ejército estaba con nosotros; un cambio que se producía sólo cuando estábamos solos.

—Esta vez Disidencia ha aprendido cuál es su lugar —dijo mi padre. Así que estaba despierto.

—También tú te has fijado.

—Detesto este lugar, Lanik —dijo con un suspiro—. Un mendigo acepta cualquier moneda, pero estoy empezando a creer que habría sido más feliz con Harkint.

—Seguramente, hasta cierto punto.

—¿Qué punto?

—Cuando te cortaran la cabeza y no volviera a crecerte.

—Es el problema de los Mueller —dijo mi padre—. No podemos creer que la muerte sea permanente. Una vez me contaron la historia de un hombre que no sabía cómo vengarse de su enemigo, que no fuera matándole. Pero él no quería esa venganza. Así que le desafió a luchar y le venció y mientras su enemigo estaba en el suelo, desmayado por la hemorragia, le cortó el brazo y se lo cosió al revés. Y le gustó tanto el efecto, que le hizo lo mismo con el otro brazo y luego también con las piernas, justo por las caderas, de modo que las nalgas del tipo le quedaron del mismo lado que la cara. Y por supuesto le puso cola. Fue una venganza perfecta. Una vez curado del todo, su enemigo se pasó el resto de la vida viéndose defecar y nunca sabía si estaba con una chica guapa o fea.

Me eché a reír. Era el tipo de cuentos que se contaban junto a los enormes fuegos de Mueller del Río en invierno. El tipo de historias que los hombres ya no tenían ánimos para contar, aunque no les faltara la gracia.

—No volveré nunca, ¿verdad, Lanik? —me preguntó. Y por su forma de decirlo, supe que no quería la verdad.

—Pues claro que volverás —le dije—. Es sólo cuestión de tiempo que Nkumai se hunda bajo su propio peso. La tierra que puede absorber una Familia tiene sus límites.

—No es cierto. Yo podría haberlo conquistado todo.

—No, sin mí no podrías haberlo hecho —le dije, en tono lo bastante desafiante para hacerle reír. Era la misma risa que le había oído de pequeño. Recordé cuando le desafié a combate singular una vez y me mandó irme a mi habitación por impertinente. Se había reído igual, hasta que desenvainé la espada y exigí que me tratara con honor. Tuvo que cortarme casi del todo la mano derecha para que me diera por satisfecho y me rindiera.

—Nunca debí haber intentado —dijo. Intentado qué, me pregunté; hasta que acabó la frase— hacer nada sin ti.

Guardé silencio. Se había visto obligado a echarme de Mueller, hacía un año más o menos; yo había tenido muy pocas opciones desde entonces. ¿Hacía un año? Había sido el día antes. Siempre. Allí en la oscuridad, me pareció que nunca había estado en ningún sitio más que allí, contemplando las estrellas.

También mi padre miraba las estrellas.

—¿Las alcanzaremos algún día?

—Si tuviéramos los brazos bastante largos...

—¿Y qué encontraríamos si llegáramos? —Su tono era vagamente triste, como si acabara de comprender que nunca encontraría algo que había perdido descuidadamente hacía muchísimo tiempo—. Si Mueller consiguiera suficiente hierro y construyéramos de algún modo una nave estelar y viajáramos con ella entre las estrellas, ¿qué hallaríamos? ¿Nos recibirían acaso con los brazos abiertos después de tres mil años?

—Los Embajadores siguen funcionando. Nos envían hierro. Saben que estamos aquí.

—Si alguna vez hubieran querido sacarnos de este planeta, habrían venido a buscarnos hace años. Fueran cuales fuesen los pecados cometidos, ya se había pagado por ellos miles de veces antes de que yo naciera, Lanik. ¿Me rebelé yo contra la República? ¿Qué amenaza soy para ellos? Disponen de armas que permitirían a un hombre solo enfrentarse a todos los ejércitos de Nkumai y derrotarlos. Mientras que yo soy un anciano espadachín que una vez ganó dieciséis competiciones de tiro al arco en un solo día. Me pondré todas mis medallas y seguramente se inclinarán. — Soltó una risilla desconsolada que se transformó en un suspiro.

—Si les cortas los brazos no volverán a crecerles —le dije—. Así que tendremos una ventaja sobre ellos.

—Somos monstruos.

—Tengo frío —dije, pero las nubes estaban inmóviles en el horizonte y no soplaba el viento—. No hace viento. Lo han aminorado todo. Mira, padre. Frente a esa ensenada, ¿no ves cómo se inclina la hierba? Como si hiciera viento. Y sin embargo, se mantiene así.

Parecía distraído.

—Padre —dije—, quizá debiéramos seguir.

—¿Adónde? —preguntó.

—A buscar a los Ku Kuei.

—Como Andrew Apwiter, entonces, que intentó encontrar la tercera luna, una luna de hierro que nos salvaría del infierno. No vive nadie en Ku Kuei. La Familia se extinguió hace años.

—No, padre. Esta burbuja de tiempo no es normal. Nos sigue a todas partes. Puesto que nosotros no lo hacemos, ha de ser que nos lo hacen y eso significa que lo está haciendo alguien y me propongo encontrarlos.

—Así que tal vez haya algún Ku Kuei... Pero si fuera así, ya lo habríamos encontrado.

—No pueden vivir sin dar ninguna señal, padre. Sin vivir en algún lugar.

—¿Acaso disponemos de años de vida suficientes para registrar el bosque metro a metro, esperando que un Ku Kuei se deje caer o un cabello se le enganche en una rama baja? Pueden hacer cosas extrañas con nosotros y sin embargo no les vemos.

Para mí eso es magia. Yo renuncio y lo llamo magia y los magos no nos necesitan en absoluto ni van a ayudarnos y debería volver con mi gente y morir. Al menos así me recordarían como al rey que luchó hasta morir y no como al Mueller que huyó al bosque y fue devorado por los árboles de Ku Kuei.

—Padre...

—Quiero dormir otra vez. Sólo deseo dormir. —Se volvió de lado, dándome la espalda.

Seguí allí tendido mirando las estrellas y preguntándome qué clase de gente serían los Ku Kuei. En este mundo, podían ser cualquier cosa, me dije. De pequeño en Mueller, todo lo referente a nosotros me parecía normal. Todos los niños aprendían sus lecciones con la amenaza del aislamiento o el desmembramiento si suspendían su asignatura, ya que el dolor no suponía nada ni siquiera para nuestros niños. Todas las heridas de un niño se le curaban en cuanto se caía. Y a mí aquello me parecía normal. Ahora sabía que no era así. Arborícolas que descifraban los enigmas del universo, habitantes del desierto que rehacían la piedra mentalmente. En Traición, lo extraño era lo normal y los que eran realmente corrientes estaban irremisiblemente condenados al olvido o la destrucción.

Ayudadnos, supliqué mentalmente a los Ku Kuei, acudimos a vosotros porque no teníamos ningún otro lugar al que ir y esperábamos misericordia de quienes no han de temer la justicia.

Nadie respondió a mis pensamientos. Nadie me había oído.

¿Cuánto tengo que gritar para que me hagáis caso?, pensé. ¿Qué tengo que hacer para que me prestéis atención, aunque sea un momento, duren lo que duren aquí los momentos?

La luz de la luna se reflejaba en el lago. Cerca de nosotros el agua brilló tenuemente un poco, pero el brillo se desvaneció y más allá el lago estaba inmóvil, las olas congeladas en pleno salto. Y entonces supe cómo podía conseguir que me atendieran.

En realidad, los cambios del agua eran lo primero que había visto en Schwartz, cuando el agua se acumuló para que bebiera y desapareció una vez saciada mi sed. Permanecí inmóvil tendido y hablé de nuevo con mi voz muda, llamé a la tierra debajo de mí.

Quizá la tierra notara mi urgencia, o tal vez mis poderes fueran más fuertes de lo que yo creía. Pero las rocas respondieron, la tierra de debajo del lago se aflojó, subió, y el lago se hundió rápidamente. Cuando terminé, sólo quedaba agua suficiente para los peces, algunas charcas y pozas aquí y allá; el lago había desaparecido.

—Señor —dijo una voz detrás de mí.

—¡Qué pronto habéis acudido! —contesté, sin volverme.

—Nos has robado nuestro lago —dijo.

—Lo he tomado prestado.

—Devuélvenoslo.

—Necesito vuestra ayuda.

—Eres de Schwartz.

—Nadie sale de Schwartz con vida —dije.

—Nosotros salimos con vida de todos los sitios que decidimos visitar —dijo la voz—. Pero nadie se entera nunca de que estamos allí. —Soltó una risilla entrecortada.

—Soy de Mueller —afirmé.

—Si puedes hacer que un lago se hunda en la tierra, eres de Schwartz. ¿Qué más sabes? En Schwartz no matan. Pero nosotros no somos de allí y estamos dispuestos a matar.

—Pues matadme, entonces, y ya podéis despediros del lago.

—No te debemos nada.

—Me lo deberéis cuando os devuelva el lago.

Silencio. Me volví. No vi a nadie.

—Cabroncetes furtivos, ¿verdad? —murmuré.

—¿Qué? —preguntó entonces mi padre, despertándose—. ¿Pero qué diablos le ha pasado al lago?

—Tenía sed —le contesté. No me gustó el miedo que brilló en sus ojos al mirarme—. Tuvimos un visitante. La verdad es que nos habló.

—¿Dónde está?

—Supongo que ha ido a buscar refuerzos para echarnos de aquí. Mientras tanto, mira Disidencia y Libertad.

Así lo hizo, y vio lo que yo había visto: Disidencia cruzaba sobre la cara de Libertad y el viento susurraba entre las hojas de los árboles, moviéndolas.

—Bueno —dijo mi padre—. Debería dormir más a menudo.

Esperamos a la orilla de lo que había sido el lago. Pero no tuvimos que esperar mucho rato. Disidencia sólo había pasado un pulgar a Libertad cuando llegaron cuatro hombres con gran estruendo por la maleza y nos rodearon enfurecidos.

—¿Qué diablos! —gritó uno de ellos.

—¿Queréis nadar? —pregunté.

—¿Qué derecho tenéis a agredirnos de este modo? ¿Qué daño os hemos hecho?

—¿Además de jugar con nuestra noción del tiempo?

Se miraron consternados.

—Me tomasteis el pelo en mi primer viaje. Pero ahora he empezado a comprender algo.

—¿Por qué habéis venido?

Mi padre y yo se lo explicamos; nos escucharon impasibles. Eran todos de tez

morena, altos y gordos, y parecían vigorosos pese a la gordura. Mientras escucharon permanecieron inmutables.

Cuando terminamos, se quedaron un rato mirándonos fijamente a la cara, hasta que finalmente el más alto y más gordo (me pregunté si elegirían a sus jefes por el peso) dijo:

—¿Y qué?

—Pues que necesitamos que nos ayudéis.

—¿Ah sí? ¿Hay alguna razón para que lo hagamos?

Mi padre estaba perplejo.

—La necesitamos. Sin vuestra ayuda estamos perdidos.

—Eso es evidente. ¿Pero a nosotros qué nos importa?

—¡Somos seres humanos iguales! —empezó a decir mi padre, pero fue lo bastante juicioso para saber cuándo desistir. La idea les hizo gracia, de todos modos.

—Yo tengo una buena razón para que nos ayudéis —dijo—. Si no lo hacéis, os quedaréis sin el lago. Los mosquitos se reproducen facilísimamente en charcas como estas.

—Así que os prometo lo que queráis, y llenaréis de nuevo el lago —dijo el jefe—. No tengo más que mataros luego y se acaba el acuerdo. Y nos quedamos con el lago. Así que, ¿por qué no lo llenáis y os marcháis al lugar de donde vinisteis? Os dejamos en paz y nos dejáis en paz.

Estaba furioso. Así que removí el suelo bajo sus pies y lo deslicé de lado. Cayeron pesadamente. Intentaron levantarse (eran más ágiles de lo que parecían por su corpulencia), pero el suelo seguía danzando bajo sus pies, hasta que al fin se rindieron y se tiraron y me suplicaron que dejara de hacer aquello.

—De acuerdo, por ahora —dijo.

—Creo que si puedes hacer eso no necesitas nuestra ayuda —dijo el jefe, incorporándose al fin y sacudiéndose la ropa—. Pese a todo lo que he dicho, la verdad es que no, tenemos armas. No las necesitamos. Hace años que no matamos a nadie. No es que tengamos ninguna objeción moral a hacerlo, sin embargo, así que no creas que estáis a salvo.

—Sería estupendo —dijo— poder hacer que la tierra se tragara a nuestros enemigos. Pero las rocas no intervienen en matanzas masivas, así que sólo puedo hacer algunas cosas. Demostraciones. Secar lagos. Hacer que la gente caiga de culo. Nada efectivo contra el enemigo. Pero no necesitamos que luchéis por nosotros. Lo que necesitamos es tiempo.

Soltaron risillas incontrolables. Luego empezaron a reírse a carcajadas. Luego, estrepitosamente, hasta que las lágrimas les rodaban por las mejillas. Todo les daba risa, un payaso podría retirarse en cinco años trabajando allí. Por último, el jefe dijo:

—¿Por qué no lo habías dicho? Si lo que necesitáis es tiempo, tenemos cantidad.

Esto provocó otra vez sus risotadas incontenibles.

Mi padre parecía molesto.

—¿Seremos las únicas personas sensatas del mundo?

—Tal vez ellos nos consideren sombríos.

—Podemos daros tiempo —dijo el jefe—. Llevamos años trabajando con el tiempo. No podemos ir al futuro ni al pasado, claro, ya que el tiempo es unidimensional. («Claro —pensé—, eso lo sabe todo el mundo»). Pero podemos cambiar nuestra propia velocidad respecto al flujo del tiempo general. Y podemos ampliar ese cambio a nuestro entorno inmediato. Nos ocupa a uno de nosotros por cada cuatro o cinco personas que queramos cambiar. ¿Cuántos sois?

—Menos de mil —dijo mi padre.

—Qué específico —respondió el jefe, torciendo los labios como si fuera a darle otro ataque de risa—. Estás seguro hasta el último decimal, ¿verdad? Podríamos hacerlo menos de doscientos, ¿no? E incluso menos si os agrupáis y compartís el tiempo. Así quizá pudiéramos hacerlo sólo entre cincuenta.

—¿Hacer qué? —preguntó mi padre, receloso.

—No lo sé —dijo el cabecilla, sonriendo abiertamente—. Daros tiempo, naturalmente. ¿Cuánto necesitaréis para que todos vuestros enemigos mueran? ¿Cincuenta años? Si trabajamos de firme, eso supondría que tendríais que permanecer en una zona reducida durante, digamos, cinco días. ¿Es demasiado? Es más difícil cuanto más deprisa hagamos que pase el tiempo para vosotros, pero si necesitáis un esfuerzo supremo, podemos daros cien años en una semana.

—¿Cien años de qué?

—¡Tiempo! —Se estaba impacientando con nosotros—. Os sentáis ahí durante lo que os parece una semana, mientras que fuera de nuestro bosque transcurren cien años. Salís, todos vuestros enemigos han desaparecido, nadie os busca, estáis a salvo. ¿O me equivoco? ¿Viven vuestros enemigos un tiempo excepcionalmente largo?

Mi padre se volvió a mirarme.

—¿Pueden hacerlo?

—Después de este último año —le dije—, creo cualquier cosa. Nos hicieron creer que las lunas se habían detenido.

El jefe se encogió de hombros.

—Eso no fue nada. Mandamos a un niño que lo hiciera. Vamos a pedir voluntarios para ayudaros y mientras tanto tú llenas el lago.

Negué con la cabeza.

—Lo haré cuando volváis.

—¡He dado mi palabra!

—También me has dicho antes que no te importaría matarme después de darme tu palabra.

Volvió a sonreír.

—Y tal vez aún lo piense. ¿Quién sabe? Qué mundo tan peligroso, hay que acostumbrarse a él.

Y de repente, él y sus amigos desaparecieron. No se dieron la vuelta y se alejaron, no; sencillamente ya no estaban allí. Pero deduje que de repente el tiempo era más rápido para ellos, así que podían irse más deprisa de lo que podían registrar nuestros ojos.

—Soy viejo —dijo mi padre—. No puedo afrontar todo esto.

—Tampoco yo —dije—. Pero si significa que podremos sobrevivir, creo que debemos intentarlo.

Había sólo treinta, después de todo, pero el jefe nos aseguró que serían bastantes y nos fuimos de allí, dejando atrás el lago devuelto a su prístina belleza.

—Tal vez os matemos ahora —dijo el jefe cuando el lago estuvo lleno, pero acto seguido se echó a reír estruendosamente y me dio un gran abrazo—. ¡Me gustas! —gritó. Y los demás se echaron a reír. No le veía la gracia—. Paso redoblado —ordenó el jefe, pero, ante mi sorpresa, nadie se apresuró. Comprendí luego que querían decir que su tiempo pasaría rápidamente, mientras que el mundo exterior seguiría al ritmo normal. Por la mañana temprano llegamos donde estaba acampado el ejército; habíamos tenido que pararnos a dormir varias veces en el camino y toda la expedición nos había llevado cinco días de nuestro tiempo, mientras que para nuestro ejército habrían sido sólo unas veinticuatro horas. Mi padre y yo comprendimos entonces hasta qué punto nos habíamos forzado antes. Ellos no eran perezosos y nosotros estábamos bastante agotados cada vez que paramos a descansar; mi padre y yo habíamos hecho el mismo recorrido durmiendo sólo dos veces.

Habría sido un buen viaje (completado en veinticuatro horas desde el momento en que dejamos al ejército) si el ejército hubiera estado allí cuando regresamos.

A un kilómetro de distancia, nos dimos cuenta de que había pasado algo. Bordeábamos la orilla del lago largo y no distinguíamos la pradera. Pero donde se alzaba aún el humo de las fogatas no se veían las grandes manadas de caballos. Ningún caballo en absoluto. Nada.

Excepto los cadáveres, por supuesto. No demasiados, pero sí los suficientes para explicarlo todo. Homarnoch, que había insistido en entrar con su carreta en el bosque, pese a lo complicado que era, yacía muerto delante de los restos carbonizados de la carreta. Ni siquiera un Mueller podía curarse de quemaduras en todo el cuerpo (aunque por si acaso le habían cortado la cabeza después de muerto). Los otros cadáveres habían sido tratados de forma similar.

Así lo comprobamos a los pocos minutos de llegar al campamento. Busqué a Saranna, llamándola por su nombre. Aunque no esperaba que estuviera allí: prefería

imaginarla viva entre los desertores que muerta allí. Seguí llamándola y pronto los hombres de Ku Kuei se nos unieron en la búsqueda de supervivientes entre los muertos. Fue el jefe de los Ku Kuei quien me llamó:

—¡Bebelagos! —gritó—. ¡Una persona viva!

Acudí a su lado.

—¡Es una mujer! —gritó; aceleré el paso.

Mi padre estaba arrodillado a su lado. Le habían cortado los brazos y las piernas y le habían arrancado la laringe. Su organismo se estaba regenerando, aunque bastante despacio. Ella no era rad. Aún no podía hablar.

El jefe Ku Kuei insistía en saber cómo se había curado tan pronto y por qué no se había desangrado, hasta que mi padre le dijo que cerrara la boca un minuto. La alimentamos, y me miró con una expresión que me destrozó el corazón, y me tendió los muñones de los brazos. La estreché. Los Ku Kuei nos contemplaban perplejos.

—Supongo que esto significa que ya no nos necesitáis —dijo al cabo de un rato el jefe.

—Más que nunca —le dije.

—Así es —dijo mi padre a la vez.

—¿A cuál de los dos tengo que creer? —preguntó.

—A mí —afirmé—. No necesitamos treinta hombres para nuestro ejército. Pero ya no tenemos a donde ir. Nosotros tres. Mi padre, Ensel Mueller. Saranna, mi... esposa. Y yo me llamo Lanik Mueller.

—Nosotros hemos cumplido nuestra parte del trato —dijo el individuo gordo—. Así que hemos terminado con vosotros. ¿Os llevamos a la orilla del bosque?

Se me estaba acabando la paciencia. Hice moverse el suelo bajo sus pies. Aterrizó pesadamente de costado y soltó un taco.

—Tienes instintos de bravucón —dijo furioso—. ¡Así sean puercos espines todos tus hijos! ¡Así se te llene la vesícula de piedras! ¡Así descubra tu padre que ha sido estéril toda la vida!

Parecía tan serio, tan vehemente, que no pude contener la risa. Y cuando me eché a reír, él hizo una mueca irónica.

—¡Eres de los míos! —gritó.

No costaba mucho entenderse con ellos.

Llevaban detrás a Saranna con ellos, con una delicadeza asombrosa siendo como eran tan enormes y desproporcionados; pero se paraban a descansar más a menudo de lo que necesitábamos mi padre y yo y mientras mi padre comía vorazmente los copiosos tentempiés que se ofrecían continuamente a compartir con nosotros, yo no me molestaba en comer. En vez de ello, me quedaba con Saranna y la alimentaba. Llevábamos varias horas caminando el segundo día de viaje, cuando al fin Saranna habló.

—Creo —dijo con voz ronca—, que ya puedo hablar.

—¡Oh no! —gritó entonces un Ku Kuei—. ¡Si habla una mujer el silencio se desvanece del bosque! —El comentario provocó grandes risotadas y algunos se tiraron al suelo sin poder incorporarse por impedírsele o bien la risa o la comida.

—Saranna —dije, y ella sonrió.

—No tardasteis mucho, Lanik.

—Al parecer, demasiado —dije.

—Me dejaron viva para que os dijera lo que creían.

—Es lo único bueno que ha ocurrido en un mes.

—Estaban convencidos de que te habías ido para matar al Mueller. Creían que pensabas traer los terrores de Ku Kuei para destruirlos. Te odiaban. Así que se fueron.

—Matando a su paso.

—Homarnoch se lo prohibió y amenazó con matar al primero que se fuera. Pero eran muchísimos los que querían ser los primeros en irse, así que no mató a ninguno. Algunos intentaron defenderle. También ellos murieron.

—Y tú.

—Fueron rápidos. Querían asegurarse de que no pudiera viajar con facilidad. Creían que eso impediría que tú y los monstruos les persiguierais.

Contemplé a los treinta extraños Ku Kuei, sentados como pequeñas montañas o roncando sobre la hierba.

—Monstruos —dije, y Saranna se echó a reír, pero la risa se convirtió pronto en lágrimas y en grandes sollozos.

—¡Es tan agradable tener una voz con la que poder llorar...! —murmuró cuando se calmó un poco.

—¿Cómo tienes los pies?

—Mejor. Pero los huesos aún no están duros. Mañana podré caminar un poco.

Le quité el vendaje de las piernas que habían improvisado los Ku Kuei.

—Mentirosa —le dije—. Ni siquiera la tibia está a medias aún.

—Ah —repuso ella—. Me pareció sentir los pies.

—Eso se debe a la regeneración nerviosa. ¿Habías perdido alguna vez una pierna antes?

—Mis amigos no hacían travesuras de ese tipo. Y yo siempre me porté bien en el colegio —sonrió.

—Muy bien, vamos, arriba, deprisa, no tenemos mucho tiempo —gritó el jefe, y los demás se rieron a carcajadas cuando nos pusimos de nuevo en marcha. Sentí el mudo deseo de asesinar al primero que volviera a reírse.

La ciudad de Ku Kuei estaba en el centro del lago, en la isla que habíamos divisado desde la costa. Si es que se le podía llamar ciudad. No tenía edificios ni construcciones de ningún tipo. Sólo el bosque y hierba bastante pisoteada en algunas

partes.

Lo más notable era la población. Gracias a Dios, los niños eran delgados, pero los adultos me hicieron suponer que, calculando en kilos, los habitantes de Ku Kuei constituían la mitad de la masa de vida humana del planeta. Me daban la impresión (y nunca tuve motivos para rectificar) de ser asombrosamente perezosos. Al parecer nadie hacía nada si podía evitarlo.

—Ven a cazar con nosotros —me dijeron muchos de ellos; una vez les acompañé. Se ponían a paso redoblado y se acercaban a la presa y la mataban mientras permanecía inmóvil, aún en tiempo normal. Cuando comenté que no era deportivo, me miraron extrañados.

—¿Te cortas los pies cuando quieres hacer una carrera? —me preguntó uno de ellos.

Y otro dijo:

—¿Significa el que me corte los pies que no tendré que volver a hacer una carrera? —Paroxismos de risa. Me volví a la ciudad.

Mas a pesar de su indolencia, la determinación de divertirse con todo y su firme negativa a aceptar cualquier compromiso, les cogí cariño. No como a los Schwartz, a los que además admiraba; a ellos los estimaba como enormes juguetes automotores. Y, por alguna extraña razón, también ellos me cogieron cariño. Tal vez porque había descubierto una nueva forma de hacer caer de culo a la gente.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al hombre que había guiado el grupo del supuesto rescate.

—¿Tú que crees, Bebelagos?

—¿Cómo voy a saberlo? Yo me llamo Lanik Mueller.

Soltó una risilla entrecortada.

—Eso no es un nombre. Te bebiste el lago, eres Bebelagos.

—Eres el único que me llama así.

—Soy el único que te llama —dijo—. ¿Qué tal Muñón?

Al comprender que se refería a Saranna, me marché. No entendería por qué estaba enfadado. El nombre le parecía apropiado.

Supongo que los meses que pasé en Ku Kuei constituyeron una suerte de idilio, como mi estancia en Schwartz. Pero en Schwartz aún me sentía optimista respecto al futuro. En Ku Kuei, mi futuro había quedado atrás. Y mi padre intentaba morir.

Lo comprendí al segundo día de clases con Sabelotodo. Saranna y yo estábamos echados en la hierba, con los ojos cerrados, prestando atención mientras el maestro hablaba suavemente y cantaba de vez en cuando e intentaba ayudarnos a sentir su propio flujo temporal mientras éste nos envolvía. No sé lo que me sacó del trance (y estoy seguro de que no fue voluntario, ya que Sabelotodo tenía el flujo temporal más agradable que jamás compartí), pero miré a mi padre y vi que estaba con los ojos

abiertos mirando fijamente el cielo y noté el rastro de la lágrima desde el ojo al cabello.

En aquel momento deseché la preocupación. Sin duda mi padre tenía abundantes motivos para estar triste; no había por qué obligarle a simular una alegría que no sentía.

Pero por su causa cada vez me era más difícil sentir la alegre despreocupación que tenía decididamente absortos a los hombres de Ku Kuei. ¿Decididamente absortos? Esa era mi actitud. Aunque a veces me sentía relajado, me sentía estimado, me sentía bien, nunca estaba completamente en paz. Se debía más que nada a la preocupación por mi padre. Pero también a que nunca me habían enseñado a relajarme y despreocuparme. Había sobrevivido a un año muy duro y sus efectos no desaparecían fácilmente. Además, es imposible despreocuparse después de oír la música de la tierra.

—Eres demasiado vehemente —dijo El-que-cayó-de-culo (nombre que acabé poniendo al jefe, al que había hecho caer varias veces; a él le gustó y muchos amigos suyos lo adoptaron)—. Sabelotodo dice que estás haciendo grandes progresos. Tienes que aprender a reír.

—Ya sé reír.

—Sabes emitir sonidos estúpidos con el vientre tenso. Y estás demasiado delgado. Es signo de preocupación, Bebelagos. Te lo digo porque creo que deseas aprender cambio temporal. Te esfuerzas demasiado.

Por una vez, El-que-cayó-de-culo parecía muy serio y preocupado. Resultaba tan extraño en él que me eché a reír y él también rio, creyendo que había conseguido algo. Pero no había conseguido nada.

Porque mi padre no prestaba atención. Hasta en el plácido Ku Kuei uno ha de prestar atención para sobrevivir y mi padre no se molestaba en hacerlo. Se caía mucho, una vez de una colina bastante alta. Aquella vez se rompió los dos brazos. Se le curaron en pocos días, pero cuando estaba tendido bajo un árbol durante un chaparrón, mientras yo practicaba control temporal elemental aminorándonos un poco a ambos (muy poco) para que las gotas cayeran con menor fuerza aparente, súbitamente me apretó la mano con fuerza, haciéndose sin duda daño en el brazo, y me dijo:

—Lanik, tienes el poder de los Schwartz. ¿Puedes cambiarme?

—¿Cómo? —le pregunté, procurando tomarlo a la ligera porque me estaban inculcando buen humor.

—Quitándome mi muelleridad. Y la capacidad de regeneración.

Me sentí desconcertado.

—Si lo hiciera, padre, una caída como esta te mataría. Y los brazos tardarían meses en curársete.

Desvió la mirada, con los ojos llenos de lágrimas, y comprendí que tal vez la caída de la colina no hubiera sido realmente un accidente. Esto me preocupó. Mi padre había sufrido sus reveses antes pero éste, con mucho el peor, estaba llevándole demasiado lejos.

Saranna me preocupaba también, aunque de otra forma. Empezó cuando la descubrí haciendo el amor con Matabichos, al que llamaban así porque se agitaba muchísimo durante el acto sexual. Ella se reía mientras él abría las piernas, y siguió riéndose incluso después de verme.

Hacer el amor bajo los árboles era un espectáculo bastante corriente en Ku Kuei y no me hacía ninguna ilusión de haber estado limitándome a hacer el amor con Saranna por una excesiva preocupación por la fidelidad. Simplemente las mujeres Ku Kuei eran demasiado gordas para gustarme. Me sentí algo celoso, estoy seguro, pero por encima de eso estaba el hecho de comprender que Saranna no parecía distinta a cualquier otra mujer de Ku Kuei... divertida, indiferente, complaciente.

Había sido Saranna quien me había suplicado que la llevara conmigo cuando me marché de Mueller por primera vez; y se había hecho cortes grandes y profundos cuando le impedí seguir siendo mi amante tras averiguar que era regenerador radical. Y se había mostrado enamoradísima de mí desde mi vuelta. Y sin embargo, ahora...

—Saranna es una buena alumna —dijo Sabelotodo.

—Lo sé —repuse—. Ahora puedo sentir su flujo temporal casi igual que el tuyo.

—Eres desdichado —dijo mi maestro.

—Supongo que sí.

—¿Tienes celos porque eres el peor alumno que he tenido mientras que Saranna es tan buena como nuestros niños más dotados?

Me encogí de hombros. Seguramente aquello era una parte del asunto.

—¡Tal vez me preocupe más porque parece interesarse menos por las cosas que a mí me interesan!

Sabelotodo se echó a reír.

—¡Tú te preocupas por todo! ¡Cómo puede uno preocuparse tanto!

—Mi padre se preocupa aún más —dije.

—Al contrario. Vientretenso, tu padre se preocupa tan poco como nosotros. Sólo que es propenso a la desesperación, mientras que nosotros estamos llenos de esperanza.

—Estoy perdiendo a Saranna.

—Eso es bueno. Nadie debe poseer a otra persona.

Y entonces pasó a explicarme por qué mi noción temporal no era tan buena y tenía que relajarme si no quería volverme rígido y duro como un árbol.

No estaba preocupado constantemente, claro. Eso era imposible en Ku Kuei. Aunque no hubiera juegos en el lago ni alocadas expediciones por el bosque,

cualquier hombre podría entretenerse durante un siglo simplemente paseando por la ciudad, deteniéndose a probar los flujos temporales mientras la gente vivía a su propio ritmo.

Por ejemplo, El-que-cayó-de-culo estaba casi siempre en un flujo temporal muy rápido. Yo era tan torpe en configuración temporal que pasaba casi automáticamente al flujo temporal de cualquiera que tuviera cerca; en cambio, cualquiera de ellos podía mantenerse en el suyo aunque estuviera pegado a otro. Cuando estaba con El-que-cayó-de-culo, el resto del mundo me parecía absolutamente paralizado. Paseábamos y conversábamos sin que el sol se moviera un ápice en el cielo y nos cruzábamos con gente paralizada o que (si tenían un flujo temporal rápido) se movía lánguidamente. Nadie se movía a la misma velocidad que El-que-cayó-de-culo.

—Amigo mío —le dije un día, cuando ya le consideraba mi amigo—, pasas tan veloz por la vida... ¿A qué tanta prisa?

—No tengo prisa. Nunca camino rápido.

—Llevo aquí aproximadamente un mes...

Me interrumpió riéndose.

—¡No sé cómo llevas la cuenta de los días si no significan nada!

—... y en este tiempo has envejecido.

Se tocó el cabello.

—Gris, ¿eh?

—Gris. Y tienes arrugas.

—¡De reírme! —dijo en tono triunfal, como sí eso lo explicara todo.

Su actitud fatalista se manifestaba también en Saranna... aunque de distinta forma. Ella lo hacía todo más despacio. No fue una decisión súbita (hoy seré más lenta) sino algo gradual. Pero en cuanto dominó la configuración temporal empecé a notar que cuando estaba con ella y seguía su flujo todo en torno de nosotros se movía más deprisa. A velocidad insoportable; los que nos pasaban bailando frenéticamente, se perdían de vista en el acto, farfullaban un segundo y desaparecían. Cuando Saranna y yo hablábamos, ella no dejaba de mirar por encima de mi hombro, de un lado a otro, viendo pasar a todos apresuradamente. De vez en cuando sonreía, con una expresión que no tenía nada que ver con lo que estuviéramos hablando, y cuando yo me volvía a ver la escena que le hacía gracia, lo que fuera ya había pasado.

Un día nos vimos por la mañana temprano y tras una breve conversación descubrí que ya era casi de noche. Le pregunté por qué se demoraba tanto.

—Porque me hace mucha gracia verles apresurarse de ese modo —me dijo.

Habría sido una buena explicación para la chica frívola de la que me había enamorado, pero ya no lo era. Insistí.

—Eres demasiado porfiado, Lanik —me dijo con obstinación—. Pero te quiero.

Hicimos el amor y fue tan agradable como siempre; ella seguía sintiendo la

misma pasión ardiente por mí; no era como las relaciones risueñas y divertidas que tenía con los hombres de Ku Kuei. Sabía que todavía ejercía cierto dominio sobre ella, aunque no el suficiente como para persuadirla de que no dejara pasar el mundo sin participar en la carrera.

Se hizo bastante famosa. La llamaban Muñón por otro motivo ahora; casi todos la consideraban tan inmóvil y muerta como a un tocón. No cambiaría su flujo temporal por nadie, y así yo, el camaleón que lo cambiaba con cada amigo, era quien podía hablar mejor con ella. Casi siempre permanecía inconcebiblemente paralizada a medio paso y a veces la contemplaba desde lejos durante horas mientras completaba un paso y deslizaba el peso hacia el otro pie.

En una ocasión la vi tres días haciendo el amor con Sabelotodo. Las caricias y el ritmo eran tan lentos, el movimiento tan infinitesimal, como si fueran estrellas lejanas, y tuve la sensación de que no la conocía, o aún peor, de que era solamente una estatua pornográfica bajo un árbol en la isla Ku Kuei.

Saranna y mi padre buscaban su camino para apartarse de la vida. Mientras que yo era incapaz de escapar.

El día en que murió padre, él se acercó a mí y se echó a mi lado bajo un árbol; caía una llovizna fina.

—Hoy no juegues con el tiempo —me dijo—. Te concentras siempre tanto que creo que no me escuchas.

Seguí allí tendido y padre me rodeó con un brazo y me estrechó como hacía cuando íbamos de maniobras siendo yo pequeño. Era su forma de decirme que me quería. Se estaba despidiendo.

—He sido un constructor —dijo, grabando en mi mente el epitafio—, pero mi edificio se ha desmoronado, Lanik. He sobrevivido a todas mis obras.

—Excepto a mí.

—A ti te han formado fuerzas superiores a las que yo pueda aunar. Es una vergüenza que el arquitecto viva para ver caerse el templo.

Hacía siglos que nadie construía templos en Mueller.

—¿He sido un buen rey? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—No —dijo—. Guerras y matanzas, conquistas y poder, todo tan importante durante tantos años y luego todo deshecho. Y no por las fuerzas inexorables de la naturaleza. Sino porque los hombres que viven en los árboles ganaron por casualidad el juego y recibieron el premio antes que nosotros, haciéndonos perder el equilibrio y caer. Azar. Y también fue azar que consiguiéramos hierro del Embajador, así que en realidad no he sido el constructor de un imperio, ¿verdad? Sólo utilicé el hierro para matar a la gente.

—Fuiste un buen gobernante para tu pueblo —dije, porque necesitaba oírlo y

porque, en la escala relativa por la que ha de medirse a los monarcas, era cierto.

—Se rieron de nosotros. Un poco de hierro aquí, otro poquito allá y a ver cómo influye en el campo de juego. Sólo he sido un peón, Lanik, y me creía que era el rey.

Me agarró con fuerza, aferrándose a mí; me susurró con furia:

—¡No me reiré!

Y para demostrarlo, se echó a llorar; yo también lo hice.

Aquel mismo día se ahogó. Encontraron su cuerpo flotando entre los altos juncos de la costa poco profunda de la isla; la corriente lo había arrastrado hasta allí. Se había tirado desde un acantilado a la parte poco profunda del lago y se había roto el cuello; su cuerpo no pudo regenerarse con la suficiente rapidez para impedirle ahogarse mientras permanecía indefenso en el fondo. Aún siento a veces el mismo dolor que sentí entonces al recordarle nítidamente, aunque procuro no afligirme. Había vencido la regeneración y me sentía bastante orgulloso de su ingeniosidad. El suicidio había estado fuera del alcance de casi todos los Mueller durante años, a menos que estuvieran locos y pudieran echarse a las llamas. Mi padre no estaba loco, de eso estoy seguro.

Una vez desaparecido mi padre, mejoraron algunas cosas. Él ya no me preocupaba y cuando por fin pude olvidar la sensación de vacío, la sensación de pérdida, cuando dejé de volverme buscando a alguien que tardaba un momento en recordar que no estaba allí, mejoré corrió alumno.

—Todavía eres espantoso —me dijo Sabelotodo—, pero al menos puedes controlar ya tu propio flujo temporal.

Y era cierto. Podía caminar a menos de un metro de alguien que tuviera un flujo temporal distinto al mío sin que me cambiara. Esto me proporcionó un grado de libertad del que nunca había disfrutado en Ku Kuei y tenía que cambiar mi flujo a un ritmo muy rápido cuando era hora de dormir para que mis nueve horas de sueño duraran sólo unos minutos y los otros creyeran que estaba siempre despierto. Veía todas las horas de todos los días y, como un habitante más de Ku Kuei, todas me resultaban divertidas.

Pero no era feliz. Un día averigüé que nadie lo era. Divertidos, sí. Pero la diversión es la reacción de las personas que se aburren mucho cuando ya nada les entretiene. Los Ku Kuei tenían todo el tiempo del mundo. Pero no sabían qué hacer con él.

Llevaba viviendo en Ku Kuei medio año de tiempo real (sus juegos no influían en las estaciones, en general) cuando me enteré de que El-que-cayó-de-culo se estaba muriendo.

—Es muy viejo —comentó la mujer que me dio la noticia. Así que fui a verle y le encontré, aún en su flujo temporal rapidísimo corriendo demencialmente hacia la muerte, echado en la hierba bajo el sol. Me puse en su flujo temporal; había muy

pocas personas allí dispuestas a hacerlo, sobre todo porque la muerte no tenía ninguna gracia. Y le di la mano mientras jadeaba.

Había adelgazado mucho, pero todavía estaba gordo. Tenía la piel floja y colgante.

—Puedo curarte —le dije.

—No te molestes.

—Estoy seguro —le dije—. Puedo renovarte. Lo aprendí en Schwartz. En Schwartz viven siempre.

—¿Para qué? —me preguntó—. No me he pasado todo este tiempo corriendo para que ahora me engañen —y soltó una risilla.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De la vida —dijo—. Y de ti. Ay, Vientretenso. Mi Bebelagos. Sécame.

Pensé entonces que yo era la única persona de Ku Kuei que lloraría su muerte. Allí se ignoraba la muerte, como ocurrió cuando murió mi padre. ¿Dónde estarían todos sus amigos? Buscando nuevas amistades que no hubieran vivido tan acelerados y terminado antes que los demás.

—Para mí no tiene sentido —dijo—. Aunque para ti significa algo. Decimos que somos felices porque tenemos esperanza, pero es mentira. No tenemos esperanza. Eres la única persona que he conocido en toda mi vida que tiene esperanza, Bebelagos. Así que vete de aquí. Esto es un cementerio. Vete de aquí y salva el mundo. Sabes que puedes hacerlo. Y si tú no puedes, nadie podrá.

Advertí sorprendido que no se reía.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —le dije.

—Te quiero, Bebelagos —respondió; y murió. Su flujo temporal permaneció lo suficiente para que se descompusiera en pocos minutos de tiempo real, así que nadie movió de lugar su cuerpo. Su cadáver sencillamente se deshizo y se disolvió en la tierra.

También yo me hundí en la tierra, dejándola cerrarse sobre mí y volviendo a escuchar su música. La tierra había terminado; los gritos de los moribundos eran aislados ahora, constantes pero aislados en el espacio, las muertes seguían la pauta fortuita de la paz. Pero yo no creía que el mundo estuviera en paz. Nunca lo había estado.

¿Salvar al mundo? ¿De qué? No me hacía ilusiones. Ni siquiera podía salvarme a mí mismo.

Pero sí podía saborearlo, y allí en Ku Kuei el sabor era escaso e insulso. El-que-cayó-de-culo había muerto, mi padre había muerto, Saranna estaba congelada en el tiempo y Sabelotodo creía que nunca aprendería a controlar mejor el tiempo, así que pensé que era hora de marcharme.

—No te vayas —dijo Saranna cuando se lo dije.

—Tengo que irme y me iré —le dije.

—Te necesito. —Tenía una expresión asustada. Así que me quedé un poco más. Me quedé con ella en su flujo temporal otro día, y otra noche y otro día de tiempo real; hicimos el amor y nos dijimos muchas cosas cariñosas que serían buenos recuerdos y mitigarían el dolor de la separación. Una de las cosas que dijimos fue: «Lo siento». Y otra: «Te perdono», aunque ya no sé bien a quién correspondía el remordimiento que se purgó así. Dudo de que fuera mío.

No lloró cuando me fui, ni yo tampoco, pero creo que ambos deseábamos hacerlo.

—Vuelve —me dijo.

—De acuerdo.

—Vuelve pronto. Vuelve cuando aún seas lo bastante joven para desearme. Porque yo seré joven siempre.

Siempre no, Saranna, pensé, pero no dije nada. Joven sólo hasta que el planeta envejezca y se lo trague una estrella. Entonces serás vieja y las llamas agotarán lo que no haya podido agotar el tiempo. Y como has elegido esconderte del tiempo, las llamas te abrasarán infinitamente hasta que mueras.

Al separarme de ella, pensé que nunca volvería a verla y por eso, en cuanto salí de su flujo temporal, me volví para grabar su imagen en mi memoria: una lágrima empezaba a caerle, una hermosa sonrisa en su rostro, los brazos extendidos en un ademán de despedida... o quizá en un intento de cogerme y hacerme volver. Era irresistiblemente bella. La hermosa muchacha que había perdido su tierra, su familia, todo cuanto amaba; y la pérdida la había herido en su feminidad. Me pregunté fugazmente si sería lo bastante mayor para amarla realmente.

Luego me fui, sin despedirme de nadie más porque mi partida no habría divertido especialmente a nadie. Me interné en el bosque con mi flujo temporal, pasando naturalmente a tiempo real, así que por la noche me sentí cansado y me dormí; me despertó el sol de la mañana. La normalidad era deliciosa, para variar.

Llevaba un día fuera de la ciudad cuando noté un flujo temporal más rápido cerca y ajusté el mío para adaptarlo. Encontré a tres jovencitas de Ku Kuei, que aún estaban en la adolescencia y eran delgadas. Estaban atormentando a un forastero que se había aventurado en el bosque. Cualquiera que hubiera sido la dirección que seguía antes, ahora se dirigía hacia el sur, siguiendo el río Bosque, que desembocaba en Jones. Una de las chicas se separó de las otras y me explicó que llevaban varios días con el pobre individuo. Casi se había vuelto loco tratando de comprender por qué tenía que dormir cuando por el sol parecía que no había caminado más de una hora.

—Ese hombre no volverá nunca a Ku Kuei —me dijo la muchacha, con una risilla.

—Nunca se sabe —le dije—. A mí alguien me hizo lo mismo la primera vez que vine, y volví.

—Oh —dijo ella—. Tú eres Vientretenso. Eres distinto.

Y a continuación empezó a desnudarse, que en Ku Kuei es signo evidente de que alguien se dispone a hacer el amor; se echó a reír a carcajadas cuando le dije que no me apetecía.

—¡Eso es lo que dijeron ellas, pero no lo creo! ¡Sólo la chica blanca de Mueller!, ¿eh? Muñón, ¿eh?

—Saranna —dije. Esto le dio todavía más risa; la dejé y volví al tiempo real para que se alejaran rápidamente de mí. Pero era cierto. Cuando llegué a la pubertad, al principio me había pasado horas y horas planeando acostarme con todas las chicas que estuvieran dispuestas a hacerlo. Y muy pocas se negaban a hacerlo con el heredero del Mueller. Pero, sin haber sido nunca consciente de tomar tal decisión, de alguna forma había elegido no acostarme con nadie más que con Saranna. ¿Cuándo lo había decidido y por qué?

La fidelidad me había cogido por sorpresa. Me pregunté cuánto se prolongaría.

Cuando uno lo atraviesa sin miedo, el bosque de Ku Kuei es bastante hermoso. Pero yo me había criado en tierras de labranza y caballos. Cuando el río Bosque salió de los árboles entre las montañas de Jones, la extensión de tierra que baja hasta la meseta del río Rebelde, pasé una hora sentado en lo alto de una colina contemplando los campos y los árboles y el terreno despejado. Podía ver desde allí el humo de los fuegos de las viviendas próximas. En río Rebelde se veían veleros a lo lejos, hacia el sur; pero en la gran extensión de tierra, los hombres no habían supuesto gran cosa, después de todo. Me sentí filosófico unos minutos y luego advertí que una de las huertas cercanas estaba cargada de manzanas. No tenía hambre. Pero hacía tanto tiempo que no había tomado alimentos que parecía que los dientes me rechinaran sólo de pensar en masticar. Así que bajé la colina, olvidé la filosofía y me reincorporé a la raza humana.

Nadie se mostró especialmente complacido de verme.

Jones

La ciudad tenía un nombre, aunque nunca supe cuál. Era sólo una población más de la carretera principal de Nkumai a Mueller. En tiempos había sido una de las muchas pequeñas rutas comerciales de Jones con Bird, Robles y Sloan, pero el imperio Nkumai la había convertido en una carretera importante, con mucho tráfico. Los lugareños decían que si te quedabas a la orilla de la carretera veías pasar cada cinco o diez minutos un grupo de viajeros, todos los días. No tenía ningún motivo para dudar.

Había transcurrido sólo un año desde que mi padre y yo habíamos desaparecido en el bosque de Ku Kuei; y ya éramos una leyenda. Me contaron historias según las cuales yo le había matado, otras en las que él me había ejecutado y otras según las cuales nos habíamos matado el uno al otro en un duelo terrible; también me contaron la profecía de que algún día mi padre regresaría y uniría a todas las naciones de la meseta occidental en una gran rebelión contra los Nkumai. Por supuesto nada dije de la zambullida de mi padre en el lago de Ku Kuei; pero no pude evitar preguntarme si habría elegido él la muerte de haber sabido que el pueblo de la llanura sentía tan gran reverencia por su nombre.

También tenía su aspecto irónico, ya que en tiempos le habían temido, antes de saber que Nkumai era un dueño mucho más duro que Mueller. ¿O no lo era? No podía establecer comparaciones. Nosotros los Mueller no teníamos ningún programa concreto de clemencia para los pueblos que conquistábamos, en tiempos, cuando íbamos de conquistas. Seguro que la gente padeció bajo el dominio de los Mueller lo mismo que se quejaban del de Nkumai.

Hablar de rebelión era pura fantasía, de todos modos. Al parecer, Dinte mandaba en Mueller, aunque era notorio que la independencia de Mueller era puro alarde. En teoría, Mueller era aún más grande y más fuerte de lo que había sido con mi padre, pero todos sabían que el «rey» de Nkumai mandaba en Mueller tanto como en Nkumai. Por muy crueles que pudieran ser los Nkumai, toda la llanura de río Rebelde, desde Schmidt al oeste hasta las montañas Starhigh al este, estaba en paz. En paz porque la habían conquistado; pero la paz da seguridad, la seguridad da confianza y la confianza, prosperidad. La gente se quejaba, pero estaba bastante contenta.

¿El rey de Nkumai? Me contaron muchas cosas de aquel rey, pero yo no era tonto y había muchos otros que tampoco lo eran. Por ejemplo, el posadero de la ciudad, un individuo que había sido en tiempos duque del Lindero del Bosque y que había cometido el error de retener parte del grandioso impuesto de conquista que recaudaban los soldados de Nkumai. Tras ser despojado de las tierras y el título, no obstante, aún le quedó dinero suficiente para comprar la posada y aprovisionarla, así

que tal vez no hubiera sido un error después de todo: ahora que ya no era noble le habían dejado en paz.

—Y ahora trabajo aquí día tras día, y me gano bien la vida, aunque, la verdad, muchacho, te lo digo porque nunca lo sabrás, no hay nada como la caza del cossie con jauría en la linde del bosque.

—No lo dudo —repuse, sobre todo porque también yo había cazado más de un cossie. Los hidalgos compensábamos con los recuerdos lo que habíamos perdido en rango.

—Pero el rey no quiere caza, así que comemos vacuno y cordero con estiércol y le llamamos estofado.

—Hay que obedecer al rey —dije. En aquellos tiempos nunca estaba de más echar un cable al rey. Estábamos allí solos los leales partidarios de Nkumai.

—Lo que hay que hacer es mandarles al carajo —dijo el posadero. Me cayó mejor en el acto. Claro que seguro que si hubiera habido otros clientes en aquel momento habría sido más discreto. Pero supongo que por mi forma de hablar había deducido que era una persona educada, lo que indicaba que también había venido a menos—. El rey de Nkumai es casi tan corriente estos días como las naves estelares.

Me eché a reír. Así que también él sabía.

—Todo el mundo sabe que quien manda realmente es Mwabao Mawa —añadió.

El nombre me provocó un torrente de recuerdos, concluyendo con el de la noche oscura en que intentó hacer el amor con una jovencita tierna en su casa arbórea. Extrañamente, el recuerdo me excitó y me pregunté con añoranza qué habría ocurrido si hubiéramos hecho el amor. Si se habría sorprendido.

—Y lo que yo sé, aunque no lo sepa nadie más, es que quienes detentan el poder escudándose en Mwabao Mawa son los científicos —dijo.

Sonreí. ¿Cómo habrían sido tan descuidados los Nkumai como para dejar que se filtrara el secreto? Pero seguí simulando ignorancia.

—¿Científicos? Pero si sólo son soñadores.

—¿Lo crees así? ¿Crees que porque atravieso un mal momento no tengo amigos en las altas esferas? En Mueller pasa igual. Allí quienes controlan las cosas son los expertos en genética... Dinte sólo sirve para impedir que los partidarios de la realeza organicen una rebelión. Triste el día en que los nacidos para gobernar dirigen posadas mientras tipos avisados designados por ellos mismos, cuyo destino nunca fue gobernar, controlan las cosas.

Se fue a la habitación posterior y cuando volvió yo había terminado de tomarme la cerveza amarga. No me hacía falta, pero de vez en cuando era agradable beber. Y después era agradable orinar. La gente que lo hace a diario no comprende lo placentero que es. Así que terminé la bebida y me levanté para marcharme.

—¡No te vayas aún! —me gritó el posadero, y volvió corriendo al salón—.

Siéntate y dame tu palabra que no le contarás a nadie lo que voy a decirte ahora.

Sonreí y él tomó estúpidamente mi sonrisa por asentimiento. Me sonrió a su vez.

—Me di cuenta enseguida de que no eres un chico vulgar —me dijo—. No sólo por el pelo blanquecino, aunque eso te sitúa en Mueller o Schmidt. Lo llevas en tu porte. Aunque vayas solo, has sabido lo que era mandar hombres.

Guardé silencio, limitándome a observarle. No había hecho nada por disimular mi aspecto y mis modales, así que no me extrañaron demasiado sus conclusiones.

Sonrió irónicamente y bajó la voz.

—Me llamo Bill Underjones. Entiéndelo, no soy ningún soñador. —Underjones le situaba sólo un escalón por debajo de la realeza—. Todavía hay quienes se oponen a estos negros, no somos muchos, pero somos listos y estamos almacenando el hierro del antiguo Mueller al sur de aquí, en Huss. Es un país interior, pero es el mejor lugar para esconderse. Te diré a quién tienes que ver y te aceptará encantado. No importa quién seas, una mirada y te aceptará. Se llama...

—No me lo digas —dije—. No quiero saberlo.

—¡No puedes decirme que no detestas a estos negros tanto como yo!

—Tal vez más —le dije—. Pero me derrumbo enseguida con la tortura. Descubriría todos vuestros secretos.

Me miró de soslayo.

—No te creo.

—Te aconsejo que lo hagas —le dije.

—¿Quién eres?

—Lanik Mueller —le dije.

Se mostró sorprendido un instante, pero en seguida soltó una gran risotada. A veces utilizaba mi verdadero nombre... y siempre provocaba la misma reacción.

—Podrías afirmar ser el diablo en persona. No. Lanik Mueller desapareció..., qué bromista. Le mató su padre. ¡Igual podrías afirmar que eres el diablo!

Podría hacerlo. Seguía riéndose cuando salí a la calle.

La posada daba a la calle principal y al dejar la acera de madera de la posada, pasó corriendo un niño mendigo que me dio un empujón. Me molestó y me quedé viéndole alejarse corriendo hasta chocar de frente con un individuo de aire importante; con el valor de su atuendo se podría haber alimentado y vestido una familia pobre durante un mes o más. El hombre estaba conversando con unos jóvenes y cuando el muchacho chocó con él, le dio una patada en la pierna. El chico cayó al suelo y el individuo le insultó a voces.

Fue una estupidez por mi parte, pero entonces aquello me pareció la injusticia suma del millón de injusticias que había visto y perpetrado a lo largo de mi vida. Aquella vez decidí, haría algo.

Así que pasé a ritmo acelerado, y la gente de la calle se aminoró hasta quedar casi

paralizada. Me abrí paso con cuidado entre la multitud hasta situarme delante del individuo que había dado la patada al chiquillo. Bajaba en aquel momento el pie derecho, aún en animada conversación con sus jóvenes amigos. Fue muy fácil hacer hundirse el suelo un decímetro justo bajo su pie, y formar allí un charco de agua que se extendiera unos dos metros delante de él. Cogí con las manos una de las grandes piedras empleadas para calzar las ruedas de las carretas y la situé de forma que le obstruyera el pie izquierdo.

Luego me dirigí al establo en el que atendían y alimentaban a mi caballo y me apoyé en la puerta. Me sentí bastante tonto por haberme tomado tantas molestias por tan poca cosa. En realidad lo había hecho más por ganas de jugar que por un principio ético.

Sin embargo, ahora que estaba en flujo temporal rápido entre la multitud, me tomé un momento de descanso. En tiempo rápido no tenía necesidad de andar con cautela por si alguien me reconocía, en vez de los lelos que se reían cuando mencionaba mi nombre. Por el contrario, podía observar a la muchedumbre a mi placer.

Puesto que me estaba comportando de una forma infantil entonces, jugué incluso con la idea de vaciar bolsillos, no porque me hiciera falta dinero, sino porque era posible hacerlo sin que me pillaran. Hay algo en el hecho de saber que no puedan pillarte que tentaría al hombre más honrado; y yo nunca he afirmado que sea insólitamente honrado.

Contemplé a la multitud intentando determinar un blanco adecuado. A escasa distancia camino abajo se acercaba una carreta grande, un carruaje de Nkumai en el que, a juzgar por el gran contingente de soldados montados, viajaba algún personaje importante. Era un día cálido; el carruaje iba abierto; su único ocupante era un individuo de mediana edad, bastante rechoncho y completamente calvo. Para mi sorpresa, era blanco. Supuse que sería un Mueller que regresaba de visitar Nkumai. Pero en Nkumai no dan escolta armada a los extranjeros que se van. O el individuo en concreto merecía honores especiales (en cuyo caso, ¿cómo era posible que no le conociera yo?) o en Nkumai permitían a los extranjeros ocupar altos cargos en su propio gobierno.

Pensando en él, olvidé la idea de vaciar bolsillos. Pasé al tiempo real y me volví a ver los resultados de mi travesura. Exactamente como había planeado, el extranjero engreído había pisado el surco que yo había hecho y había caído de cabeza en el charco. El chapoteo fue espléndido y se levantó farfullando y maldiciendo mientras todos los que le rodeaban se reían de él. Ni siquiera su camarilla de admiradores pudo ocultar la risa mientras le ayudaban solícitamente a levantarse. Y, pese a lo insignificante del hecho, sentí cierta satisfacción, sobre todo al ver reírse al chiquillo al que había pegado.

Pasó el momento. La gente se retiró a la acera del camino para dejar paso al carruaje y a los soldados de Nkumai. Miré el carruaje y me extrañó no ver al individuo de mediana edad sino a Mwabao Mawa.

Sólo estaba un poco más vieja (apenas habían transcurrido dos años y medio) y se erguía muy digna en el carruaje. Me extrañó no haberme fijado antes en ella y me pregunté dónde estaría el hombre calvo. Pero dejé esto a un lado, en parte porque no admitía ninguna explicación fácil, pero sobre todo porque recordé el tiempo que había pasado en casa de Mwabao Mawa. Me parecía imposible haber tenido una vez senos y haber pasado por mujer. Mejor dicho, haber sido mujer. Y, por un momento, cuando me toqué involuntariamente el pecho, esperaba sentirlo blando y me sorprendió que no fuera así.

Bajé la vista, advertí la vieja costumbre que había adquirido, me maldije por estúpido y al alzar luego la vista vi a Mwabao Mawa mirándome fijamente, sin demasiado interés al principio y luego mientras el carruaje se alejaba, con signos de reconocimiento y sorpresa y, sí, de miedo. El miedo me resultó gratificante, pero el que me reconociera podría ser desastroso.

Vi que se volvía a dar instrucciones al conductor. Aproveché aquel momento para entrar en el establo y desaparecer. Volví a pasar a tiempo rápido: tenía que pensar, rápidamente. No había forma de llevarme el caballo en tiempo rápido, ya que Sabelotodo, pese a haberlo intentado denodadamente, no había conseguido enseñarme a ampliar mi burbuja temporal para controlar mi entorno. En tiempo rápido caminaba más deprisa en comparación con el resto del mundo de lo que podía llevarme un caballo a todo galope.

Me acerqué a mi caballo, un animal enorme y estúpido con los instintos de un cerdo pero cuyo precio había podido permitirme, y descargué las alforjas, seleccionando lo que me podía llevar y cogiendo todo lo que pudiera dar alguna pista sobre mi identidad. No era mucho: nunca me habían gustado los pañuelos bordados ni el cuero blasonado. Luego salí al corral por la puerta trasera.

Si Mwabao Mawa no me encontraba en seguida, dejaría la búsqueda y supondría que simplemente había visto a alguien que le había parecido yo. No creía haberme hecho tan notable que me fuera a recordar cualquiera, a no ser, quizá, el posadero; y él tenía sus propias razones para no colaborar con Nkumai.

Eché las bolsas por la cerca del corral, salté yo también luego y me alejé por una calle lateral. Tendría que permanecer en tiempo rápido unos días. Me fastidiaba porque en aquel flujo temporal acelerado, lógicamente, envejecía más deprisa que en el real. No terminaría como El-que-cayó-de-culo, pero me molestaba perder días y semanas de mi vida. ¿Qué edad tendría entonces, de todos modos? Había ganado días y semanas cuando estuve con Saranna en tiempo aminorado; y había perdido muchos más días y semanas en tiempo acelerado con los Ku Kuei. ¿Tendría más o menos la

edad que me correspondería en tiempo real, unos dieciocho años? No lo creo, aunque físicamente era joven y fuerte. Suponía que había vivido bastante para tener los recuerdos de un hombre de edad madura. Mientras recorría los caminos secundarios y tomaba la carretera hacia Robles en el sur, decidí que no importaba estar en tiempo acelerado, de todos modos. No tenía ningún deseo especial de vivir para hacerme viejo.

Claro que tampoco tenía ninguna intención de dejar que los Nkumai me atraparan y descubrieran quién era.

Lo peor del flujo temporal rápido era la soledad. Nadie está más seguro que el hombre que se mueve a una velocidad que impide que le vean. Pero es bastante difícil mantener una conversación con alguien que ni siquiera se da cuenta de que estás presente a menos que te quedes en el mismo sitio media hora.

Hasta que no crucé Río de Janeiro hacia Cummings no volví a tiempo real. Por muy asustada que estuviera Mwabao Mawa, no iba a enviar tropas a más de mil kilómetros a buscar a alguien que había visto a pocos metros aquel mismo día.

¿Por qué me fui hacia el sur? No tenía ningún objetivo concreto. Sólo que en los últimos seis meses había vivido en unas doce ciudades de Jones y Bird bajo el dominio de Nkumai y quería ir a un sitio que no estuviera gobernado por el imperio ilustrado de los físicos. No quería unirme a los rebeldes concentrados en Huss, así que me dirigí al sureste por el puerto Da Silva.

Allí descubrí que no había forma de escapar de los comités imperiales. En Gilí gobernaban una docena de científicos desde Tellerman a Britton y nadie estaba libre.

Podría haberme dado por vencido y haber vuelto entonces directamente a Schwartz. O, si me hubiera sentido más desesperado aún, podría haber regresado a Mueller y haberme enfrentado a Dinte. Pero aún no estaba lo bastante fatigado para retirarme del mundo ni deseaba una muerte dramática, así que reservé Mueller y Schwartz para el futuro. Y viajé desde Da Silva a Wood, desde Wood a Hanks, desde Hanks por mar hasta Holt, y, por último, hasta Britton, donde encontré mi verdadero hogar, mi verdadera gente, y donde aprendí lo que tenía que hacer para conservarlos.

Britton

La región de Humping era una zona desértica a orillas de un mar tranquilo. En el buen tiempo, el agua no llegaba a los escarpados acantilados y a las rocas revueltas de la costa en grandes olas embravecidas sino en suaves ondas que lamían la piedra tan suavemente como los perros viejos saludan a sus amos. Las piedras parecían brotar de la tierra en las colinas empinadas y los estrechos valles de Humping. Un río buscaba afanosamente el mar y lo encontraba tras un salto de doce metros; las ovejas parecían nerviosas buscando un camino seguro hacia pastos nuevos; y allí, unos miles de nativos atendían sus rebaños, arañaban las hortalizas del terreno pedregoso y llevaban una vida todo lo independiente que pueden llevarla los seres humanos cuando siguen necesitando la compañía humana y han de comer.

Yo no necesitaba comer, pero la compañía humana era agradable, pues aquella gente no hacía preguntas ni daba respuestas. Era difícil incluso encontrar una población en el rincón más aislado de Britton, pues solían congregarse en grupos familiares de dos o tres casas sencillas de tierra herbosa y techumbres de paja. Nunca vi una agrupación de más de veinte familias a menos de un kilómetro de distancia entre sí.

La propia naturaleza imponía el aislamiento, pues una tierra tan pobre no podía mantener a muchas personas; sólo la uniformidad de su indigencia les hacía creer que no eran pobres. Pese a la distancia que los separaba, sin embargo, se aferraban los unos a la compañía de los otros tétricamente, acudiendo en silencio en ayuda de la familia cuya vivienda había destruido la tormenta, dejando anónimamente un macho cabrío joven en el rebaño cuyo semental había muerto el día antes y reuniéndose de vez en cuando en sus respectivas casas para pasar la noche contando cuentos espantosos e increíbles y cantando canciones de soledad y muda añoranza.

Tuve también otra impresión, sutil pero fuerte: cuando llegué a Humping, lo mismo que había llegado a tantos otros lugares el último año, me sentí inmediatamente a gusto. O si no a gusto, al menos dispuesto a soportar las incomodidades porque correspondían a los puntos delicados de mi corazón.

La gente me miraba con recelo, claro, porque llegué por las colinas del oeste, donde los labradores más civilizados de granjas más prósperas sólo sentían desprecio por los de Humping, dándole su nombre a los niños torpes. Pero viví en aquellas colinas una semana, sin hablar con nadie, hasta que finalmente mi soledad despertó la compasión. Estaba de pie en la cima de una loma empinada, contemplando a un pastor que allá abajo, a lo lejos, intentaba que sus ovejas subieran la ladera hasta un puerto que daba a un valle de pastos intactos.

El hombre no tenía perros, lo cual no era insólito, y las ovejas seguían desviándose a derecha e izquierda en vez de subir la ladera. Cuando el pobre pastor

cejó al fin en su intento y se sentó en un peñasco a contemplar a su victorioso rebaño que buscaba forraje en un valle agotado, bajé la colina y me quedé a unos metros de él mirando el ganado. No hablé, porque no tenía nada que decir; mi presencia ya expresaba mi ofrecimiento.

El pastor aceptó. Se levantó y se puso a aguijonear a las ovejas y a emitir los roncós gritos guturales que las ovejas oyen fácilmente aunque sean inaudibles desde cierta distancia. Las ovejas empezaron a moverse, pero, esta vez, cuando se desviaban a la izquierda, allí estaba yo, gritándoles que siguieran adelante; cuando se desviaban a la derecha, allí estaba el pastor gruñendo. Finalmente, el rebaño se rindió y los animales subieron la loma, cruzaron el puerto y bajaron luego la colina para pastar en los densos prados.

Me quedé en el valle con el pastor el resto de la tarde, a bastante distancia, del otro lado del valle, pero vigilando sus ovejas y enviándole las pocas que se descarriaron en mi dirección. Al parecer, me ignoraba completamente y no decía nada; así que acabé preguntándome si por desgracia no me habría topado con un lugareño que no podía hablar; pero cuando el sol se acercaba al horizonte, se levantó y empezó a guiar las ovejas a casa por una ruta muy fácil. No le seguí, pero cuando coronó una subida, tras dejar bien claro que no precisaba mi ayuda en aquel viaje, se volvió, se quedó mirándome un momento y luego me hizo señas de que fuera.

Tenía que ir a su casa con él.

Le seguí varios kilómetros, hasta que llegamos a un grupo de tres casas bajas con techumbre de paja. Parecían montículos, la techumbre del color de la hierba amarillenta en el verano, pero dentro eran cálidas y el aire frío de la noche no pasaba dentro. Incluso en las noches estivales, el viento marino soplaba del norte con fuerza, y la corriente profunda que atravesaba el mar Humping era helada, aunque Britton no estaba tan al sur como Wong, que era asfixiante en verano, en Humping nunca hacía calor de noche, y en invierno, aunque no solía nevar, cualquier tonto que se quedara fuera de casa después de ponerse el sol se moriría. A no ser, por supuesto, que fuera alguien como yo, que podía hundirme en la tierra si quería; o extraer con la misma facilidad el calor del aire a mi alrededor, por mucho frío que hiciera. Pero eso ellos no lo sabían; para ellos era un hombre solo, que tentaba a la muerte cada noche que pasaba a la intemperie.

Ese debió de ser en parte el motivo por el que el pastor me invitara a su casa. Era notorio en la zona (ya que en los lugares solitarios como aquel cualquier noticia corre como el viento) que nadie me había acogido; pasaba noche tras noche en las colinas, y, pese a ello, seguía con vida. De alguna forma, esto me hizo venerable y poderoso y les causaba un temor reverente; pero cuando demostré que mis intenciones eran buenas ayudando al pastor con el rebaño, me aceptaron, no como a uno de ellos, sino como a alguien con quien compartirían gustosamente sus pequeños hogares y sus

exiguas despensas.

Había estofado de cena, y, como la mujer no contaba conmigo, la cazuela era pequeña. Como yo no necesito alimento en absoluto, me serví sólo lo justo para no ofender su hospitalidad. Y cuando ya nos habíamos servido todos y la mujer del pastor rascó bien la cazuela en su plato, el pastor se quedó mirándome fijamente.

¿Por qué? ¿Rezarían? ¿Habría algún ritual que tenía que seguir un individuo cuando le ofrecían comida? No lo sabía, así que le sonreí y dije:

—Me llamo Bebelagos y os ayudaré siempre en todo cuanto pueda.

El pastor asintió muy serio y se volvió a su esposa. Ella posó las manos en la mesa, cerró los ojos y entonó:

*El sol en el trigo,
el pan horneándose,
haciéndose la carne
de los muertos.
Gracias damos
por estar vivos.*

Luego, reverentemente, los tres niños, todos ellos menores de cinco años, miraron a su madre mientras ésta cogía una cucharada del estofado de su plato y se la daba a su marido, que masticaba solemnemente el poquito de carne y tragaba. Luego, el marido tomó una cucharada de su plato a su vez y me la dio a mí, y yo también comí. No sabía qué hacer a continuación, pero el ritual tenía una lógica, así que tomé comida de mi plato y se la ofrecí uno por uno a los niños, que abrieron mucho los ojos, sorprendidos, pero comieron.

El pastor me contempló con lágrimas en los ojos y dijo:

—Te damos la bienvenida para siempre.

Luego empezamos a cenar, y el estofado desapareció en pocos minutos.

Me prepararon la cama más grande, un armazón lleno de paja y cubierto con mantas. Sabía que era la cama de los padres, que se disponían a dormir en el suelo de tierra. Yo había dormido en la tierra en las maniobras de campo de Mueller, mucho antes de que la tierra me ofreciera otro tipo de recibimiento en Schwartz; no necesitaba comodidad cuando dormía. Así que ignoré el lecho que me ofrecían y me acurruqué en el suelo junto a la puerta. Una fría corriente de aire se deslizaba bajo la puerta, pero mi organismo entrenado en Schwartz lo soportaba fácilmente y el pastor y su esposa se acostaron asombrados en su lecho de paja.

A la mañana siguiente ya era uno más de la familia y los niños conversaban con toda naturalidad en mi presencia.

—Glain —dijo el pastor; y luego, señalando a su esposa—: Vran.

A partir de entonces, y aunque la conversación nunca fue abundante, se decía lo que había que decir.

Sus perros habían muerto la misma semana hacía casi un mes y desde entonces había perdido casi doce ovejas que se descarriaron sin que hubiera podido seguirlas. Al principio pastoreaba con él mientras entrenaba a un perrillo de la camada de un vecino; luego me quedaba en la casa y atendía las hortalizas de la huerta mientras su mujer estaba enferma porque iba a tener el cuarto hijo.

Al principio me molestaba sacar del suelo tantas piedras vivas y colocarlas en montones muertos; hacía ya tanto tiempo que no mataba nada que incluso me molestaba saber que las plantas que plantaba crecerían sólo para matarlas luego. Por la noche, le preguntaba a la tierra y sólo recibía su indiferencia. Los miles de millones de muertes de plantas emitían un sonido intenso, aunque eran muertes necesarias para la vida. Comprendí entonces por vez primera que, pese a todo su genio, la obsesión de los habitantes de Schwartz por evitar dar muerte era tan infructuosa a la larga como el sistema egoísta con que utilizaban en Ku Kuei su dominio del tiempo. En Schwartz se mantenían incluso más puros de lo que requería la tierra y, al hacerlo, impedían a los demás seres humanos ser en absoluto puros.

Lo que atormentaba a la roca era el grito de la muerte innecesaria e inclemente, los aullidos de los asesinados. Yo escuchaba todos los sonidos, y todos lastimaban, pero decidí que en el mundo exterior a Schwartz, lo común era la muerte; hasta matar, siempre que se hiciera por necesidad, formaba parte de la naturaleza. Yo había comido toda la vida vegetales y animales muertos y, pese a ello, la arena me acogió cuando salté. Así que pese a lo que dijeran los hombres de Schwartz, yo sabía que labrar la tierra no era ningún asesinato y trabajé con ahínco para Glain y Vran.

Con el tiempo, las otras familias de pastores fueron a visitarnos y acabaron por perder la timidez en mi presencia. Sabía que todos conocían la historia de mis noches en las colinas y mi costumbre de dormir en la parte más fría del suelo y, aunque me llamaban Bebelagos, oí a veces referencias al Hombre del Viento, una criatura legendaria que mata o cura, que llega con el viento frío y se va, finalmente, con el mar.

Pero como no estaban acostumbrados a contar entre ellos a personas de prestigio y poder, no sabían cómo honrarme más que tratándome como se trataban ellos entre sí. En un lugar en el que todos los hombres padecen las mismas carencias, la única recompensa es la confianza y eso es lo que me ofrecieron. Aprendí a cuidar las ovejas, a esquilas con cuchillas de vidrio sin cortarles la piel, a ayudar en los partos, a advertir si estaban nerviosas o enfermas. Y aprendí también a conocer el terreno, no directa y personalmente como en Schwartz y Ku Kuei, sino como aliado reacio en la lucha contra el hambre. Aunque yo nunca tenía hambre, sabía por los rostros de los niños cuándo la tenían ellos, así que trabajaba de firme.

Vran se puso de parto con una semana de antelación; empezó cuando estábamos solos ella, los niños y yo. Pronto se hizo evidente que no iba a ser un parto fácil. Ella gritaba en la casa; los niños y yo esperábamos fuera. En Humping las mujeres daban a luz sin ayuda, solas..., no se permitía a los hombres entrar en la casa mientras una mujer estaba de parto. Pero mientras los niños permanecían sentados en la huerta, asustados, me eché en la tierra y escuché los gritos de Vran como los oía la tierra y supe que su muerte estaba próxima.

Existen momentos para los tabúes y momentos para ignorarlos, y, al final de un grito especialmente terrible que indicaba un nuevo grado de dolor, me levanté y entré en la casa.

Vran estaba acucillada desnuda en la paja de su cama; había retirado las mantas. Tenía las manos hundidas en la pared de tierra dura, aferrándose en su agonía a las raíces y la arcilla. Me miró con expresión aterrorizada y vi que sangraba en un flujo continuo, que empapaba la paja.

Me acerqué a ella y la coloqué en posición tendida, como hacía con las ovejas parturientas, y comprobé cómo estaba el bebé. Tenía una mano y un pie en el canal de nacimiento.

En el caso de una oveja hubiera sido simplemente cuestión de tirar y empujar. Pero el mismo sistema podría suponer la muerte para una mujer. Claro que no hacer nada también podría matarla, así que intenté que el bebé adoptara otra postura y al hacerlo le rompí la espalda; y lo saqué. Vran se había desmayado en algún momento del proceso.

Trabajar a un nivel genético estaba fuera de mi alcance, pero curar heridas y fracturas había sido un trabajo bastante fácil en Schwartz. No supuso ninguna proeza restaurar a Vran y a su bebé, que era varón, y cuando Glain regresó a casa al ponerse el sol, encontró a su esposa y a su hijo en perfectas condiciones. En realidad, mejor de lo que solía estar Vran después de un parto.

No sé lo que ella le contaría; había estado desmayada los peores momentos. Pero se corrió la voz y pronto empezaron a llevarme animales enfermos y niños heridos y las mujeres me pedían consejo. Yo no tenía consejos que dar. Si surgía algún problema, tenía que ir y verlo por mí mismo. Me molestaba el temor reverente que me demostraban, pero más valía aquello que dejarles soportar un dolor que yo podía ahorrarles. Y así, la historia del Hombre del Viento pasó de la leyenda a la realidad.

Supongo que era inevitable que se divulgara la noticia incluso en una sociedad tan cerrada como aquella para los extraños. Un día, llegó un hombre a caballo; yo estaba sembrando, era la segunda primavera que pasaba allí. La mera posesión de semejante animal le hacía importante; cuando se presentó como el criado de lord Barton, Vran salió corriendo de la casa, me llamó, e insistió en que fuera en seguida.

—Es un hombre de la casa del risco —me dijo, temerosa.

Fui.

—Mi amo desea verte —me dijo el hombre montado.

—Cuando acabe la siembra —le dije.

—Lord Barton no está acostumbrado a esperar.

—Entonces debe regocijarse, porque hoy aprenderá algo nuevo.

Volví a la huerta. El sirviente se fue en seguida.

Aquella tarde me costó bastante concentrarme en el trabajo de la huerta. Llevaba casi dos años en Humping y aunque allí la alegría era limitada, también lo era la aflicción. Había encontrado un lugar en el que mis conocimientos eran útiles y donde me aceptaban. Nadie me tenía por enemigo; había cientos de buenas personas a las que podía considerar mis amigos.

¿Pero podía permitirme ver a aquel tal Barton? Sentí que mi agradable vida en Humping tocaba a su fin: no podía permitirme no ir a verle. El negarme a hacerlo sólo podría causar problemas a mis amigos, sobre todo a Glain y Vran. Y si iba, podría crearme problemas a mí. En cualquier caso, habría problemas. La única alternativa posible aparte de estas dos era pasar a tiempo rápido y buscar otro lugar para vivir.

No quería buscar otro lugar para vivir.

Y en realidad, mientras hundía el palo puntiagudo en la tierra y echaba las semillas, comprendí que la perspectiva de cambio me preocupaba y me emocionaba al mismo tiempo. Dos años, y ¿qué había hecho? Había salvado vidas, hecho más felices a algunas personas, amado a muchos, había entregado algo de mi vida a una tierra árida. Todas ellas eran formas dignas de pasar el tiempo. Pero me habían educado para ser el heredero del Mueller y o bien aquello o mi instinto de hijo de mi padre insistía en que tenía que hacer algo que estremeciera al mundo o admitir que mi existencia no tenía importancia.

Dos días después terminé la siembra, y como si me hubiera estado vigilando de lejos, aquella misma tarde llegó el sirviente, en esta ocasión con dos caballos.

—¿Quieres montar? —me preguntó, más humilde esta vez.

No le contesté, pero subí al caballo.

Los niños se apretujaban en silencio delante de la casa. Vran me miraba con rostro inexpresivo. Alcé una mano en señal de despedida. Y entonces Vran, violando todas las costumbres que yo había observado entre ellos, se echó a llorar delante de mí y entró corriendo en la casa. Me asustó ver que personas tan independientes llegaran a depender hasta tal punto de quien demostrara el más leve poder relacionado con la bondad.

El sirviente no siguió ningún camino: en las colinas de Humping sólo había uno, que llevaba desde la casa de la costa del señor a la ciudad de Hesswatch, a unos cien kilómetros o más hacia el sur. Nuestro viaje terminaría donde empezaba el camino.

Pero el hombre parecía seguir una dirección hacia el este respecto al mar y luego siguió la costa a una distancia considerable hasta que divisamos la casa del acantilado, que quedaba bastante por encima de todas las colinas.

El cielo se nubló completamente y cuando nos aproximábamos empezó a llover; soplaban un viento fuerte y el mar, normalmente tan calmado, empezó a formar súbitamente grandes olas que venían del norte a estrellarse contra la costa rocosa. El viento nos fustigaba y los caballos resultaban ingobernables, así que desmontamos y seguimos a pie. El sirviente parecía inseguro de sí mismo. No era de aquella región y se abrió paso hacia el interior, alejándose de un mar que asustaría a cualquiera que hubiera visto rompeolas sólo cuando se alzaba el viento. Pero aquella dirección, por desgracia, no nos llevó al camino sino que terminamos en un barranco; y en la oscuridad parecía imposible distinguir el norte del sur.

Me miró fijamente, aún con expresión confiada, pero la pregunta era bastante clara: ¿Qué podemos hacer ahora que nos hemos perdido? Así que dejé a mi caballo subir desde el barranco y nos refugiamos bajo un risco empinado, donde el viento del norte, como mucho, sólo nos rociaría. Luego até un caballo al otro y el sirviente me ayudó a trabarlos.

—Yo haré guardia primero —le dije. Asintió agradecido y se acurrucó para dormirse; parecía alto y flaco con la capa granate en la que se había envuelto.

Estaba más cansado de lo que pensaba por los esfuerzos del día, sin embargo, y decidí dormir un poco en ritmo acelerado para poder permanecer despierto casi toda la noche de tiempo real.

Dormí bien y desperté después de mucho tiempo, descansado. Permanecí un momento en tiempo rápido viendo caer las gotas lentamente del cielo hasta oscilar sobre la espalda de los caballos, chocando y rompiendo instantáneamente en charcos y salpicaduras. Al deslizarme a tiempo real miré al sirviente y me extrañó ver que parecía mucho más pequeño y que llevaba una capa azul astrosa que apenas le llegaba a las rodillas.

La ilusión cesó inmediatamente. Estaba de nuevo en tiempo real y vi que tenía el mismo aspecto de siempre. Me reí de mí mismo por haberme dejado engañar por la oscuridad y el amodorramiento y vigilé completamente despejado el resto de la noche, echando sólo otra siestecilla cuando las nubes empezaron a clarear justo antes del amanecer. Los caballos se agitaban de vez en cuando, pero eran normalmente dóciles y nos pusimos en marcha casi nada más salir el sol.

La casa del risco se alzaba del promontorio en una mezcolanza de piedras y de cerca era más espectacular aún de lo que parecía de lejos por su altura. Debían haberla construido poco a poco y por partes a lo largo de siglos; no correspondía a ningún estilo arquitectónico claro, aunque algunas de las primeras construcciones parecían haber sido diseñadas para la defensa. El lugar parecía triste y solitario y el

oleaje alto aún rociaba las plantas más bajas, y parecía proclamar que sólo era cuestión de tiempo que el mar reclamara la casa.

El sirviente me condujo al establo, donde un mozo metió a los caballos en sus casillas y nos ignoró cuando nos fuimos. En el interior de la casa las habitaciones estaban frías y no nos encontramos con nadie; el vacío hacía aún más intenso el frío.

Pero la frialdad no era propia de los modales de lord Barton y cuando nos presentamos sin anunciarnos en la puerta del amplio gabinete, me sorprendió el contraste. En aquella estancia, ardía un enorme fuego, en aquella habitación, las paredes no eran de piedra sino que estaban cubiertas de libros que se alzaban vertiginosamente hasta el techo, por lo menos a diez metros del suelo. Las escalerillas tenían los peldaños muy gastados, lo que indicaba que se usaban con mucha frecuencia, y estaban situadas estratégicamente, aunque también daban a la estancia un aire de lugar aún en construcción.

Barton, un anciano con una sonrisa que arrollaba su rostro a menudo, me saludó estrechándome la mano y me hizo pasar a la estancia.

—Gracias, Dul —dijo a su sirviente—. Me hablaron de ti y hace bastante tiempo, bastante, que deseaba conocerte. Siéntate, por favor, he instalado los muebles más cómodos aquí, que es donde hago la vida. Es todo viejo y gastado, pero yo también lo soy y todo encaja perfectamente si tienes en cuenta que soy el último vástago decadente de una estirpe decadente. Sólo tengo un hijo. —Por alguna razón, esto le divirtió y se echó a reír.

Yo no me reí. Miré los títulos de los lomos de los libros. Las costumbres de la gente de Humping no desaparecían de la noche a la mañana y cuando no tenía nada importante que decir me costaba mucho decir algo.

Barton me miraba con ojos penetrantes.

—No eres lo que pareces...

Esto me hizo gracia y provocó mi vieja forma de hablar:

—Me lo ha dicho tanta gente que estoy empezando a creer que es precisamente lo que parezco. ¿Y qué es lo que parezco ser que acaba de descubrir ahora que no soy?

—Una lengua afilada, incluso cuando hablas con un señor, y un hombre que cuando se le ordena rehusa acudir hasta que termine la siembra. Pareces un rebelde, hosco y callado. Pero la gente dice que eres el Hombre del Viento y que salvas a las madres de morir de parto y curas a las ovejas cojas y ayudas a los niños simples a recuperar el juicio. Milagros, ¿eh?

No le contesté, lamentando mi exabrupto muelleriano. Ya bastaba. Estaba harto de aquello.

—Pero la razón de que te pidiera que vinieras tiene poco que ver con eso —dijo Barton—. Las leyendas van y vienen entre estas gentes supersticiosas y no pido a todos los curanderos que pasan por aquí que vengan a hablar conmigo. Lo que me

intrigaba era el cabello blanco como la lana, según dicen los pastores, y un hombre que escoge la privación. Un hombre que parece joven en edad pero tan viejo como yo en experiencia. ¿Qué habrá sido de Lanik Mueller?

Lo último era tan ridículo, tan fuera de lugar..., tan peligroso..., que no pude ocultar mi sorpresa. Barton se echó a reír, considerándose sin duda muy inteligente.

—Tretas y trampas. Las utilizo incluso con los inteligentes. Tiene sus ventajas, ¿sabes?, lo de parecer un viejo tonto. Es que Lanik Mueller me ha fascinado siempre. Desde que él y mi querido Ensel Mueller desaparecieron en el bosque de Ku Kuei sin que se les haya vuelto a ver. En fin, no me interesan mucho las leyendas. Al parecer tienen siempre una base completamente lógica. Y tampoco me creo que la gente que se interna en Ku Kuei tenga que morir forzosamente. ¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—Creo que vuelven a salir del bosque —dijo Barton—. Yo creo que Lanik Mueller, el azote de río Rebelde, vive.

Me miró fijamente.

—Te conocí, muchacho, cuando tenías once años.

Esto me obligó a mirarle de nuevo. ¿Había visto antes a aquel anciano flaco?

—En aquel entonces era un viajero. Y un poco historiador. Recopilaba cuentos y genealogías allá a donde iba, intentando descubrir lo que había pasado en el mundo desde que la República instaló a nuestros antepasados con sus familias en este paraíso como castigo por sus pecados. Y cuando te conocí, me dije: «He aquí a un muchacho destinado a hacer algo importante». Dicen que incendiaste y asolaste y violaste y asesinaste todo lo vivo a tu paso.

Moví la cabeza, tratando de decidir si admitía la verdad de lo que estaba diciendo o simulaba no saber nada más de Lanik Mueller de lo que pudiera saber cualquiera. Resultaba irónico que me reconocieran allí, en el lugar más recóndito del mundo, y que nadie me reconociera en la meseta de río Rebelde, donde mi doble había hecho famoso mi rostro.

—Pero lo que más me intrigó fue algo que atañe muy de cerca al hogar, Lanik Mueller. Me han dicho que tu hermano pequeño, Dinte, gobierna ahora donde en realidad debías hacerlo tú.

—Como testafarro, gracias a Dios, ya que el cabrón de él no podría gobernar ni un hormiguero con la menor eficiencia —dije, admitiendo lo que evidentemente se sabía...

—¿El hijo de tu madre?

—Sí, por insólito que parezca. No te había visto nunca, lord Barton.

—Era más joven entonces. —Se levantó de la silla y se acercó a una escalera, la subió despacio y sacó un libro que debía de pesar unos cinco kilos. Cuando llegó de nuevo al suelo, me lo dio—. Se lo compré a tu padre, que era reacio a separarse de él.

Pero tenía otro ejemplar y cuando le expliqué lo importante que era para mí la genealogía creyó que no era más que un idiota decrepito. Así que me permitió comprarlo, aunque me cobró cinco veces más de lo que creía que valía.

Aquél era mi padre.

Abrí el libro. Una genealogía y una historia de Mueller, expuestas como una especie de crónica con la letra de un heraldo. No reconocí la letra del final del libro pero sin duda alguna el relato y la genealogía concluían cuando yo tenía once años. Era curioso ver lo que el heraldo había considerado digno de ser registrado. Yo tenía que haber sido el deleite de alguien: todos los comentarios ingeniosos que había hecho de pequeño estaban registrados en el libro.

El silencio expectante de Barton era presión suficiente para hojear rápidamente el libro hasta el final.

—¿Auténtico? —me preguntó.

—Claro —dije—. ¿Acaso lo dudas habiéndolo conseguido como lo hiciste?

—En absoluto. Sólo quería tu opinión antes de señalarte una omisión, algo simple pero muy importante que se dejó fuera del libro. Tan evidente que no se te ocurrió notar que no figura.

Esperé.

—Tu hermano —dijo—. Dinte.

Desde luego no se mencionaba a Dinte. Muchos recuerdos infantiles míos estaban ligados a él. Volví entonces a mirar la época en que había nacido Dinte y no se le mencionaba. Ni se le nombraba siquiera a lo largo de todo el diario.

—Bueno, quizá al heraldo no le gustara Dinte mucho más que a mí —dije.

—El heraldo no conoció a Dinte.

—Entonces es que llevaba una vida recluida en palacio.

—Lanik Mueller, quiero que te concentres en un recuerdo. Un recuerdo desagradable, preferiblemente. Quiero que lo imagines mentalmente.

Sonreí.

—Ya nadie toma en serio la psicología.

—No es cuestión de psicología, Mueller. Se trata de supervivencia.

Así que recordé la vez que mentí sobre quién había lisiado a Rurik, el caballo que me regalaron cuando aprendí a montar como un adulto. Le había hecho saltar estúpidamente y se había hecho daño y luego le llevé caminando a casa y le dije a mi padre que el caballero le había dejado cojo y que lo había notado al salir del establo. El chico se quedó sin trabajo y con una buena azotaina de propina, sobre todo por haber «mentido» y haber afirmado que el caballo estaba bien cuando yo lo saqué. Recordaba la expresión del muchacho cuando mi padre me obligó a acusarle en la cara. Recordaba claramente lo avergonzado que me había sentido.

—Veo por tu expresión que has pensado algo grave. ¿Lo recuerdas bien?

—Perfectamente —contesté.

—Vamos, piensa en el recuerdo más claro de Dinte desde que tenías, digamos, siete u ocho años, y ambos estudiabais con los tutores. ¿Teníais el mismo tutor?

—Yenwi.

—¿Pero era también tutor suyo?

Me encogí de hombros.

—Concéntrate en algún recuerdo infantil de Dinte.

Facilísimo. Hasta que lo intenté. Todos mis recuerdos de Dinte correspondían a cuando yo era mayor. Cuando tenía doce, trece, catorce y quince años. Sencillamente no podía recordar a Dinte antes, pese a la firme convicción de que estaba allí.

—Es que no puedo recordar los detalles —empecé a decirle y vi que se estaba riendo.

—Exactamente mis palabras —dijo—. Es que no puedo recordar los detalles. Pero estabas muy seguro. No tenías la menor duda.

—Claro que no. Si hubiera podido hacer desaparecer a ese cabroncete, ya lo habría hecho hace años, te lo aseguro.

—Déjame contarte una historia, anda —me dijo—. Ponte cómodo, Lanik Mueller, porque es una historia larga y, como soy viejo, seguro que la adornaré con detalles de los que sería mejor prescindir. Procura no dormirte. Los ronquidos me hacen perder la compostura.

Entonces empezó a explicarme la historia de su hijo Percy. Cuando mencionó el nombre del muchacho, le reconocí de inmediato.

—¿Percy Barton? ¿Lord Percy de Gilí?

—El mismo. Me estás interrumpiendo.

—Pero si es el mandatario..., o debiéramos decir testafarro..., de la llamada Alianza del Este. ¿Y es tu hijo?

—Nacido y criado en este castillo... Pero no acabaré nunca si no puedo empezar, Mueller.

Le dejé empezar.

—Fue mi afición a viajar, ¿sabes? Hice un viaje, no hace tantos años, uno de los últimos antes de que tuviera que prescindir de viajar debido a mi salud. Fui a Lardner. Debes conocerlo: una tierra helada comparada con la cual Humping parece el paraíso, pero donde viven los mejores médicos del mundo. Si alguna vez enfermo, querría un médico de Lardner. Mientras estaba allí, me topé por casualidad con un médico al que había conocido de joven, cuando era recién casado y apenas había tomado posesión de mi señorío, uno mucho mayor del que ahora poseo, además, te lo aseguro. No sólo Humping, sino toda la península oriental. Supongo que eso no importa ahora. Aquel médico, Twis Stanly, era especialista en las mujeres y en enfermedades femeninas, pero era también un arquero increíble y ambos habíamos bebido juntos y lo pasamos

en grande en cacerías y fiestas en las montañas Spine. Buenos amigos, pero recordé que había tratado a mi esposa cuando sólo llevábamos un mes casados de una infección bastante extraña. Había sido, por supuesto, algún tiempo antes de que naciera Percy.

Hizo una breve pausa, como si no supiera muy bien cómo explicar lo siguiente.

—Naturalmente me preguntó por mi esposa y tuve que informarle, con gran tristeza, que había muerto hacía dos o tres años, siendo ya una mujer madura, pero no una anciana. Tendría poco más de cincuenta años y me extrañó que hiciera ya casi treinta y cinco años que Twis y yo habíamos derribado a dos ciervos de la misma manada con una sola flecha cada uno, prácticamente al unísono. Se lo recordé y luego comenté que mi hijo Percy no tenía idea de que su padre hubiera sido en tiempos tan hábil con el arco. Nos reímos un poco de aquello y de las flaquezas juveniles, y luego me dijo:

»—Vaya, Barton, ¿así que volviste a casarte?

»La pregunta me pareció extraña.

»—Pues claro que no —le dije—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo?

»—¿Entonces es que lo adoptasteis? ¿A vuestro hijo? —me preguntó, y yo lo negué.

»—Es un hijo auténtico, nacido de mi carne —le dije—. Cuando aún no llevábamos dos años casados.

Entonces palideció un poco, como suele ocurrirnos a los viejos, y bajó un cuaderno de los interminables estantes de historiales y buscó una anotación concreta y me hizo leerla. Explicaba la histerectomía que le había practicado a mi esposa al mes de casarnos.

¿Puedes imaginar el choque que supuso aquello para mí? Estaba seguro de que se equivocaba, aunque era un hombre metódico, ¿sabes?, y no pude rebatir su certeza. Lo había extirpado todo, útero, ovarios, y ella había estado a punto de morir en la operación, pero era cuestión de arriesgarse o que el cáncer acabara con su vida en menos de un año. Así que se vio condenada a la esterilidad a cambio de la vida.

Fue un golpe. Yo insistí en que podía recordar el parto, pero cuando traté de rememorar las circunstancias del mismo, no pude recordar absolutamente nada. Ni el día, ni el lugar, ni si estuve con ella o fuera, ni siquiera cómo había celebrado el nacimiento del heredero, nada. Como tú cuando ahora mismo no podías recordar nada de tu hermano.

Yo dudaría de muchos hombres, pero en aquel caso no se me ocurría ninguna razón para que Barton mintiera. El libro de genealogía me pesaba más en el regazo entonces e incluso mientras escuchaba luchaba tratando de recordar algo, cualquier cosa de Dinte de nuestra infancia juntos. Un vacío.

—Esa no es toda mi historia, Lanik Mueller. Volví a casa. Y en el camino de

vuelta, de alguna forma, olvidé toda la conversación. ¡Se me olvidó! Algo como aquello, y se me borró de la mente. Y hasta que no salí de Britton en mi verdadero último viaje, en tal ocasión para visitar Goldstein por el calor del invierno. Y mientras estaba allí, recibí una carta de Twis. Se extrañaba de que no hubiera contestado sus cartas. ¡Ja! No tenía ni idea de que hubiera recibido ninguna. Pero me decía en aquella lo suficiente para refrescarme la memoria. Me sorprendió el lapso que se había producido, no entendía cómo podía haberlo olvidado. Y entonces comprendí algo. No era la vejez, Lanik Mueller, lo que me hacía olvidar. Era que alguien me estaba haciendo algo en la mente. Cuando estaba en casa, algo me hacía olvidar.

Regresé a casa, sólo que aquella vez pensaba, firme y continuamente, que mi hijo era un impostor, un farsante. En mi vida había librado una batalla igual. Cuanto más cerca estaba de casa, y más familiares eran los paisajes que veía, más seguro estaba de que Percy había formado siempre parte de mí, parte de mi hogar. Todo cuanto me era familiar y querido estaba ligado a Percy en mi mente, aunque no tuviera ningún recuerdo concreto suyo en aquel lugar. Apretaba con fuerza la carta de Twis contra el pecho y la releía cada poco durante todo el camino. Pero no había acabado de leerla y ya había olvidado lo que decía. Cuanto más cerca estaba de Britton, más difícil era. Jamás he padecido semejante angustia mental. Pero seguía diciéndome: «No tengo ningún hijo. Percy es un impostor», y no te molestes en preguntar cómo puede llegar alguien a un hombre sin hijos y hacerse pasar por su hijo. Baste decir que lo conseguí. Llegué aquí con la mente y la memoria intactas. Y aquí, en esta misma mesa, contemplé cuatro cartas de Twis, abiertas y evidentemente leídas, que no recordaba en absoluto haber leído. Pude leerlas entonces, y todas ellas aludían a la imposibilidad de que Percy existiera.

En las otras cartas, Twis me contaba comentarios de mis amigos que habían ido de Lardner a visitarle durante los días que pasó en Britton, amigos que me habían conocido. Los recordaba bien. Todos ellos recordaban claramente el hecho de que yo no tenía hijos y que mi esposa y yo sabíamos perfectamente que no teníamos la menor posibilidad de tenerlos. Me citaba mi propio comentario irónico en el sentido de que por lo menos así mi esposa no tenía ningún período del mes en el que pudiera excusarse de sus deberes en la cama. Nada más leerlo, lo recordé. Me recordé diciéndolo. Fue como si algo se rompiera con un chasquido en mi interior. Lo recordé todo. No tenía hijo. Hasta que pasé de los cuarenta, y entonces, súbitamente, tenía un hijo de diecinueve años, deseoso de gobernar, que ansiaba ardientemente la ocasión de hacerlo. Le nombré gobernador de mi posesión más septentrional, que fue cuanto le hizo falta. Increíblemente, antes de cuatro años era el dueño supremo de todo Britton. Hace ocho años ascendió a la jefatura de la alianza y se erigió en dictador.

Moví la cabeza.

—Una dictadura no, Barton. Un testamento del consejo de científicos. Los

autodesignados hombres sabios que gobiernan en Nkumai y también en Mueller.

—Cuando se buscan títeres es siempre oportuno asegurarse de quién manipula a quién —dijo Barton, con un tono que dejaba bien claro que me consideraba poco inteligente por mantener tal opinión—. ¿Es que no comprendes lo que estoy diciendo? Dinte y Percy son semejantes. Niños que surgieron de la nada sin que nadie se extrañara, sin que nadie dudara de ellos en su propia familia, en su propio país, que se han convertido en los máximos dirigentes de países poderosísimos y todo el mundo está convencido de que son meros títeres.

Parecía bastante extraño.

—Te ayudaré a convencerte —añadió—. Una vez te pregunté qué te parecía ser el heredero del trono. Me contestaste, bastante francamente..., recuerdo que tu padre se enorgulleció de tu franqueza..., dijiste..., y eras un chavalín entonces..., dijiste: «Lord Barton, sólo puedo sentirme bien como heredero porque mi padre no tiene más hijos. Si tuviera un hermano, tendría que cuidar mucho más mi comportamiento, porque entonces si me eliminaran siempre habría otro de repuesto». Recuerdo tus palabras porque tu padre me hizo repetirlas durante mi visita a cinco o seis personas distintas, como prueba de tu precocidad. ¿Lo recuerdas?

Lo recordaba. Recordaba mi comentario. Recordaba la ocasión. Incluso recordé al viejo Barton, más joven entonces, claro; le había hecho mucha gracia y se palmeó el muslo, riendo a carcajadas, repitiendo fragmentos de mi comentario. Y a mí me impresionó mucho haber hecho reír a un hombre como él.

Recordaba, sí, y en aquel momento me di cuenta de que Barton tenía razón. Yo no tenía hermanos. Era hijo único.

Y recordé otra cosa. Recordé a Mwabao Mawa. No en Nkumai, sino en Jones, en un carruaje abierto.

El sirviente que me había acompañado a la casa del risco entró en la habitación con una jarra de ponche.

Yo había visto a un hombre blanco, de edad madura, en aquel carruaje. Y luego, a los pocos minutos, al salir de tiempo rápido, había visto exactamente en el mismo lugar en el carruaje a Mwabao Mawa. Y ella me había visto; y yo había huido; y sin embargo, en todo el tiempo transcurrido desde entonces, no me había parado a preguntarme por qué habría bajado del carruaje el individuo en medio de las calles de Jones para que subiera Mwabao Mawa. ¿Dónde había estado hasta entonces Mwabao Mawa? ¿Adónde se había ido el hombre blanco?

Todo encajaba. Un testafarro sin ningún poder, en apariencia, controlado por el consejo de científicos..., pero, considerado desde otro ángulo, tal vez fuera precisamente el testafarro quien mandaba.

A instancias de Barton, el criado me sirvió a mí primero, y luego le ofreció otro a él.

Cuando había visto al individuo blanco calvo estaba en tiempo rápido. Luego, en tiempo real, había visto a Mwabao. ¿Sería aquella la clave? ¿Veía en tiempo rápido la realidad? ¿Y en tiempo real me engañaba, como todos los demás?

El sirviente se inclinó hacia Barton y recordé haber visto un instante, aquella misma mañana, al pasar de tiempo rápido a tiempo real, una capa azul sobre un hombre pequeño transformarse en una capa granate sobre el flaco sirviente que justo en aquel momento se inclinaba hacia Barton y le miraba llevarse el ponche a los labios.

—¡No! —le dije a Barton—. ¡No lo bebas!

Barton pareció sorprendido un instante, mientras el sirviente se erguía y me miraba desconcertado. Luego, súbitamente, el criado se derrumbó y Barton se puso en pie de un salto y corrió ágilmente hacia la puerta. Yo estaba sorprendido. Pasmado. No entendía. Tardé unos instantes valiosísimos en volver a mirar al sirviente en el suelo y darme cuenta de que no era el sirviente. Era Barton.

¿Cómo podía haber cometido el error de ver caerse al criado y salir de la habitación a Barton? No había visto que cambiaran de lugar. Y sin embargo allí estaba Barton, con la cabeza casi separada del cuerpo, unida al tronco sólo por la columna vertebral. Tenía que habérselo hecho un solo golpe con una hoja muy afilada. ¿Pero cuándo, en qué momento había ocurrido? ¿Por qué no lo había visto?

Una hoja de hierro.

No tenía tiempo para especulaciones, claro. Me arrodillé a su lado y coloqué en su sitio la cabeza, apretándola bien; hice lo que tantas veces había hecho en Humping con las personas y los animales. Conecté los vasos sanguíneos, curé los músculos rotos, uní la piel sin costura, devolví al organismo su salud y su integridad. Luego, como ya estaba haciendo el trabajo y me había ocupado del hombre y puesto que era más fácil hacer algo que sabía hacer que pensar en el paso siguiente, descubrí su reumatismo y debilidad, sus dolencias pulmonar y cardiaca y lo arreglé todo, lo renové todo, y le dejé más sano de lo que había estado en muchos años.

Recuperó la conciencia; estaba mirándome.

—El Hombre del Viento —dijo, sonriendo—. Así que las historias son ciertas, ¿eh?

—El criado es uno de ellos —le dije, aunque por supuesto no tenía idea de quiénes eran ellos, aparte de que estaban dispuestos a controlar el mundo.

—Eso ya lo supuse cuando la hoja me cortó la garganta. El querido Dul. ¿Cómo lo conseguirán, Lanik? Recuerdo perfectamente que creía que Dul había nacido en esta casa que era el hijo de mi ama de llaves. Nunca se me ocurrió dudar de mi memoria. Oyó nuestra conversación, claro. Supongo que pretendía envenenarnos. Me avisaste que no bebiera... Dime, ¿cómo se te ocurrió?

No disponía de tiempo ni me apetecía hablarle de Ku Kuei y de la manipulación

del tiempo.

—Sencillamente se me ocurrió —dije—. Tú me habías puesto sobre aviso.

Me miró dubitativo, y luego seguramente decidió que si quisiera decirle la verdad ya lo habría hecho. Se puso de pie, pero lo hizo tan súbitamente, en realidad, que se sorprendió y estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse de bruces.

—Cuando curas a alguien, lo haces a conciencia, ¿eh? —me dijo—. Me siento como si tuviera treinta años.

—Lo lamento. Quería que te sintieras como si tuvieras veinte.

—No quería exagerar. ¿Quién eres, Lanik? Es igual. Da lo mismo. Lo que importa es quién es Dul, quién es Percy, quién es Dinte. No creo que encontremos a Dul, de todos modos. Y aunque lo hiciéramos, seguramente tendría la apariencia de una anciana y nos hundiría un cuchillo en la espalda cuando pasáramos a su lado.

—¿Pasáramos? —le pregunté.

—Esperaba que confirmaras mi teoría antes de actuar —me dijo—. En el fondo... me quedaba aún la duda de estarme volviendo loco y haberlo inventado todo. Pero ahora sé que estoy en lo cierto y también tú y puesto que ahora cuento con excelente salud y gran vigor, creo que ya es hora de que nos enfrentemos al cabrón de Percy y le matemos.

¿Matar?

—No creo que seas esa clase de individuo, Barton —le dije.

—Tal vez no —contestó—. Pero cuando te engañan en lo que más confías sientes una furia especial. Una furia que no es comparable con ninguna otra. Se burló de mí y no de algo insignificante sino de mi propia identidad, de mi propia esposa, de mi esperanza de tener descendencia. Se convirtió en mi heredero, me utilizó como trampolín para conseguir el poder y todo ello con engaño, haciéndome creer que era mi hijo. Estoy furioso, Lanik Mueller.

—Creerá que has muerto en cuanto Dul se lo diga. ¿Te parece prudente desengañarle tan pronto?

Se quedó pensándolo.

—Además, Barton, ¿de qué serviría matar a uno solo? Tenemos pruebas de que hay cuatro... Dinte, tu hijo Percy, Dul y Mwabao Mawa, la mujer de Nkumai.

—¿Así que ahora también estás seguro de ella?

—Una vez vi algo que hasta ahora no había comprendido. Cuatro, pero seguro que hay otros dispuestos a ocupar su lugar. Si queremos resolver el problema, tendremos que averiguar de dónde son.

—¿Es importante?

—¿No te lo parece?

Sonrió.

—Sí, lo es. Pienso que no están muy lejos de conseguir dominar todo el planeta.

Tanto Nkumai como Mueller tienen hierro, ¿no?

—Y ahora esta gente, quienesquiera que sean y comoquiera que hagan lo que hacen, controlan la fuente de ese hierro.

Barton movió la cabeza y sonrió con amargura.

—Durante miles y miles de años todas las Familias han competido brutalmente por conseguir algo que vender al Mundo Exterior para conseguir ser los primeros en construir una nave espacial y salir de aquí. Ya no importa quién gane, los primeros serán ellos. Lo controlarán todo. Y nadie sabe siquiera que lo están haciendo, sólo nosotros.

—No es un engaño normal —le indiqué.

—Te lo has tomado todo con tanta calma...

—Estoy acostumbrado a ver cosas extrañas en este mundo... Voy a ir a Gilí, Barton, pero te ruego que te quedes aquí. Al menos aquí estarás a salvo. Y creo que tengo una forma de reconocerles. Un sistema fácil y seguro. Podré reconocerles y eludir sus ilusiones.

No me preguntó cómo lo haría, porque creo que mi actitud dejaba claro que no se lo iba a decir. Bueno, había pensado en decírselo, pero no era necesario que nadie más supiera lo que podía hacer, ni siquiera una buena persona como Barton. Todavía no. No hasta que yo mismo supiera lo que iba a hacer al respecto.

Prometió quedarse en la casa del risco, aunque no le hacía gracia. Bajé a los establos, ensillé un caballo (el mejor de Barton) y partí hacia Gilí. Prueba de mi estupidez es que no fui en tiempo rápido. Con Barton, había vuelto a mi antiguo papel de heredero hidalgo de Mueller; había hablado como un caballero y, sin pensarlo, monté el caballo para poder viajar como tal. Tal es la fuerza que puede tener un hábito, incluso uno antiguo y que no se ha practicado en mucho tiempo. Había dejado de ser el heredero de Mueller hacía años, pero era evidente que el papel aún estaba enraizado en mí, listo para aflorar y controlar mis acciones. Pudo costarme la vida.

Cuando iba montado a horcajadas a paso rápido pero no al galope por el camino hacia la civilización que me llevaría finalmente a Gilí, vi a un pastor que guiaba el rebaño hacia el norte, hacia la zona más aislada y por lo tanto más agradable de Humping. Me pareció extraño que sólo el día antes hubiera terminado la siembra para Glain y Vran; y hubiera pensado seriamente pasar allí el resto de mi vida. Al recordarlo, sólo hacía un día de aquello, sentí un dolor espantoso, pues comprendí que después de todo no estaba preparado para la virtud, la paz y la felicidad, sino que, por el contrario, aún bullía en mí un sentido de misión. Si tenía que cumplir un objetivo, lo cumpliría, pensé con amargura (y pese a ello con cierto orgullo, pues hasta entonces todos mis propósitos se habían quedado en nada), y esta vez..., esta vez, como en tiempo rápido los simuladores quedaban al descubierto, no era una simple persona quien se enfrentaba a ellos, era la única persona que había salido de

Ku Kuei que podía descubrirles. Y con lo apático que eran los Ku Kuei, no existía la menor posibilidad de que me ayudaran en absoluto cuando llegara el momento de acabar con ellos.

Acabar con ellos. ¿Planeaba realmente tan a la ligera asesinarlos? Pero era la guerra, me decía insistentemente, y luego me pregunté quién la había declarado y por qué me creía que estaba del lado de los que tenían la razón. Comprendí que tendría que preguntar a la tierra al respecto. Esta vez no era cuestión de comer hortalizas. Se trataba de matar seres humanos, matarles a sangre fría, matarles por una causa noble, pero de todos modos, matarles.

¿Era la causa realmente noble? ¿Iba a lanzar un golpe para conseguir la independencia de Mueller? ¿De quién? Tal vez aquellos simuladores hicieran algo realmente valioso para nuestro desdichado planeta. Estaban poniendo fin al derramamiento de sangre, ¿no? Poniendo fin a la lucha entre Familias, unificando el planeta en pro de un objetivo común.

No. Nada de eso. No estaban poniendo fin a la lucha. La habían ganado fraudulentamente y eso era completamente distinto. Me parecía injusto.

Que es, a fin de cuentas, la única forma de diferenciar el bien del mal: el propio criterio. Para mí, aquello estaba mal. Otros hombres resolvían los enigmas del universo. La sangre y los genes de otros habían servido para conseguir el hierro que Mueller había obtenido del Embajador. Y los unos y los otros se veían despojados sin saber siquiera lo que estaba ocurriendo.

Me recordé como regenerador radical. Me recordé en el ventanal de los laboratorios mirando los corrales e imaginándome entre los monstruos con diversas piernas y brazos a los que echaban la comida en los pesebres y a quienes se negaba todo rasgo de humanidad. Era cruel, aunque sólo Dios sabía cómo habrían tratado a los otros rads. No obstante, incluso aquella crueldad podría haber sido soportable, al menos en parte, por el hecho de que sabían que lo estaban haciendo por Mueller. Para conseguir que sus descendientes y los descendientes de sus descendientes comerciaran con el Mundo Exterior, construyeran naves, viajaran al espacio y fueran libres.

Si tal esperanza les había ayudado a conservar la cordura, sería espantoso convertirla en una mentira y que su sufrimiento, soledad y pérdida de humanidad fueran para una raza de extraños que se estaban infiltrando en las Familias...

Odiaba a Dinte. Hasta entonces le había despreciado, pero ahora le odiaba. Me imaginé llegando al palacio de Mueller del Río, avanzando hacia él, pasando a tiempo rápido y viendo al hombre que era verdaderamente Dinte, el hombre que se hacía pasar por mi hermano, el hombre que había destruido a mi padre y que me había robado mi herencia; y luego me imaginé matándole y la escena me complacía.

(Recordé el lamento de la tierra con los gritos de los moribundos, pero tapié el

recuerdo. No podía recordarlo. No en aquel momento. Tenía que derramar sangre antes de poder volver a aquel recuerdo).

Primero tenía que ocuparme de Percy Barton, el «hijo» de lord Barton. Tenía que saber por él de dónde procedía y quién era su pueblo; luego los destruiría a todos. Si es que eran destruibles. ¿Habría forma de terminar con alguien que podía parecer lo que no era, que podía cambiar de lugar con otro hombre delante de ti sin que te dieras cuenta, que podía hacerse pasar por tu hermano durante años sin despertar la menor sospecha?

¿Cómo lo hacían? ¿Cómo luchar contra aquello?

En el descenso de las colinas de Humping, sentí una gran tristeza, porque sabía que dejaba mi verdadero hogar para ir a destruir mi paz mental y causar tormento a la tierra. Recordé las palabras del anciano de Schwartz: «Cada hombre que muera a tus manos gritará eternamente en tu alma».

Estuve a punto de volverme. Estuve a punto de regresar con Glain y Vran. A punto.

Pero cabalgué doce días seguidos hasta que llegué a Gilí, capital de la Familia de Gilí y también capital del imperio llamado Alianza del Este. Durante todos los días de viaje no había llegado a ninguna conclusión nueva ni había conseguido saber más que antes. Y ni siquiera había tomado las precauciones elementales, ni siquiera había tenido el sentido común de llegar en tiempo rápido, y precisamente por eso me apresaron en Gilí y me mataron.

Gilí

Dul, el criado de lord Barton, había llegado a Gilí antes que yo. Era previsible. Pero había pasado por alto que si Dul había oído nuestra conversación hasta el punto de intentar envenenarnos, también se habría enterado de que yo era Lanik Mueller.

¿Le habrían creído? ¿Sospecharían que Lanik Mueller había sobrevivido, que había salido de Ku Kuei después de dos años? Quizá lo dudaran al principio, pero en cuanto llegara a oídos de Mwabao Mawa se acabarían las dudas. Ella recordaría que me había visto en Jones hacía un año y se convencerían.

Pero en aquel momento, todo esto era sólo pura especulación. Fuera Lanik Mueller, Bebelagos o el Hombre del Viento, había descubierto la existencia de los simuladores y tenían que eliminarme. Tenían mi descripción, y cuando llegué a las puertas de Gilí, los soldados me apresaron, me obligaron a bajar del caballo y me sujetaron mientras el capitán me comparaba con una descripción que le costó bastante leer.

—Es él —dijo al fin, aunque su voz no era muy firme.

—Te equivocas —le dije—. Simplemente me parezco a quienquiera que busquéis.

Pero el capitán se encogió de hombros.

—Si llega otro que encaje en la descripción, le mataremos también.

Los soldados me vendaron los ojos, me pusieron en una carreta y me llevaron por las calles.

Estaba preocupado. Si creían que era Lanik Mueller y sabían (y a aquellas alturas tenían que saberlo) que los Mueller se regeneraban, me matarían además definitivamente. Podía morir realmente por decapitación o quemado. En ninguno de esos casos podría salvarme, así que tenía que escapar antes de que me ejecutaran. Y los únicos medios de escapar que tenía evidenciaban demasiado mis habilidades para no crear una verdadera alarma entre los simuladores.

Tuve suerte. Fuera quien fuera Dul, no fue lo bastante inteligente o no estaba lo bastante bien informado para darse cuenta de que si era realmente Lanik Mueller no podían matarme de la forma habitual. En Gilí las ejecuciones corrían a cargo de pelotones de arqueros. Cualquier ciudadano de Mueller se curaba sin problema de las heridas de flechas, a menos que le dispararan demasiadas y todas de una vez; pero en el caso de un rad como yo, no disponían de suficientes flechas para eliminarme superando mi capacidad de curación.

Los soldados eran concienzudos. En Mueller, todo el mundo (forasteros, esclavos, ciudadanos) tenían derecho a un juicio. Pero por lo visto en Gilí los forasteros estaban exentos de esa formalidad concreta. Me llevaron por las calles de Gilí en la carreta (al parecer la gente disponía de fruta y hortalizas podridas para lanzarlas como obsequio

de despedida al furgón del verdugo), me sacaron de la ciudad por una puerta trasera, me bajaron del furgón y me colocaron ante un gran montón de paja para que las flechas que no hicieran blanco no se estropearan ni se perdieran.

Los arqueros parecían aburridos y quizá un poco irritados. ¿No sería aquél su día libre? Se alinearon con indiferencia y eligieron las flechas. Eran doce y todos parecían competentes. El capitán de la guardia que me había escoltado hasta el lugar de ejecución, alzó la mano. No hubo preparativos, ni últimas palabras, ni comida final (comida desperdiciada, por supuesto), ni lectura de los delitos que se me imputaban. Cuando el capitán bajó el brazo, los soldados dispararon las flechas en una descarga loablemente uniforme y certera. Todas las flechas me hicieron blanco en el pecho y aunque las costillas pararon dos, todas las demás me atravesaron; cuatro me traspasaron el corazón y las demás me desgarraron los pulmones.

Me dolió. Sabía que no necesitaba respirar, sabía que podía mantener el cerebro con vida con poco oxígeno mucho más tiempo que la mayoría de la gente; y aunque las flechas habían detenido los latidos cardíacos, mientras no me las arrancaran también taponaban parcialmente la hemorragia. Pero las heridas eran bastante graves y el dolor lo bastante súbito y fuerte para que mi organismo decidiera que estaba agonizando y se desplomara.

Por desgracia, no acudieron corriendo a sacarme las flechas, así que el corazón no podía iniciar la curación. Y decidí que no sería acertado estirarme y sacarme yo mismo las flechas. Así que pasé a un flujo temporal lento moderado, de forma que ellos me veían rígido, mientras que la manipulación de mi cuerpo me provocaba golpes dolorosos, si bien no tanto que mi organismo no pudiera curar por su cuenta. Calculé que se desharían del cadáver en menos de quince minutos (no parecían dispuestos a demorarse), lo que supondría unos cinco o seis minutos de tiempo subjetivo, dándome así unos segundos de margen para quitarme las flechas y curarme antes de que el cuerpo empezara a dolerme por falta de riego sanguíneo. Podía vivir cierto tiempo sin respirar, pero la sangre debía fluir.

Se ajustaron bastante a mis cálculos, y por un espantoso momento en que pasamos junto a un horno, temí que practicasen la cremación, en cuyo caso no hubiera tenido ninguna posibilidad. Pero me echaron en un agujero y me arrancaron de un tirón las flechas del pecho, rasgándome el corazón, que había empezado a curarse alrededor de las puntas, pero permitiendo al fin que iniciara la auténtica curación. En cuanto dejaron de palear la tierra, pasé a tiempo real, retiré la tierra lo suficiente para poder apartar las flechas y esperé un rato a curarme. En cuanto me sentí razonablemente bien, volví a tiempo lento (es absurdo soportar horas encerrado en una sepultura si puedes evitarlo) y no salí hasta que, según mis cálculos, era ya de noche.

Faltaba poco para que amaneciera. Desperté la tierra a mi alrededor y me subió

suavemente a la superficie. Extendí los brazos y la tierra adoptó su forma firme debajo de mí. Miré alrededor para ver si alguien me había visto. Nadie.

El cementerio, como el lugar de la ejecución, estaba en el extremo sur de la ciudad, fuera de la muralla. El mar estaba cerca y la basura putrefacta de la costa mezclada con el olor del número habitual de los torpes cangrejos que no recordaban la dirección en que estaba el agua, hacían insoportable el lugar para el olfato, si no para los demás sentidos.

Procuré no cometer el mismo error dos veces. Esta vez entraría en la ciudad con más astucia.

Pasé a flujo temporal rápido y me abrí paso entre las barracas que rodeaban las murallas hasta llegar a la que denominé «puerta de basuras», y entré. Sólo vi el lado desagradable de Gilí. En los años transcurridos desde entonces, he visto muchas ciudades, pero en cuanto a légamo y fango Gilí se lleva la palma. Su ubicación en el istmo entre la costa pantanosa y el interior proporcionó a Gilí el papel de la Familia mercantil más importante del Este. No obstante la ciudad misma no destacaba por su riqueza; la gente acaudalada se trasladó a la región montañosa del este, donde se construyeron mansiones de madera o de piedra que serían la envidia de los príncipes de otras Familias.

La pobreza y los negocios establecían una desagradable división de la ciudad. Talleres, fábricas y almacenes de mayoristas daban paso a las chabolas, prostíbulos y garitos. De noche la alegría debía haber sido digna de verse. Por la mañana temprano, la ciudad parecía agotada. Y aún un poco ebria.

En las calles que llevaban a la puerta de basuras se veían cadáveres. Me crucé con un furgón lleno de muertos, parado en medio del camino. Unos cuantos individuos, que no tenían mucho mejor aspecto que su cargamento, alzaban cansinamente otra pieza de carne humana al carro para el viaje al cementerio. Hay pocos sitios en los que la vida valga mucho, pero aquél era el primero que veía en el que incluso los pobres (sobre todo los pobres, que suelen ser más amables con sus muertos que los ricos) tuvieran tan poca consideración con los difuntos, que los tiraban a la calle como basura.

El palacio del gobernador de Gilí, hoy sede central de la Alianza del Este, surgía en el barrio de talleres como una verruga entre lunares: ni la más mínima intención de gracia, simplemente un enorme bloque gris de piedra que se cernía entre edificios más pequeños y de algún modo más agradables que almacenaban telas, salaban carnes y curaban cueros.

Era difícil entrar en el palacio. Todas las puertas estaban cerradas y en todas montaban guardia soldados que se apoyaban en ellas. No debía haber ninguna forma de entrar sin ser visto, ni siquiera en tiempo rápido. Llama demasiado la atención aplastar a un guardia. Y la fuerza de mi entrada, en tiempo rápido, muy bien podría

matarle.

Tendría que esperar un poco a que empezara a entrar y salir gente. Así que por aquello de la nostalgia (y seguramente con un propósito inconsciente de mezquina venganza) escogí la entrada en que me habían detenido el día antes. Mientras paseaba por las calles me sentí cada vez más deprimido. Me preguntaba si Gilí sería especialmente abominable o si todas las ciudades, incluso Mueller del Río, serían tan horribles para quienes no tenían dinero. El árido país montañoso de Humping era más bondadoso con sus habitantes que aquel desierto artificial de piedra e inmundicia.

Al acercarme a la entrada vi a lo lejos el furgón de los verdugos trabajando ya. ¡Qué día tan ajetreado les aguardaba! Barajé la idea de romper un eje, pero decidí que no merecía la pena el tiempo y el trabajo que me llevaría. Así que seguí hasta la puerta, sin mirar apenas el carruaje ni al prisionero encapuchado al pasar corriendo, y encontré lo que estaba buscando. El capitán que tan silenciosamente me había llevado a morir el día antes estaba en el cuarto de guardias con la puerta cerrada. Corrí el cerrojo y entré. Estaba solo; me planté delante de él y volví a tiempo real. Había visto bastantes veces el efecto en Ku Kuei: desde su punto de vista, sencillamente me materialicé surgiendo de la nada.

—Buenos días —le dije.

—¡Dios mío! —contestó.

—Oh, primera respuesta. Puedes hablar. Fue bastante irritante que ni siquiera me saludaras ayer antes de arrestarme y matarme.

Su mirada de espanto me complació muchísimo.

—No soy vengativo, aunque de vez en cuando ese tipo de cosas son un bálsamo para el alma. No te robaré mucho tiempo. Sólo estoy investigando el trabajo atroz que hacéis aquí. Por ejemplo, ¿quién decide quién ha de morir?

—P-Percy. El rey. No es culpa mía. Yo no decido nada...

—No tiene importancia, yo no me encargo de juzgar. ¿Cuántas personas lleváis a diario de las puertas de la ciudad directamente a los cementerios?

—No muchas. De veras. Ayer a ti, hoy a lord Barton y antes de eso no recuerdo a nadie en meses. Y en general se les detiene cuando salen de la ciudad, no cuando llegan.

Procuré que no notara mi sorpresa. ¡Barton! No había hecho ningún caso de mi consejo y había ido de todos modos.

—Llevas todo con mucha eficiencia —dije.

—Gracias —respondió.

—¿Qué pasa si algo sale mal?

—No sale mal nada.

—¿Pero y si saliera algo mal?

—Pues tendría problemas —dijo. Empezaba a mostrarse más confiado conmigo y

sospeché que en cualquier momento estiraría la mano para comprobar si era sólido o etéreo.

—Pues ya tienes problemas —dije—. Porque Barton no va a morir. Y si pese a todo consiguieras matarle, yo volvería a buscarte antes de una hora. Por muy grave que pueda ser lo que te pase si fracasas y no muere, piensa que sería mejor de lo que te pasaría si le mataras realmente. En fin, que tengas una buena mañana.

A continuación me deslicé a tiempo rápido, deteniéndome un instante antes de irme para volcarle un tintero en la cabeza.

Recorrí las calles minuciosamente y no tardé en encontrar el furgón del verdugo. Si me hubiera fijado bien antes habría reconocido la ropa de Barton: iba vestido igual que en su casa del risco. Subí a la carreta, pasé a tiempo normal justo para poder decirle:

—No te preocupes, Barton, estoy contigo.

Volví a tiempo rápido y bajé de la carreta. El conductor ni se dio cuenta, y si me hubiera visto algún transeúnte, habría pestañeado preguntándose si seguiría aún bajo los efectos del alcohol de la noche anterior.

Llegué al lugar de ejecución y esperé oculto entre montones de paja. La carreta tardó media hora en llegar; se repitió luego la rutina del día anterior: los arqueros se alinearon, con gran indiferencia, y su jefe, que no era el capitán de la puerta de la ciudad, alzó la mano. Me deslicé a tiempo rápido y me situé entre Barton y los arqueros. Me movía adelante y atrás (pues me hago visible si me quedo demasiado en el mismo sitio) hasta que el jefe bajó el brazo y los arqueros dispararon. Recogí entonces las flechas en pleno vuelo, saqué amablemente la capucha de la cabeza de Barton y la atravesé con las flechas clavándolas luego en la paja justo detrás de él a la altura de su pecho. Luego volví a mi punto de observación oculto y me quedé mirando.

Estuve un segundo en tiempo real antes de que los arqueros se dieran cuenta de que Barton no tenía la capucha puesta ni ninguna flecha clavada en el pecho. El jefe de los arqueros les dijo entonces furioso que recogieran las flechas, indignado porque habían fallado. Cuando las encontraron clavadas en la paja atravesando la capucha, sin embargo, hasta el jefe se amilanó un poco. No era normal la forma en que habían quedado las flechas clavadas detrás de él.

Barton se estaba riendo.

—No sé qué clase de trucos estás haciendo —dijo furioso el jefe (aunque se advertía cierto temor en su voz)—, pero más vale que no sigas.

Barton se encogió de hombros y el jefe formó a sus arqueros por segunda vez. Pasé a tiempo rápido. A fin de acabar con todo aquello rápidamente, cogí las flechas en pleno vuelo y esta vez atravesé a los arqueros la muñeca con que tensaban el arco. Para completar la operación saqué unas cuantas flechas de la aljaba de uno de los

arqueros y empalé al jefe la mano sujetándosela bien al muslo e inmovilicé de forma parecida a los tres hombres que andaban por allí mirando la ejecución. Luego volví a mi puesto de observación y pasé a tiempo real.

El alarido de dolor de las doce gargantas me indicó que mi trabajo había sido efectivo. Los arqueros soltaron los arcos, agarrando las flechas que tenían clavadas en las muñecas. El dolor no era nada comparado con el susto. No todos los días disparas una flecha y te encuentras con que se gira en el aire y se te clava en tu propio cuerpo.

La serenidad de Barton era asombrosa. Dijo con altivez:

—Es la segunda advertencia. Y no habrá tercera.

—¿Pero qué está ocurriendo? —gritó el jefe.

—¿No me conoces? Soy el padre del emperador. Soy lord Barton de Britton. Y es un delito propio de plebeyos derramar sangre real.

—¡Lo siento! —gritó el jefe. Algunos arqueros le hicieron coro, aunque casi todos estaban demasiado preocupados taponándose la hemorragia.

—Si lo sentís, volved al cuartel y no me causéis hoy más problemas.

Lo sentían realmente. Volvieron al cuartel y no le causaron más problemas aquel día. En cuanto los soldados se fueron, lord Barton miró alrededor buscándome y me encontró echado en un montón de paja, riéndome. Se acercó; parecía un poco enfadado.

—Tuviste que esperar hasta el último momento, ¿verdad?

—Te dije que no te preocuparas.

—Trata de no preocuparte con doce flechas apuntándote al corazón.

Me disculpé sobradamente, explicándole que quería propagar cierto temor a lo sobrenatural entre la gente de Gilí. Finalmente accedió a pasar por alto la cuestión, ya que le había salvado y él había ignorado mi orden de quedarse en Humping. Salimos del lugar de ejecuciones y nos dirigimos a la ciudad.

—No esperarán que volvamos a la ciudad —dijo— después de haber intentado matarnos a los dos. —Se echó a reír—. Fue divertido. No me gustaría ser el soldado que tenga que informar de esto a mi querido hijo Percy. ¿Quién eres, en realidad? —preguntó.

—El Hombre del Viento —contesté.

—No sé lo que pasa en el mundo —dijo—. Parecía todo tan razonable y científico hasta que descubrí que mi hijo era un impostor con dotes para ocultarme mis propios recuerdos. Y ahora apareces tú. El capitán de la puerta me dijo que te ejecutaron y te enterraron ayer.

—¿Habló contigo? A mí no me dijo ni una palabra —le dije.

—No cambies de tema, jovencito. Te estoy acusando de violar las leyes de la naturaleza.

—La virtud de la naturaleza está intacta. Sólo que yo conozco otras leyes.

Habíamos llegado a la puerta de basuras. Los guardias no eran demasiado listos y no era raro que aún no hubieran dado la alarma. No obstante, resultábamos llamativos aunque sólo fuera por el contraste entre ambos: Barton vestía con elegancia y yo como un rústico campesino de Humping. Tenía que sacar a Barton de la calle para poder poner en práctica mi plan original de hacer una visita a Percy. Así que le llevé a un prostíbulo que había visto al pasar la vez anterior por la calle. El encargado era un viejo grosero que parecía bastante enfadado por molestarle por la mañana.

—No abrimos hasta por la tarde —dijo—. A media tarde.

Barton tenía dinero; bastante, además. Me extrañó que los soldados no se lo hubieran quitado. Quizá pensaran hacerlo una vez muerto, para que no se enterara de que le robaban. Fue un detalle de delicadeza del que nunca habría imaginado capaces a los soldados. El dinero, extendido sobre la mesa, convenció al individuo de que abriera el negocio un poco antes de la hora.

—¿Servicio completo? —preguntó.

—Sólo una cama y silencio —dije; pero Barton me miró furioso.

—Me siento como un muchacho de diecinueve años y ¿esperas que me pase el día durmiendo en un sitio como este? Quiero que me mandes la chica más joven que tengas que no padezca ninguna enfermedad abominable —dijo. Luego se contuvo y añadió—: Pero que tenga la edad, claro.

Me pareció que el encargado intentaba determinar a qué edad se referiría.

—Más de catorce —dije servicialmente.

—Dieciséis —dijo Barton, horrorizado—. ¿De veras las tenéis más jóvenes?

El encargado alzó los ojos al cielo y se llevó a Barton. En cuanto se fueron, pasé a tiempo rápido y volví a palacio.

Cuando llegué, alguien estaba cruzando la puerta. Era justa, pero me pegué a ella para pasar sin empujarla, pues le habría hecho bastante daño. Entré en palacio. Seguí el camino que casi todos los guardias prohibían y pronto llegué a la impresionante sala del trono. Me abrí paso luego hasta un rincón discreto y observé a los reunidos. Procuré fijarme bien en todos los rostros, para ver si alguno cambiaba. Luego pasé a tiempo real.

La anciana que estaba sentada en el trono se convirtió en un joven bastante parecido a Barton. Casi todos los funcionarios que le rodeaban permanecieron igual, pero reconocí a Dul entre ellos. Había sido un joven pequeñito con una burda túnica parda. Algunos otros rostros también cambiaron. Pasé repetidamente del flujo temporal rápido al real para estar seguro de que los localizaba a todos. Eran ocho.

Había ido con la firme intención de matarlos en cuanto averiguara de dónde eran. Pero ya no estaba seguro de poder conseguir ambas cosas. En tiempo rápido no podía hablar con ellos, lo cual suponía exponerme a los peligros de una confrontación en tiempo real. ¿Y cómo podría matarlos sin alertar a los demás simuladores?

Prevenidos contra mí, podrían defenderse.

Al menos sabía que podía localizarlos pasando de flujo temporal real al rápido y a la inversa. Pero desde luego no sería fácil matarles en tiempo rápido. Claro que realizar el acto propiamente dicho sería fácil. Pero sería algo completamente distinto clavar el cuchillo en el corazón de un hombre desprevenido que realizar los trucos insignificantes que había hecho en tiempo rápido hasta entonces. Estaba entrenado para el combate; había luchado y matado anteriormente. Pero mis enemigos siempre habían tenido ocasión de defenderse. No tendría agallas para atacar a alguien completamente desvalido.

En Ku Kuei mataban animales golpeándoles en la cabeza en tiempo rápido. Yo les había condenado por ello. Pero tenían razón: no te cortas los pies cuando vas a iniciar una carrera. Si no quería que se apoderaran del mundo, tendría que utilizar mis dotes adquiridas para matar a los simuladores. No había la menor esperanza de tratar con ellos, ya habían demostrado su determinación de hacerse con el poder y conservarlo a toda costa. Su muerte no ofendería a la justicia. Y si el único medio de matarles era atacándoles por sorpresa como un cobarde...

No era una vía de razonamiento fecunda, y, de todos modos, Dul se estaba separando de la multitud de la sala del trono. Esperé a ver hacia qué puerta se dirigía; pasé entonces a tiempo rápido y crucé la puerta delante de él; no pensaba matarle, sólo sacarle información. Cuando crucé la puerta, volví a tiempo real, di un paso al frente y le cogí del brazo.

—Dul —le dije—. ¡Qué alegría verte!

Se detuvo y me miró, reflejando en su expresión sólo una leve sorpresa.

—Creía que estabas aún en Britton —dijo, y luego, aunque podía ver perfectamente sus dos manos a los costados, sentí un cuchillo hundírseme en el pecho. Comprendí que mi pobre corazón tendría que regenerarse de nuevo. Y también comprendí que tendría problemas para tratar con los simuladores cara a cara. Si un individuo puede matarte sin que le veas siquiera mover las manos, te planteará problemas insólitos en una lucha.

Tiempo rápido, por supuesto; y le vi retirar la mano del cuchillo que me había hundido en el pecho. Me lo saqué, retrocedí, me eché en el suelo, y esperé en tiempo rápido que el corazón se me curara lo suficiente para poder seguir. Era una herida limpia, pero no me atrevía a esforzarme demasiado (lo que podía soportar mi corazón sin rebelarse y obligarme a pasar unas horas en cama tenía sus límites). Al fin, creí que podía seguir. Me levanté y volví junto a Dul, que había recuperado la mano; empezaba a extrañarse de que me hubiera ido. Yo tenía el cuchillo y, para convencerle de que creía de veras en la necesidad de su colaboración, le hundí la hoja (¡hierro fabricado en Mueller!) en el brazo. Me deslicé entonces a tiempo real, viéndole transformarse en el último momento del joven al que había acuchillado en el

alto y taciturno criado llamado Dul. La impasibilidad no duró mucho, sin embargo. Pareció sorprendido, se agarró el brazo y en ese momento la ilusión fluctuó, se desvaneció; cambió una y otra vez ante mis ojos, hasta que por último se resolvió como él mismo, el joven pequeñito.

Saltó sobre mí y me tiró al suelo. Ya se había sacado el cuchillo del hombro y me tajó con él la garganta. Le detuve e intenté quitárselo. Era joven y fuerte..., yo era más joven y mucho más fuerte. Además, él era bastante torpe usando el cuchillo. Seguro que nunca lo había tenido que usar en una situación en la que el enemigo pudiera verle llegar.

Le tenía inmovilizado en el suelo y estaba pidiéndole que me dijera de dónde era antes de matarle cuando oí un ruido en la puerta. Miré y no vi a nadie..., pero la puerta seguía abriéndose. Si los simuladores eran capaces de hacer todo lo que les había visto hacer, seguramente podían hacerme creer que no les veía aunque estuvieran allí: estaba seguro de que había alguien más en la habitación. El interrogatorio sería imposible con una audiencia de simuladores y ahora estaban alertados. Había tenido una oportunidad, no muy buena, desde luego, de descubrir su origen. Pero la había perdido.

Pasé a tiempo rápido y me levanté de donde mi antiguo contrincante yacía en el suelo. No uno sino tres simuladores se dirigían ya a donde había estado yo, blandiendo los cuchillos. Fue absurdo, pero les quité los cuchillos de la mano y me los llevé a la sala del trono; la anciana que se hacía pasar por Percy Barton estaba sentada en el trono con expresión aburrida. Deposité los cuchillos en su regazo, con las hojas apuntándola, y salí de la sala. El mensaje era bien claro: podía haber sido asesinada. Pero sólo era un mensaje, sólo uno podía haber sido, y yo no sabía qué hacer a continuación.

¿Matarlos a todos? Absurdo, completamente inútil si no sabía de dónde eran. Simplemente les sustituirían otros simuladores y la conspiración no podría impedirse, sólo retrasarse un poco. Tal como estaban las cosas, disponía de un poco de tiempo para preparar el próximo movimiento, en tiempo rápido al menos; los jinetes tardarían una semana en llegar de Gilí a cualquier otra ciudad mínimamente importante, y con una semana en tiempo rápido podría conseguir mucho.

Salí del palacio. No iban a repartir informes que dijeran: «Los impostores de este palacio pertenecen a la siguiente Familia». Tenía que servirme exclusivamente de la razón para determinar su tierra natal. Y tratándose de razonar, había aprendido a respetar a lord Barton.

—No has tardado mucho —me dijo cuando mandé irse a la chica de la habitación—. Abusas de nuestra amistad.

—Necesito tu consejo.

—Y yo necesito soledad. O dualidad. ¿No comprendes que estaba a punto de conseguir algo que no había logrado en treinta años? Dos veces seguidas. Dos veces en diez minutos.

—Habrà otras ocasiones. Escucha, Barton, he estado en el palacio. He visto a tu hijo. Es una mujer, de tu edad o mayor, y está rodeada de simuladores leales, incluido tu antiguo criado. Pero no pude sacarles nada. Bueno, la verdad es que están un poco alarmados. Saben que sé quiénes son; han tenido una prueba de lo que puedo hacer. En una semana, podrán comunicárselo a los demás y nunca podré llevarles ventaja. ¿Comprendes la situación?

—Lo has estropeado.

—Tuve una oportunidad y la perdí. Así que ahora, como fuiste tan estúpido como para venir después de haberme prometido quedarte en Humping...

—Humping —dijo, con añoranza.

—No estaría mal que me ayudaras. Necesito saber de dónde son. Necesito saber cuál es su tierra natal. Porque a menos que lo atajemos allí, firme y definitivamente, nunca les detendremos.

Se puso a pensar inmediatamente.

—Bien, Lanik, es evidente que no podremos averiguarlo echándolo a suertes. Hay ochenta Familias, podrían ser de cualquiera de ellas.

—Podemos reducir el número. Tengo una teoría, una buena teoría, creo, sobre todo lo que están haciendo las Familias. Encontré en Nkumai una especie de historia; en ella se enumeraba la especialidad de los fundadores de las Familias. Nkumai, por ejemplo, fue fundada por un físico. Su producto de exportación es teoría física y astronómica. En Mueller exportábamos el producto de la investigación genética: el fundador de la Familia era un experto en genética. ¿Comprendes?

—¿Hasta qué punto es eso una constante?

—No he visitado todos esos países ni sé cuál es el producto exportable de cada uno de ellos. Pero es válido en el caso de Ku Kuei y Schwartz.

—Un filósofo y una geóloga.

Debí mostrarme sorprendido.

—No sé por qué ha de extrañarte esa información. Britton fue fundado por un historiador. Un campo nada adecuado para convertirse en un producto de exportación viable, pero en lo tocante a conservar, informes somos fanáticos. Todos los escolares memorizan la lista de los ochenta traidores originales desde Anderson a Wynn, y una breve biografía de cada uno, en las que naturalmente figuran sus profesiones. Somos muy concienzudos. Yo puedo recitar mi genealogía desde el propio Britton hasta mí. No lo he hecho hasta ahora porque no me lo has pedido.

—Ni lo haré nunca. Eres un hombre férreo, Barton.

—La cuestión es, ¿qué ocupación podría haber llevado a la Familia que sea a

convertirse en simuladores? Lo más probable sería que la psicología, ¿no te parece? ¿Qué fundador era psicólogo? Drew, naturalmente, pero ellos vivían en sus chozas del norte y soñaban con matar a sus padres y acostarse con sus madres.

—Podría ser una ilusión —dije.

—Sólo que el año pasado atacaron Arven, al otro lado de las montañas, y sufrieron una derrota aplastante. ¿Te parece que podrían ser nuestros enemigos?

Me encogí de hombros. ¿Cómo podíamos estar seguros de nada respecto a los simuladores?

—Además, ellos no han ocultado en lo que trabajaban a lo largo de los siglos. En algún punto de la historia, la gente que estamos buscando tuvo que volverse sigilosa. ¿No crees? Otro psicólogo, el único, además de Drew, fue Hanks. No sé nada de esa Familia aparte de que se rebelaron contra la Alianza del Este hace dos años y mi amado hijo acudió con un ejército e incendió todo el país. Se dijo que sólo había sobrevivido un tercio de la población, que consiguió cruzar las fronteras, y que vivían de caridad en Leishman, Parker y Underwood. En Gilí no hay caridad. Tampoco parece un lugar adecuado como tierra natal de los simuladores.

También en esto tenía razón.

—¿Y no hay más psicólogos?

—No.

—¿Qué otras profesiones hay, entonces?

—Podrían ser una excepción a tu teoría, Lanik. Podrían haber inventado algo nuevo.

—Repasemos la lista. Tenemos que intentar dar con la perspectiva más probable, de todos modos.

Así que repasamos la lista. Fue tedioso, pero la escribí, con una letra bella que me hizo respetar aún más su formación, aunque casi no la entendía. Nuestras conjeturas eran muy aventuradas, claro. Tellerman era actor, pero era notorio que aquella familia tenía pretensiones literarias. El Embajador había rechazado todos los libros, obras de teatro y poemas que le habían ofrecido durante tres mil años. Su perseverancia era admirable. No había habido ilusionistas ni magos entre el grupo original de exiliados, por supuesto, era una profesión demasiado tosca, ya que la rebelión había sido una sublevación de la élite contra la explotación a que la tenía sometida la tiranía democrática de las masas. Con escasísimas excepciones, los exiliados de Traición eran la flor y nata, los principales intelectuales de la República. Lo cual significaba que aparte de los psicólogos y algunos otros sin importancia, comprometidos probablemente en aportar fondos para la sublevación, casi todos los rebeldes eran expertos en algún campo de la ciencia.

Cuando llevábamos más de una hora agotando, creíamos, todas las posibilidades, la respuesta pareció súbitamente tan obvia que no podía creer que la hubiéramos

pasado por alto hasta entonces.

—Anderson —dije.

—Pero si ni siquiera sabemos lo que hacía —dijo Barton.

—Profesionalmente no. Pero era el jefe de la sublevación, ¿no?

—El traidor más abominable de todos los traidores —salmodió Barton.

—Jefe de los intelectuales y sin embargo él no era un intelectual.

—Sí. Uno de los hechos históricos insondables.

—Un político —dije—. Un demagogo que se hizo elegir para el Consejo republicano, y sin embargo el mismo hombre fue capaz de ganar la confianza de las mentes más preclaras de la República. ¿No es una contradicción?

Barton sonrió.

—Creo que ahí tienes algo. Por supuesto él no tendría ninguna habilidad como nuestros enemigos actuales. Pero podía hacer que la gente creyera que era lo que quería que creyeran que era. Y, aparte de que son mejores en eso, ¿no es lo mismo que están haciendo ahora los simuladores?

Me retrepé en la silla.

—Entonces, ¿admites que por lo menos es plausible?

—Plausible. No probable. Claro que por lo que veo ninguno de los otros son aceptables. Así que, al menos de momento, Anderson es la mejor opción.

Me levanté y me dirigí a la puerta.

—¿No es un poco precipitado? ¿No me vas a invitar a ir?

—Sólo estaré fuera un par de días —le dije.

—Se tarda como mínimo una semana a caballo por la región escarpada de Israel en llegar a la costa, y luego tendrás que ir en barco por el mar más repugnante del mundo, el Tembloroso, a menos que estés tan loco como para ir por el Embudo. Y eso supone como mínimo una ausencia de quince días... y seguramente reventarás un par de caballos haciéndolo tan rápido.

—No tardaré tanto. Confía en mí. ¿Acaso te he decepcionado alguna vez?

—Sólo cuando echaste de la habitación a la jovencita. Pero no te preocupes. No te seguiré. Si dices dos días, esperaré dos días, e incluso más. Un hombre que puede hacer girar las flechas en pleno vuelo puede volar a las lunas si lo desea.

Se me ocurrió otra cosa.

—Quizá debieras esperarme en otro lugar —dije.

—Tonterías. Es más arriesgado salir a la calle. Además, tengo un asunto que acabar. Quiero establecer mi propio récord. Tres veces en una hora. Di a la chica que vuelva.

Le dije que volviera antes de irme.

Era exasperante que llegara antes cuando hacía el recorrido en tiempo rápido que

yendo a caballo en tiempo real... todo por no haber aprendido a ampliar mi burbuja temporal en Ku Kuei. Tardé ocho largos días a pie en llegar a la costa de Israel en el tiempo rápido más rápido en que había ido siempre desde que salí de Ku Kuei. Durante una época de mi vida, la soledad y el ejercicio resultaban vigorizantes. Ahora estaba harto de estar solo, y todavía más de caminar incesantemente de un lugar a otro, viendo a las personas como estatuas en los campos, todos ellos ajenos al hecho de que los simuladores les estaban engañando. Me proponía salvarles y ellos ni siquiera sabían que necesitaban que les salvaran. Cuando llegué al promontorio de Israel que da al Embudo, el angosto estrecho entre Anderson y el continente, estaba absolutamente agotado. Las olas del mar estaban paralizadas, claro, en medio de su furibunda embestida hacia el mar Tembloroso, ligeramente más bajo. La cresta de las olas llegaba casi al nivel del promontorio en el que estaba yo, como montañas emergiendo de un cataclismo terrestre.

Había pocas cosas que no hubiera hecho en tiempo rápido, pero nadar en un mar que seguía el flujo temporal real era una de ellas. Cuando había nadado en tiempo rápido en Ku Kuei lo había hecho siempre con alguien cuyo flujo temporal era lo bastante fuerte para abarcar una porción del lago, y por supuesto a mí.

Entré cautelosamente en el agua. Aunque el aire no me oponía la menor resistencia estando en tiempo rápido, el agua era más lenta y me aguantaba mucho mejor que en tiempo real. En realidad, no podría decir en absoluto que crucé el estrecho nadando. Trepaba, en cierto modo, por la ladera de una ola como si fuera una colina lodosa después de una tempestad. Y luego me deslizaba facilísimamente por el otro lado. Al cabo de un rato resultaba estimulante, aunque cansado. Cuando llegué a la otra orilla y salí a gatas del mar a la costa rocosa de la isla de Anderson, aún era media tarde.

Una vez fuera del alcance de las gigantescas olas, miré a mi alrededor. El terreno era herboso, salpicado de pedruscos, y se veían algunos rebaños pastando aquí y allá: era una región poblada. Pero también era tórrida y seca y yerma. La hierba era bastante rala y las ovejas levantaban una nube de polvo al menor movimiento, que, desde mi ángulo de visión, parecía colgar suspendido en el aire inmóvil.

Recorrí la cresta de la loma que bajaba hasta la costa rocosa, preguntándome cómo averiguaría si aquella era realmente la tierra de los simuladores. No era fácil acercarse a cualquiera y decirle: «Buenas tardes, ¿sabes si son de aquí los cabrones que tratan de apoderarse del mundo?». Debía tener alguna razón plausible para estar allí. Recordando el mar que acababa de cruzar, un naufragio me pareció una posibilidad verosímil. Todo lo que tenía que hacer era asegurarme de llegar a la costa convenientemente cerca de la casa de algún pastor. Luego, suponía, improvisaría sobre la marcha.

Cuando llegué a una casa a unos metros sólo del litoral rocoso, volví a gatear por

las rocas hasta la orilla del mar. Teniendo en cuenta lo altas que eran realmente las olas y lo violentísimas que debían de ser en tiempo real, subí prudentemente hasta la cresta de la primera ola lejos de la costa. Y entonces pasé a tiempo real.

Debía haberme quedado en la roca y dejar que el agua me salpicara hasta empaparme.

Anderson

La ola no se entretuvo en absoluto. Me lanzó inmediatamente hacia las rocas de la costa mientras otra ola llegaba detrás y me cubría completamente. Choqué contra la roca con un desagradable crujir de huesos y luego sentí que me alzaba otra vez para volver a caer de golpe.

El espantoso dolor de la pierna derecha astillada me distrajo y mi organismo se negó a dejarme utilizarla para nadar. Por vez primera en mucho tiempo me enfrentaba a una fuerza de la naturaleza que no podía dominar y temí por mi vida. Mi padre había muerto por romperse la columna en el agua. Cuando me hundía rápidamente hacia las rocas por segunda vez, mi instinto de supervivencia tomó el control y me arrastré a través del agua hacia la costa y me agarré a una roca. Pero la ola que me golpeó me hizo soltarme y me arrastró de nuevo.

A la tercera vez conseguí mantenerme agarrado y me alejé a rastras de las olas. Cada vez que una ola chocaba contra las rocas volvía a empaparme..., la frecuencia parecía de uno a dos segundos..., pero estaba relativamente a salvo. Esperé unos minutos que empezara a curárase la pierna para poder apoyarme en ella en caso necesario. Cuando creí que podía aguantar mi peso, empecé a gritar.

—¡Socorro! —vociferé. Era imposible: el estrépito del oleaje impediría que me oyeran. Tenía que acercarme más a la cabaña y alejarme del mar. Trepé a gatas no muy ágilmente entre las rocas. Entonces la vi, era una muchacha que no tendría más de veinte años; llevaba un vestido tosco que no le llegaba a las rodillas. Era bastante guapa y la leve brisa le agitaba el cabello negro. No era un momento adecuado para el amor, pero me sentí inmediatamente atraído por ella. En realidad era la primera vez que me sentía atraído por una mujer desde que había dejado a Saranna en Ku Kuei.

Volví a gritar y bajó delicadamente entre las rocas. Al llegar a mi lado, me sonrió. Le sonreí también, pero dejando que el dolor que aún sentía se reflejara claramente en mi rostro. Me ayudó a subir hasta la meseta; me tambaleaba de vez en cuando (no era difícil hacerlo). En el camino hasta su casa, le expliqué en un balbuceo que mi padre y yo íbamos en un bote de pesca y la corriente nos había arrastrado hacia el Embudo; que creía que él se había ahogado, porque el mástil le había golpeado la cabeza al romperse. Ella, a su vez, me explicó que el mar había arrastrado a su anciano padre de las rocas hacía menos de tres años y que ella intentaba mantener un hato de ovejas y conservar su independencia.

—Seguro que no te faltan proposiciones de matrimonio —le dije.

—No —contestó tímidamente—. Pero estoy esperando.

—¿Esperando qué? —pregunté.

—Al hombre adecuado, naturalmente —dijo, en tono festivo, y me condujo a su casita.

Desde lejos, no me había fijado en las flores que crecían en los muros de la casa. Constituían un agradable contraste en aquella tierra desolada; me di cuenta de que la chica me gustaba. Me ofreció comida, señalando un estofado frío que podía recalentar en seguida.

Antes de que pudiera contestarle, la tierra empezó a temblar y caí al suelo. Sabía bastante de terremotos para comprender que el interior de una casa no es el lugar adecuado para permanecer durante uno, así que me arrastré a gatas hacia la puerta y vi que la tierra se combaba y se abría una fisura a menos de diez metros. Era ancha y la tierra rugía, mientras se abría y volvía a cerrarse.

El terremoto cesó luego. Me levanté avergonzado y me sacudí la ropa. Todavía estaba mojada del mar... y llena de lodo. Me acordé de cojear, aunque ya tenía la pierna casi curada del todo.

—Lo siento —dijo la muchacha, y advertí que estaba más molesta que asustada por el temblor—. El tiempo aquí es tan fastidioso... entre la tierra, el cielo y el mar.

Y como para confirmar sus palabras, las nubes empezaron a cubrir el cielo, que hasta hacía un instante había permanecido despejado, de horizonte a horizonte, y se puso a llover a chaparrón.

Las flores quedaron empapadas inmediatamente... pero parecían un poco más erguidas.

—Tu ropa —dijo ella entonces—. Puedo lavártela y limpiar el barro si quieres quitártela. Y también la sal del mar.

Confiaba en que mi rubor fuera convincente..., yo estaba convencido, de todos modos. Parecía tan inocente que era imposible no sentirse tímido con ella.

—Es que no llevo nada debajo —confesé.

—Pues pasa a la habitación de atrás..., tengo dos habitaciones..., y dámela por la cortina.

No tuvo que insistir. Me quité los pantalones y la camisa, recuerdos de Glain, Vran y Humping, y se los pasé; luego me eché en la cama, que era asombrosamente blanda: ¡un lujo como en Mueller allá en una tierra ovejera! Me hundí en la cama, desnudo, con los brazos y las piernas extendidas, para secarme y relajarme. Me sentía a gusto, después de viajar sin descanso un mes y tras la lucha agotadora de varias horas con el mar.

Me dormí.

No sé a ciencia cierta lo que me despertó. No podía haber dormido mucho rato: el cielo seguía prácticamente igual, nublado aún y oscuro, aunque no era de noche. El olor a estofado era intenso. Entonces se abrió la puerta.

La muchacha apareció en el umbral, desnuda. Tenía un cuerpo juvenil; me recordó dolorosamente el cuerpo de Saranna cuando ambos éramos adolescentes, antes de que me fuera de Mueller hacía ya demasiados años. Todavía era adolescente,

¿no? Pero me parecía que hacía demasiado tiempo de aquello para creerlo. Deseaba a la muchacha. O tal vez deseara recuperar mi juventud. Pero fueran cuales fuesen mis motivos, por su desnudez y su sonrisa era evidente que ella quería que la deseara.

Quería que la deseara. ¿Era aquella la muchachita tímida que me había hecho enrojecer?

Algo no encajaba. No encajaban muchas cosas. Cuando entró en la habitación y se arrodilló en la cama, comprendí lo absolutamente inverosímil que era que una criatura como aquella viviera en semejante aislamiento sin que la molestaran, tan cerca de la costa. Comprendí lo extraño que era que surgieran nubes tormentosas de la nada, que no le hubiera preocupado el terremoto que había estado a punto de echar su casa abajo y que, siendo tan dulce y tímida, se arrodillara ahora a horcajadas sobre mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

Salté a tiempo rápido. El cuchillo sólo estaba a un palmo de mi garganta. La joven desnuda era un malvado viejo desagradable, con la expresión quizá más perversa y cargada de odio que hubiera visto en un rostro humano. Tenía los ojos hundidos y lacrimosos y el rostro famélico. No tenía la menor duda de lo que buscaba. Su cuerpo esquelético pedía carne a gritos. Comparado con él, yo estaba gordo.

Tampoco la cama era blanda ya: era una tabla, y tan dura e incómoda que cuando conseguí liberarme torpemente de entre sus piernas, apenas se balanceó. Me quedé de pie un momento sin saber qué hacer. La puerta de la cocina seguía abierta. Pasé a la cocina y vi que el puchero del guiso, lejos de estar lleno de estofado frío, en realidad estaba polvoriento de no usarse. Todos los elementos que habían dado antes al lugar su ambiente hogareño y acogedor eran irreales... Vi las rústicas paredes de tierra herbosa, el suelo de tierra y la mugre por todas partes.

La suciedad era realmente indescriptible. Era como si, puesto que el hombre podía elegir vivir de ilusión, no se preocupara de dar a su medio real un aspecto mínimamente aceptable. ¿Se alimentaría realmente de ilusiones? Tal vez. No obstante, me di cuenta de que se había puesto mi ropa y no veía la suya en ningún sitio. ¿Habría estado desnudo antes? La pobreza era pasmosa. Jamás había visto a un ser humano vivir en un estado de salvajismo tal, a no ser en Schwartz; pero allí la pobreza era digna pues la gente se arrojaba con el sol y el aire.

En el exterior, hasta las flores se habían convertido en zarzales y hierbajos grises. La cabaña estaba ladeada, a punto de derrumbarse. No había rastro de ninguna fisura en la tierra, y el chaparrón, lo mismo que el temblor, habían sido una ilusión.

Así que no había duda, Anderson era el lugar que estaba buscando. Y mi decisión había sido acertada. Si existía lo contrario de lo que debía ser el mundo, aquello era Anderson: todo parecía bello, pero en realidad era inmundo, sórdido y cruel.

Volví a entrar en la casa, al minúsculo chamizo que por ilusión me había parecido

un dormitorio; quité al viejo el cuchillo de la mano. Luego pasé a tiempo real. Se convirtió otra vez en la joven, pero se levantó de repente y se sujetó una mano con la otra por el dolor que le había producido el que le quitara tan bruscamente el cuchillo. Miró en mi dirección y vi la sorpresa reflejada en su cara. Le di una patada en la ingle con fuerza y de repente volvió a ser un viejo que se retorció en el suelo.

—¡Quién eres! —quiso saber—. ¡El sueño de quién eres!

—¡El tuyo! —repuse.

Recuperándose algo del dolor, dijo aviesamente:

—Tengo mejores sueños cuando duermo. Creía que eras real, por el susto que te dio el terremoto.

Bajé el cuchillo de madera y le clavé la punta en la garganta. Entonces me agarró súbitamente el cuello por detrás. Maldije mi estupidez y pasé a tiempo rápido. El viejo desapareció del suelo delante de mí y lo sentí apoyado en la espalda intentando estrangularme. Conseguí soltarme y ponerme detrás de él. En cuanto pasé de nuevo a tiempo real, le alcé y le empujé de la cama hasta la cocina. No dejaba de gritar: para hacerle soltarme el cuello en tiempo rápido le había partido todos los dedos.

Pero las ilusiones alcanzaban incluso el sentido del tacto y de pronto estaba otra vez detrás de mí, ahora con el cuchillo, hundiéndomelo hasta los riñones. Ya estaba cansado de dolor, así que en lugar de intentar vencerle, salí corriendo de la casa. Al momento empezó un terremoto. Fue preciso un gran esfuerzo de voluntad pero crucé una fisura que se abría delante de mí. Era de tierra firme. Luego, a unos doce metros de la casa, me eché en la tierra y provoqué todo lo de prisa que pude un terremoto que se tragó la casa en un gigantesco derrumbe del terreno.

Estaba echado en la superficie de la tierra que temblaba debajo de mí. Pero no fue el temblor lo que me recorrió como un rastrillo el suelo fino. Fue el grito de la muerte. No el grito de un hombre asesinado con un arma de combate, ni el grito de los innumerables hombres, mujeres y niños arrastrados por la enfermedad, el hambre, el fuego o las inundaciones. Era el grito de alguien asesinado por la tierra misma, de mala gana, y el grito se amplificó un millar de veces hasta que me llenó y también yo grité.

Grité hasta que dejé de oír mi propia voz. No era un dolor físico. Cuando terminó, no me quedaba dolor residual en los músculos ni tensión por liberar. El dolor se localizaba en aquella parte mía que había estado en comunión con la tierra y, mientras me despedazaba, me pregunté un instante si moriría por su causa.

No morí. Pero cuando mi propio grito se sumió en el silencio y miré y vi que la tierra se había cerrado de nuevo sin dejar rastro de la casa ni de sus tristes flores inexistentes, deseé hacerla volver, hacer que volviera el viejo repugnante, dejar que su vida continuara aun cuando su yo no pudiera vivir. Merecía morir aunque nada merece la muerte y en aquel momento podría haberme vuelto loco, ansiando que la

casa y el hombre y la vida volvieran y sabiendo que tenía que ser destruido, sólo que por alguna razón recordé a mi padre hinchado por el agua del lago; pensé en los miles de soldados y civiles de la llanura de río Rebelde asesinados o despojados de sus hogares cuando los soldados de Nkumai, al mando de un simulador de Anderson, devastaron y despojaron la tierra a su paso. Pensé en el millón de muertes que habían causado y causarían aún, en los miles de millones de vidas que hundirían en la miseria, y aquel saldo, el convencimiento de la absoluta justeza de la destrucción de Anderson, me permitió conservar el juicio, levantarme del suelo y volver caminando débil y cansinamente a las rocas que bajaban hasta el mar.

Pero los problemas no se resolvían tan fácilmente. Había oído los gritos de la tierra al ser forzada a la complicidad en una muerte... aunque fuera justa. Aquello me desgarraría el alma para siempre. Hasta entonces, en que mostraba desnuda una herida más profunda de la que podría soportar ninguna otra parte de mi ser, nunca había creído que tuviera alma.

La aflicción no me abandonó mientras cruzaba el mar, ni en todo el camino de vuelta en tiempo rápido hasta Gilí. Paré una sola vez, para restituir la ropa que había sido devorada en Anderson. Procuré robar la ropa en una casa que por el aspecto indicaba que sus propietarios podrían permitirse tal pérdida. Las largas jornadas en tiempo rápido sólo me permitían pensar y mis pensamientos no fueron precisamente agradables en aquel viaje. Aquella vez al menos contaba con el alivio de que al llegar podría hablar con alguien a quien no tenía que mentir, con alguien que comprendería lo que había hecho, que no me condenaría por ello. Llegué al fin al prostíbulo, subí las escaleras y encontré el cuerpo de lord Barton cortado en múltiples trocitos en estado de putrefacción, al calor que entraba por la ventana orientada al sur.

Traición

Ignoraba cómo habían dado con él, pero no habría sido difícil. La integridad del encargado era, como mínimo, sospechosa; podrían haber circulado los rumores de nuestra extraña llegada al mediodía por la cadena simbiótica de delincuentes y policía hasta llamar la atención de alguien que comprendiera la milagrosa salvación de Barton de los arqueros. La mutilación de su cuerpo se debía a que, habiéndome visto a mí después de haberme creído completamente muerto, los simuladores y sus inconscientes ayudantes querían asegurarse de que no hubiera ninguna posibilidad de error. Y le dejaron en el prostíbulo para que yo le encontrara.

Inspeccioné la destrucción de mi amigo en tiempo rápido aún. Para mí habían transcurrido diez «días» en tiempo rápido desde que había salido de Anderson, diecinueve «días» desde que había dejado a Barton. Pero en tiempo real era primera hora de la noche del día siguiente al que me había ido. No pude menos que preguntarme si habría salvado a Barton de haber regresado un poco antes o hubiera tardado un poco más en irme. Mientras le rendía el tributo de mi dolor, comprendí que la culpabilidad que sentía porque podía haberle salvado, era algo insignificante comparado con el dolor del grito de la tierra en Anderson. La tierra no me hacía responsable de la muerte de Barton, y después de que los simuladores habían añadido el asesinato de Barton a su lista de crímenes no podía sentirme culpable por haber matado a aquel hombre repugnante de Anderson. Así que puede dejar de culparme por ello y recordar sólo que había estimado a Barton, que había sido una buena persona y que tenía que impedir que otros como él murieran a manos de los simuladores.

Muerto Barton, no tenía ninguna razón para demorar la siguiente etapa de mi viaje; y tenía todas las razones para acelerarla. Ningún simulador escaparía. No importaba lo que tardara. Cuando acabara, Traición estaría libre de ellos. Habían desaparecido todas mis dudas sobre la rectitud de las futuras muertes. No podía pensar y sólo me proponía llevar a la práctica la decisión que tan a regañadientes había tomado, aunque entonces me complaciera sombríamente ejecutarla.

Había una cuestión de prioridades. Antes de actuar contra los de Anderson que estaban gobernando en otras Familias tenía que procurar que su isla natal se despoblara. Ningún relevo, ningún ejército invencible, ilusorio y furioso de Anderson debía poder rescatar a los gobernantes. Y en Anderson tal vez hubiera un millón de habitantes; desde luego no bajaría de cien mil. Hacerlo de uno en uno, sería un trabajo duro y agotador en tiempo rápido, armado sólo con mi cuchillo de hierro. Me llevaría toda la vida y no conseguiría llegar ni a la mitad. Su destrucción requería un cataclismo que no pudieran parar, que acabara con todos rápidamente. Era algo que yo no sabía hacer.

Necesitaba ayuda. Y sólo podía encontrarla en un lugar. Pero ¿podría convencer a la gente de Schwartz, aun cuando el hacerlo salvara otras vidas... y, tal vez más importante aún hiciera que para millones de personas la vida fuera más digna de vivirse? En la mentalidad Schwartz no había mucho espacio para los juicios de valor, lo sabía perfectamente. La vida era la vida. El asesinato era el asesinato. Y yo, que me había separado de ellos siendo inocente, volvía a ellos con las manos manchadas de sangre, para pedirles que me ayudaran en la matanza.

Había vivido durante semanas absolutamente solo en tiempo rápido, sin comer ni beber, sin hablar ni oír otra voz humana excepto la de la bella muchacha de Anderson. Pero no tenía tiempo que perder. Así que durante otros treinta días crucé toda la región sur del continente, desde Wood a Huss. Los árboles dieron paso a una fértil región de pastos. La pradera dio paso a una zona de arbustos que podían sobrevivir con lluvias escasas. Y por último, éstos dieron paso a las rocas cuarteadas por el sol y al desierto interminable.

Me detuve, en tiempo rápido, junto al último arbusto que vi, y pasé allí a tiempo real. No podría encontrar a los habitantes de Schwartz. Tendrían que encontrarme ellos a mí. Y sabía perfectamente que lo harían.

Por un momento di vueltas a la idea de volverme. No sería un encuentro agradable. Seguro que no me mataban, pero cuando había vivido con ellos había conocido la clase de amor que daban. Había confiado en él. Pero aquel amor ya no estaría presente.

Llevaba medio día internándome en el desierto cuando un hombre empezó a seguir un camino paralelo al mío, dejándose ver de vez en cuando a unas cuantas dunas de distancia, o en la cresta de otra peña. A primera hora de la tarde le acompañaban otros tres y al atardecer, cuando me detuve a la sombra de un saliente rocoso, me rodeaban unos cien, más de los que había visto nunca reunidos cuando viví con ellos.

Todos guardaban silencio y me miraban. Yo no comía, por supuesto, pero me senté entre ellos y me introduje mentalmente en la arena, encontré el agua en sus profundidades y la saqué a la superficie. Titiló a la luz reflejada de las rocas que captaba aún los rayos del sol. Me incliné para beber. El agua desapareció alejándose de mí en la tierra. Me habían juzgado, tal como me temía.

Me puse en pie y me dirigí a ellos:

—Necesito vuestra ayuda.

—No conseguirás nada de Schwartz —dijo un anciano.

—El mundo necesita vuestra ayuda.

—La tierra sólo necesita vida.

Y algunos murmuraron: «Asesino».

—¡No he dicho la tierra! —respondí con vehemencia—. He dicho el mundo. Los

hombres. Vosotros sabéis lo que son los hombres... son los que aún han de comer para vivir, los que aún se preocupan por la muerte.

—Que temen aún a los asesinos —dijo el anciano—. Oímos los ecos de aquel grito, Lanik Mueller. Ejecutaste el acto, así que solamente tú lo oíste claramente, pero nosotros sabemos que lo hiciste. Te enseñamos y utilizaste el conocimiento para matar. Obligaste a la propia tierra a ser tu espada. Si nosotros ansiáramos matar alguna vez, sería la tuya la muerte que buscaríamos. ¿Puedo explicarlo mejor? Déjanos. No conseguirás nada de Schwartz.

—¿Helmut? —pregunté, reconociéndole, aunque no sabía cómo.

—Sí —respondió el anciano.

—Creí que deseabas ser siempre joven.

—Me traicionó un amigo y envejecí.

Acto seguido me dio la espalda, y lo mismo hicieron los demás. Pero ninguno de ellos se fue.

Se hizo de noche, rápidamente, como ocurre en el desierto en cuanto se pone el sol. Pero pronto cruzó Disidencia el cielo, arrojando escasa luz pero aportando al menos un punto de referencia, así que no me dominó el vértigo de la oscuridad absoluta. Reinaba, no obstante, un silencio absoluto, hasta que no pude soportarlo más. El recuerdo de los meses que había pasado con ellos era demasiado intenso. Había sido uno de ellos y ahora me odiaban; tenía una tarea que cumplir y ahora fracasaría; había personas que me importaban y ya no serían liberadas. Me quité la ropa, me apreté contra la tierra y lloré.

Lloré por mí mismo, que había traicionado la confianza de la roca y había matado. Lloré por Barton, cuyo ingenio y valor al confiar en un extraño le habían costado la vida, aun cuando había abierto la posibilidad de salvar el mundo. Lloré por los miles de personas con las que me había cruzado en el viaje hasta allí, ninguna de las cuales sospechaba siquiera que pasaba su destino, que su futuro colgaría pronto en la balanza.

Y lloré porque sabía que en definitiva sería bastante inútil. Aun cuando acabara con Anderson y su gente, si podía destruirlo, ¿qué libertad podía tener nadie en Traición? En Mueller volverían a fabricar espadas de hierro para atacar a sus vecinos; los arborícolas de Nkumai bajarían de nuevo de los árboles e invadirían a los que luchaban con madera y vidrio. Destruir Anderson y a sus habitantes podría desencadenar un torrente de muerte en la tierra. El mundo estaba aprisionado, pero sus habitantes en realidad lo ignoraban y estaban en paz.

¿Quién era yo para creer que aquella paz era peor que la muerte?

El verdadero enemigo no eran los simuladores. El auténtico enemigo era el hierro. No el hierro para hacer naves estelares y escapar de Traición y regresar con el resto de la raza humana. Hierro para hacer sangrar a los soldados y causarles la muerte: eso

era lo que nos estaba destruyendo. Porque ¿qué alternativa tenía nadie? Si tenían algo, cualquier cosa que pudiera venderse al Embajador a cambio de hierro, entonces la Familia tendría una ventaja sobre las demás. Y así era necesario que una Familia protegiera su independencia abatiendo a todas las demás que pudieran desarrollar o hubieran desarrollado algo que los Embajadores le comprarán.

Mientras permanecía tendido en la arena con la cabeza apoyada en los brazos, comprendí que matar a los simuladores no serviría de nada, a menos que destruyéramos también a los Embajadores. La agonía se prolongaría mientras pudieran seguir enviando hierro muerto de otros mundos para derramar sangre en éste.

—Vosotros me enseñasteis que hay hierro en la tierra —dije.

No me contestaron, ni siquiera se habían vuelto cuando lloraba, suponiendo, seguramente, que el mío era el llanto de los culpables y los condenados.

—¿Por qué no hay nada de hierro en la superficie?

No respondieron.

—Había algo de hierro en la superficie, ¿no? Por eso vinieron aquí vuestros primeros antepasados, ¿no? Las pruebas geológicas demostraron que no había depósitos de hierro fácilmente accesibles. Pero aquí había hierro, ¿no?

Helmut habló:

—Nadie encontrará nunca hierro en Schwartz.

—Pero lo había, ¿no? Aquí había hierro, y vosotros sabíais, o lo sabían vuestros antepasados, lo que podía causar el hierro, ¿no es así? Sabían que el hierro causaría muertes. Sabían que en la lucha por la supremacía se vertería tanta sangre que cualquier victoria sería absurda. ¿No es así?

Helmut se volvió hacia mí, con una expresión extraña y retorcida.

—Nadie ha salido nunca de Schwartz sabiendo eso.

—¡Teníais el hierro! Y decidisteis no utilizarlo, ¿verdad?

Helmut se puso en pie, furioso.

—¿Es que no sabes nada? ¿Es que no has visto las montañas? ¿Por qué crees que no permitimos que llueva nunca aquí? Si permitiéramos que lloviera en Schwartz, la herrumbre de las rocas sería visible a kilómetros de distancia. No habría paz, ni aquí ni en ningún lugar del mundo. Hemos mantenido el hierro oculto y tú no vas a traer el mundo aquí para cogerlo y matar con él.

Ahora me miraban también los otros y todos parecían irritados también.

—No entendéis. No quiero contárselo a nadie. Quiero concluir la labor que iniciaron vuestros padres. Vivís en Schwartz protegiendo a la humanidad del hierro, pero fuera de aquí el hierro sigue derramando sangre igualmente. ¿Es que no lo sabéis?

—Claro que lo sabemos —dijo Helmut—, pero no tenemos poder para cambiar el

corazón de los hombres. No somos responsables. No es culpa nuestra.

—Tenéis las manos limpias, ¿verdad? Aquí, donde el sol lo conserva todo puro. ¡Pero vosotros no sois puros! Porque si podéis detener el sufrimiento y la muerte y no lo hacéis, entonces sois culpables. Sí es culpa vuestra.

—Nosotros no matamos a nadie. Ni permitimos que nos maten. No tenemos nada que ver con ellos.

Pero había conseguido una vía de argumentación y la seguí.

—Si me ayudáis puedo evitar que el hierro llegue aquí. Puedo detener completamente el flujo de hierro de la República y poner fin al miedo y la rivalidad que han causado estas guerras. Pero sin vuestra ayuda no puedo hacerlo.

—Eres un asesino.

—¡También vosotros!

Helmut abrió mucho los ojos.

Insistí.

—En Hanks, cientos de miles de personas murieron a punta de espada o de hambre cuando los ejércitos de Gilí abrasaron la tierra. En la llanura de río Rebelde, cientos de miles murieron cuando los ejércitos de Nkumai destruyeron toda la vida que encontraron a su paso. ¿Había hecho algún ejército eso anteriormente? ¿Alguna vez?

—El sonido fue espantoso —dijo Helmut débilmente.

—La razón de que se librara ese tipo de guerra fue el hierro. Nkumai y Mueller obtenían hierro y parecía inevitable que uno de los dos alcanzara la supremacía entre las Familias. Pero había otra Familia, una que tenía un producto que nunca podría exportar. El Embajador nunca les daría hierro. Pero lo que podían hacer, lo que hicieron, fue salir y tomar el hierro que conseguían otras Familias.

—¿Qué nos importa a nosotros lo que suceda en Nkumai y Mueller? —dijo Helmut despectivo.

—Absolutamente nada. Pero debiera importaros lo que le ocurra a la humanidad, por el amor a la roca, ya que no por ninguna otra razón. La Familia a la que me refiero es Anderson y su poder es la mentira. No simplemente decir a alguien algo que no es cierto, sino hacérselo creer, contra su voluntad, convencerles hasta tal punto de que la mentira es verdad, que jamás se les ocurre dudar.

Les hablé de Dinte, de Mwabao Mawa, de Percy Barton.

Helmut se mostró al fin interesado.

—¿Son esas las personas que han estado causando tantas muertes?

—Sí.

—¿Y qué te propones? ¿Matarlos a todos?

Mi silencio era sobrada respuesta. Una expresión de repugnancia asomó al rostro de Helmut.

—¿Y quieres que nosotros te ayudemos? Nunca fuiste mi amigo si pudiste creer que te ayudaríamos.

—¡Escuchadme! —grité, como si el mero volumen de la voz pudiera hacerles comprenderme mejor—. Anderson es invencible. Ningún hombre puede luchar con sus hombres. Han actuado con astucia esta vez, infiltrándose en el gobierno y dominando a la gente que no sabe que ellos gobiernan. Pero si se rebelaran, llegarían de la isla en gran número y ningún ejército podría detenerles, porque se presentarían como monstruos espantosos; o llegarían sin ser vistos, de noche; o lucharían abiertamente, pero cuando un hombre les golpeará, su enemigo ya no estaría donde parecía que estaba, y todos los soldados morirían sin poder utilizar siquiera la espada.

—Sé lo que es la guerra —dijo Helmut despectivamente—. Y la rechazo.

—Claro que la rechazas. ¿Quién puede matarte? No morirás nunca. Pero ahí fuera hay millones de personas que pueden morir y cuando alguien se les acerca con una espada en la mano y les dice: «Obedéceme u os mataré a ti, a tu mujer y a tus hijos», ¿qué es lo que hacen? Obedecen. Aunque sean héroes, obedecen. Porque saben que quien tiene el poder de matar y está dispuesto a utilizarlo, vencerá a todos los enemigos a menos que estén tan ávidos de muerte como él. El poder de quitar la vida es el supremo poder del mundo y todos los hombres se sienten débiles ante él.

—Nosotros no somos débiles.

—Vosotros no sois hombres. Los hombres son mortales. Vosotros podéis reiros de un soldado y alzar un muro de roca que le mantenga fuera para siempre. Podéis subir al muro y mirarle mientras él y sus hijos y sus nietos envejecen y mueren y nunca entenderéis por qué sienten miedo siempre. Tienen miedo porque tal vez no llueva y si la cosecha no es buena morirán de hambre; porque las inundaciones y los terremotos pueden arrebatarles la vida de repente; pero sobre todo, porque durante la noche puede llegar otro hombre y alzar su espada y arrancarles para siempre de este mundo. ¡Temen a la muerte! ¿Puedes imaginar al menos lo que significa eso?

—Nosotros también tememos la muerte —dijo Helmut.

—No. Helmut, a vosotros os ofende. La lamentáis. Pero en lo tocante a vuestra propia vida, sabéis perfectamente que nadie puede amenazarla en absoluto. La muerte es algo que les ocurre a los demás.

—¿Y por eso quieres que matemos a la gente? ¿Quieres que hagamos lo mismo?

—No, no es eso. Quiero que me ayudéis a impedir que alguien en el planeta tenga el poder de ser invencible. Quiero destruir a los Embajadores para que ninguna Familia pueda alzar armas de hierro contra las armas de madera. Y quiero destruir a los hombres de Anderson porque ellos, igual que el hierro, matan porque sí, sin que nadie pueda impedirselo.

—¿En qué nos diferenciaríamos de ellos si matáramos a aquellos cuyos actos nos disgustan?

—¡No lo sé! Quizá en algún lugar del universo haya una medida para juzgar los actos de los hombres y los que matan a otros hombres por amor al poder sean juzgados con más dureza que los que matan a esos hombres ávidos de poder en pro de la libertad. Pero si no hay lugar en el universo para oponerse a los ladrones de la libertad y seguir siendo considerado buena persona, entonces no creo que exista bien ni mal en el universo y si eso es cierto, entonces, todo carece de sentido y tanto da matar o no; pero eso no puede ser cierto, no puede ser así, «que importa, llega un momento en el que tienes que quitar vidas para..., escuchadme..., para...

Pero no había modo de convencerles. Me daba cuenta. Me miraban impassibles; me sentía desesperado.

—Muy bien. No puedo obligaros. Nadie puede obligaros a hacer nada. —Les lancé una serie de insultos, con gran amargura—. Ostentáis la libertad como un premio y tenéis el poder de ayudar a otros a ser libres, pero sois demasiado egoístas para salir y darles la libertad. Guardaos vuestra libertad, guardaos vuestra inmortalidad; pero espero que un día averigüéis para qué vivís para siempre, el noble propósito que os proponéis conseguir. Porque aquí no suponéis ningún bien para nadie, ni siquiera para vosotros mismos.

Me volví y me alejé, por donde había llegado, hacia Huss y la civilización y la desesperanza. Caminé durante horas; luego me di cuenta de que alguien me seguía de cerca. Era Helmut, aunque parecía otro. Tardé un momento en comprender por qué: ya no tenía el cabello blanco de anciano.

—Lanik —me dijo, con voz más juvenil—. Lanik, tengo que hablar contigo.

—¿Para qué? —le pregunté, sin atreverme a creer que mis palabras pudieran haberle afectado pese a todo.

—Porque me estimas. Oyéndote hablar, comprendí que yo también te estimo. A pesar de todo.

Así que me detuve y me senté en la arena y él hizo otro tanto.

—Lanik, tienes que comprender algo. No somos sordos a los demás hombres. Te oímos. Te comprendimos. Y deseamos que alcances el objetivo que te has propuesto. Deseamos destruir a los Embajadores. Detestamos a los hombres de Anderson y sus crímenes y engaños tanto como tú. Nada nos parece peor que quien mata no por ira, vejación o venganza, o por considerarlo su obligación, sino por lucro. ¿Lo comprendes? Detestamos todo lo que tú detestas. Y deseamos acabar con ello. Pero nosotros no podemos hacerlo, Lanik. ¿Creías que nuestro odio a matar era sólo una opinión, sólo una emoción, sólo el deseo de poner fin al sufrimiento? No podemos matar. Así de simple. Todavía hoy nos tortura la canción de la muerte entre las rocas. Pero tú oíste el grito de la tierra cuando la hiciste matar a aquel hombre en Anderson. Lo oíste. ¿Cómo fue?

Contesté sinceramente.

—Fue lo peor del mundo.

—Bien, Lanik. Puedes conseguir más de la tierra que ninguno de nosotros. Ya te lo dijimos hace años, antes de que te fueras. Y por eso oíste el grito más claramente de lo que ninguno de nosotros lo ha oído nunca. Pero si nosotros destruyéramos Anderson, tendríamos que hundir la isla en el mar y la tierra, hacerla desaparecer completamente de la superficie, y tú sabes tan bien como yo que ninguno de nosotros podría hacerlo solo.

Asentí.

—Suponía que el consejo...

—Ese es el problema, Lanik. El consejo es un conjunto de individuos. De individuos débiles, como yo. Unidos podemos retorcer y cambiar la tierra de formas que ni imaginarías. Podríamos hundir Anderson en el mar en unos segundos. Podríamos construir una cordillera que llegara de un extremo a otro del mundo en una hora. Podríamos, en caso necesario, coger este planeta y hacerlo girar en su órbita más lejos o más cerca del sol para que se enfriara o se calentara. Pero si matáramos a todos los que viven en Anderson hundiendo la isla en el mar, el grito que oíste tú por la muerte de un hombre se multiplicaría por cientos de miles. ¿Lo entiendes? Y tendríamos que soportar esos cientos de miles tres o trescientos hombres de Schwartz. Cada uno tendría que aguantar un grito cientos de veces más espantoso que el que oíste tú. Y peor, porque al ser el consejo, penetraríamos más hondo en el corazón de la tierra de lo que tú podrías penetrar nunca y sin embargo aún seríamos individuos, y allí donde la voz de la roca es más fuerte seríamos individualmente menos capaces de resistir. El grito nos penetraría más a fondo y nos ahogaríamos en él tan cierto como el mar ahogaría a la gente de Anderson. ¿Comprendes, Lanik? Hacerlo nos destruiría. ¿Y quién controlaría entonces la cólera de la tierra? ¿Quién absorbería el odio de las rocas? ¿Quién enfriaría ese ardor? Nadie. Destruiríamos la tierra porque ya no seríamos capaces de albergar su cólera. Por eso no podemos acceder a tu petición.

Yo no lo sabía. No había entendido el precio que tendrían que pagar.

—Haré lo que pueda sin vuestra ayuda.

Me levanté para seguir mi camino. Helmut también se levantó y, tras mirarle a los ojos un instante, me volví.

—Lanik —me dijo.

—Sí —contesté.

—Me han pedido que te explique la forma.

—¿La forma de qué?

—La forma de hacer lo que quieres hacer.

Le observé; no estaba seguro de lo que quería decir.

—Has dicho que es imposible.

Movió la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dije que era imposible para nosotros. Pero hay otra forma de hacerlo. No quería decírtelo, Lanik, por miedo a que aceptaras hacerlo, porque te destruiría y te amo y no quiero que te destruyan.

—Helmut, si hay una forma de hacerlo, lo haré, aunque signifique mi muerte. Bien sabe Dios que todas las alternativas suponen la muerte de una u otra forma. Nunca me propuse vivir siempre.

Incluso mientras lo decía, me preguntaba si lo creía, si elegiría realmente morir o preferiría encontrar un lugar en el que vivir, un lugar tranquilo como Humping, o un bosque recóndito como Ku Kuei, o incluso aquel mismo desierto, con la hermosa y extraña gente de Schwartz. Podía ocultarme y podía vivir, así que ¿por qué iba a elegir la muerte?

Helmut expresó mis dudas con palabras:

—¿Tan poco amas tu propia vida?

Y al contestarle a él me contesté a mí mismo:

—Helmut, tú no lo sabes, nunca has estado solo como lo he estado yo, pero en mi soledad he descubierto algo. Que paso por el mundo sin que me vean. Aun cuando la gente me ve o me habla, es como si no existiera, como si no tuviera derecho a existir. Recorro su tierra y no me ven. Actúo una y otra vez y no importa absolutamente nada. Pero me conmueven. Hay una familia en las colinas de la región más pobre de Britton que me necesitó y su misma necesidad se convirtió en lo más importante de mi vida. Hay una mujer congelada en el tiempo junto a un lago de Ku Kuei que me necesita, aunque estamos separados, y si pudiera hacer algo por arrancarla de la muerte eterna a la que se ha entregado, lo haría. Y un hombre que no era tan viejo como para morir se suicidó en Ku Kuei y cuando él murió comprendí que la mitad de mí mismo era él y aquella mitad murió con él y la otra mitad nunca dejará de llorarle. Haré lo que sea, Helmut, para que nadie elija la muerte en vez de la vida en este mundo. Haré lo que sea.

En otras ocasiones y otros tiempos, antes y después, no podría haber dicho aquellas palabras. Héroe y víctima son la consecuencia de su estado de ánimo en el momento en que se presentó la oportunidad o en que las circunstancias eran pésimas, y si yo no hubiera caminado tres mil kilómetros en solitario sólo para encontrarme con la repulsa y la desesperación no sé si habría dicho tan tranquilamente «Haré lo que sea».

Pero lo dije y lo sentía; y Helmut me abrazó y me explicó:

—Cuando actuamos juntos, no tenemos que entrar todos en la tierra. Podemos enviar a uno, y se echa entre la roca y canta todas nuestras canciones con su voz y escucha toda la canción de la tierra con su corazón. Puede ser gozoso, y honramos a nuestros mejores hombres enviándoles por nosotros en tales ocasiones. Puede ser doloroso, y también honramos a nuestros hombres más grandes confiándoles el dolor

de todos. Pero no podríamos soportarlo. Por eso no podemos enviar a ninguno a la tierra. Sin embargo, tú eres más fuerte que ninguno de nosotros. Cuánto, no lo sabemos. Pero si vas a la tierra por nosotros, cabe la posibilidad de que vivas. Y si murieras y la furia de la tierra continuara, nosotros seguiríamos vivos para contenerla y salvar el mundo.

Nos tendimos todos juntos en la arena, con los brazos estirados; yo en el centro, hecho un ovillo; y, mientras me hundía en la arena, les sentí unírseme, uno por uno, hasta que todas sus canciones sonaban en mi mente mientras la arena me tragaba y me abatía.

Antes, siempre me había detenido en el lecho de roca. Pero entonces la roca se ablandó y ondeó a mi alrededor, como lodo frío, cerrándose de nuevo sobre mi cara. Cuanto más me hundía más cálida era la roca y más rápido parecía caer hasta que el calor era todo el que podía soportar, e incluso cuando dejé de hundirme, la roca ardía y bullía a mí alrededor.

Con el conocimiento de centenares de hombres de Schwartz concentrado en mí, encontré fácilmente la isla de Anderson, que no era ya una aberración de la superficie sino por el contrario, el borde principal de una plancha rocosa flotando en un mar de granito fundido. El flujo era increíblemente lento, pero en cuanto encontré la isla empecé a quitar el magma de debajo.

Donde yo actuaba el hundimiento parecía lento, por supuesto, pero el daño se inició en la superficie desde el primer instante. La roca se hundió bruscamente y todos los edificios y cosas vivas de la isla se derrumbaron. Luego, mientras la isla seguía hundiéndose, el mar se precipitó desde ambos lados y se unió en una ola gigantesca en el centro de la isla de norte a sur.

Debido a la interrupción de la plancha rocosa, el magma caliente subió a la superficie, golpeando el océano y saltando aún más alto hasta estallar en el cielo, arrojando ceniza ardiente, vapor, barro y lava del mar. El agua hervía y todo cuanto quedaba vivo en aquella parte del mar sucumbió al convertirse en vapor miles de hectáreas de océano.

Todo esto ocurrió porque yo, con la fuerza de todos los habitantes de Schwartz apoyándome, había obligado a la tierra a actuar. Y la tierra, ajena al tiempo y por tanto a las consecuencias, me obedeció. Y no se rebeló hasta que empezaron los gritos de muerte; y en aquel momento, los hombres de Schwartz me abandonaron. Tenían que trabajar para impedir que la tierra se desgarrara, para impedir que la corteza de la tierra arrojara con una sacudida la vida irritante que le había causado tanto tormento y tan escaso gozo. Tenían que contener la marea de roca fundida que bullía por escapar y abrirse paso hasta la superficie en todos los puntos que habían sentido el temblor cuando la isla se hundió.

Sin embargo, yo no sabía nada de su trabajo. Tenía otros problemas entre manos, porque la tierra lloraba el asesinato de medio millón de personas y yo era el único que la oía.

Murieron muchos inocentes. Y sus muertes me obsesionarían a partir de entonces: los pescadores que colocaban inocentemente redes en la bahía de Britton cuando la ola gigantesca golpeó la costa; todos los que estaban en los edificios altos de Hess, Gilí e Israel y que murieron cuando las estructuras no pudieron contener la onda de choque procedente de Anderson; pero muchos habitantes de Anderson no eran asesinos, aunque fueran simuladores, y sólo deseaban el bien a los demás.

Sin embargo, la tierra no hacía distinciones entre inocentes y culpables, entre aquellos cuyas muertes no tenían ningún objetivo y los que tenían que morir para que la humanidad de Traición llegara a significar algo. La tierra sabía que aquello no era como segar los campos; no podía comprender la lógica humana que nos había llevado a aquel punto. La tierra solamente sabía que los que nos habíamos reunido allí en Schwartz le habíamos ordenado asesinar a personas que se encontraban tan lejos que de ningún modo podríamos llamar a nuestro acto autodefensa.

Las rocas gimieron espantosamente, como diciendo: «Confiamos en ti, te otorgamos poder, te obedecemos, ¡y lo utilizaste para matar!». Las rocas gritaron: «¡Traidor!», mientras el calor me atravesaba el cuerpo de parte a parte.

En un segundo perdí todas las amarras, toda conexión con la realidad, toda noción de tiempo, y mientras que el grito del hombre que había matado en Anderson duró unos segundos, el grito de la tierra, aquella vez, duró eternamente. No tenía fin porque no existía el tiempo y durante una infinidad sentí un tormento de magnitud infinita y sólo deseaba una cosa. No morir, porque la muerte solamente aumentaría el grito de la piedra, sino más bien ser aniquilado, no haber existido nunca, no haber vivido nunca porque mi vida había llegado a aquel punto y aquel punto era inalcanzable, insoportable, imposible.

—¡Traición! —gritó la tierra eternamente.

—Perdóname —supliqué.

Y cuando finalmente el tiempo volvió y la infinidad concluyó, la roca me arrojó, la arena me vomitó, me vi lanzado al aire y me precipité de cabeza hacia las estrellas.

Subí, y luego el ascenso cesó y caí de nuevo a tierra. Era la misma sensación que había tenido cuando salté del precipicio en la oscuridad antes de que saliera Disidencia preguntándome si la tierra me recibiría en realidad o si aquella voz golpearía la superficie y sencillamente me detendría, roto y desparramado para que mi sangre impregnara la arena y el sol secara mi carne hasta convertirla en cuero y luego en polvo.

No obstante, incluso en el aire, me alborocé. Aun en el caso de que muriera entonces, ya había hecho mi primera y mayor obra. Y había sobrevivido, aunque

fuera un momento; había oído el grito más espantoso de la tierra y había vivido.

Mientras caía luego escuché y comprobé que el grito no había cesado. Todavía podía oírlo, aún en el aire, desconectado de la tierra. Si vivía, lo oiría eternamente.

Llegué a la arena, que me aceptó, me sostuvo, me permitió hundirme suavemente y yací de nuevo en la superficie, en reposo, aunque ya nunca volvería a estar en paz. La tierra nunca me perdonaría (la roca no podría hacerlo) que hubiera traicionado su confianza. Pero aunque no me perdonara, me aguantó. Conocía mi corazón y él soportaba mi vida. La tierra me permitiría vivir mientras yo deseara seguir vivo.

Los hombres de Schwartz yacían a mi alrededor. Tardé mucho rato en darme cuenta de que estaban llorando. Luego, curiosamente, recordé a Mwabao Mawa entonando la canción de la mañana en una rama alta de Nkumai. La melodía resonó incesante en mi mente. Y, por primera vez, comprendí la perturbadora belleza de aquella canción. Era la canción de un asesino que ansia morir. Era la canción de justicia ansiada que no se ha alcanzado.

Permanecimos todos tendidos, agotados hasta la inmovilidad.

Horas más tarde..., ¿o sería un día o varios días después?..., llegó a Schwartz la vasta nube de vapor del mar que se había lanzado al cielo sobre el hundimiento de Anderson y por primera vez en milenios llovió allí y el agua cubrió las montañas ferruginosas, se vertió en la arena y la enfrió, y se mezcló con las lágrimas de los rostros de la gente de Schwartz, borró y limpió su llanto; Helmut se levantó, se acercó a mí bajo el aguacero y me dijo:

—Lanik, estás vivo.

—Sí —dije, porque en realidad él quería decir: «Lanik, te estimo y aún estás vivo», y en realidad yo quería decir: «Helmut, te estimo y aún estoy vivo».

—Hemos hecho lo que hemos hecho —dijo Helmut—, y no lo lamentaremos porque era necesario aunque no estuviera bien. Pero aun así, te pedimos que te marches. No te expulsamos porque sin ti pudieron ocurrir cosas peores, pero, por favor, Lanik, déjanos ahora y no vuelvas nunca.

—Aún sabréis de mí. Aún tengo trabajo que hacer. Os causaré más pesar.

—Haz tu trabajo —dijo—. Espero que algún día se lave la sangre de tus manos.

—Guardad vuestro hierro. Protegedlo. No dejéis que se oxide.

Sonrió (algo espantoso en aquel momento, y sin embargo, más sorprendente y refrescante que la lluvia), me abrazó y dijo:

—La primera vez que te fuiste creí que me habías traicionado. No lo entendía, Lanik. Creía que confiar en ti suponía que actuarías siempre como yo quisiera. Creo que tal vez vuelva a ser joven después de todo y deje que otro ocupe el puesto de portavoz. He asumido responsabilidad suficiente para toda una vida.

—Y yo para diez —contesté. Me besó, me abrazó y luego me despidió. Me encaminé hacia el este, hacia Huss. En algún punto del camino encontré mi ropa,

pulcramente doblada y colocada a mi paso, y, sobre ella, mi cuchillo. Era la bendición de los hombres de Schwartz, la absolución por adelantado de las muertes que aún tenía que dar.

Me vestí, así el cuchillo de hierro y pasé a tiempo rápido; y durante los tres años siguientes de mi propio tiempo no hablé con ningún ser humano ni oí ninguna voz humana y pasé los días caminando entre asesinatos, escuchando el grito de los agonizantes y los muertos y oyendo el grito de la tierra y sabiendo que algún día los habría encontrado a todos, que habrían muerto todos y no tendría que volver a matar.

Maté a Percy Barton de buena gana, pues aquella vieja había engañado y asesinado a mi amigo. Pero su grito de muerte atormenta mi alma, un grito tan fuerte como el de Mwabao Mawa, aunque ella (no, él, un individuo blanco y calvo que gobernaba una nación de negros orgullosos ignorantes de tal hecho) había cantado la bella canción matinal. No hubo distinciones. Los odiados y los amados murieron igual, y, en definitiva, no fue más fácil hundir el cuchillo en la garganta de Percy Barton que en la de Mwabao Mawa.

Destruir los Embajadores fue más fácil, porque la tierra no protestó por su muerte. Eran máquinas, carentes de vida. Todo lo que tuve que hacer fue romper el precinto que decía «Advertencia: La manipulación errónea causará la destrucción de la máquina y la muerte de todo el que se encuentre en un radio de 500 metros», y alejarme luego en tiempo rápido para que la explosión no me alcanzara.

Maté siguiendo una ruta desde las ruinas de las tierras colindantes con Anderson, visité todas las capitales de todas las Familias para asegurarme de que localizaba a todos los ciudadanos de Anderson, y los maté para asegurarme de que no quedaba ningún Embajador. Como mi flujo temporal era más rápido que nunca, sólo tardé una semana de tiempo real en hacerlo todo. Llevaba siempre ventaja a todos los mensajeros. Los habitantes del planeta creían que una plaga súbita había acabado con los mandatarios de su mundo y también con los Embajadores.

Me preguntaba qué habrían pensado al encontrar el cadáver de una anciana en el trono de Percy Barton. ¿Establecerían alguna conexión? ¿O se preguntarían quién era, sin llegar a saber nunca por qué y dónde habría desaparecido su rey?

No tenía sentido mantener una lista durante mi largo viaje mortífero. Al final del mismo, a la semana de haberlo iniciado, tenía, según mis cálculos más precisos, unos veinticuatro años. Cuando mi padre tenía veinticuatro años, ya había nacido yo y él jugaba conmigo por la mañana y por la tarde guiaba a sus hombres en la batalla. Yo no tenía hijos, pero mis asesinatos no pesaban tan ligeramente en mi alma como los de mi padre en la suya. Él no se daba cuenta y creía que matar le haría un buen rey. Yo ni siquiera tenía el vago privilegio de los reyes y sabía exactamente lo que costaba el asesinato. Tenía veinticuatro años, pero en mi corazón era intolerablemente viejo y sentía el cuerpo sobrecargado y agotado.

Había un lugar, sin embargo, al que aún no había ido; y cuando todos los simuladores y todos los Embajadores hubieron desaparecido, todavía faltaba alguien: el que había sido mi hermano Dinte; el que había destruido a mi padre; el que me había robado la herencia; al que había odiado, con el que había competido y que me había agraviado siempre en todos nuestros años de convivencia; el que, inexplicablemente, seguía siendo mi hermano pese a que sabía muy bien que no lo era.

¿Podría lord Barton haber matado realmente al hombre al que en tiempos había creído su hijo? ¿Podría yo matar realmente a Dinte?

Lo sabría cuando llegara el momento. Así que llegué finalmente a Mueller del Río y, por primera vez en años, entré en una ciudad siendo yo mismo, sin ocultarme en tiempo rápido. Yo era Lanik Mueller, aquella ciudad había sido mi hogar y, tanto si me daban la bienvenida como si no, me presentaría orgullosamente y declararía al fin, cuando todos los simuladores hubieran muerto, lo que iba a hacer y lo que había hecho. El mundo había considerado a Lanik Mueller un monstruo cuando aún no lo era; ahora que lo era realmente deseaba que se supiera. Incluso aquéllos a quienes se considera malvados desean que se conozcan sus actos.

Entré en la sala del trono que ocupaba Dinte y avancé decidido hasta el centro de la misma. Aunque muchos de los presentes no me reconocieron, pues incluso quienes me habían conocido me habían visto por última vez como un muchacho de quince años, me reconocieron los suficientes como para que el murmullo «Lanik Mueller» recorriera la sala. Todos los ojos se clavaron en mí y, por un instante, todos temían actuar.

Mi hermano Dinte se levantó del trono, me tendió rígidamente los brazos y con voz artificialmente alta dijo:

—Bien, hermano. ¿Al fin has venido para ocupar tu trono?

Y, dicho esto, se apartó a un lado para dejarme ocupar el lugar que por derecho me correspondía. Ordenó a los presentes arrodillarse mientras yo subía al estrado. Se arrodillaron, Dinte me esperó, sonriendo, recibéndome satisfecho.

Lanik en Mueller

En todas las posibles versiones de esta escena que había imaginado, concretamente aquella nunca se me había ocurrido. Pero por un largo minuto, me pareció perfectamente apropiada. El hermano usurpador, al verse frente al peregrino que regresa finalmente al hogar, se retira gustosamente para que el heredero legítimo ocupe el lugar que le corresponde.

Yo había planeado presentarme allí, declarar a Dinte traidor y asesino y apuñalarle delante de todos los presentes. Nada secreto: No sería Bebelagos, el Hombre del Viento ni el Hombre Desnudo quien ajusticiara a un simulador de Anderson. Sería Lanik Mueller quien haría justicia con su hermano Dinte, el usurpador que había llevado a su padre al bosque de Ku Kuei y a la muerte.

Y llegado el momento, Dinte me impedía hacerlo. Si le mataba allí delante de todos después de haberme cedido el puesto de buena gana (aunque yo sabía que era falso), simplemente reforzaría la leyenda de Lanik Mueller como Andrew Apwiter, que llega a la vida para recrear el caos y poner fin al mundo. Así que, de mala gana, antes de que el simulador que se ocultaba tras el rostro de Dinte me matara sin que me diera cuenta, pasé a tiempo rápido y di un paso al frente, lo cual suponía que en realidad había desaparecido.

Pero Dinte no se convirtió en el simulador que yo esperaba, el rudo hombre o mujer de edad mediana que esperaba ver al pasar a tiempo rápido. Se convirtió en cambio en una criatura con cuatro brazos, cinco piernas y dos juegos de genitales masculinos que contrastaban absurdamente con tres senos ajados y colgantes. No me habría extrañado ver a semejante ser en los corrales. Pero en aquel momento esperaba ver un simulador de Anderson y lo que tenía ante mí era un monstruo insólito o un regenerador radical de Mueller. ¿Y quién podría haberse convertido en simulador en Mueller?

Miré entonces a la criatura a la cara; contemplaba fijamente el lugar en el que hacía un instante estaba yo. Reconocí al monstruo y cambió todo.

Aquél era mi rostro. La cabeza de Lanik Mueller coronaba la grotesca colección de miembros y excrecencias. Pese a las orejas, los ojos y las narices que crecían fuera de lugar, me reconocí. Aquel ser que estaba a un lado del trono era yo mismo; no el Lanik Mueller al que habían curado en Schwartz, sino Lanik Mueller el regenerador radical, el monstruo, el niño.

Era mi doble, el que había nacido en el bosque de Ku Kuei.

¡Imposible!, grité mentalmente. Aquella criatura no existió hasta mucho después de que Dinte llevara años viviendo con nosotros. Era imposible que fuera Dinte.

Traté de decirme al principio que evidentemente era una ilusión secundaria; que aquel simulador había dado con la forma de engañarme también cuando estaba en

tiempo rápido. Pero aquello era absurdo: si tal cosa fuera posible ya me habrían engañado otros simuladores mucho antes.

Así que me dirigí en tiempo rápido al trono, me senté, y pasé a tiempo real.

Muy pocas veces había podido hacer semejante exhibición: desaparecí repentinamente de un lugar y aparecí en otro. Se alzó un murmullo frenético entre la multitud. Pero Dinte (ahora con el número normal de brazos y piernas, tal como le había conocido siempre al muy cabroncete) no parecía sorprendido.

—Dinte —le dije—. Todos los presentes parecen sorprendidos de verme sentarme aquí, pero tú y yo sabemos que Lanik Mueller lleva años sentado en este trono.

Me miró fijamente un momento, luego cabeceó levemente.

—Así que me gustaría verte en privado, Dinte, en la habitación donde guardaba mi colección de caracolas cuando tenía cinco años.

Dicho esto, pasé de nuevo a tiempo rápido y salí de la sala del trono.

De niño guardaba mi colección de caracolas en un desván que no se usaba hacía mucho, de una de las partes más antiguas del palacio, un lugar que nunca se trancaba pero que como sólo era accesible mediante una escalerilla y sinuosos corredores, rara vez se visitaba. Me dirigí allí en tiempo rápido; luego pasé a un flujo temporal más lento, casi normal, y esperé. Me quedé al borde mismo de la velocidad para poder reaccionar más rápidamente de lo que él pudiera atacarme en caso de que Lanik/Dinte tuviera intención de traicionarme.

Si era un impostor, si no era realmente yo, no sabría a qué habitación me refería.

Esperé quince minutos. Luego apareció en el pasaje del desván polvoriento y se sentó frente a mí en el suelo. Le costaba caminar con las manos y las piernas torpes, y sentado era ridículo, pero no me reí. Recordé mi lucha para subir una loma corriente en Schwartz cuando el barco de esclavos de Singer me dejó en la costa. Él había tardado tres años de tiempo real en llegar al mismo estado en el que me había visto yo tras unos meses de confinamiento en el barco. Pero le recordaba; había estado en aquel cuerpo. Sabía exactamente quién era y cómo se sentía.

De nuevo en tiempo real, le hablé amablemente.

—Hola, Lanik.

—Hola, Lanik —me contestó, con una sonrisa espantosa en un rostro retorcido.

—La última vez que nos vimos intenté matarte —le dije.

—He deseado muchas veces que lo hubieras conseguido.

Guardamos silencio unos minutos. ¿De qué hablas cuando te encuentras contigo después de tanto tiempo?

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunté, aunque imaginaba ya gran parte de la historia—. ¿Cómo aprendiste a ser simulador?

Me lo contó. Me explicó que había permanecido medio muerto mientras su organismo debilitado ya intentaba regenerar el cráneo y la piel e impedir la

degeneración del tejido cerebral. Me explicó cómo le había encontrado la numerosísima partida de búsqueda que habían enviado detrás de mí.

—Si no me hubieran encontrado a mí —me dijo—, habrían seguido buscándote hasta dar contigo, seguro. Y cuando se dieron cuenta al fin de lo ocurrido e intentaron reanudar la persecución, siguieron tu rastro hasta la costa. Era bastante fácil. Si te hubieran seguido inmediatamente no habrías escapado —sonrió—. Te salvé la vida.

Me habló luego de los días y semanas pasados con Mwabao Mawa en su casa de la copa del árbol. Mi organismo, al formarle, le había dado también mis recuerdos; o tal vez en mi delirio mientras viajábamos juntos por el bosque hubiera vertido yo en él todo lo que importaba, todo cuanto me hacía ser quien era. Mwabao tardó bastante en comprender que era un duplicado mío.

—Pero para entonces sabía lo suficiente como para estar segura de que era de Mueller... Había pronunciado los nombres de Dinte y padre en mi delirio y, por lo que parece, sabes que los simuladores ya estaban en Mueller entonces.

Mwabao había aprovechado rápidamente la oportunidad que le brindaba mi doble y alentó su odio hacia mí, sus sentimientos de inutilidad porque sería siempre un monstruo, espantoso, la criatura que no tenía derecho a existir. No tardó mucho en acceder a dirigir los ejércitos de Nkumai y sus aliados en la guerra contra Mueller.

Fijó, sin embargo, un precio, que Mwabao pagó de muy buena gana. Pidió que le instruyeran en el engaño de Anderson y Mwabao Mawa así lo hizo. Mientras yo estaba en Schwartz aprendiendo a controlar la tierra, él estaba aprendiendo a controlar la mente humana.

—Las creencias de la gente no existen de forma aislada —me dijo—. Las creencias bien arraigadas de cada individuo ejercen una gran presión en los demás. No las opiniones, por supuesto..., las creencias. Podíamos..., podían hacer que cualquiera creyera que el sol era azul y que lo había sido siempre. Pero naturalmente cuanto más te alejas del lugar en que la otra gente creía plenamente en el engaño, menor era su influjo. Sin embargo, para entonces el trabajo ya estaba hecho. En cuanto alguien cree sinceramente que algo es real, jamás lo duda sin una evidencia muy convincente.

Por eso lord Barton podía saber la verdad a mil kilómetros de Britton, pero tenía que luchar para recordarla cuando volvía a su hogar, donde los demás eran esclavos de la mentira.

Me dijo que no había consentido que el ejército de Nkumai devastara la tierra a su paso por la llanura de río Rebelde. Yo jamás lo habría hecho... así que él tampoco pudo.

—Y luego reapareciste —dijo—. Y no sabíamos qué hacer. Por supuesto hasta que tú y padre huísteis a Ku Kuei. Entonces era evidente que yo tenía que desaparecer para que el monstruo en el que me habían convertido tiñera la idea que

tenían los demás de ti, anulando lo que pudieras conseguir. Entonces, Lanik, me alegré de ello. No puedes saber cuánto te odiaba. Tú me habías odiado no por ser quien era, sino por ser.

Una vez exiliado Lanik Mueller oficialmente en Ku Kuei, al principio no sabían qué hacer con él.

—Hasta que llegó la noticia de que Dinte había desaparecido. Mwabao Mawa se aterró. ¿Cómo podría haberse enterado alguien de quién era Dinte y haberle matado... sin haber dado luego la alarma y explicado quién era? Sin duda quien le hubiera matado le habría visto cambiar ante sus ojos y convertirse en un hombre mucho más viejo que el joven heredero al que representaba.

Entonces me di cuenta de algo que debía haber entendido mucho antes.

—Yo maté a Dinte —le dije a mi doble—. Le corté el cuello antes de irme de palacio. Supuse que se regeneraría.

Me sonrió.

—Así que después de todo cumpliste tu deseo, ¿eh? Mataste a Dinte, y al hacerlo me salvaste la vida. Porque yo era el único que le conocía bastante bien para adoptar su personalidad sin levantar sospechas. Los simuladores no son omnipotentes. No pueden engañar a todo el mundo a la vez. Así que Mwabao Mawa me envió a Mueller. Me presenté a ellos como Dinte. Expliqué que me habías capturado, me habías torturado y me habías dado por muerto, pero que me había regenerado y había regresado. ¿Quién iba a dudarle? Y desde entonces, interpreto este papel.

Su voz se suavizó (como la mía cuando temía mostrarme asustado, compasivo o afligido) y dijo:

—Tú sabes..., tú sabes cuánto odiaba yo a Dinte. Y sin embargo he tenido que ser él, y tratar con su camarilla de traidores, que habían planeado tu muerte y la muerte de padre y... Dios mío, Lanik, nunca sabré cómo logré sobrevivir. Pero no he dejado de decirme «Soy Lanik Mueller, no su hijo monstruoso», y he soportado a los aduladores, a los traidores, a los mezquinos criminales, a Ruva y a todos los demás. Porque era del dominio general que tú y padre habíais entrado en Ku Kuei y nunca saldríais. Padre había muerto, ¿comprendes?, y yo le amaba igual que tú. Cuando más ofendía la gente de Mueller tu memoria y la suya más libre me sentía yo de identificarme contigo, de ser interiormente tú. Hace mucho que dejé de odiarte. Lo único que ansiaba era que regresaras y me liberaras. Lanik —me dijo—, voy de vez en cuando; voy a los corrales a que me extirpen las extremidades. Siempre vuelven a crecerme, y más. Ahora estoy casi a punto. El médico nunca sabe que soy yo, no recuerda que me practica estas operaciones hasta que llega el momento de la siguiente. Nadie ve nunca mi aspecto monstruoso; pero yo sí.

Me miró, contempló mi cuerpo.

—Tú —dijo—, tú estás completo. Eres perfecto y normal. No has vivido este

engaño terrible durante todos estos largos meses, estos años. Volvamos a la sala del trono. Me mostraré en mi forma verdadera y les contaré toda la verdad, les diré que tú no eres el monstruo que te creyeron. Podrás ocupar el lugar que te corresponde y yo seré libre.

—¿Y qué harás entonces?

—Te suplicaré que me des muerte. Llevo años viviendo como un regenerador radical. No es vida. Si tú no me matas, me ahogaré.

Moví la cabeza.

—Vine para matarte.

—¿Así que sabías quién era?

—No. Vine a matar al simulador de Anderson que gobernaba Mueller, al que se hacía pasar por Dinte.

Se extrañó.

—¿Lo sabías ya antes de llegar? ¿Entonces se ha descubierto el secreto de Anderson?

—Los simuladores han muerto —le dije—. Hubo una tempestad —calculé el tiempo real— hace unos días. Una lluvia torrencial. Y el cielo aún está encapotado —asintió—. El hundimiento de Anderson en el mar hace una semana causó la lluvia.

Estaba sorprendido.

—¿Así sin más? ¿Se hundió en el mar?

Yo todavía oía el grito resonando en mi interior.

—Así sin más no. Pero han desaparecido de la tierra. No sólo los que vivían en la isla. También todos los demás, los que se habían infiltrado en todas las Familias. Eres la única persona viva que conoce su técnica. Tú y los que trabajen contigo aquí.

—¿Cómo lo hiciste?

—No importa cómo. Lo importante es por qué.

Se lo expliqué.

—Así que los Embajadores han desaparecido también —dijo—. Se acabó el hierro. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Me eché a reír.

—Tengo una idea bastante clara.

—Nosotros..., ¡la gente de Anderson conocía el secreto del mundo, Lanik! ¿Es que no comprendes lo que se estaba logrando en este mundo? Cosas increíbles. ¡Cosas para enorgullecerte de vivir en este planeta prisión dejado de la mano de Dios! Y tú lo has interrumpido. ¿Crees que proseguirá el nivel de invención sin los Embajadores?

Me encogí de hombros.

—Tal vez. Ellos no conocían todos los secretos del mundo.

—¡Estúpido! Miope, estúpido y...

—¡Escúchame, Lanik! —le grité, y el mismo hecho de emplear mi nombre propio para dirigirme a otra persona me sorprendió—. Sí, Lanik, eres yo, ¿no? Yo tal como debía haber sido. Yo, capturado por los hombres de Nkumai y empeñado en dominar las técnicas de Mwabao Mawa... y las habría aprendido, como hiciste tú. Habría dejado que me utilizaran como su instrumento, hasta cierto punto; y ahí te sientes, como lo habría hecho yo, un monstruo en un cuerpo atrapado dentro de una ilusión aún más monstruosa. No, Lanik, no eres tú quién para juzgarme miope y estúpido. Yo no soy quién para juzgarte a ti. Dices que este es un planeta dejado de la mano de Dios, pero te equivocas. Hace miles de años, la República se erigió en dios. Decidieron poner las mentes más lúcidas del universo en un planeta inútil, sin hierro, para castigarles a ellos y a sus hijos eternamente, como si nacióramos marcados con la culpa de su delito. Y ofrecieron cruelmente a nuestros antepasados una recompensa: la primera Familia que construyera una nave estelar y saliera al espacio recibiría riquezas, poder y prestigio sin cuento. Lo hemos creído durante tres mil años y nos hemos consagrado en alma y cuerpo a conseguirlo..., a dar a esos cabrones que nos tienen aquí lo mejor que podíamos obtener. ¡Nuestra propia carne! ¡Los productos más perfectos de nuestra mente! ¿Y qué hemos recibido a cambio? Unas cuantas toneladas de metal carente de valor en todos los sitios menos aquí.

—Para poder construir una nave estelar —dijo mi doble.

—Nunca construiremos una nave estelar con el hierro de la República, nunca. Y si lo hiciéramos, ¿crees que nos dejarían salir de aquí y participar en la vida humana? ¿No comprendes el milagro que es este planeta? Si supieran lo que sucede realmente..., si pudieran pasar unos días en Ku Kuei, o una semana en Schwartz..., si comprendieran cuál es realmente nuestra capacidad potencial, Lanik, se presentarían aquí en el acto, bombardearían el mundo, lo destruirían, nos borrarían del universo. Esa es la única esperanza y promesa que tenemos de ellos. ¿Y qué haríamos si nos uniéramos a ellos? ¿Convencerles de que fueran amables? Si tuvieran la menor intención de serlo, no mantendrían a la centésima generación de los traidores encarcelados en un planeta sin esperanza como este.

—Lo sé —dijo—. He pensado muchas veces en la desesperanza de esto, también, Lanik. La disidencia no sirve de nada. Se lo dije una vez a un joven al que habían detenido por protestar contra una ley. Le llevé por la orilla del río una noche, sin sus guardias, y le expuse algunos hechos concretos. Que si mantenía la boca cerrada, la ley le dejaría en paz y estaría libre. «No quiero ser libre —me dijo— mientras exista esa ley. Disentiré hasta que la deroguéis». «No —le dije—, disentirás hasta que mueras en la cárcel, y ¿qué conseguirás con ello?». Es como las lunas —le dije—. ¿Ves lo rápida y brillante que se mueve Disidencia? Es lo más espectacular del cielo. Pero es espectacular porque está tan cerca de Traición, y tan pequeña. Libertad es una luna mucho más grande, mucho más lejana. No es ni la mitad de espectacular. Pero

Libertad pone en marcha las mareas —le dije—. Libertad hace subir y bajar el mar.

Me embargaba un extraño sentimiento. Reconocimiento. Aquel hombre deforme pensaba como yo; y aunque era muy lógico que lo hiciera, aun así me sorprendía. Nadie conoce jamás a un hombre que piensa exactamente como él, no es normal. Era como si yo pudiera decir sus palabras..., mis palabras..., con él.

—Habiendo desaparecido Anderson y los Embajadores —dijo... dije— estamos separados de la República. Somos libres. Y cuando el universo vuelva a oír hablar de nosotros, estaremos marcando las mareas.

Silencio. Luego comprendí que yo había dicho las últimas palabras, no él. Me sonrió. Nos comprendíamos. No todo, sino el pensamiento, la forma de pensar era clara para ambos y, válgame Dios, sentí afecto por él. Si la capacidad de comunicarse bien tiene algo que ver con el amor, a nadie puede amar un hombre tanto como a sí mismo.

—Lanik —dijimos ambos al unísono, rompiendo el silencio a la vez. Nos echamos a reír.

—Tú primero —dije.

—Lanik, por favor, ocupa tú el trono. Si me conoces, sabes cómo me siento en este cuerpo. Por lo que te he contado, sabes que he hecho cosas insoportables. Libérame.

Cosas insoportables. Yo no le dije, ni siquiera intenté explicarle, las cosas insoportables que había hecho yo, no intenté siquiera comunicarle el grito que resonaba siempre bajo todos mis pensamientos. Me limité a cerrar los ojos y me concentré en hacer por él lo que habían hecho por mí en Schwartz.

Sólo habían sido necesarios unos cuantos hombres de Schwartz para cambiarme y curarme la regeneración radical, así que supuse que podría hacer lo mismo por él yo solo. Yo no dominaba como ellos las cadenas de carbono, pero podía percibir las lo bastante bien para comparar. Cuando advertía una diferencia entre su ADN y el mío, se lo cambiaba hasta que ambos fueron exactamente iguales. Eso suponía no sólo curar su regeneración sino también que no volvería a tener hambre ni sed, que se vería libre de la necesidad de respirar, que podría absorber la energía necesaria directamente del sol.

Pero no podía transmitirle los conocimientos que había adquirido ni lo habría hecho tampoco de haber podido. El verdadero Lanik Mueller era él y no yo. Él era el Lanik Mueller que debía haber sido yo; gobernaba Mueller y lo hacía bien; solitario, pero viviendo donde tenía que vivir. Ahora, sin la maldición de la regeneración radical, sería libre para poder alcanzar un grado de felicidad que yo no podría alcanzar jamás.

Tardé horas. Cuando acabé, yacía dormido en el suelo del desván, con el cuerpo íntegro, perfecto y sano. Estaba desnudo: no había sastres que vistieran los cuerpos

deformes de los regeneradores radicales. Contemplé su cuerpo como nunca había podido contemplar el mío. Tenía la piel tersa y suave... pues era más joven que yo..., tenía los músculos perfectos y el cuerpo bien proporcionado. Por un instante, me vi como debía haberme visto Saranna y aunque no amo ni deseo a otros hombres, entendí por qué me decía ella tan a menudo que tenía un cuerpo lindo. Siempre me había irritado que lo dijera (un adolescente no aspira a tener un cuerpo lindo). Pero creía que había sufrido, y así era, sin duda, mucho más que la mayoría de los hombres. Su rostro mostraba una madurez muy superior a la que correspondía a sus años; y bondad, y compasión. Pero había visto mi propio rostro en los espejos, había examinado en él las huellas del tiempo y de mis propios actos y en mi rostro no había bondad ni compasión. Había visto demasiado. Había matado demasiadas veces. No quedaba ternura en mí, ninguna apreciable; y anhelé ser tan inocente como él.

Imposible, me dije. La decisión se había tomado años atrás, en la arena de la frontera de Schwartz. Empecé a sospechar entonces que, después de todo, el sumo sacrificio no es la muerte; el sacrificio supremo es aceptar de buena gana el pleno castigo por los propios actos. Yo lo había soportado y no podía esperar que mi rostro y mi cuerpo no mostraran las marcas.

Despertó, me miró y me sonrió. Luego comprendió lo que le había pasado. Se tocó con expresión incrédula y se echó a llorar; y no dejaba de preguntarme:

—No es una ilusión, ¿verdad? Es real, ¿no?

Le dije que sí, que era real.

—Y cuando destruya el Embajador de Mueller, ya no será necesario mantener a los rads como ganado. Así que hazme un favor. Decreta una ley según la cual los envíen a Schwartz a todos en cuanto se certifiquen sus síntomas. Que vayan a Schwartz y cuando el pueblo del desierto les encuentre, que digan que van de parte de Lanik Mueller. Allí sabrán cómo tratarles. Y después les enviarán a casa, completos. Y si no regresan, será porque habrán decidido voluntariamente quedarse allí.

—¿Y tú? —preguntó Lanik.

—Yo no existo —contesté—. En el bosque de Nkumai no fuiste tú quien se convirtió en el doble de Lanik Mueller, sino yo. Tú eres el auténtico Lanik Mueller. Cambia la ilusión en los próximos años, Lanik. Consigue gradualmente que la cara de Dinte se convierta en la tuya hasta que puedas poner fin al engaño. De todas formas lo deseas, eso lo sé. Pon fin a la mentira, a excepción del nombre, y vive y gobierna con tu propio rostro.

—¿Y tú?

—Encontraré otro sitio donde vivir.

Pasé entonces a tiempo rápido, dejándole en el desván, y volví a la sala del trono, donde quedaban aún algunas personas dando vueltas y comentando lo que había pasado. En pocos minutos localicé a los simuladores de Anderson que había entre

ellos, eran los últimos supervivientes de la Familia. Había dejado a Lanik triste y, sin embargo, mejor de lo que me había sentido yo en mucho tiempo. Pero eso no me impidió matar a los últimos simuladores.

Llevé los cuerpos al Embajador en tiempo rápido y los deposité donde la explosión los dejaría irreconocibles. Al principio, cuando había planeado destruir los embajadores, había decidido que cuando volara el último moriría con él. Pero comprendí que me había vuelto atrás de tal decisión. Creo que fue porque sabía que el verdadero yo era aún un muchacho de precioso cuerpo que sería un buen rey y que aunque no era el yo que soy, era el yo que debí ser, y esto hizo que me respetara un poco y ya no deseaba morir.

Así que seguí en tiempo rápido para romper el precinto del Embajador, me alejé después hasta una distancia prudente y pasé luego a tiempo real para observar. El Embajador tardó en provocar su propia destrucción unos instantes de espera metálica e inconsciente. Durante aquel instante me sentí melancólico. Toda nuestra historia, todos nuestros objetivos durante tantos años, habían estado encaminados a conseguir el regreso a la República, al tipo de civilización que podía fabricar máquinas como aquella. Sabían muchas cosas que nosotros no podríamos aprender en cuanto yo destruyera aquel último Embajador. Me sorprendí pasando a tiempo rápido, para poder correr hasta el fusible y pararlo antes de que el Embajador muriera.

Pero no me moví. Si habíamos aprendido algo de todos nuestros años de esclavitud, tenía que ser lo siguiente: que el Embajador no era la clave de nuestra libertad, sino la cadena que nos ataba. Sólo alcanzaríamos la libertad cuando olvidáramos a nuestros antepasados difuntos y a nuestros lejanos enemigos y averiguáramos quiénes y qué habíamos llegado a ser a lo largo de todos aquellos siglos en Traición.

No me moví, el Embajador completó su programa de autoinmolación, la explosión lo destruyó desde dentro, las luces de la máquina se apagaron y, por un aterrador instante, me pregunté cómo me había atrevido a tomar semejante decisión por todo el mundo, sin consultar a nadie más.

Luego me reí de mí mismo. Era ya un poco tarde para preguntarme si debía jugar a ser dios. El juego había terminado.

Se disolvió el polvo de la explosión. Mi trabajo había concluido. Había decidido seguir viviendo una vez cumplida mi misión, pese a todo, y eso suponía que tenía que tomar decisiones que había creído que no tendría que volver a tomar. ¿Adónde iría? ¿Qué quería hacer con el resto de mi vida?

Mientras recorría la región oriental de Mueller del Río, supe adónde tenía que ir. En una isla del centro de un lago de Ku Kuei, Saranna me había dicho: «Vuelve pronto. Vuelve cuando aún seas lo bastante joven para desearme. Porque yo voy a ser joven siempre».

Yo ya no era joven, no lo era según ninguna definición del término. Pero deseaba a Saranna. Tal vez sólo deseara la inocencia de los niños que habíamos sido, aquellos niños que hacían el amor a la orilla del río, ajenos al dolor que podría alcanzarles y que sin duda les alcanzaría. Sin embargo, la deseaba más de lo que había deseado a nadie en el mundo, no porque mi pasión fuera tan abrumadora, sino porque todo lo demás que había deseado lo había conseguido dolorosamente o era tan imposible que había renunciado. Sólo quedaba ella. Ella y una extraña y tranquila tierra de gente pobre y bondadosa que criaba ovejas entre las rocas junto al mar de Humping.

Hombre del Viento

Llegué a Ku Kuei en tiempo real y me reí un poco cuando algunos jóvenes que no me conocían intentaron hacer juegos en tiempo rápido conmigo. Me enfrenté sin problema a sus flujos temporales y me mantuve en tiempo real pese a todas sus maniobras. Debieron preocuparse entonces y recurrieron a alguien mayor y más experto. Por eso acudió a recibirme Sabelotodo.

—¡Bebelagos! —gritó, al verme, riéndose y tendiéndome los brazos—. Te habías ido para siempre. Mi peor alumno, el peor ejemplo del que hablo a todos los niños que acuden a aprender conmigo. Has estado tanto tiempo fuera, quién sabe cuánto, ¿quién puede calcular el tiempo? Pero ha sido mucho, ¿eh, cabrón? Anda, ven, vamos, date prisa.

Nos apresuramos, él abriendo la marcha rápidamente. Me llené del aire del bosque. El bosque no era el tipo de tierra que consideraba mi hogar, pero aquel era el cementerio de mi padre y el último sitio en el que había estado cuando alguien me amaba aún como hijo y como amante.

—Saranna —le dije, y se mostró confuso—. Muñón —le recordé, y entonces se echó a reír.

—Ah, ella. Ella, qué cosa insólita. Una buena alumna, para ser forastera. Ya no la llamamos Muñón, ¿sabes? Ahora es Piedra. Dama Piedra, porque permanece en el flujo temporal más lento que haya logrado nadie nunca. ¿Quieres verla?

¿Quería verla? No sabía cuánto hasta que llegamos y me di cuenta de que seguía exactamente igual que cuando me había ido, hacía seis años subjetivos y tres años reales. Tenía aún los brazos tendidos hacia mí. Tenía aún los labios separados con sus últimas palabras. Se le habían desbordado las lágrimas de los ojos y aun así, las primeras aún no le habían llegado a la barbilla.

Mientras la contemplaba, los últimos seis años desaparecieron y hacía sólo un instante que me había separado de ella. Me acerqué, aminorando mi flujo temporal; lo aminoré más que nunca, hasta que los árboles me parecieron sólo un borrón, y entonces, al final, sus lágrimas empezaron a caer y me miró; afloró en su expresión la esperanza y me dijo:

—Lanik, he cambiado de idea. No quiero ser joven siempre. Llévame contigo.

Me abrazó y también yo la abracé y le besé la mejilla húmeda.

—He estado fuera seis años —le dije.

—Calla —me dijo.

—He hecho cosas espantosas.

—No necesito saberlo.

—No soy una buena persona —insistí.

Se limitó a besarme y susurró:

—De sobra para mí.

Y sonrió; y yo también sonreí y, poco a poco, salimos del flujo temporal lento y el mundo dejó de ser un borrón y estábamos otra vez en Ku Kuei. Centenares de personas nos rodeaban. No conocía a nadie.

—¿Por qué nos miráis? —pregunté.

—Porque nos dijeron que los amantes de piedra estaban volviendo al tiempo real y queríamos verlo.

—¿Amantes de piedra?

—La gente ha nacido, ha envejecido y ha muerto y sólo os ha visto moveros unos centímetros, o sonreír, o como si pronunciarais una palabra. Parecía tan vehementes. Fuera lo que fuera lo que decíais, parecíais creerlo, y no era en absoluto divertido. Creó toda una moda. La gente se plantea objetivos ahora. Lo complica todo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Doscientos, trescientos años, calculo —dijo—. Pero supongo que ahora seréis personas corrientes.

—Yo también lo supongo —le dije, y Saranna sonrió.

Salimos del bosque y viajamos hacia el este, hasta que llegamos al fin a Britton y en la región más oriental de la península de Britton llegamos a Humping. Nada había cambiado en los últimos siglos. Un nuevo señor gobernaba en la casa del acantilado, pero se hacía llamar por el nombre hereditario de Barton. La casa de Vran y Glain era un huerto y a pocos metros se alzaba la casa de otra gente, pero la casa estaba llena de niños y no había cambiado nada. La gente seguía siendo pobre, seguía siendo taciturna, seguía siendo bondadosa.

Saranna y yo nos construimos una casa de tierra cerca del mar; empecé inmediatamente a enseñarle todo lo que yo había aprendido. Pasado un tiempo, un pastor vino a ver lo que hacía. Le curé las articulaciones doloridas y Saranna le curó un cordero enfermo y todos supieron quién era yo. Hombre del Viento, me llamaron, y a Saranna, Dama del Hombre del Viento, y poco después sólo Dama Viento, y aunque la gente de Humping nos quiere, no podrían querernos como nosotros a ellos. La leyenda del Hombre del Viento era bien conocida: había llegado nadie sabía de dónde, había vivido con Vran y Glain, curando y haciendo el bien a todos, hasta que alguien se lo dijo al señor de la casa del risco y el Hombre del Viento se fue y no volvió nunca. Esta vez, se juraron, sería diferente. Y en todos los años que llevamos viviendo aquí, el señor de la casa del risco no me ha llamado nunca.

A estas gentes no les extraña que aunque ellos envejecen y mueren, nosotros no envejecamos. Hemos vivido para curar las dolencias de los niños a cuyos abuelos les curamos las piernas fracturadas. Es una vida tranquila, pero agradable, y Saranna y yo pensamos tener hijos pronto. Pero cuando tengamos hijos dejaremos de cambiarnos, y envejeceremos y moriremos cuando nuestros nietos crezcan, como

todos los demás. Los niños no necesitan que sus padres vivan siempre.

Pero aún no estamos preparados para eso. La vida sigue siendo bastante hermosa para nosotros sin hijos, aunque cuando miro a Saranna sé que no falta mucho; y me veo a mí mismo y comprendo que estoy casi preparado. Y que será agradable, también. Incluso la muerte puede ser agradable, creo, no porque ponga fin a la antigua amargura sino porque creo que llegará como el último de los muchos sabores intensos que me han enseñado que estoy vivo.

Sigo oyendo el grito de la tierra por debajo de todo, aunque ya no corrompe las cosas que veo y hago. Al contrario, intensifica mis placeres y la salida del sol es más brillante por el lugar oscuro de mi interior, y la sonrisa de Saranna es más agradable por la crueldad que he conocido, y curar a los animales, a los niños y a los adultos que acuden a mí es más dulce porque en tiempos, en contra de mis instintos y debido a mi propia noción del bien, maté.

No soy yo quien ha de juzgar si Traición es hoy un lugar mejor para vivir.

Y no sé si estamos progresando tanto como progresábamos antes de destruir a los Embajadores. No me corresponde a mí valorar hasta qué punto hemos aprovechado la oportunidad que propicié.

Me asombra a veces haberlo conseguido.

—No existes —me dice muchas veces Saranna después de hacer el amor—. No puedes ser real.

Ella lo dice en un sentido y yo lo entiendo en otro; y pese a todos los planes y preparativos que hice antes de actuar, sé que estaba más condicionado por las circunstancias que por mi propia voluntad. Me pregunto a veces si no soy, pese a todo, una pieza del juego de otro jugador, que ha seguido ciegamente sus grandiosos designios sin saber siquiera que mi recorrido por el tablero no es más que una finta, mientras que las cuestiones importantes las debaten en otras partes otros individuos.

Claro que, en realidad, me importa muy poco que haya un gran designio. Mi única esperanza era ver lo que podía hacer, creer que se debía hacer y hacer cuanto pudiera por llevarlo a buen término a cualquier precio. Cuando una vida se prolonga tan gozosamente como lo ha hecho la mía, entonces el precio, una vez pagado tan dolorosamente, se recuerda ahora con alegría. He sido plenamente compensado y aquí entre los pastores, tengo la copa llena, rebosante, del agua de la vida.



ORSON SCOTT CARD es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de ciencia ficción, con las que ha logrado grandes éxitos como *El juego de Ender* o *La voz de los muertos*.

Card estudió en la Universidad de Utah y profesa la religión mormona, debido a lo cual vivió dos años en Brasil como parte de su formación. La iglesia fue importante en los inicios literarios de Card ya que fue en la revista mormona *Ensign* donde publicó sus primeros trabajos en 1977.

El salto a la ciencia ficción llegó con *El juego de Ender*, que pasó de novela corta a novela en 1977 y con la que consiguió el premio más prestigioso del género, el Hugo, algo que también conseguiría con su continuación, *La voz de los muertos*.

A partir de ese momento, la prolífica carrera de Card se dispara con varias continuaciones de Ender y la creación de las sagas de Alvin Maker o La saga del retorno. Además, Card se ha dedicado a dar clases de Escritura Creativa, con la intención de aplicar nuevas técnicas de enseñanza.

A lo largo de su carrera, Card, además de varios Premios Hugo, ha sido merecedor de galardones como el Nebula, el John W. Campbell o el Locus.